

# DUENDES

*Guía de los seres mágicos de España*

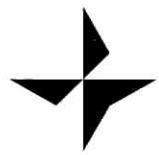
Carlos Canales y Jesús Callejo

Ilustraciones:  
Ricardo Sánchez



EDAF





**EDAF**  
MADRID



CARLOS CANALES Y JESÚS CALLEJO

# DUENDES

*Ilustraciones: Ricardo Sánchez*  
*5<sup>a</sup> edición*

GUÍA DE LOS SERES MÁGICOS DE ESPAÑA

© 1994 Jesús Callejo Cabo, Carlos Canales Torres  
© 1994 Ilustraciones: Ricardo Sánchez Rodríguez  
© 1994 Editorial EDAF, S.A. Jorge Juan, 30. Madrid

No está permitida la reproducción total o parcial de este libro, ni su tratamiento informático, ni la transmisión de ninguna forma o por cualquier medio, ya sea electrónico, mecánico, por fotocopia, por registro u otros métodos, sin el permiso previo y por escrito de los titulares del Copyright.

Depósito Legal: **M-35486-1994**  
ISBN: 84-7640-875-7

*Dedicado a todos aquellos que han creído y han hecho posible, con el beneplácito de los duendes, que este libro sea una realidad, y especialmente a Begoña, Elena y José Luis.*





Duendes.



Trasgos



Follets



Duendes Domésticos



Malignos



Duendes Dañinos de Dormitorio



Familiars





Inguinas

Castellanos

Grans Kines

Enges

Gorri-txiqui

Mauur

Etxejauru

Arantzillak

Manchillos

Duendes Organistas

Pensatas

Castellanos  
txibilos

Menos

Follets Catalanes

Maneiros

arios

Cerdets & Bubotas

Martimicos

Follets Buleanes

Barruquets

Boiets

Donyets

Famelis

Ratones Coloraos.



Familiars Canarias

Duendes Canarias



# Índice

1. ANTES, UNAS PALABRAS SOBRE EL MUNDO DE LA GENTE MENUDA.....	17
Los elementales de Paracelso.....	17
Las trece coincidencias.....	18
Un cuento para abrir boca .....	22
2. COSAS QUE SE DEBEN SABER SOBRE LOS DUENDES DOMÉSTICOS.....	23
Su confusión con los fantasmas .....	23
¿Por qué a un duende le resulta atractiva una casa? .....	25
Tipología y variedad.....	26
Pero ¿existen los duendes? .....	27
Acerca del duende femenino.....	28
El tabú de la sal y del gorro .....	29
3. LA IGLESIA Y LOS DUENDES-DEMONIOS .....	33
El padre Martín del Río.....	35
El padre Fuentelapeña .....	35
El padre Benito Feijoo.....	36
4. CASAS ENDUENDADAS, ENCANTADAS y POLTERGEIST .....	37
Causas posibles del fenómeno.....	37
Hogares que dan miedo.....	38
5. HABLEMOS DE TRASGOS .....	41
Trasgo versus diaño.....	42
El trasgu asturiano.....	43
* Aspecto y costumbres.....	43
* Sus muchos nombres .....	44
* Cosas de duendes, que no de trasgos .....	45
* Formas de echar al trasgu.....	45
* La glotonería del trasgu.....	46
* El Sumiciu.....	46
El trasgo cántabro .....	48
* Aspecto y costumbres.....	48
* El Trastolillo .....	49
El trasno gallego.....	50
* El trasno y sus secuaces .....	50
* Cuento del trasno y el zorro.....	51
* El Xas .....	52

El trasgo castellano-leonés .....	53
* Duendes y Martinillos.....	53
* Los trasgos de Benavente .....	53
* El trasgo apedreador de Salamanca.....	54
* Los trasgos leoneses.....	55
 6. HABLEMOS DE FOLLETS.....	 59
Els follets de Catalunya.....	59
* Aspecto, costumbres y hábitat .....	59
* El follet y los vientos .....	62
Els follets de Levante (Valencia y Murcia) .....	62
* Bubotas y Cerdets .....	62
* Els follets de Almudaina.....	63
* Els Donyets.....	64
* El duende de la ópera (Valencia) .....	64
Els follets de Baleares .....	65
* Los dos aspectos del follet.....	65
* El barruguet.....	65
* El caso del barruguet de San Lorenzo.....	67
 7. SOBRE OTROS DUENDES DOMÉSTICOS.....	 69
Los duendes extremeños.....	69
* Duendes hurdanos y pacenses .....	70
* El Frailecillo .....	71
Los duendes vasco-navarros.....	72
* Etxajaun .....	73
* Los Arantzilak :.....	74
* Gorri- Txiqui .....	74
* ¿Duendes constructores de dólmenes?.....	74
Los duendes castellano-manchegos .....	75
* El duende Martinico .....	75
* Los duendes del doctor de las Moralejas .....	76
Los duendes canarios .....	77
Los duendes de Aragón .....	77
* ¿Duendes organistas? .....	77
* Los duendes de Zaragoza .....	79
* Los duendes de Zaidín .....	80
* Los Menos.....	81
Los duendes andaluces .....	82
* Martín, el cordobés .....	83
* Bastián, el granadino.....	83
Los duendes de la Villa y Corte de Madrid .....	84
* Los duendes de Fuencarral.....	84
* La Casa del duende .....	86

Los duendes protectores de niños .....	86
* Los Cuines (Cantabria).....	87
* Los Meniñeiros (Gaticia) .....	88
* Los ratones coloraos (Murcia) .....	89
<b>8. LOS DIABLILLOS FAMILIARES (LAS BRUJAS Y SUS DUENDES) .....</b>	<b>91</b>
Servidores de un sólo dueño.....	91
Formas que pueden adoptar y procedencia.....	93
* ¿Homúnculos?.....	93
* El diablo cojuelo.....	94
Familiares isleños.....	96
* Dimonis- Boiets (Mallorca) .....	96
* Es fameliar (Ibiza y Formentera).....	97
* Los familiares (islas Canarias).....	98
Familiares vasco-navarros.....	99
* Los Maridillos .....	100
* Los Mamur .....	100
* El caso del cura de Bargota.....	102
Más nombres para una misma familia .....	104
* Los Enemiguillos (Castilla) .....	105
* Los Mengues (Cantabria).....	105
* Los Maneirós (Cataluña) .....	105
* Los Diablillos (Galicia) .....	106
* Los Pautos (Asturias) .....	107
* Los Cermeños (Andalucía).....	108
Un caso especial: Zequiél y el doctor Torralba .....	109
<b>9. LOS DUENDES DAÑINOS DE DORMITORIO (LOS D.D.D.) .....</b>	<b>113</b>
Los duendes vampirizantes (Efialtes): .....	113
* Los Tardos (Galicia) .....	114
* Los Ingumas (Euskadi) .....	115
* Las Pesantas (Cataluña).....	116
* Las Manonas (Castilla).....	117
* El Pesadiellu (Asturias) .....	117
Los duendes lascivos (íncubos).....	118
* El caso de Magdalena de la Cruz.....	119
* Los íncubos modernos: extraterrestres y duendes.....	122
<b>10. LOS MINÚSCULOS MALIGNOS (DEMONIOS DENTRO DEL CUERPO):.....</b>	<b>125</b>
Se cuentan por miles .....	125
Las romerías diabólicas .....	126
Demachiños y Tangaraños .....	127
Gaizkiñes y Ubenduas .....	129
Malinos y Malignos .....	130



11. UN POCO DE MITOLOGÍA COMPARADA.....	133
En todos los países cuecen habas.....	133
Más coincidencias que diferencias .....	135
Los brownies que vio Hodson .....	137
Los farfadets que martirizaron a Berbiguier.....	137
Los trasgos de Tolkien.....	138
12. EPÍLOGO.....	139
NOTA.....	141
BIBLIOGRAFÍA .....	145

D. Manuel: El juicio podré perder:  
pero no, Cosme, creer  
cosa sobrenatural.

Cosme: ¿No hay duendes?

D. Manuel: Nadie los vio

Cosme: ¿Familiars?

D. Manuel: Son quimeras

Cosme: ¿Brujas?

D. Manuel: Menos

Cosme: ¿Hechiceras?

D. Manuel: ¡Qué es eso!

Cosme: ¿Hay incubos?

D. Manuel: No

Cosme: ¿Encantadoras?

D. Manuel: Tampoco

Cosme: ¿Mágicas?

D. Manuel: Es necesidad

Cosme: ¿Nigromantes?

D. Manuel: Liviandad

Cosme: ¿Energúmenos?

D. Manuel: ¡Qué loco!

CALDERÓN DE LA BARCA

*La dama duende*

J amada Primera, escena XVI



## *Antes, unas palabras sobre el mundo de la gente menuda*

### LOS ELEMENTALES DE PARACELSO

**H**ABLAR de unos extraños seres que no son hombres, que no son ángeles, que no son espíritus, pero que son a la vez, todo eso y más, no es, evidentemente, tarea fácil. No obstante, podemos aventurarnos por este mágico mundo de los «elementales», también llamados Gente Menuda, Pueblo de la Buena Gente, espíritus de la Naturaleza o simplemente habitantes del País de las Hadas, bien provistos de toda clase de talismanes y de los conjuros que se conozcan, así como de una buena dosis de sentido común y de sentido del humor, pues aunque los seres de los que vamos a hablar son normalmente invisibles para nosotros, no por ello son menos reales. El médico y alquimista suizo Paracelso, cuyo auténtico nombre le hace a uno trabarse la lengua: Philippus Aureolus Theophrastus Bombastus van Hohenheim, afirmaba en su *Philosophia Occulta* que los «elementales» *«no pueden clasificarse entre los hombres, porque algunos vuelan como los espíritus, no son espíritus, porque comen y beben como los hombres. El hombre tiene un alma que los espíritus no necesitan. Los elementales no tienen alma y, sin embargo, no son semejantes a los espíritus, éstos no mueren y aquéllos sí mueren. Estos seres que mueren y no tienen alma ¿son, pues, animales? Son más que animales, porque hablan y ríen. Son prudentes, ricos, sabios, pobres y locos igual que nosotros. Son la imagen grosera del hombre, como éste es la imagen grosera de Dios... Estos seres no temen ni al agua ni al fuego. Están sujetos a las indisposiciones y enfermedades humanas, mueren como las bestias y su carne se pudre como la carne animal. Virtuosos, viciosos, puros e impuros, mejores o peores, como los hombres, poseen costumbres, gestos y lenguaje».*

El comportamiento ecológico es propio de todos los «elementales», desde el Busgosu asturiano hasta el Trenti de Cantabria, pasando por las distintas familias de hadas y duendes que existen en nuestro país, teniendo su mayor exponente en Mari, deidad femenina considerada por las tradiciones vascas como la reina de todos los elementales, ya que maneja y se identifica con casi todas las fuerzas de la Gran Madre Naturaleza sean éstas tormentas, rayos, nublados, pedriscos, puesto que todos estos seres diminutos son parte indisoluble de la misma, aunque en una realidad paralela y sin la cual no sobrevivirían, y, por supuesto, nosotros tampoco. Intentar elaborar una clasificación de todos los tipos de seres míticos que aparecen en España es una tarea complicada. Cuando se dedica tiempo y esfuerzo a seguirles la pista, se comprueba la diversidad de nombres, aspectos, costumbres y actitudes que adoptan ante los humanos; es por esto por lo que se les suele llamar genéricamente como «elementales», término más amplio que duendes, hadas, espíritus, geniecillos, etc., pues todos estos nombres designan a una parte de estos seres o a un grupo en concreto, pero nunca a la totalidad. Además, el término los define muy bien, ya que son seres relacionados con los cuatro elementos básicos y primarios de la Naturaleza, es decir, el agua, el fuego, el aire y la tierra. Paracelso creía que cada uno de estos cuatro elementos estaba constituido por un principio sutil y por una sustancia corporal densa, es decir, todo tiene una doble naturaleza. Así, el fuego es visible e invisible, pues una llama etérea y espiritual se manifiesta a través de una llama sustancial y material, pasando algo parecido con los otros tres elementos, por esta razón, del mismo modo que la naturaleza visible está habitada por un número infinito de criaturas vivientes (plantas, animales y hombres), la contraparte espiritual e invisible -su universo paralelo diríamos hoy en día- está también habitada por una multitud de peculiares seres a los cuales dio el nombre de «elementales», más tarde denominados Espíritus de la Naturaleza, dividiendo esa población en cuatro grupos diferentes, a los que arbitrariamente denominó gnomos (elemento tierra), ondinas (elemento agua), silfos (elemento aire) y salamandras (elemento fuego), creyendo que eran criaturas realmente vivas, semejantes a un ser humano en la forma, habitando sus propios mundos no muy alejados del nuestro, aunque invisibles para nosotros por la razón de que los sentidos poco sutiles y poco desarrollados del hombre no son los más aptos para detectados.

## LAS TRECE COINCIDENCIAS

No obstante, a pesar de sus diferencias, que en ocasiones son enormes, todos ellos presentan una serie de curiosas similitudes, que escuetamente pasamos a comentar:

- 1.- Son seres interdimensionales y atemporales. A diferencia de nosotros, no se rigen por las leyes físicas ordinarias, o al menos eso parece. Sin embargo, todos los indicios hacen pensar que viven como nosotros en la Tierra a pesar de que son seres del mundo etérico y astral y que comparten con los humanos los mismos lugares (ríos, bosques, montañas e incluso hogares). Todos los elementales están esencialmente ligados a elementos y fuerzas que forman parte del lado desconocido de la naturaleza. Tanto ellos como los Devas la protegen y se mimetizan en ella de forma tal que una agresión a árboles, plantas y animales la consideran una afrenta hacia ellos mismos.
- 2.- Generalmente viven en comunidades y están organizados jerárquicamente, existiendo un jefe, rey o reina que los gobierna (así ocurre con la familia de las hadas, de las lamias, de los xacios, etcétera), incluidos los seres vinculados a los hogares, como son los duendes o familiares, que suelen obrar en colectividad, si bien se manifiestan por separado. Al vivir en tribus o grupos, tienen comportamientos similares a los de los humanos; se casan, tienen hijos, entierros, etcétera.
- 3.- En su estado habitual son invisibles para el hombre, aunque no para algunos niños y animales (por ejemplo, una variedad de los duendes, los tardos, son visibles para los gatos y perros). Sin embargo, tienen cierta capacidad para materializarse en nuestra dimensión física y, por tanto, para hacerse visibles. Muchas veces, aunque lo deseen, no son visibles en su totalidad, lo que ha motivado la existencia de una gran diversidad de opiniones sobre su naturaleza, aunque la teoría más generalizada es considerarles seres intermedios entre el hombre y los ángeles, con cuerpos ligeros, cambiantes, camaleónicos y tan sutiles que pueden hacerlos aparecer o desaparecer a voluntad.
- 4.- La característica anterior puede ser ampliada en el sentido de que muchos elementales pueden cambiar de tamaño y forma, adoptando tanto aspectos grotescos como hermosos, e incluso animalescos. Esta posibilidad está hoy en día muy discutida, siendo probable que, en realidad, lo que ocurra, no es que voluntariamente quieran parecer feos o grotescos, sino que sean realmente así. La creencia general de que su tamaño es siempre diminuto hay que cuestionarla, pues aunque prefieren el reducido -para ocultarse mejor de las miradas indiscretas-, pueden adoptar tamaños gigantescos. Lo cierto es que son multiformes, como así se lo confirmó al investigador Walter Wentz uno de sus informantes: «Pueden aparecer bajo distintas formas. Una vez se me apareció uno que apenas tenía un metro de altura y era de complexión robusta, pero me dijo: "Soy mayor de lo que tú ahora me ves. Podemos rejuvenecer a los viejos, empequeñecer a los grandes y engrandecer a los pequeños".»
- 5.- Respecto a su temperamento, son, por lo general, juguetones. Les encanta confundir, asustar y asombrar a los humanos con sus trucos, invenciones y juegos (así lo hacen, al menos, los «elementales de la tierra», como trasgos, frailecillos, sumicios y demás familia de duendes, así como los seres de los bosques, como el Tentirujo, el diaño burlón o el Busgoso). Son caprichosos y se les describe como seres codiciosos, con tendencia a la melancolía.
- 6.- Están enormemente interesados en determinados aspectos sexuales de los humanos, de forma directa o indirecta, produciéndose en ocasiones contactos y uniones. Es éste un asunto de gran importancia, pues es una constante permanente en su relación con nosotros (piénsese en los incubos y a los súcubos). En España existen claros vestigios de enlaces entre humanos y elementales que han dejado descendencia. Este aspecto es especialmente interesante por estar poco estudiado por los folcloristas y del cual hablamos ampliamente en otra obra.
- 7.- Cuando se hacen amigos de un humano o, por alguna razón, lo estiman y aprecian, le otorgan grandes regalos materiales (oro, joyas, etc.) o bien poderes psíquicos (telepatía, clarividencia...). Si, por el contrario, nos enemistamos con ellos, son tremendamente rencorosos y vengativos. Un ejemplo muy claro lo tenemos con los duendes, familiares y hadas.
- 8.- Viven muchos más años que los hombres, pero sin llegar a ser inmortales. Pueden alcanzar del orden de 500 o más años, según los casos, y cuando llegan a una cierta edad, dependiendo de cada grupo, empiezan a menguar, de manera que vienen a menos hasta desvanecerse totalmente. Los Espíritus de la Naturaleza no pueden ser destruidos por los elementos más densos y groseros del fuego, la tierra, el aire o el agua. Funcionan en una banda de vibración mucho más alta que la de las sustancias terrestres. Al estar compuestos por apenas un único elemento o principio -el éter en el que funcionan- (a diferencia del hombre, que está compuesto por varias



naturalezas, como son el cuerpo, mente, alma, espíritu...), no poseen espíritu inmortal, y, al llegarles la muerte, simplemente se desintegran en el elemento individual original. Los que están compuestos de éter terrestre (gnomos, duendes, enanos...) son los que viven menos, y los del aire los que viven más.

9.- Son éticamente neutros, y pueden resultar perversos y dañinos, así como bondadosos y amables, en función de nuestro contacto personal con ellos y de lo que simbolizan. No olvidemos que representan todos los aspectos de la Naturaleza, a la que están vinculados de forma inherente y esencial. Carecen de conciencia, de mente, de un yo individualizado, y, por esta razón, no distinguen moralmente el bien del mal, aunque ayudan a la gente bondadosa y perjudican a los que son malvados con ellos. Se supone que tales criaturas son incapaces de desarrollo espiritual, pero algunas tienen un sorprendente elevado carácter moral.

10.- Son inteligentes, en el sentido de que obedecen a un fin racional y concreto. Algunos parecen poseer una inteligencia extremadamente desarrollada, pero todos tienen ciertas limitaciones que les hacen en ocasiones parecer débiles y fáciles de engañar ante los humanos, aunque muchos de ellos disponen de poderes para nosotros inalcanzables.

11.- Conocen y usan los elementos y leyes de la Naturaleza para conseguir sus objetivos (como los Nuberos y los Ventolines), y con frecuencia se les atribuye la construcción de megalitos, razón por la cual algunos estudiosos vinculan erróneamente a ciertos «elementales» con los dioses de los antiguos, aunque la verdad es que casi todos ellos poseen fuerza física y poder de sugestión como para afectar a nuestra voluntad y sentimientos si estamos en su campo de acción (como el canto de las sirenas o la danza de las hadas, por ejemplo).

12.- No hay nada que les aterrice tanto como el hierro y el frío acero, a pesar de que, paradójicamente, algunos de ellos, como los enanos o los gnomos, se dedican a la profesión de herreros. Sus armas -que las tienen- no están nunca compuestas de estos materiales, sino que, en su mayoría, están confeccionadas con una piedra similar al pedernal amarillo, utilizando las mismas para defenderse, aunque también para atacar a animales. De todo esto, se infiere que uno de los mejores talismanes para evitar su presencia es el hierro y todos sus derivados.

13.- Por último, habría que señalar que sus principales ocupaciones, en las que desgastan la mayor parte de sus energías, son: la música, la danza, las luchas, los juegos y el amor. Básicamente poseen tres grandes festividades: la del mes de mayo, la del 24 de junio (solsticio de verano) y la del mes de noviembre.

Al igual que en el resto del mundo, los elementales en España buscan sus habitáculos en contacto directo con la Naturaleza, aun en el caso de aquellos más íntimamente vinculados a los humanos (como los duendes), siendo así que encontramos su presencia entre cuevas y montañas (gnomos, trastolillos, enanos), fuentes, lagunas, lagos o ríos (lamias, xacias, damas del agua, alojias), bosques (busgosos, diaños, trentis), vinculados a fenómenos atmosféricos (nuberos, ventolines, tronantes) o a la Naturaleza en general (xanas, anjanas, mouras, encantadas y demás hadas o espíritus femeninos de la Naturaleza).

Tal como asegura García Atienza, los seres elementales vienen a ser «una especie de llamada de atención hacia una realidad que se da en la Naturaleza y que no se comporta conforme a los cánones físicos o morales establecidos por la sociedad humana», y aunque más tarde dice que es inútil tratar de entenderlos, por nuestra parte vamos humildemente a intentarlo en esta obra mono gráfica sobre duendes y demás seres vinculados a las casas y a los hombres, los cuales se ajustan a estas trece características en mayor o menor medida.

Por su amplitud, importancia y especial presencia entre los humanos, los duendes domésticos y espíritus familiares (encuadrados en el elemento tierra) constituyen un grupo genuinamente propio, y los hemos estudiado de forma separada, aunque no independiente, del resto de los seres mágicos.

## Transformaciones



Es bien conocida la capacidad de los duendes para adoptar las más variadas formas animales, lo que hacen con frecuencia para eludir con mayor facilidad la curiosidad humana.

Además, casi nunca aparecen con su aspecto real ante nuestros ojos, ya que gustan de escudarse bien en la invisibilidad, bien bajo la apariencia de animales, generalmente domésticos, como gatos o perros, o cercanos a los humanos, como gorriones y palomas.

En este dibujo podemos observar el proceso de transformación de un duende en pájaro, algo normalmente vetado a los ojos humanos.

Esta habilidad para cambiar de aspecto es asombrosa en algunos duendes, como ocurre con los diablos burlones.



El proceso de cambio por el que un duende se transforma en animal apenas dura unos segundos.

Los duendes han desarrollado esta capacidad durante miles de años hasta extremos increíbles.

## UN CUENTO PARA ABRIR BOCA

Para adentrarnos en este mundo maravilloso de los duendes, vamos a contar un cuento ya clásico de Fernán Caballero (nacida en 1796), considerada la matriarca de la literatura infantil española, en el que ya se apuntan algunos de los aspectos que más tarde veremos con mayor detalle, como es su facilidad para transformarse, sus travesuras y su mal humor. Lleva por título *La gallina duende*.

*Una mujer vio entrar en su corral a una hermosa gallina negra, la que ha poco puso un huevo que parecía de pava, y más blanco que la cal. Estaba la mujer loca con su gallina, que todos los días ponía su hermosísimo huevo.*

*Pero hubo de acabársele la overa y la gallina dejó de poner, y su ama se incomodó tanto que dejó de darle trigo, diciendo:*

*- Gallina que no pone, trigo que no come.*

*A lo que la gallina, abriendo horrorosa mente el pico, contestó:*

*- Poner huevos y no comer trigo, eso no es conmigo.*

*Y abriendo las alas dio un voleteo, se salió por la ventana y desapareció; por lo que la mujer se cercioró que la tal gallina era un duende, que se fue resentido por la avaricia de la dueña.*

## *Cosas que se deben saber sobre los duendes domésticos*

### SU CONFUSIÓN CON LOS FANTASMAS

**C**ON el nombre genérico de duendes se denomina, en España y resto de Europa, a un grupo de seres relativamente originales, por cuanto que tienen entre sus características principales su apego por determinados lugares en los que se instalan, siendo casi imposible expulsarlos. Estos lugares son siempre casas u hogares humanos, habitados o deshabitados.

Respecto a su remoto origen, decir lo que usualmente se dice del resto de los elementales: que forman parte de aquella legión de ángeles caídos que no fueron lo suficientemente buenos para salvarse ni lo suficientemente malos para condenarse, por lo que se les permitió vivir en la Tierra, junto a los hombres, pero en una civilización paralela.

Es casi seguro que esta sub-raza de seres llamados duendes domésticos eran hace siglos habitantes de zonas agrestes, bascas as y montañosas, viviendo en el interior de cuevas y grutas hasta que, de forma paulatina, se fueron acercando a los hogares humanos, al principio como curiosidad por conocer a los del «otro lado», es decir, a nosotros, y después realizando diversas tareas domésticas (poniendo orden en la cocina, ayudando al ganado y actividades similares), con el único objetivo de divertirse, cogiendo poco a poco el gustillo por todo lo relativo al hombre y sus quehaceres. En ciertas zonas, la relación duende-hombre fue tan intensa que se llegaron a convertir en una especie de parientes o familiares (aunque esta palabra tiene también otras connotaciones, como veremos), con visitas asiduas -siempre por la noche-, serviciales, traviosos, manifestando sentimientos de agrado y de enfado según su comportamiento con ellos. Su presencia en una casa, viviendo en su interior o muy cerca de ella, se hacía notar inmediatamente pues no les gustaba pasar desapercibidos. Para el reverendo Kirk, no había muchas dudas sobre su origen: eran miembros de un pueblo, que él llamaba subterráneos, y no espíritus malignos o diablos, porque si bien arrojan a los que habitan en ellas (las casas) grandes piedras, fragmentos de madera y terrones del suelo, no los golpean, como si su forma de actuar no fuera la maligna de los diablos, sino la burlona de los bufones y payasos.

Lo que singulariza a los duendes de sus otros congéneres es que aquéllos se vinculan siempre, de diversas maneras y manifestaciones, a las casas y a los seres humanos que las habitan. Equivaldrían, dentro de la antigua mitología romana, a los espíritus protectores del hogar y de los campos, es decir, a los dioses Lares. Algunos psicólogos y antropólogos opinan que este culto es una prolongación y reminiscencia de la veneración y respeto que tenían al jefe de familia ya fallecido que, desde el más allá, seguía protegiendo a los suyos. Esta explicación, respecto a los duendes ibéricos, no es nada satisfactoria, pues entre sus actitudes y labores no está precisamente la de custodiar y proteger a los propietarios de una casa, sino a veces todo lo contrario. Por esta razón, también existían en la mitología de Roma, al lado de los espíritus protectores o dioses Lares, los espíritus malhechores: los Larvae o Lemures, considerados como las almas perversas de ciertos difuntos, que erraban por los viñedos, los pozos y las estancias del hogar molestando a criadas, niños y animales, así como propinando buenos sustos y amargos sinsabores. Para las Larvas o Larvae existía un rito ejecutado por el «*pater familias*», consistente en arrojarles habas negras (legumbres consideradas muy negativas tanto por griegos como por romanos), con el fin de que se entretuvieran recogiénolas y dejaran en paz a la familia; aunque mucho más perversos eran los Lemures, de los que se suponía que eran las sombras de aquellos que habían muerto antes de su momento, bien ajusticiados o bien asesinados. El padre Feijoo, al hablar de los duendes en su *Cartas eruditas*, escribía categóricamente: «No son ángeles buenos ni ángeles malos, ni almas separadas de los cuerpos, sino unos espíritus familiares, semejantes a los lemures de los gentiles.»

Desde siempre, a los duendes se les ha considerado seres intermedios entre los espíritus más elevados (los ángeles y similares) y el hombre. Los ocultistas medievales, procedentes en su mayoría de la Cábala, dividían a los seres invisibles en:



- Los ángeles y toda su jerarquía celeste (incluidos los «dioses» de los pueblos antiguos).
- Los diablos y toda su corte demoníaca (así como a los llamados «Ángeles Caídos», situados en una categoría distinta a estos demonios).
- Las almas de los muertos o fantasmas.
- Los Espíritus Elementales de la Naturaleza.

Dándose la curiosidad de que a los duendes, según diversos autores y según zonas geográficas, se les ha encuadrado en las cuatro categorías, aunque preferentemente como demonios de poca monta y, sobre todo, como elementales o espíritus de la naturaleza, vinculados especialmente al elemento tierra, tanto de la superficie como de su interior.

Algunos investigadores, profundizando más en las íntimas conexiones de todos estos seres y apoyándose en las antiguas enseñanzas, dicen que al ser humano, desde casi el mismo momento que tiene un alma individualizada, le siguen tres entidades:

- Su ángel de la guarda o custodio, a modo de Pepito Grillo o la voz de la conciencia, que le acompaña durante toda su vida.
- Su diablillo particular, encargado del lado oscuro de su mente, que asimismo le acompaña toda su vida.
- Su espíritu elemental, o genio individual (generalmente un duende o un hada), que le acompaña hasta la edad aproximada de siete años y que le sugiere, a modo de voz interior, aquello que debe evitar por ser peligroso para su vida. A partir de esa edad, este papel lo cumple a la perfección su particular ángel de la guarda, ya que es el momento en el que se encarnan sus principios superiores.

Esta trinidad juega un papel equilibrante, al estar conectado cada ser a un eje de la existencia humana, que, desde el enfoque cristiano, serían: los cielos, los infiernos y la tierra.

No hay que olvidar que siempre han tenido la consideración de ser los dueños o señores de las casas (aunque molestos), y etimológicamente así se han considerado en el País Vasco. El vocablo duende parece derivar de la voz *duendo*, y ésta a su vez del céltico *deñeet* (domesticado, familiar), existiendo dos acepciones distintas del mismo:

- La de duende, propiamente dicho, ser fantástico de pequeña estatura.
- La de fantasma, espíritu o aparecido que se materializa en determinadas circunstancias y que viene a ser una especie de doble energético de una persona fallecida.

Y, como veremos, el mundo de los muertos es muy difícil de desligar del mundo de los duendes o de los elementales, entre otras cosas porque los dos proceden del llamado mundo astral, dimensión ésta poco conocida con la que estamos, sin embargo, íntimamente interrelacionados al decir de algunos esoteristas, pues un componente esencial de nuestro organismo, el cuerpo astral, también participa de esta dimensión, por otros llamada «cuarta dimensión», pero teniendo claro que no se trata de un lugar lejano, sino de «este» lugar y cuyo proceso es inmanente a nosotros.

Tan imbricados están los duendes con las almas en pena, que en aquellas zonas donde no existe una clara creencia popular en duendes, follets o trasgos, se atribuye a las almas de los antepasados familiares ya muertos los ruidos nocturnos del hogar y los fenómenos anómalos que se produzcan (como ocurre, por ejemplo, en la comarca del Pallars o en algunos pueblos de Vizcaya). Para el gran folclorista asturiano Constantino Cabal, no hay ninguna duda de que los duendes eran muertos: «Consta, porque son muertos todavía en numerosos lugares y así, en los pueblos del Norte, los juzgan almas en pena que vivieron sin rienda en este mundo y están ahora condenadas a peregrinar por él», y muertos son también para Cabal los enanos, los gnomos, las hadas, los diaños... apreciación ésta con la que no podemos estar totalmente de acuerdo.

Hemos utilizado la terminología genérica de duendes domésticos para referirnos a grupos tan diferenciados como los trasgos, los füllets, o al resto de duendes, con sus respectivos y numerosos nombres locales de los que hemos podido tener constancia al realizar nuestra investigación -aproximadamente unos setenta-, poniendo sobre aviso al lector respecto a tres importantes cuestiones:

- Todos los duendes domésticos que vamos a mencionar proceden originariamente del grupo llamado «elementales de los bosques» que, en un momento dado, decidieron voluntariamente separarse de sus

congéneres más allegados (como los «Diablos burlones») y acercarse a los hogares humanos, movidos en gran parte por su curiosidad y por los adelantos tecnológicos que apreciaban en los hombres. Al estar dotados de inteligencia y sensibilidad, pueden llegar a coger odio a una familia o, por el contrario", desarrollar una cierta simpatía o afecto hacia la misma, hasta el punto que la pueden seguir de un lugar a otro. Este carácter ambivalente del duende es una constante en todas las historias en las que intervienen: son leales con la casa que escogen e incluso aman (en el sentido que ellos lo entiendan) a sus miembros, pagando sus atenciones y sus ofrendas con todos los beneficios que un duende puede dispensar, que son muchos si quiere. En cambio, si lo maltratan verbal o físicamente se puede convertir en el ser más vengativo que uno pueda imaginarse y procurará hacer la vida imposible a la familia. Encontraremos varios ejemplos de este proceder, muy característico de todos los «elementales», siendo el más extremo el del Gorri - Txiqui vasco.

- Este desmedido afecto por algunas familias, que les obliga a seguir las, es lo que ha provocado la extensión y difusión de los duendes por zonas de España poco recomendables y propicias para ellos a priori, al estar exentas de las características de sus hábitats de origen, o sea, de vegetación y frondosidad, pero lo cierto es que evolucionaron y se acomodaron con mucha rapidez a los cambios sufridos y hoy podemos hablar de duendes, en sus más diversas, categorías, repartidos por toda la geografía española (así como por la del resto de Europa e Hispanoamérica) con la utilización de este singular método.

- La distribución geográfica de las apariciones de duendes en España es bastante curiosa, pues, por lo general, van disminuyendo en dirección Norte a Sur, así como de Este a Oeste. En las zonas megalíticas costeras y en los litorales son, generalmente, mucho más abundantes, siendo más pobres, en cuanto a sus leyendas, en las dos mesetas centrales, en Aragón y La Rioja. Esta singularidad geográfica es muy similar respecto al resto de seres sobrenaturales, especialmente de las hadas.

## ¿POR QUÉ A UN DUENDE LE RESULTA ATRACTIVA UNA CASA?

Como el resto de los seres mágicos asociados al «entorno de la penumbra», los duendes sólo se manifiestan al anochecer, período en el que desarrollan una intensa actividad. Bromistas y descarados, gustan de gastar bromas pesadas de forma especial a quienes duermen, haciéndoles cosquillas con sus dedos fríos, quitándoles la manta y la sábana o tapándoles la nariz, para dificultar su respiración. Algunos, como los tardos, son peligrosos para los niños y para los adultos, en tanto que otros apenas pueden hacer otra cosa que dar pequeños sobresaltos a los humanos que encuentran a su paso.

Como, en el fondo, lo que les gusta a los duendes es la diversión, disfrutan bailando por toda la casa, saltando en los tejados, arrojando piedras y arrastrando, a veces, cadenas. En ocasiones, su descaro llega hasta el punto de usar como monturas a los durmientes. Sus lugares favoritos son los desvanes, las cuadras y las cocinas, donde construyen sus entradas o puentes de contacto entre su dimensión astral y nuestra dimensión física. Perezosos y gandules, es cierto que hay pruebas de que ayudan a determinadas personas en las labores de la casa, pero siempre a cambio de algo. En ese sentido, se sabe que se les puede convencer ofreciéndoles un cuenco lleno de leche o dándoles alguna que otra golosina, pero nunca ropa o vestidos, como luego veremos.

Los duendes no abandonan el lugar en el que viven, salvo que los dueños de la casa quiten de la misma todo aquello que pueda hacer que les guste. El problema es descubrir qué es lo que les hizo venir, ya que no debe olvidarse que los duendes pueden ser convocados, consciente o inconscientemente, por el ser humano y, por consiguiente, pueden estar agazapados (el). espera de encontrar el momento idóneo para manifestarse. Así, una casa puede estar infestada de duendes y éstos no aparecerán hasta el momento en que, por ejemplo, un cambio en la decoración o en el mobiliario la convierta de golpe en un lugar enormemente atractivo para ellos. Estamos hablando de casas rurales y campestres porque, por lo que se refiere a las ubicadas en las grandes ciudades, suelen huir de ellas como gato escaldado. Aborrecen el ruido, la contaminación y todo aquello que no sea puro y natural, aunque existen varios casos célebres de duendes que han desarrollado sus trastadas en viviendas urbanas.

Los autores tenemos serias sospechas de que uno de los elementos que interactúa para que a un duende le sea más atractiva una casa, masía, desván, cocina o establo, con preferencia a otro cualquiera dentro de la misma población, es el relativo a los cruces telúricos (más recientemente llamados redes Hartmann). Así como la reina de un hormiguero elige construir su ciudad en el centro de un cruce de dos líneas telúricas o fuerzas energéticas terrestres, o así como un perro gusta de acostarse en los lugares menos perniciosos o geopatógenos de estas invisibles bandas (al contrario que los gatos, que se recargan con estos focos energéticos), también creemos que los duendes domésticos y otros seres invisibles prefieren aquellos habitáculos que irradian una especial

densidad vibratoria que les permite conectar inmediatamente con su longitud de onda y, por tanto, con sus gustos y sensibilidad. Son entradas o lugares que la cultura china llamaba zonas de subida de demonios. No deja de ser curioso que en una de las calles de Barcelona, en concreto la calle Basea, situada en el casco antiguo de la ciudad, y siempre según la tradición popular, se localizase una casa enduendada o encantada, que comunicaba directamente con el «infierno», un lugar por donde los demonios podían entrar y salir libremente, hasta el punto que las gentes que pasaban por dicha calle se persignaban y prohibían a los niños que se acercasen por allí.

De todo lo expuesto hasta aquí, se infiere que, a pequeñas y grandes escalas, estas zonas especiales existen en todas las partes del mundo, algunas de tal envergadura sociológica que se ha afirmado que son lugares mágicos porque habitan los llamados *genius locis*, o genios locales, debido a que en ellos se producen en mayor medida esas confluencias de energías cosmotelúricas que les hace susceptibles de provocar cualquier tipo de manifestaciones paranormales.

Por último, también pensamos que para que un duende se manifieste en una determinada vivienda, haciéndose sentir con todas sus consecuencias, se requiere al menos una materialización parcial de este ser, pues es evidente que los objetos se mueven por la acción de algún ente que, si bien invisible para nosotros, debe estar suficientemente materializado o corporeizado para llevar a cabo sus fines en este medio físico, por lo que sólo pueden producirse dichas manifestaciones en presencia, o bajo los efectos, de un ser vivo (que puede ser el dueño de la casa, el hijo, la criada, o quien fuere), dotado de condiciones mediúmnicas. Estas personas, junto con las demás circunstancias descritas, son los que, a nuestro juicio, hacen de puente entre nuestro mundo y el suyo, los cuales, recordemos, están superpuestos. Cuanto mayor sea el poder psíquico del viviente -del que la gran mayoría de las veces no es consciente-, mayor grado de presencia en la casa tendrá el duende en cuestión y más fácilmente será visible su cuerpo energético para el resto de la familia y otros eventuales testigos.

## TIPOLOGÍA y VARIEDAD

Existe una variedad increíble de duendes, aunque solamente nos circunscribamos a España. Sin embargo, aunque su número ha disminuido, toda vez que también a ellos les afecta el progreso de los hombres, en lugares alejados de las ciudades todavía es posible encontrados inquietando a los pobres campesinos que tienen la desgracia de que su casa les resulte atractiva. Con todo, los duendes se han adaptado al mundo moderno de muy desigual forma, si bien algunos, como los tardos y los trasgos, han conseguido un notable éxito en su adaptación y es fácil sufrir sus implacables bromas y travesuras. Otros se han transformado o disfrazado de personajes en los cuales los humanos estén dispuestos a creer, puesto que son conscientes de que ya en los duendes apenas nadie cree en esta época tecnológica, y por eso, gracias a sus facultades transformistas, pueden hacerse pasar por tripulantes de OVNIS, visitantes nocturnos o lo que se tercié. La transformación de estos seres en otras variadas formas, sobre todo de animales, es algo característico del mundo del que proceden. En nuestro mundo físico y material, todas las formas son estables y no suelen cambiar con facilidad, pero en el «mundo astral» o «mundo de los deseos» es muy distinto, porque, según afirman casi todas las doctrinas herméticas, allí las formas cambian a voluntad de la vida que las anima, y los «elementales» en general, como habitantes de ese plano, tienen esta facultad de modificar su forma, aunque, como iremos viendo en las páginas de este libro, suelen inclinarse siempre por algunas muy concretas y determinadas.

Debido a estas circunstancias, los autores hemos tenido difícil el clasificar a estos pequeños seres, principalmente porque en ocasiones es casi imposible rastreados y mucho menos distinguidos de otro tipo de manifestaciones, y sobre todo porque su recuerdo se ha ido perdiendo en muchas zonas y regiones españolas. Además, por si esto fuera poco, hay una absoluta falta de claridad y unidad de criterios entre los pocos que se han ocupado de estudiar este fenómeno en el pasado.

Por tanto, para una mayor comprensión, decidimos crear tres grupos fundamentales, teniendo en cuenta que, como hemos visto, y como denominador común, todos ellos están asociados de una manera directa a los hogares de los seres humanos:

### 1º Duendes domésticos

Viven en el interior o en los alrededores de las casas humanas, donde se manifiestan preferentemente de noche, momento en el que aprovechan para jugar y divertirse. Algunos pueden llegar incluso a colaborar con los hombres, y es frecuente que, además de traviesos, puedan ser muy molestos. Serían los trasgos, follets y duendes en general, que llegan a alcanzar el medio metro de altura, actúan siempre en la oscuridad o por la

noche, huyendo del sol, amando, sin embargo, la luz de la luna o de los pequeños candiles, y esto es así porque, al parecer, las descargas de los vientos fotónicos, emanadas del sol, lastiman su piel etérica, como a nosotros una fuerte tormenta de arena la piel física. Sobre todo, cometen sus fechorías amparados en su invisibilidad, norma que rompen pocas veces, pero las suficientes para que nos hayan llegado algunos datos fragmentarios sobre su aspecto físico. Pueden cambiar de forma a voluntad, pero normalmente se manifiestan como hombrecillos bien proporcionados, salvo la cabeza, que es mucho más grande en relación con el resto de su cuerpo. Reseñable es también el matiz diferenciador existente entre trasgos, duendes y follets, ya que, a pesar de pertenecer al mismo grupo, forman familias separadas. Los primeros -los trasgos- prefieren escoger casas más campestres y rurales, habitando en desvanes o cuadras, a diferencia de los duendes, que son mucho más señoriales (o señoritos) y gregarios. A éstos les gusta habitar, o al menos manifestarse, en hogares más refinados, con más nivel de desarrollo y muchas veces ubicados en ciudades o villas muy pobladas. Los duendes son, por lo general, más inteligentes que sus parientes los trasgos, no tienen agujero en la mano, no cojean y visten ropas más ostentosas, siendo sus bromas mucho más crueles. El follet participa de las cualidades de unos y otros, manteniéndose en un justo término medio en cuanto a sus contactos con el género humano, pues, por un lado, sí tienen agujero en la mano y, por consiguiente, se les conjura como a los trasgos, pero, por otro, siguen a los dueños de la casa, como hacen preferentemente los duendes.

## 2º Diablillos familiares

Considerados como duendecillos, generalmente con aspecto de diablillos, están ligados no a una casa, sino a una persona, a la que ayudan, convirtiéndose ésta en su dueño. Como tal, puede venderlos, transmitidos en herencia, cederlos, etc. La forma de conseguidos es, por tanto, muy variada: pueden ser «fabricados», capturados, recibidos como regalo, comprados e incluso invocados mediante determinados rituales secretos, razón por la cual están muy vinculados históricamente a la brujería. Respecto al tamaño que adoptan, son extremadamente pequeños, ya que caben varios de ellos en un acerico o alfilerero. Actúan en colectividad y, prácticamente, su rastro ha desaparecido en la época actual.

## 3º Duendes dañinos de dormitorio

Extraña familia de duendes (utilizando esta palabra con ciertas reservas) individualistas y agresivos, viven de absorber la energía vital a los seres humanos y de tener contactos carnales con ellos, provocando pesadillas y enfermedades a los que eligen como víctimas, sobre todo a los niños y mujeres. Actúan generalmente en casas solitarias, donde construyen sus guaridas, y su presencia, por fortuna, es menos abrumadora que la de los domésticos. Su tamaño oscila desde unos pocos milímetros hasta el medio metro, pudiendo adoptar formas muy variadas, desde grandes manos peludas, perros negros, enanos o pequeñas formas indefinidas. Hemos hecho dos sub categorías dentro de este grupo para entender mejor su complejidad: duendes vampirizantes y duendes lascivos o íncubos.

Además, hablaremos de los «Minúsculos Malignos», que se introducen en el interior del organismo humano para provocar algunas dolencias, aunque lo vamos a hacer con las reservas que en su momento comentaremos y sin cuya presencia no estaría completa una obra de estas características.

## PERO ¿EXISTEN LOS DUENDES?

Existe una tendencia generalizada a no creer en nada que tenga que ver con hadas, duendes, fantasmas, ovnis, etc., es decir, en todo aquello que no pertenezca a un mundo lógico, cartesiano, positivista, científico y racional. Algunos folcloristas actuales, como Luis de Hoyos Sáinz y Nieves de Hoyos Sancho, manifestaron claramente que no creían en ellos, utilizando para refutar su existencia argumentos tan pueriles como éste: «Naturalmente, los duendes no se han visto más que por algunas familias alucinadas o por los niños. Evidentemente, existe una influencia de la pubertad en este tipo de alucinaciones o supersticiones, así como el sexo, ya que hay estadísticas que dan un 95 por 100 de chicas que han visto duendes, mientras que para los muchachos sólo queda el 5 por 100».

Adriano García-Lomas tampoco creía en ellos, y trata el mito como alucinaciones de la gente sencilla de campo y, de todas las maneras, como algo ya pasado; para otros, sin embargo, la cuestión no es tan simple, y más cuando su presencia es tan escandalosamente abrumadora en toda España, llámense trasgos, duendes o follets, con cientos de relatos y leyendas que han dejado -y van dejando- a su paso.

Incluso el escéptico padre Feijoo, que cuenta varios casos de duendes falsos en las casas, escribe en sus Cartas eruditas:

No obstante, se puede sostener, en uno que otro caso rarísimo, la intención auténtica del Trasgo en los negocios del hombre.

Y se refiere en concreto a uno que fue famoso en Barcelona, el de un militar que llegó a esta ciudad procedente de Sevilla, seguido por un duende ya casi amigo suyo que no quiso abandonarlo. Fue tras él, y en la Ciudad Condal protagonizó mil travesuras y trastadas -propias de un Trasgo- incluso a sus compañeros de cuartel. Para que Feijoo admitiera este caso como excepción a la regla general, imagínense cuáles debieron ser las andanzas del dichoso trasgo.

Lo cierto es que, en las zonas rurales, los incrédulos de la existencia de estos seres eran muy pocos hace un siglo o más; y lo decimos con esta rotundidad por los testimonios escritos que hemos podido recoger a lo largo y ancho de todo el folclore español, y porque en el acervo mitológico de los pueblos (y no sólo de España) está comúnmente aceptado, en su inconsciente colectivo, que existe todo aquello que tiene nombre -y los duendes siempre los han tenido-, creencia ésta que revela una interesante concepción del mundo, que tiene sus orígenes en la noche de los tiempos y que aún hoy en día sigue siendo aceptada, por ejemplo, en muchas poblaciones del País Vasco, donde todavía se conserva una sentencia popular, referida a todos los seres fantásticos en general, que reza: «No hay que creer que existen, pero nunca hay que decir que no existen», la cual, de una forma directa, se relaciona con aquella otra de Galicia, archiconocida, y referida a las Meigas de que «yo no creo en ellas, pero haberlas haylas».

Para Antonio de Torquemada, que recogió varios casos de duendes en su interesante obra jardín de flores curiosas, publicada en 1570, no hay duda de su existencia:

Si queremos hablar de trasgos, será para nunca acabarse y ninguna cosa me dirán de ellos que yo no lo crea, pues es tan fácil para ellos todo lo que hacen, así oyéndolos como mostrándose en diversas formas, que unos dicen que lo vieron en figura de fraile, otros de perro, otros de simio...

En todo caso, creamos o no en su existencia, es preferible que nunca tengamos que salir de esa duda de la manera relatada en este breve cuento inglés, atribuido a la pluma de George Loring Frost, publicado en 1923:

Al caer la tarde, dos desconocidos se encuentran en los oscuros corredores de una galería de cuadros. Con un ligero escalofrío, uno de ellos dijo:

- Este lugar es siniestro. ¿Usted cree en fantasmas?
- Yo no -respondió el otro-. ¿Y usted?
- Yo sí -dijo el primero, y desapareció

## ACERCA DEL DUENDE FEMENINO

En algunos países -como los eslavos-, existe entre su folclore un espíritu doméstico femenino llamado, en este caso, *Kikimora*, que ayuda al ama de casa, sobre todo cuando ésta es hacendosa en sus labores del hogar, pero si es holgazana le trae de cabeza con sus diabluras, entre las que se incluyen hacer cosquillas a los niños por la noche para provocar que lloren y tengan que levantarse a acunarlos. Principalmente, *Kikimora* ayuda cuidando de las aves del corral y en otro tipo de faenas domésticas. En determinadas regiones rusas son consideradas las esposas de los Domovoi (de dom: casa).

A los duendes de las tradiciones indogermánicas y célticas se les denomina con el término genérico de Alfars o Elfos) y tienen también su contraparte femenina, las Discas. En Gran Bretaña cuentan con las «Sedosas», duendes femeninos vestidos con seda blanca que realizan todo tipo de faenas en las casas, levantando dolores de cabeza a las criadas holgazanas. Existen numerosos relatos sobre ellas en Newcastle ya entrado el siglo XX, sin olvidar que en las antiguas sagas irlandesas se suele mencionar a una «Señora de los duendes» (Leanhaun Shee) que intercedía entre los amantes desavenidos, así como la Banshee protectora de algún clan o árbol genealógico escocés e irlandés.

Incluso de una variante de duendes, como son los perversos trolls, trollos o trows, muy populares en diversas regiones de Alemania, Dinamarca, Noruega o Irlanda, se habla de sus hembras, o trolls femeninos, a las que



consideran como las causantes del mal tiempo y de las tempestades, cabalgando en las nubes negras, algo similar a lo que ciertas leyendas de Asturias atribuyen a las nuberás.

En España no hemos encontrado ninguna referencia a las duendas o duendecillas, lo que no quiere decir que todos los duendes que mencionamos en esta obra hayan nacido por generación espontánea o de la nada. Lo que ocurre es que en estas latitudes, por alguna razón que desconocemos, la contraparte femenina no gusta de frecuentar los hogares humanos españoles, manteniéndose alejada de ellos, tal vez dedicadas a la crianza de sus hijos, estando relacionadas, sin duda, con el llamado Mundo de las Hadas) o espíritus femeninos de la naturaleza, más vinculadas a las cuevas, las fuentes o los árboles que a las casas de los hombres.

## EL TABÚ DE LA SAL Y EL GORRO

Tanto los trasgos como los follets -que viven en lugares eminentemente marítimos y están, por consiguiente, rodeados por el mar-, como el resto de los duendes domésticos, tienen un miedo visceral y reverencial al océano. No hemos encontrado ninguna leyenda en que se relacione, directa o indirectamente, a estos duendes con el mar, y sí, por el contrario, muchas donde se ubican sus hazañas y travesuras en los ríos o cerca de las fuentes, pero siempre donde fluya agua dulce. La razón es más sencilla de lo que parece: para todos los seres sobrenaturales asociados al elemento tierra -entre ellos, los duendes- la sal es un tabú inquebrantable y, por lo tanto, les está rigurosamente prohibido, por leyes internas que nos son desconocidas, adentrarse en el mar o en todo aquello que contenga esta sustancia. Incluso su consumo estaba prohibido en los banquetes que las brujas se daban en sus reuniones sabáticas. Para comprender esto es preciso destacar la importancia que adquiere la sal como señal de purificación en ceremonias que aún están presentes en diversas culturas.

Es sabido que una de las condiciones que ponen algunas hadas para casarse con mortales es que no tengan ante su vista ni se les mencione verbalmente la sal, como ocurre en la isla de Madagascar. En Japón se la considera inmemorialmente como potente purificador, y en algunas localidades esparcen cada día sal por el umbral y en el interior de su casa, sobre todo tras la partida de una persona poco agradable. Los campeones de «sumo» (lucha tradicional japonesa) la esparcen sobre el cuadrilátero antes de los combates en señal de purificación y de que el combate se desarrolle con espíritu de lealtad.

En el plano astral, posiblemente los efluvios que emite la sal deben ser sumamente desagradables para algunos «elementales», como los duendes, que les desanima de visitar lugares donde de una forma o de otra la utilicen contra ellos. Así, al Arantziliak, uno de los aguerridos duendes vasco-navarros, se le conjura con un sencillo pero eficaz ritual de sal.

No está de más recordar que la sal es un tabú sagrado para el demonio y todas sus variantes (como, por ejemplo, los «diablos burlones»), hasta el punto que en Galicia existía hasta hace poco la costumbre de poner granos de sal alrededor de una persona muerta para que no se llevase su alma el demonio.

Un irlandés muy conocedor de las costumbres del «buen pueblo», explicó al investigador norteamericano Walter Wentz que «ellos nunca prueban nada que tenga sal, sino que únicamente comen carne fresca y beben agua pura».

Un rasgo común dentro de la indumentaria característica de los duendes es la de estar tocados por un inseparable gorro colorado, aparte de que el resto de su vestimenta sea preferentemente de ese color, al igual que ocurre con la imagen clásica y muy tópica de los gnomos. Pero, ¿tiene alguna función ese gorrillo en nuestros duendes domésticos? Aparentemente su finalidad es decorativa, y en nuestras leyendas apenas se le menciona y mucho menos se dice para qué sirve, aunque no siempre es así...

En antiguas mitologías, se asociaba la captura del gorro del gnomo o del duende con la búsqueda de tesoros escondidos: quien lo poseía tenía el don de localizar estas riquezas ocultas, así al menos lo cuenta Petronio en su Satiricón, sin citar a duendes pero sí a íncubos.

Todo esto indica que el gorro tiene propiedades mágicas inusitadas, y cabe preguntarnos ¿qué sucede si no tuviera puesto su gorro? El folclorista Jove y Bravo recoge una leyenda asturiana donde un aldeano, de nombre Manolín, logra por fin coger el gorrito del duende que cada noche le daba la paliza y le mortificaba tirándole de la colcha. El duende, medio lloroso, le imploró:

-¡Dame el guetu, Manolín!

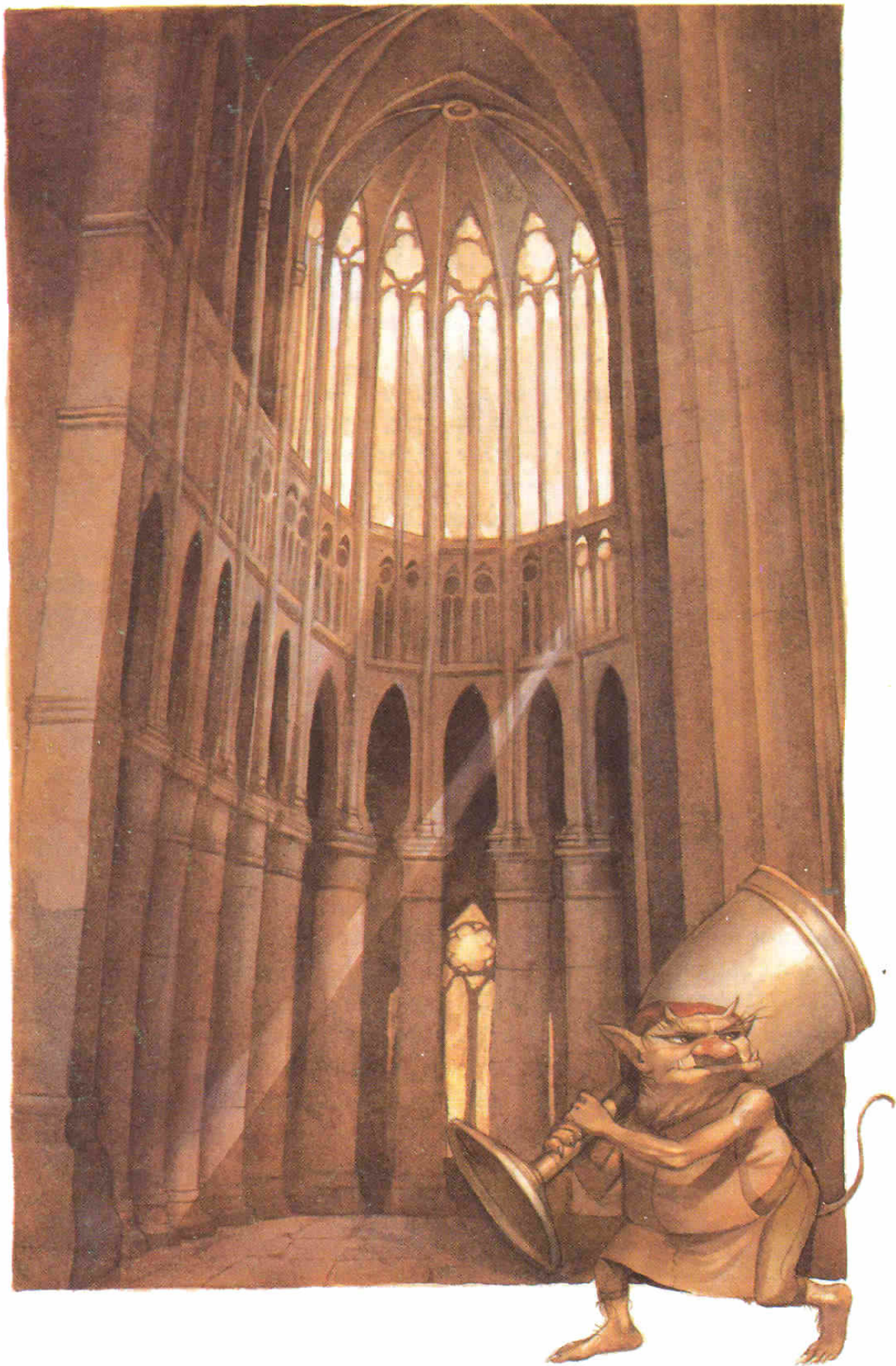
Y Manolín que si quieres, hasta que, ya muy lastimero, el duende exclamó:

- ¡Manolín, dame el guetu, que amanez!

Se lo dio, y el duende entonces no volvió a presentarse en aquella casa, lo que significa dos cosas: que a la del alba tienen que estar en sus guaridas subterráneas -o al menos ocultas del sol- y que sin su caperuza pierden alguna de sus virtudes esenciales y vitales. Sin el gorro, tal vez, tendrían problemas de supervivencia en nuestro

mundo y en el suyo; por lo tanto, su gueto, gorro o caperuza, es un talismán para ellos y bajo ningún concepto lo olvidan o lo prestan. En el caso de la aventura de Manolín, si éste no se lo hubiera devuelto a tiempo, es seguro que malas consecuencias les hubiera deparado a los dos.





La iglesia se ha empeñado desde siempre en contar, clasificar y poner nombres a todas estas criaturas, que ni eran tan malas para condenarlas ni tan buenas para salvarse. Se las ha llamado demachíños, diablillos, dimonis, abelurios, cachanos, rabudos, diaños, rabenos, demontres, resalgarios, perellós, mengues, martinicos ... nombres, todos ellos relacionados con la etimología o los atributos del demonio.

## *La Iglesia y los duendes-demonios*

Hecho me has imaginar  
que los que llamas pretendes  
demonios son estos duendes  
que suelen siempre habitar ,  
el mas oscuro lugar.

LOPE DE VEGA:  
*La burgalesa de Lerma*

**E**RA y es frecuente, en la España de antaño y hogaño, asociar al duende con el demonio. Así lo hemos visto hasta ahora y lo seguiremos comprobando en las siguientes páginas del libro. Lo cierto es que con la llegada del cristianismo, y sobre todo en las épocas oscurantistas, timoratas y supersticiosas de la Alta y Baja Edad Media, el cristiano viejo, a través de clérigos y teólogos, fue considerando a los antiguos dioses lares del paganismo como demonios de poca monta que ocupaban su sitio dentro de, la infinita jerarquía de las huestes infernales. Los demonólogos clásicos de los siglos XV, XVI y XVII recogieron en sus obras algunos incidentes propios de duendes caseros y los atribuyeron a los demonios, yeso por varias razones, entre las que se encuentran el aspecto físico con el que eran descritos, sus tremendas fecharías y, sobre todo, porque dentro del santoral cristiano no tenían cabida seres no angélicos que rehuían toda clasificación y además se comportaban de un modo tan aparentemente hostil para el ser humano.

Francisco Botella de Moraes, en su *Historia de las Cuevas de Salamanca* (1737), repetía que «en la común opinión los duendes se llamaban demonios». Lógicamente, al ser considerados de esta guisa, no tardó mucho en asociárseles con las brujas y todo su lóbrego mundo; sólo a partir de los siglos XVIII y XIX, cuando la creencia en la brujería cayó en el más absoluto de los descréditos, los estudiosos de estos fenómenos Se dieron Cuenta que seguían existiendo numerosos testimonios de duendes en el interior de las casas, ajenos ya a pactos con Satán y desvinculados totalmente de la brujería. Sin embargo, la evidencia siempre ha estado ahí: de la enorme legión de demonios en que se creía antiguamente –y que ciertos teólogos se encargaron de contar y divulgar-, el único que aún, sigue gozando de alguna credibilidad es el duende doméstico, el mismo que sigue dando guerra en el siglo XX, utilizando similar treta que, según dicen, tiene el mismísimo demonio: hacernos creer que no existe.

Pedro Sánchez Ciruelo, autor de *Reprobación de las supersticiones y hechicerías* ( 1539), considerado el primer libro sobre brujería que se publicó en castellano, cimentándose su fama durante más de un siglo en el prestigio de su autor (el cual fue durante treinta años inquisidor de Zaragoza), decía, al referirse a ellos:

Más porque hemos dicho que una de las maneras en que el diablo se aparece a los nigrománticos es haciendo estruendos y espantos por las casas, de día y de noche, aunque no lo vean los hombres (...) y hace roídos y estruendos y da golpes en las puertas y ventanas y echa cantos y piedras y quiebra ollas y platos y escudillas y hace otros muchos males por casa. Algunas veces no quiebra cosa alguna, mas revuelve todas las presas de casa y no dexa cosa en su lugar. Otras veces, viene a la cama donde duermen las personas y les quita la ropa de encima y les hace algunos tocamientos deshonestos; y de otras muchas maneras les hace miedos y no les dexa dormir reposados (...), y mientras dura aquella dexación en aquella casa (...) pongan cruces de ramos benditos o de candelas benditas en todos los lugares de la casa y tengan siempre en ella agua bendita.

El origen de los duendes lo encontraban, como hemos visto, a falta de mayores argumentos, en la rebelión de los ángeles, parte de los cuales, al ser precipitados desde el cielo, se quedaron unos en el aire y otros en la tierra, en un estado intermedio. Igual creencia existe sobre las hadas, si bien, con los duendes, los teólogos llegan aún más lejos, manteniendo que el diablo es cojo porque se rompió una pierna cuando cayó desde tan alto y, por supuesto, tiene cuernos y rabo, con lo cual ya tenemos a nuestro ibérico trasco o diablillo cojuelo, por ejemplo. Incluso en un manual para exorcistas escrito por el padre Benito Remigio Noydeus, éste decía así a sus lectores en el año 1668:

La experiencia enseña que hay demonios que, sin espantar ni fatigar a los hombres (porque Dios no se lo permite ni les da mano para ello), son caseros, familiares y tratables, ocupándose en jugar con las personas y hacerles burlas ridículas. A éstos llamamos comúnmente trasgos o duendes, los franceses los llaman Guelicos; los italianos, Farfarelli, y los gentiles, supersticiosamente, los veneraban por dioses caseros, llamándoles Lares y Penates.

Los teólogos españoles de los siglos XVI y XVII, como estamos comprobando, creían en estos seres como los causantes del movimiento de los objetos y misteriosos ruidos que se oían en algunas casas, haciendo referencias a ellos en sus obras; destacan, sobre todo, Francisco Torreblanca y Villalpando, autor de *Iuris Spiritualis*; el padre Martín del Río, autor de *Disquisitiones Magicae*; el filósofo y teólogo Pedro de Valencia, autor del Discurso sobre las Brujas y cosas tocantes a Magia) que fue discípulo de Arias Montano; el padre Fuentelapeña y su inapreciable obra *El Ente Dilucidado*, y, por último, salvando las distancias, el padre Benito Feijoo que ataca todo lo divino y todo lo humano, en cuanto a supersticiones y bichos se refiere, en su *Teatro crítico universal*.

Pedro de Valencia fue el que escribió:

Crear que hay demonios o ángeles malos no sólo los cristianos católicos lo creemos, sino todos los herejes, los judíos y los moros, y lo entendieron así muchos filósofos gentiles y el vulgo de los gentiles en general, mayormente los romanos. Esto no es menester probado, que se puede hacer un gran libro de solas alegaciones y es ignorancia muy fea para cualquier hombre de letras el dudar de esto.

Y no sólo algunos teólogos de nuestro Siglo de Oro aseguraban que su existencia era cierta. Así un místico de la talla de San Juan de la Cruz sufrió en propia carne la impertinencia de los duendes, que no le dejaban dormir, hasta el punto de que una noche, cuando salía de su celda, se le enredaron entre los pies, haciéndole caer al suelo; así lo cuenta al menos Carmelo Lisón Tolosana en su obra *La España mental*.

De las obras de los teólogos más eruditos se desprenden varias conclusiones, a saber:

1. Creían en la realidad de los duendes como demonios de poca categoría, tal como hemos comentado anteriormente.
2. Que estos duendes en particular eran caseros, es decir, domésticos.
3. Que armaban en las casas varios estrépitos, gritando, gimiendo o riéndose.
4. Que se les consideraba como guardadores de tesoros fingidos, los cuales se convertían en carbones cuando pasaban a poder del hombre.
5. Que tenían semejanza con ciertos númenes domésticos y secundarios de la antigüedad clásica (Grecia e Italia), y con los espíritus de los muertos especialmente.
6. Que era posible la traslación local por los aires de estos seres.

Hemos escogido a tres teólogos como muestra de las tres tendencias que, en distintas épocas, fue adoptando la Iglesia o, por lo menos, parte de ella, respecto a tema tan espinoso como era el de los duendes. El padre Martín del Río (siglo XVI) representa la tendencia crédula, aceptando la existencia de estos seres, aunque encuadrándolos en la categoría de demonios. El padre Fuentelapeña (siglo XVII), por su parte, intenta explicar, con argumentos lógicos y a veces inverosímiles, su existencia, llegando a unas muy particulares conclusiones. Y por último, está el padre Feijoo (siglo XVIII), incrédulo en todo lo tocante a magias, brujerías y seres invisibles.

EL PADRE MARTIN DEL RIO:  
Disquisiciones mágicas (1599)

Este jesuita escribió, con toda probabilidad, la obra más completa en su época sobre brujería y maleficios, tan conocida como el *Malleus Maleficarum* («Martillo de brujas»), de Sprenger y Kramer, publicada en 1486. Ambas rebosan de casuística, por lo que aún hoy día son citadas, como en el caso de este libro, para comprobar cómo era el pensamiento religioso predominante en esos siglos de herejías y supersticiones a granel.

El padre Martín del Río (1551-1608), catedrático de Teología en Salamanca, escribe, entre otras cosas, en su obra *Disquisitiones Magicarum*, que las brujas son una infeliz especie, engañadas por los demonios que les obligan a renegar de Jesucristo y, una vez hecha la renuncia de la fe, las marca como sus esclavas y les asigna un Martinillo o Maridillo, que es un ser que las sigue y lleva a los aquelarres, en donde las espera su príncipe, el diablo. De estos engendras hablaremos ampliamente en el capítulo dedicado a los «diablillos familiares».

Su libro le parece a Menéndez y Pelara «el más erudito y metódico y el mejor de cuantos hay sobre la materia»; en cambio, nosotros estamos con Sánchez Dragó cuando afirma que Martín del Río es un individuo de notables tragaderas que «nos habla de monstruos, demonios súcubos y demonios íncubos, de cabrones con alas, de brujas a lomos de escoba y de aquelarres por él mismo presenciados».

Consideramos la obra como una curiosa rareza que, aparte de suministrar datos muy valiosos, contiene notorias incongruencias, las cuales no la deben hacer desmerecer por su valioso estudio de las supersticiones del siglo XVI.

EL PADRE FUENTELAPEÑA:  
El ente dilucidado (1676)

El exprovincial de Castilla y fraile capuchino, Fray Antonio de Fuentelapeña, publicó en 1676 un libro curioso y divertido, bajo el título de *El ente dilucidado*, donde su afán es demostrar o dilucidar a estos duendecillos caseros a base de argumentos y silogismos, diciendo que no son demonios ni espíritus, sino seres aéreos que «quitan y ponen platos, juegan a los bolos, tiran chinitas, aficionándose a los niños más que a los grandes, y especialmente se hallan duendes que se aficionan a los caballos. En Milán es esto cosa muy sabida y experimentada, y un capitán me certificó a mí que sólo en su compañía había tres que cuidaban de tres caballos».

Cuando trata de su naturaleza, llega a la inverosímil conclusión de que estos duendes o fantasmas son animales invisibles «que tienen su primer ser en caserones inhabitados y lóbregos», y que son engendrados y alimentados por la corrupción de los vapores gruesos que en tales lugares se producen, «por falta de habitación, lumbre y comercio que purifiquen el aire».

Asimismo, nos cuenta el padre Fuentelapeña: «Supongo que a estos duendes en Castilla les llaman trasgos, en Cataluña folletos, que quiere decir espíritus locos, y en Italia farfareli.»

Caro Baroja nos hace un gracioso comentario de su libro cuando escribe: «Yo no sé cómo se las arregló nuestro fraile para hablar lo menos posible de los duendes en las 486 páginas a dos columnas de que consta. Está escrito con arreglo a la más rancia de las escolásticas (...) Se refleja en él una curiosidad morbosa por cuestiones sexuales, sobre todo en la segunda sección, donde Fuentelapeña habla con visible gusto, y sin tener que decir nada de provecho, del sexo en sí, de la causa sexual de los monstruos, de los hermafroditas, de los partos monstruosos y de otros extremos poco agradables de mencionar.»

A modo de conclusión, vamos a recoger una descripción física de los duendes, según lo que le relataron a Fuentelapeña ciertos testigos oculares, acorde con la versión popular que sobre los mismos tenían sus conciudadanos, que se podría resumir en estos requisitos:

1. Tienen figura humana.
2. Suelen aparecer con hábitos de religiosos.
3. Duermen, pues se les oye de noche y no de día.
4. Se muestran especialmente regocijados con los niños, y no así con los mayores.
5. Los duendes martirizan a los que están dormidos, creándoles pesadillas.
6. Tienen una mano de estopa y otra de hierro, aunque, en esta creencia, Fuentelapeña ve una metáfora «tomada de que unas veces suelen dar más recios golpes y otras más blandos».
7. Al final nos da una definición de los duendes diciendo que «no es otra cosa que un animal invisible, secundum quid o casi invisible, trasteador».



EL PADRE BENITO FEIJOO:  
Teatro crítico universal

Sin olvidamos aún del capuchino, entresacamos ahora algunos jugosos párrafos de esta célebre obra que el benedictino Feijoo escribió entre 1726 y 1740 en forma de discursos, llegando a publicar nueve gruesos tomos que forman en su conjunto el famoso «Teatro», dirigido a un amplio público en tono coloquial. En ellos toca muchas materias, de lo más variopintas, entre las que no podía faltar el mundo sobrenatural y las supersticiones vulgares, a las que se refiere de modo muy escéptico, dedicando su tomo III mono gráficamente a los «Duendes y Espíritus familiares». En esta celeberrima obra se mete con todo bicho viviente, y nunca mejor dicho (pues habla de basiliscos, dragones, unicornios, sirenas...), con su estilo socarrón, no dejando de lado, por supuesto, la creencia en los duendes que tan extendida estaba en su época, atacando a colegas suyos, como el padre Fuentelapeña, y a todo aquel que hablara de estos pequeños personajes como seres reales, pues para Feijoo no existían, y aquellos de los que la gente hablaba no eran otros que humanos que se querían hacer pasar por duendes, a veces con fines criminales. «¡Oh, cuántos hurtos, cuántos estupro y adulterios se han cometido cubriéndose, o los agresores o los medianeros, con la capa de duendes», escribía en la citada obra. Veamos ahora un párrafo, ya clásico, de su *Teatro crítico*:

El padre Fuentelapeña, en su libro del Ente dilucidado, prueba muy bien que los duendes ni son ángeles buenos, ni ángeles malos, ni almas separadas de los cuerpos (...).

Puesto y aprobado que los duendes ni son ángeles buenos, ni demonios, ni almas separadas, infiere el citado autor que son cierta especie de animales aéreos, engendrados por putrefacción del aire y vapores corrompidos. Extraña consecuencia y desnuda de toda verosimilitud. Mucho mejor se arguyera por orden contrario, diciendo: los duendes no son animales aéreos, luego sólo resta que sean o ángeles o almas separadas. La razón es porque para probar que los duendes no son ángeles ni almas separadas sólo se proponen argumentos fundados en repugnancia moral; pero el que no son animales aéreos se puede probar con argumentos fundados en repugnancia física. Por mil capítulos visibles son repugnantes la producción y conservación de estos animales invisibles; por otra parte, las acciones que frecuentemente se refieren de los duendes, o son propias de espíritus inteligentes, o por lo menos de animales racionales, lo que este autor no pretende, pues sólo los deja en la esfera de irracionales. Ellos hablan, ríen, conversan, disputan. Así nos lo dicen los que hablan de duendes, con que, o hemos de creer que no hay tales duendes, y que es ficción cuanto nos dicen de ellos, o que si los hay, son verdaderos espíritus.

Realmente es así, que puesta la conclusión negativa de que los duendes sean espíritus angélicos o humanos, el consiguiente que más natural e inmediatamente puede inferirse es, que no hay duendes. A la carencia de duendes no puede oponerse repugnancia alguna, ni física ni moral. A la existencia de aquellos animales aéreos, concretada a la circunstancia de acciones que se refieren de los duendes, se oponen mil repugnancias físicas.

El argumento, pues, es fortísimo, formado de ésta: los duendes, ni son ángeles, ni almas separadas, ni animales aéreos, no resta otra cosa que puedan ser. Luego no hay duendes.

Lo cierto es que este tono sarcástico y demoleedor se fue haciendo más tolerante en su otra obra *Cartas eruditas*, escritas entre 1742 y 1760, aunque sin seguir creyendo en tales seres, a los que dedica algún que otro ensayo epistolar.

Tanta referencia a estos seres diminutos por parte de los teólogos y jurisconsultos de la época, explica que el teatro, la novela y la poesía del Siglo de Oro se interesase también por ellos e hicieran constantes alusiones a los duendes, sin que por ello éstos quedaran bien parados, pues el mayor hincapié se hacía en las obras de teatro de enredo y de capa y espada, donde era frecuente simular acciones de un duende o trasgo para cometer una fechoría. La obra que posiblemente contribuyó a desacreditar más la idea de los duendes, antes que aparecieran las obras de Fuentelapeña y Feijoo, fue la famosa comedia de Calderón *La dama duende*.

Todo esto demuestra que, se creyera o no en ellos, lo cierto es que los duendes estaban muy presentes en la vida popular, literaria y religiosa de la España de los siglos XVII y XVIII.

## *Casas enduendadas, encantadas y poltergeist*

*Y tiene el duende, en efecto,  
para ti mano de lana,  
para mí mano de hierro.*

CALDERÓN DE LA BARCA:  
*La dama duende*

### CAUSAS POSIBLES DEL FENÓMENO

«**T**ODO el mundo ha oído hablar de los Poltergeist, pero pocos saben que sus ruidos característicos no son debidos a fantasmas ocultistas, sino a una clase concreta de genios domésticos llamados "poltersprites". Son descendientes de los Kobold, y son, como ellos, protecos o cambiantes de forma.»

Con esta frase tan tajante y dogmática comienza la investigadora Nancy Arrowsmith el capítulo que dedica en su libro a estos seres. Nosotros no nos atrevemos a tanto pues sabemos que el asunto es más complejo de lo que a simple vista parece, sin ocultar que nuestra teoría sigue en cierto modo esos cauces.

Las *casas encantadas*, a las que también se les suele llamar «casas infestadas» o «casas afectadas», como definición general, serían aquellas donde, sin causa física aparente, se producen fenómenos de diferente naturaleza. Pueden ser sitios donde ocurren apariciones de fantasmas (ideoplastias), chasquidos, ruidos y golpes (raps), extrañas voces (metafonía), caída inexplicable de piedras (paralitergia o litotergia) u otros fenómenos, a cual más sobrecogedor, como ruidos de cadenas, pisadas siniestras, campanillas que suenan solas (thorbismo), malos olores, (osmogénesis), formaciones luminosas (paraóptica), sonidos musicales (paramelofonía), manchas de sangre (parahematosis), muebles, sillas y puertas que se mueven (telequinesis).

Genéricamente, tres han sido los intentos de explicación de este fenómeno:

- Se deben a causas naturales, como la presencia de ratas y otros animales en los techos, paredes, muebles... o bien son provocados por seres humanos bromistas y con un sentido del humor excesivamente molesto.
- La interpretación espiritista, que los atribuye a personas muertas de forma violenta que prolongan su abreviada existencia terrena en forma, según Paracelso, de «caballos, lemures, espíritus estrepitosos o ruidosos». Serían almas en pena, fantasmas, espectros, ectoplasmas, o cualquier otra manifestación relacionada con el mundo de los muertos.
- La investigación moderna considera que los fenómenos *poltergeist* tienen como origen a un ser humano viviente, con frecuencia una muchacha durante el período de pubertad, con tensiones instintivas reprimidas, tendencias agresivas y demás circunstancias psíquicas, que es la causante involuntaria de los mismos al rechazar el ambiente que le rodea mediante mecanismos de telequinesis. Esta teoría es la más aceptada hoy en día por los parapsicólogos actuales, como el conocido Hans Bender, de la Universidad de Friburgo.

No obstante, hecha esta consideración, existen varios términos que se suelen utilizar como sinónimos para designar los extraños fenómenos, no ordinarios y sin causa aparente, que se producen en algunas casas o edificios: poltergeist, casas encantadas, casas del miedo o casas enduendadas. Pero, desde un punto de vista parapsicológico, las mismas sí tienen una clara diferenciación, y así serán empleadas en este libro.

Como hemos comentado anteriormente, para la doctrina hoy imperante, el *poltergeist*, palabra alemana que traducida significa *duendes burlones*, y más literalmente, un espíritu (*geist*) que produce ruidos (*polter*), es una manifestación física producida por un ser vivo, es decir, un humano, generalmente por un joven, con claros síntomas de desarreglos emocionales que desencadena y exterioriza una *psicorragia* o desplazamiento de

objetos, casi siempre de forma inconsciente, aunque se conoce algún caso, pocos, en que el fenómeno se puede desencadenar de manera consciente por el sujeto cuando éste ha asumido un gran potencial mental que le permite ejecutar tan extraños prodigios. Al poltergeist se le suele denominar también como «psicokinesia espontánea recurrente».

En las casas encantadas ocurrían y ocurren similares fenómenos pero cuya autoría no se puede endosar a un adolescente habitante de la casa, sino a otros seres, por lo general no visibles y no vivos, es decir, a apariciones fantasmales, a extrañas condensaciones de energía, a espíritus, a impregnaciones psíquicas de un suceso violento, etc., que ocasionan el desplazamiento de objetos, la aparición o desaparición de los mismos, fenómenos eléctricos y cosas parecidas. Cuando la autoría es achacable a los duendes o seres similares - normalmente porque hay testigos oculares que les han visto-, a estas casas se las denomina enduendadas, término éste muchas veces difícil de otorgar, participando a la vez del calificativo de *encantadas*.

Para la doctrina espiritista, teosófica o rosacruz, estos fenómenos producidos en los hogares humanos obedecen a varios factores:

- Algunas de estas manifestaciones están producidas intencionadamente por los difuntos, con propósito de ahuyentar al nuevo inquilino de la casa, y ello porque aún no han perdido el sentimiento de propiedad de la que fue su casa y les disgusta enormemente veda ocupada por un extraño.
- Otras veces son efecto de deliberados propósitos de venganza de estos difuntos hacia personas concretas de su familia o amistades que les hicieron algún mal cuando estaban vivos o que les asesinaron.
- Hay casos en que el difunto desea vivamente llamar la atención y no acierta con el medio más adecuado de expresión, porque desconoce todavía las posibilidades del plano astral, y aunque no le animan malas intenciones, provoca incidentes por su torpeza involuntaria. Se podría aplicar aquí el segundo significado de la palabra duende: el de fantasma, como así lo han mantenido algunos autores. Un duende, de acuerdo con la terminología del investigador y especialista en casas encantadas Hans Holzer, «es el recuerdo emocional superviviente de una persona que ha fallecido trágicamente y que no logra liberarse del trastorno emocional que le ata al lugar de su óbito». Para él, duende equivale a fantasma como ser desencarnado que aún no suele saber que ha fallecido.
- En otras ocasiones -y aquí entramos de lleno en el campo de este libro- suele suceder que algún socarrón espíritu de la naturaleza -dotados como están estos seres de facultades imitativas y juerguistas, al estilo de los monos- presencie cualquier manifestación de esta índole y se apresure a reproducirla por su cuenta, aunque lo más normal es que el espíritu de la naturaleza esté resentido por los vandálicos actos de algunos seres humanos y de los estragos que producen en su medio ambiente o en su entorno familiar y se venga de sus malas acciones con estas manifestaciones o apariciones duendísticas.

Es importante darnos cuenta que el fenómeno de las «casas encantadas» se ha producido, y se está produciendo en nuestros días, como hecho innegable, y que para la explicación sobre su posible origen debemos estar receptivos a aquellas teorías que lo entroncan con el denominado «más allá», porque, de lo contrario, si nos atenemos tan sólo a la explicación de que todo esto lo provoca una mente juvenil trastornada, caemos en un error similar a considerar, por ejemplo, que lo provocan única y exclusivamente los duendes o los extraterrestres, pongamos por caso. El mundo visible e invisible es más complejo de lo que tal vez nos imaginamos, y mientras no tengamos más datos fidedignos, todo es cuestionable y posible. Lo que sí parece cierto es que los *poltergeist* siguen un patrón de comportamiento muy homogéneo en todos los casos: son burlones pero inofensivos, en el sentido de que no lesionan a las personas, sino a los objetos, y suelen asediar a sujetos determinados más que a lugares concretos.

## HOGARES QUE DAN MIEDO

En la zona levantina, las casas de fantasmas, de duendes o encantadas no reciben este nombre, sino *Casa de la Por*, que significa *casa del miedo*.

A veces, en las tres provincias valencianas, los fantasmas no tienen fama de ser entes incorpóreos, sino todo lo contrario, seres vivientes de carne y hueso que, tapados con una sábana, con una calabaza en la cabeza y un cirio encendido dentro de la misma, adoptan tal apariencia para arrear una serie de sustos, buscando algún beneficio, sobre todo de tipo sentimental, llamándose *Bubotas* a este tipo de apariciones fantasmales.

En las islas Baleares, las casas donde se manifiestan espíritus por medio de luces, ruidos, desplazamientos de objetos, o cualquier otro fenómeno extraño, se conocen como *cases de sa por* (casas del miedo), y casi no hay

pueblo de Mallorca, sobre todo en la cordillera norte, que no tenga al menos una de estas casas, las cuales no quiere nadie habitar porque son sabedores de sus malas energías. En la localidad de Génova existe una de estas casas en las que, a veces, se han visto pequeñas lucecitas corriendo por la oscuridad, e incluso cómo una borrosa mano salía de la pared para voltear un crucifijo y dejado boca bajo. Otra de las *cases de sa por* es la que está situada en la calle de la Luna, de Sóller, donde murió, en el siglo XVI, el malvado bandolero Benet Esteva.

A principios del siglo XVI, el rey Fernando el Católico regaló la torre pontaniana a su secretario napolitano Giovanni Pontano, y éste la tuvo que demoler porque estaba encantada, y tantas casas similares había que en el año 1595 se promulgó en Burdeos una ordenanza por la que se prohibía la venta de inmuebles infestados. En España ocurría tres cuartos de lo mismo en dicho siglo, ya que, si una persona alquilaba o compraba una vivienda y luego se enteraba de que en ella había duendes, podía legalmente abandonarla. Y en el siglo XIX, el escritor Pedro Antonio de Alarcón vio en Granada bastantes casas cerradas por causa de duendes y demás espíritus.

Como ejemplo típico de una de las muchas casas encantadas, aunque en el libro hacemos una constante referencia a ellas, hemos escogido un caso representativo que fue digno de estudio por los inquisidores del lugar y donde, una vez más, se asocia al duende con el demonio.

En el siglo XVII se produjo un fenómeno de *casa enduendada* en la villa conqueña en San Clemente, localidad, al decir de Blázquez Miguel, donde mayor número de personas fueron procesadas por el Santo Oficio de la Inquisición acusadas de todo tipo de prácticas supersticiosas y hechicerías. La protagonista en esta ocasión fue Gabriela García, quien aseguraba que el mismísimo diablo se le había aparecido, preguntándole:

«¿Quieres que hagamos ruido?»

Como a ella le dio por contestar afirmativamente, a partir de ese momento todos los muebles de los aposentos comenzaron a temblar y a desplazarse por sí solos. Al final fue denunciada por sospechosa de malas artes, siendo desterrada durante dos años del pueblo, conservando su casa una fama no siempre merecida que ha perdurado hasta nuestros días.

En fin, se pueden contar cientos de casos de *infestación* o encantamiento. de casas, en todos los siglos y en todas las zonas geográficas -Colin Wilson ha calculado que deben existir más de mil casos registrados de actividades poltergeist-, pero lo cierto es que, como muy bien dijo en cierta ocasión el doctor Jiménez del Oso:

Duendes, demonios, apariciones, espíritus, parecen haber sido barridos por completo en el siglo del átomo y de las comunicaciones interplanetarias. Hablar de ellos parece no sólo irrelevante, sino demencial. Sin embargo, no todos los hombres de ciencia piensan así.

A falta de explicaciones convincentes, los expertos se han dedicado a poner nombres y más nombres a los fenómenos misteriosos que se generan en esas casas que, por otra parte, siempre son muy similares, independientemente de la época que hablemos.

No podemos concluir este capítulo sin referirnos al comandante Tizané, que ha estudiado en su vida más de un centenar de procesos incoados por la gendarmería francesa en torno a los poltergeist y casas encantadas en general, manifestando, como profundo conocedor del tema, unas conclusiones que apuntan en la misma dirección de lo que, en definitiva, se quiere plantear en este libro:

Todos estos fenómenos nos conducen a admitir la acción de una potencia invisible, inteligente, maliciosa y muy astuta, respondiendo a veces, como para divertirse, a los deseos de los testigos. Actúa exactamente como podría hacerlo un ser humano, poseyendo facultades acrecentadas por su invisibilidad y otras que escapan aún a nuestras concepciones.

Cuando el lector acabe de leer la última página de este libro de duendes, le sugerimos que relea el párrafo anterior.



## *Hablemos de tragos*

De duendes y tragos,  
muchedumbre vana,  
se agita y se afana  
en pos de su Señor.

JOSÉ DE ESPRONCEDA:  
*Poesías*

**E**NTRE los muchos seres mágicos que se manifiestan en nuestro mundo, ninguno hay que haya soportado mejor el paso del tiempo y la evolución tecnológica de los humanos como los tragos. Quizás el motivo se encuentra en su carácter familiar, al tratarse de seres habituados al contacto con el hombre y que habitan en su propia casa. Por esta razón, la palabra Trago se hace sinónima de duende en muchas partes de España, sobre todo en Castilla.

Antonio de Torquemada, en su *Jardín de flores curiosas* (1570), dedica un coloquio, el tercero, a «fantasmas, visiones, tragos, encantadores, hechiceras, brujas, relatores, con algunos cuentos de cosas acaecidas y otras cosas curiosas y apacibles», donde escribe que los tragos no son otra cosa que unos «demonios más familiares y domésticos que los otros, los cuales, por algunas causas o razones a nosotros ignotas, perseveran y están más continuamente en unas partes que en otras; y así parece que algunos no salen de algunas casas, como si las tuviesen por sus propias moradas y se dan a sentir en ellas con algunos estruendos y regocijos y con muchas burlas sin hacer daño ninguno». Y más adelante: «Que aunque yo no daré testimonio de haberlos visto e oído decir a muchas personas de crédito que los oyen tañer con guitarras y con cascabeles y que muchas veces responden a los que los llaman y hablan con algunas señales y risas y golpes.» Como podemos ver, aunque no estemos de acuerdo en cuanto a considerados demonios, Torquemada describe a la perfección lo que hace un Trago y su vinculación especial a determinadas casas de los humanos.

Covarrubias, en su *Tesoro de la lengua castellana o española* (1611), nos proporciona esta definición de trago: «El espíritu malo que toma alguna figura, o humana o la de algún bruto, como es el cabrón.» Buscando el origen de la palabra Trago, la encuentra derivada de la latina *transvertere*, por ser el oficio del trago el cambiar y trastornar todas las cosas. Sin embargo, Corominas, en su *Breve diccionario etimológico*, dice que probablemente derive del verbo *traguear*... «hacer travesuras».

En realidad, hay una gran variedad de tragos, formando una de las familias más numerosas del grupo de los duendes domésticos. Están extendidos por todo el occidente de Europa, y en España los encontramos en su variante doméstica, tanto benéfica como maléfica. En el campo y en las afueras de los hogares han sido desplazados por otros elementales parientes suyos, como enanos, busgosos, tentirrujos, diablos burlones, etcétera.

Los tragos son conocidos en Europa con nombres muy variados, que dependen del país, región o incluso comarca. Así, en España aparecen como tragos en Cantabria, La Rioja, Castilla, Asturias y norte de León; trasnos en Galicia, trastolillos en Cantabria y tardos en Galicia y Castilla. En cualquier caso, presentan múltiples variedades entre ellos.

Son seres de pequeño tamaño (entre los 40 y 80 cm. de altura), traviosos, juguetones, con piel de coloración oscura o marrón y que, tocados con gorros generalmente rojos, visten blusas de bayeta del mismo color. Sus ojos son negros y brillantes, con uñas en las manos, provistos de pequeños cuernos y rabo. Es frecuente que tengan un agujero en la mano izquierda y que sean cojos. Su relación con nosotros se suele limitar a la pura y simple travesura, y les gusta actuar en solitario.

Cuando un trago se instala en una casa, lo primero que hace es empezar a explorar su nuevo hábitat. Le fascinan dos lugares especialmente, las cuerdas y las cocinas. En el primero no hay nada que le divierta más que molestar al ganado, y en la cocina revuelve y rompe todo lo que encuentra. Sucio por naturaleza, le encanta revolcarse en el estiércol y limpiarse el trasero con la leche de las vacas en cuanto sus dueños se descuidan. Sin

embargo, en determinadas circunstancias, llega a tomar cariño a los habitantes de la casa, por lo que se conocen casos de irasgos que ayudan en las labores del hogar, ya sea limpiando platos, barriendo u ordenando las cosas.

En la vida del *Lazarillo de Tormes*, se dice del clérigo avaro que andaba de noche «hecho trasgo», frase utilizada en el siglo XVII en el sentido de revolver todo por la noche y de estar inquieto; así, en el entremés del *Celoso extremeño*, de Cervantes, exclama la criada Cristina de su amo que «toda la noche anda como trasgo por toda la casa».

Una de sus costumbres favoritas y más estúpidas, como iremos viendo, es la de recoger Y contar los granos de maíz, linaza o mijo que encuentre desparramados. Esto es bueno para los habitantes de una casa que le quieran echar y es de un resultado fulminante, tanto si el trasgo tiene la mano izquierda agujereada como si no:

- Si es un trasgo con agujero o «furacu», por el mismo se le irán cayendo todos los granos de cereal a la vez que los está contando, con lo cual nunca terminará el recuento y se irá.

- Respecto al trasgo que no tiene agujero en la mano, esta aparente ventaja la compensa con creces por el hecho de que sólo sabe contar hasta cien o diez o dos, según versiones, así que se equivocará de forma irremediable cuando pase de esa cifra, volviendo a contar de nuevo, hasta que se aburre, por lo que nunca vuelve a aparecer por esa casa.

El motivo que le obliga a realizar con tesón tan inútil tarea es su pasión -casi enfermiza- por el orden. Aunque, si profundizamos más, parece ser que el motivo, en tiempos más lejanos, era otro. Recordemos -como así lo hace Constantino Cabal- que los romanos echaban a los muertos habas negras, ya que las habas, el maíz o el mijo era lo que primitivamente se daba a los mismos para «matarles» el hambre, y los muertos que no tienen hambre no dañan a los vivos. En Ibiza, por ejemplo, en la noche del Día de Difuntos, se dejaban, en otros tiempos, frutas desgranadas y una luz encendida toda la noche, por si los fallecidos de la casa tenían hambre.

## TRASGO versus DIAÑO

El trasgo, en general, campea a sus anchas principalmente en dos espacios geográficos: en las casas humanas y en los caminos.

En esta obra vamos a mostrar únicamente el trasgo casero y juguetón como representante de los denominados «duendes domésticos», y hemos recogido preferentemente las leyendas que ubican su campo de acción en el interior de los hogares, porque respecto de las apariciones que hace en los caminos, el trasgo se comporta como un verdadero «diaño burlón», si es que no es el mismo, pues a diferencia de sus actividades en las casas, donde prefiere adoptar la forma humana, en los caminos y montes adopta la forma animalesca, bien sea de carnero, de oveja o de cualquier otro bicho que en un principio no dé motivos de sospecha, aunque más tarde se comporte de la manera más extraña que uno se pueda imaginar. Desde el momento que circunscribe su campo de acción al exterior de las casas, no lo vamos a tratar aquí, sino que será objeto de estudio en otra obra, dejando constancia tan sólo de que los trasgos domésticos (tal como son conocidos en España) son descendientes directos de los «elementales de los bosques», y esto se aprecia por el hecho evidente de conservar como pedigrí ciertos signos distintivos como son los cuernos, el rabo, el cuerpo vellosos, sus inclinaciones hacia el sexo femenino..., representando el «diaño» el eslabón entre los tradicionales faunos y sátiros y el duende doméstico, ya que tanto trasgos como follets se dan preferentemente en aquellas zonas donde antiguamente se ubicaron estos seres mitológicos, como los Busgosos en Asturias, el Tentiruja en Cantabria, el Feram en Cataluña, etcétera.

Por todo lo cual, no debe extrañarnos que la frontera que separa al diaño burlón del trasgo sea tan difusa que en muchos lugares les consideran el mismo personaje con distinto nombre; así ocurre en Galicia, donde al lado del trasno está el «diaño burleiro», o en Asturias, donde las fecharías del trasgo y del diaño se funden de continuo, o en Cantabria, donde sus trasgos son tan silvestres que actúan con igual frecuencia dentro como fuera de las casas, y lo mismo ocurre en Castilla y León.

Nosotros sí marcamos esa diferencia, y aunque en las zonas mencionadas no se atengan a una nomenclatura clarificadora, lo cierto es que hay pruebas suficientes para distinguir a unos de otros, a pesar de que su parentesco es tan estrecho que realmente sospechamos que se trata del mismo ser con el matiz reseñado anteriormente, es decir, su tendencia a los transformismos animalescos, a ser considerados físicamente como demonios y desarrollando sus actividades en el exterior de las casas. Al tras no en algunas ocasiones se le denomina «domo», no siendo el diaño tan inofensivo como el trasgo, pues muchas veces sus víctimas sufren auténticas agresiones físicas. Es frecuente encontrarlo como un carnero abandonado, un corderillo mal herido, un asno o caballo oportuno, apetitoso para ser montado, etc., dispuesto a que si el hombre o mujer que

circunstancialmente pase por allí -sobre todo después de una romería- logra «picar»se encuentre en casi todos los casos burlado con los más diversos sistemas: si es un cordero o carnero que quiere llevárselo a su casa, lo fastidiará orinándole sobre la espalda o haciéndose cada vez más pesado o no siendo capaz de matarlo; si se trata de una ternera o vaca, extraviándose ésta y haciendo extraviar a su dueño; si de un niño pequeño y llorón se trata, al final soltando una fuerte carcajada cuando ve desnuda a su benefactora; si se trata de una cabalgadura, en el momento que lo monta arrojándole al río ... y así una tras otra.

Éste es el diaño burlón, cuyos dominios son los caminos, los montes, los ríos, los bosques..., pero que cuando traspasa los límites de un determinado pueblo y se inmiscuye en una vivienda humana se convierte en un trasgo de tomo y lomo, con todas sus consecuencias.

Es cierto que encontramos a muchos trasgos en los alrededores de una casa, tirando piedras a los transeúntes, o deshaciendo la labor que el campesino ya había realizado; o en las cuadras, trenzando caprichosamente las crines de los caballos; o en el molino, jugando con la harina o en un bosquecillo, cortando las ramas de los árboles que a la mañana siguiente resultan estar intactas, y en todos estos casos cabría preguntarse ¿se trata de trasgos o de diaños? Desde el momento que el diaño gusta de manifestarse en la forma que hemos dicho, todo aquello que salga de dicha conducta es factible atribuido a los trasgos, y por esta razón aparecerán en este libro casos en que la labor de estos seres se desarrolla en las cercanías de una vivienda y no propiamente en su interior.

Para la investigadora María del Mar Llinares, refiriéndose al trasno gallego, la lección que quiere dar a los humanos es clara: el hombre tiene sus limitaciones y no debe sobrepasadas en ningún sentido, ni queriendo hacer el mundo según sus deseos (= poner orden), ni queriendo saber demasiado (= «deixa a noite para que n é»), ni queriendo apoderarse de lo que no es suyo.

## EL TRASGU ASTURIANO

### Aspecto y costumbres

Existen innumerables descripciones de los trasgos, pues antaño era rara la familia asturiana que no conociera alguna historia protagonizada por estos incómodos hombrecillos. Según parece, el trasgo es pequeño, enano, de no más de ochenta centímetros de altura, tiene la piel negra u oscura, las piernas torcidas, con grandes uñas en las manos, la boca descomunal, la nariz aplastada, los ojos brillantes, coronado con pequeños cuernos y en posesión de rabo. Es muy delgado y cojo, lo cual no le impide moverse con una rapidez asombrosa, ya que es enormemente ágil y puede dar prodigiosos saltos, gozando de una impresionante flexibilidad. Su rostro tiene, la mayoría de las veces, una expresión burlona, que puede transformarse en colérica cuando algo le ofende o incómoda.

Respecto a su vestimenta, ésta se compone de una blusa roja y de una gorra de idéntico color.

En Asturias, cada aldea puede llegar a albergar hasta una decena de rasgos, lo que demuestra lo ampliamente extendidos que se encuentran. En cuanto a sus costumbres, son las ordinarias de toda la familia de los duendes, si bien tienen una característica obsesión: no soportan que el fuego del hogar en el que se asientan esté apagado. Sus lugares favoritos son el desván, la cuadra o la cocina, pero eso no quiere decir que vivan en ellos, sino que es allí donde más se les suele ver, por ser el «campo de operaciones» favorito de sus trastadas.

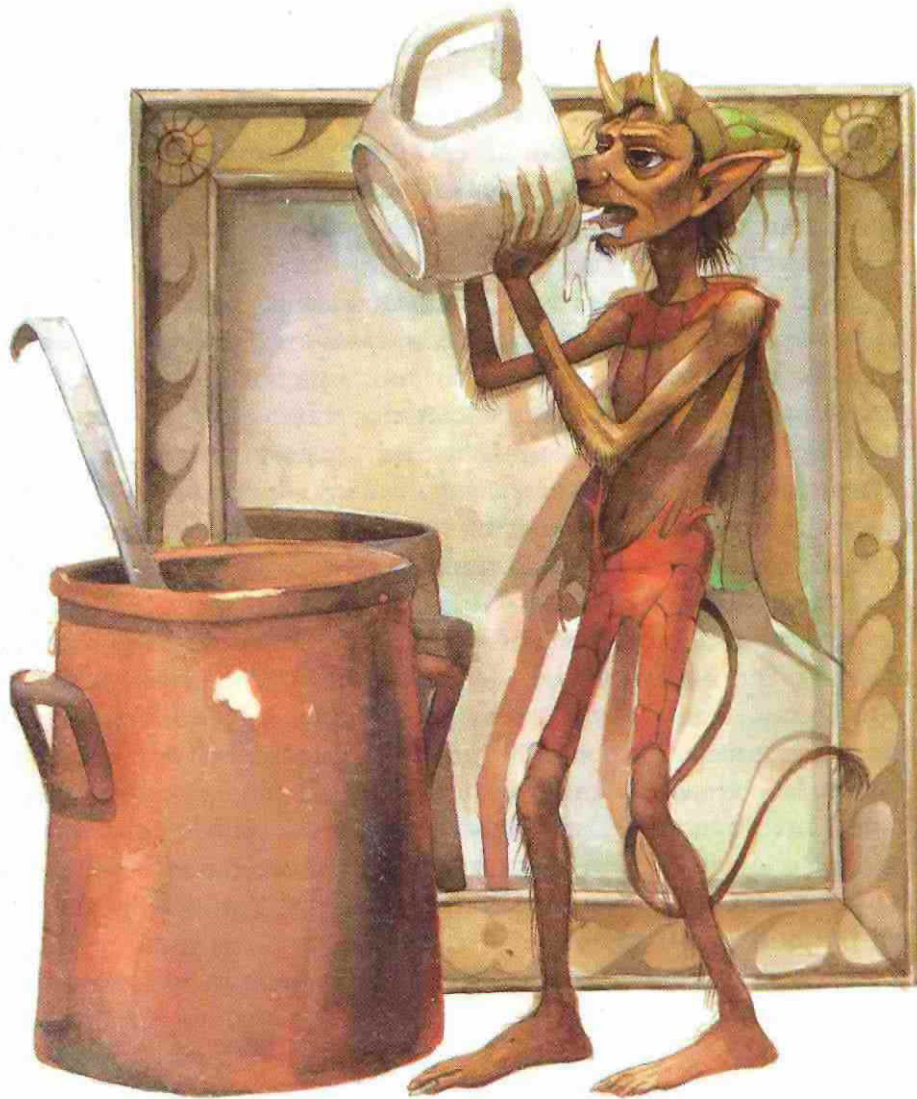
En cuanto a su naturaleza, el trasgo es una especie de diablillo cojo que tiene un agujero, «furacu», en la palma de su mano izquierda. En Portugal, al trasgo se le llama «strago» o «demonio da mao furada».

Recordemos, respecto a su cojera, la novela satírica *El diablo cojuelo* (1641), de Luis Veléz de Guevara, en la cual don Cleofás, el protagonista, lo descubrió dentro de una redoma de astrólogo. No nos extrañaría que el escritor ecijano se hubiese inspirado en los mitos asturianos sobre los «trasgos» y los «familiares» para completar los rasgos de su personaje. El diablo cojuelo es muy utilizado en los conjuros de los hechiceros, siendo mencionado por vez primera en el siglo XIII, en la obra *Virgilis Corduberius Philosophia*, gozando de gran simpatía y popularidad y considerado el más listo, gracioso y veloz, razón por la cual se contaba con él en todos los rituales de magia.

El poeta asturiano Francisco González Prieto describió de esta manera al trasgo:

*Y era un pequeñacu churrumbelu  
Chanceru y feu pero coxicaba,  
y los cuernos y el rau se tapaba con un gorrete....*





### *Trasgu*

Con su gorra roja y su famoso agujero, “furacu”, en la palma de la mano izquierda, el trasgu asturiano, negruzco, enano y feo, es uno de los más conocidos duendes domésticos. Por otra parte, aunque los trasgos no se caracterizan por su inteligencia, el trasgu se lleva la palma, nunca mejor dicho.

### **Sus muchos nombres**

No siempre se le llama trasgu, dependiendo tal consideración de los lugares geográficos donde sea visto. En algunas poblaciones, como en Boal, al trasgu se le llama «Cornín», precisamente en referencia a sus pequeños cuernos. Luciano Castañón asegura que también se le puede denominar trasno (como en Galicia), y así es conocido en el concejo de El Franco, donde se reza esta particular oración:

*San Antón y San Froilán  
prende el lobo y ceiba el can;  
San Antolín el Paduano,  
Petcha a porta  
qu`entra el trasno.*

Con el nombre de «Diablu burlón» o «Diañu burlón» lo denominan en otras poblaciones, término con el que nosotros no estamos totalmente de acuerdo, ya que su personalidad es muy diferente a la de los duendes, encuadrándose más bien, en el grupo de los «elementales de los bosques», que aún permanecen en este hábitat, pues, recordemos, el duende doméstico originariamente procede de esta familia, si bien en una época remota decidió frecuentar y acomodarse en las casas humanas, rodeadas a ser posible de frondosa vegetación, haciendo incursiones dentro y fuera de ellas.

En otras zonas son conocidos también como «gorros coloraus», porque llevan una caperuza o gorro rojo, y existe una frase tradicional que afirma: «Es más enredón que el del gorru colorau», referido a un niño sumamente revoltoso. Al trasgu, en la parte de Navia, le llaman «Pisadiel de la mao furada» o «Pisadiel, el de la man furá», por el agujero que tiene en la palma de la mano izquierda, y en la zona occidental con el extraño nombre de «Xuan dos camíos». En algunas poblaciones de Laviana le llaman «Meque», y, si algún niño es particularmente revoltoso, no es extraño que le digan: «Esti guaje ye más traviesu qu'el mequi.» Por último, en ciertos relatos no utilizan la palabra trasgu, sino la más usual de «duende», sobre todo cuando éste hace sus travesuras en lugares más urbanos, con mayor población, así como en casas más señoriales y alejadas de ambientes naturales.

## Cosas de duendes, que no de trasgos

El folclore astur es muy agradecido a la hora de encontrar referencias sobre duendes y trasgos pues levantas una piedra y encuentras uno, entras en una casa y encuentras dos.

Están tan familiarizados los asturianos con ellos que existe un dicho popular, no exento de gracia, que refleja esta confianza:

«La casa se vende con todo y con duende.»

Ya dejó escrito Jove y Bravo, en su *Asturias* (1897), que «hay en el hogar otros muchos espíritus ligeros. Los duendes innominados, que unas veces se distraen en amedrentar a los moradores de la casa arrastrando sendas cadenas por el pavimento... otros, haciendo rechinar sobre sus enmohecidos goznes las puertas de las cuadras o cerrando de golpe las maderas de los ventanales del desván.»

Nos cuenta Aurelio de Llano una Vieja historia ocurrida en el Palacio de Rozadiella, cerca de Cangas de Tineo, en el que no se podía vivir por culpa de un duende. Cuando sus habitantes decidieron largarse de allí, cargando sus enseres en varios carros, alguien vio que con ellos también se mudaba el duende.

-¿Dónde vas? -le preguntó el carretero.

-Ya que todos vais,

de casa mudada,

también yo me mudo

con mi gorra encarnada.

En el edificio ovetense de la Real Audiencia, en la calle de Cimadevilla, había un duende, allá por mediados del siglo XIX, que le daba por tirar de las togas y de los pies de los magistrados cuando éstos dormían en los tribunales.

En la posada que hubo en la calle de la Rúa, contigua al palacio del marqués de Santa Cruz, era fama que existía, hacia 1840, un duende que inspiraba pesadillas a los huéspedes, presentándose ante ellos en forma de enanillo calzado con grandes espuelas con las que propinaba espolonazos en las nalgas de los durmientes. Este hecho dio lugar a denuncias, chistes, sobresaltos y artículos humorísticos en la prensa local.

El padre Feijoo relata, en su *Teatro crítico universal*, un suceso acaecido en el pueblo de Llanes, donde «corrió uno de estos años pasados por indubitable la existencia de un duende, gran enredador, que se decía infestaba continuamente una de las casas de aquella villa». Como no podía ser menos, Feijoo cita este caso, no para demostrar la existencia de estos diminutos seres, sino para todo lo contrario, ya que acaba diciendo que después «por muchos y segurísimos informes se supo que el duende había salido fingido y que dos muchachas, con un enredillo bien poco artificioso, habían puesto a todo el pueblo en aquella creencia».

## Formas de echar al trasgu

En Asturias conocen tres métodos de actuación cuando la presencia del trasgu empieza a ser demasiado molesta, sabiendo ya de antemano que mudarse de casa, como hemos visto, no sirve para nada, y además porque así es como los trasgos se han ido extendiendo por casi toda España. Estos tres «trucos» son sendos retos que se le hacen, pues es creencia generalizada que el trasgu piensa que sabe hacerla todo y acepta cualquier tarea antes de medir bien sus consecuencias:

1. Traer un «paxu» (cesta plana de castaño) lleno de agua del mar, puesto que, evidentemente, le es imposible hacerlo al derramarse el agua por los innumerables orificios que tiene.
2. Coger del suelo medio copín de linaza, puesto que, conforme la va recogiendo, se le vuelve a caer por el agujero que tiene en la palma de la mano izquierda. También sirve el alpiste, maíz, centeno, mijo o trigo.
3. Poner blanca una pelleja de carnero negro, pues cuando la lleva de río en río, restregándola contra las piedras, canta:

*Aunque gaste más jabón  
que hay de Madrid a Valencia,  
no se me ha de poner blanco  
este pellejo o pelleja*

Como se puede ver, el trasgu es incapaz de hacer ninguna de estas tres cosas, y cuando comprueba que es imposible se irá humillado de la casa para siempre. Pero conocemos, por lo menos, un caso de un trasgu que, cuando vio desparramado por la puerta del molino los granos de linaza, exclamó:

*¿Crees que lo voy a apañar?  
¡Pues ya puedes esperar!...*

Y no contó la linaza, lo que demuestra que éste, en concreto, o bien no era un Trasgu o bien no era tan bobo.

## **La glotonería del trasgu**

Se sabe que el trasgu es muy comilón y excesivamente goloso, por lo que le gusta robar dulces caseros para luego comérselos a sus anchas en su escondida guarida. Debido a su ciega glotonería se le podía engañar fácilmente, y abundan los relatos en que sale mal parado de esas incursiones en busca de tortas y postres.

Por si no ha quedado claro que este duendecillo no siempre es muy listo ni muy inteligente, recogemos aquí una leyenda, donde asimismo se ponen de manifiesto sus fabulosas dotes de observador.

Vivía en Duyos, concejo de Caravia (Asturias), un matrimonio sin hijos. En las noches de invierno, después de tomar la cena, el marido se iba de tertulia a casa de un vecino, y mientras tanto su mujer amasaba una torta y la ponía a cocer en la lumbre.

Cuando la torta estaba en su punto de cocción, el trasgu bajaba por las «calamiyeres» (cadena que servía para sostener sobre el fuego potes y calderas), cogía la torta y marchaba diciendo:

-¡Ja, ja, ja que te la llevé!

Y esto ocurría una y otra noche sin que la mujer, por miedo, se atreviera a decidir nada al bromista, hasta que se puso de acuerdo con su marido para que, éste se quedara hilando una noche, vestido con la ropa de ella, y colocara una piedra en el llar en vez de la habitual torta.

A la hora acostumbrada, asomóse el trasgu a la baranda de la cuña y quedó bastante perplejo al ver que la hilandera tenía barba. Sin atreverse a entrar, dijo:

-¡Oye! ¿Tienes barbas e hilas?

-¡Sí!

-¿Quieres que coja la torta?

-Cógela si quieres.

Entonces el trasgu bajó muy contento pero, no percatándose del cambiazo, en vez de la torta cogió la piedra al rojo vivo, soltándola al instante, y soplando las manos subió por las «calamiyeres», diciendo:

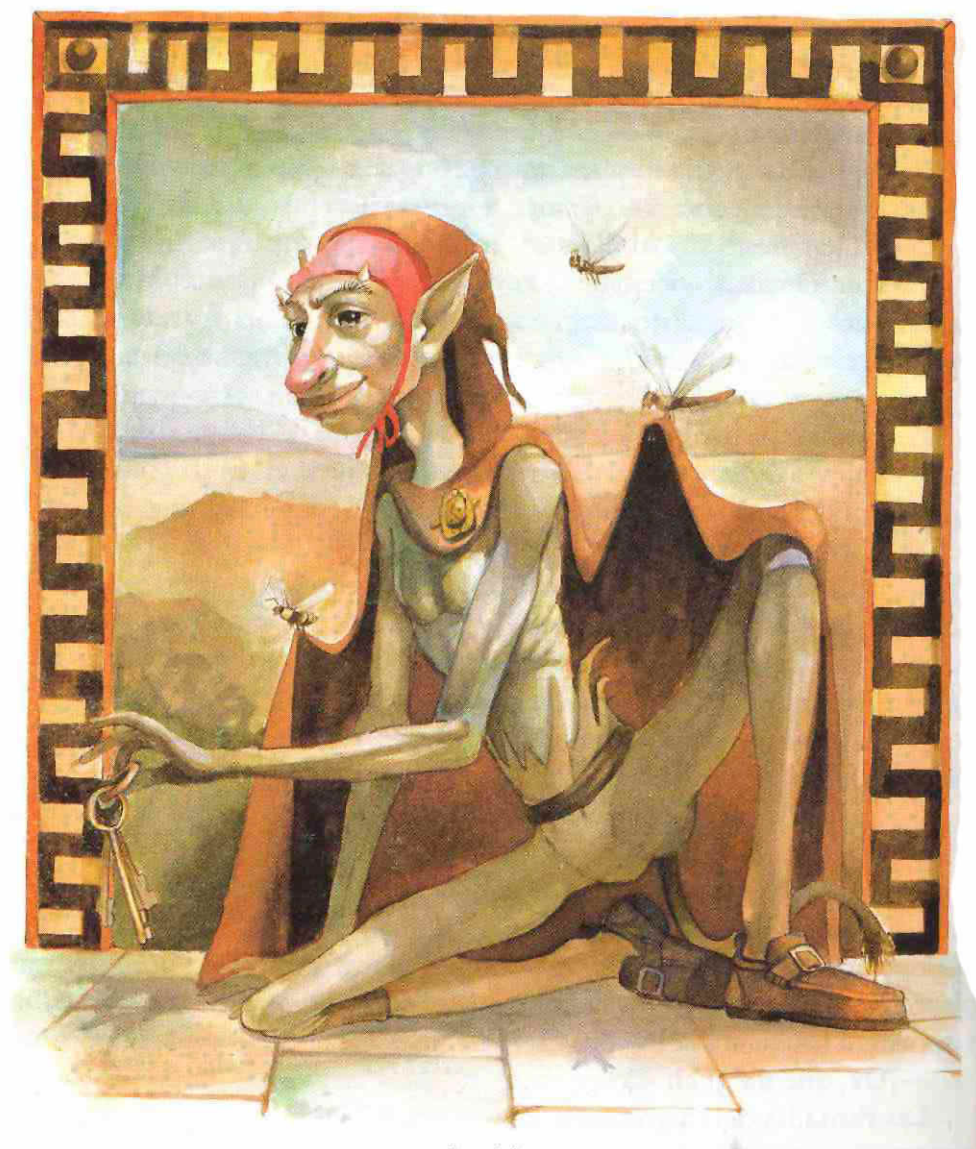
-¡Ux, que mi queimé!

Las risotadas del matrimonio fueron tan sonoras que el trasgu no volvió a aparecer nunca más por ese hogar. Relato similar se cuenta también en la localidad de Cortes (concejo de Salas).

## **El Sumicio**

En Asturias nos encontramos también con una variante del trasgu, extremadamente escurridizo llamado Sumicio. Su nombre indica su profesión, ya que tiene su origen en «sumere», cuyo significado es coger, adquirir, apropiarse, yeso es a lo que dedica su tiempo libre, salvo cuando duerme. Principalmente se complace en hacer desaparecer aquel objeto que se acaba de depositar sobre la mesa, y en el momento preciso en el que

desea utilizarse. En la zona occidental de Asturias se suele usar la maldición que, dirigida a alguien, dice: «¡Mal sumiciu lo suma! ».



### *Sumiciu*

*Este pequeño duende cleptómano es un verdadero incordio para todos aquellos que tienen la desgracia de encontrarse en su radio de acción. La escasez de leyendas sobre su existencia se debe, con toda seguridad, a su habilidad para escabullirse de las miradas de los hombres y, sobre todo, a que, al ser un ladronzuelo, actúa con nocturnidad y alevosía cuando comete sus fechorías.*

No abundan las leyendas que tengan como protagonista a este duendecillo.

Para Aurelio de Llano no hay ninguna discusión: «También han querido elevar a la categoría de ente mitológico al Sumiciu. Cuando no se encuentra una cosa o persona que uno acaba de ver, dicen en algunos concejos:

-¡Pero si estaba aquí ahora mismo; aunque le hubiera tragado el Sumiciu!. Es decir aunque se hubiera sumido. Y nada más.»

Sin embargo, Constantino Cabal no es de la misma opinión, y considera que el Sumiciu es un trasgu que «toma» cosas y las guarda; por lo tanto, este pequeño duendecillo -dice- no es una invención de mitólogos burlones. Por algo existe una estrofa correspondiente a un cantar, que dice:

*En mia vida nunca oí  
que na iglesia andaba el trasgu;  
si el trasgu non entra aquí  
¿Cómo nos falta el rosariu...?*

Pero no sólo se tiene noticia del Sumicio en Asturias, sino que también Galicia lo conserva en su panteón mitológico, creemos que por influencia de sus vecinos del este.

Eladio Rodríguez nos dice, en su *Diccionario*, que la creencia de que el Sumicio existe en forma invisible e impalpable, es común en comarcas gallegas, como lo es en Asturias. Viene a ser una especie de trasno, que tiene la manía de apoderarse de los objetos subrepticamente cuando justamente hacen falta.

En el concejo de Somiedo, para que el Sumiciu devuelva lo robado, existe la táctica de rezar a San Antonio una oración seguidita, sin trabucarse ni equivocarse, porque si esto ocurre, el zascandil del Sumiciu no devolverá nunca lo que se llevó.

Hemos localizado un pariente cercano suyo en el «Servan» que habita en Suiza, norte de Italia y, según algunas tradiciones, en los pirineos vascos, dedicado a robar -aunque sería mejor decir desplazar- los objetos domésticos necesarios, como tijeras, hilos, agujas, gafas, clavos, llaves, cubiertos de mesa... volviendo locos a quien los busca, pero al final acaban siempre reapareciendo en los lugares más insospechados, no siendo de extrañar que la llave de la puerta aparezca de pronto dentro de una caja de zapatos. Se le suele atribuir también como pasatiempo favorito el cambiar el vino de los barriles por agua.

## EL TRASGO CÁNTABRO

### Aspecto y costumbres

Burlones, juguetones y traviosos, los trasgos cántabros, tienen ciertas características que los distinguen de sus vecinos de Asturias. A diferencia de aquéllos, carecen de agujero en la mano, y destacan por su comportamiento ególatra, razón por la cual jamás forman grupos familiares y son solterones empedernidos. Para García-Lomas, tampoco son cojos, y achaca el que frecuentemente se les represente así, a influencias nórdicas o astures. Sin embargo, Manuel Llano, Sánchez Pérez y Caro Baroja no dudan de que son cojos de la pierna derecha y que lucen dos minúsculos cuernecillos y un pequeño rabo.

En cualquier caso, hay en ellos cierta proximidad a los elementales de los bosques, razón por la cual, tienen semejanzas con los hombres del musgo; así, visten con ropajes que no son más que cortezas de aliso puestas al revés, que cosen con yedra. Al ser la corteza de aliso de color rojizo, es por, lo que mucha gente piensa que son de ese color. Además, al igual que los bus gasas asturianos, utilizan un cayado hecho de madera desconocida para caminar por el monte. Su cabeza la cubren con un: gorro blanco. Por el día permanecen en los árboles, desde donde tiran piedrecitas a quienes pasan por debajo, sobre todo los de la zona de Cabuérniga.

La mejor descripción, y la única, nos la da Manuel Llano en Brañaflor, que nos pinta de esta guisa a tan pilluelo duendecillo:

El Trasgo es un hombrocu más negru que el sarru, que está vestiú de colorau. Es coju de la pierna derecha y siempre está riendo como un venturao. Los ojos los cien muy verdes y las melenas negras como tou el cuerpu. El Trasgo entra en las casas por las troneras y la chimenea sin que nadie le oiga. Desde que entra hasta que sal, no haz más que picardias. Tira la harina, bebi la lechi, regüelve los chismes de la cocina y esconde las cosas ande nadie las encuentra.»

Al parecer, también tenía en la cara una pelusilla que le daba un aspecto de perenne y jovial adolescente. El trasgo montañés es un auténtico ventrílocuo profesional, pues imita a la perfección todo tipo de animales domésticos, así: maúlla como un gato, rebuzna como un borrico o ladra como un perro.

García-Lomas, que no cree en la existencia de este duende, considerándolo una de las muchas alucinaciones de gentes sencillas del campo, nos dice que en sus apariciones no era totalmente invisible, como ocurre con sus congéneres, permaneciendo detrás de algún cancel o refugio donde poder emitir sus más variados sonidos, entre ellos el de simular hipócritas lloriqueos que harían estremecer al más pintado.

Nos llama la atención que se le describa con ojos verdes saliéndose de la norma, por lo que a trasgos se refiere, cuyos ojos suelen ser de un negro profundo. Pensamos que, tal vez, se trate de un involuntario error de Manuel Llano que después ha ido pasando a otros autores, como ocurre en el romancillo de Carmen Stella:

*Los ojos tien verdes,  
negras las melenas  
más negras que el sarru  
de las chimeneas*



*por onde se mete  
por onde se cuela chicuco y travieso.*



### ***Trasgo cántabro***

*Algo más tosco que sus parientes asturianos y gallegos, los trasgos de Cantabria se encuentran aún muy cerca de sus congéneres de los bosques y, aunque por supuesto entran en las casas, habitualmente pasan el día entre los árboles. Existe una variante, los “diablillos cernedores” o trastolillos. Incansables glotonos, les encanta la leche, siendo capaces de cualquier cosa por obtener un buen cántaro lleno.*

### **El Trastolillo**

En algunas comarcas de la Montaña, el trasgo es conocido con este simpático nombre. Los trastolillos aparecen como una especie de seres intermedios entre los trasgos propiamente dichos (que en Cantabria, aunque vinculados a las casas, son más campestres que, por ejemplo, los de Castilla o Asturias) y los elementales de la foresta.

Según García-Lomas, es un duendecillo alocado, enredador y burlón, que vive en las casas de los hombres. Al igual que el trasgo, tira la harina, bebe la leche y afloja las tarabillas de las ventanas entre chirriantes risas. Conocidos también como «diablillos cernedores» o «brujos», y tal vez con otras denominaciones que se han perdido, los trastolillos son pequeños seres de ámbito rupestre, que si bien viven en contacto con el hombre, no

han logrado del todo desprenderse de su originario entorno natural. A nuestro juicio, se trata de un grupo de «elementales» que no supieron o no pudieron adaptarse al nuevo medio impuesto por los humanos y se quedaron en una situación intermedia, lo que a la postre significó su progresiva desaparición. Probablemente hubo muchos seres de este tipo hace miles de años, pero o bien se adaptaron al mundo de los hombres, como los trasgos, o desaparecieron, como los trentis.

En cuanto a su aspecto, aunque apenas sí hay descripciones, no se diferencian mucho del trasgo cántabro, salvo que tienen los cuernos más grandes y el rabillo algo más largo.

## EL TRASNO GALLEGO

### El trasno y sus secuaces

Manuel Murguía, marido de la poetisa Rosalía de Castro, en su *Historia de Galicia* (1888), enumera a los seres fantásticos de su tierra, dividiéndolos en varias categorías, entre las cuales incluía a los «espíritus de la casa», en cuya lista relacionaba a las almas en pena, a los tardos y al Tangomango, siendo ésta, por otra parte, una clasificación incompleta, como iremos comprobando a lo largo de este libro.

Es cierto que las «almas en pena», para la creencia gallega, rondan la casa, penetrando en su interior, produciendo ciertos fenómenos -hoy considerados parapsicológicos- y hablando, a veces, con los miembros de su familia para advertirles sobre algo o para que cumplan una última voluntad referente al entierro, misas o herencias. Cuando estas demandas no son satisfechas es cuando pueden ocurrir todo tipo de fenómenos extraños (ruidos, cambios de objetos de un lugar a otro, etc.), perturbando la paz del hogar y asimilándose, por consiguiente, en lo que a sus fecharías se refiere, a un vulgar duende.

El «Tangomango» al que hace alusión Murguía, parece referirse a la enfermedad en general y, en concreto, a una especie de baile de Sah Vito o a una enfermedad imaginaria sin demasiada importancia, y, en todo caso, si lo asociamos a un ser, sería de los minúsculos -malignos- que penetran en el interior del cuerpo humano para ocasionar dolencias, pero del que apenas hay datos importantes en toda la mitología gallega, aunque suponemos que no es otro que el «Tangaraño».

En cambio, el tardo sí pertenecería a la familia de los duendes, aunque, según nuestra apreciación, no entre los llamados «domésticos», sino entre los «vampirizantes», de los que hablaremos más adelante.

Lo cierto es que en estas tierras de meigas, el duende recibe varios apelativos según la ocupación a que se dedique. Así, por ejemplo, recibe el nombre de tardo si se dedica a absorber la energía vital de los que duermen; trasno, si se dedica a hacer los quehaceres propios de sus congéneres, o sea, a revolver la casa y hacer desaparecer objetos; Xas, si no hace ninguna de las cosas antes dichas, sino todo lo contrario; Meniñeiro si protege y divierte a los niños, o diaño burlón, si hace trastadas por los caminos o los montes.

En algunos lugares de Galicia -según Rodríguez López- se sigue asociando el duende al demonio o demo, y piensan que éste corre por la noche en busca de ventanas mal que son cerradas para escapar. Para impedirle pasar, ponen junto a ellas platos de maíz, pues en el momento que lo derrama se va a otra parte y no vuelve a aparecer. El «demo» es tan

popular que recibe en gallego varios nombres, según las zonas, culpándosele de los sucesos aparentemente inexplicables que ocurren («é cousa do demo»), por eso no sólo el trasno sería un «demo», sino también el



#### *Trasno gallego*

Enormemente parecidos a los trasgos asturianos, los trasnos no tienen agujero en la palma de la mano, lo que no es obstáculo alguno para que caigan en la misma trampa que sus parientes, ya tan limitados que sólo saben contar hasta cien, y cuando llegan a esa cifra vuelven a empezar.

popular que recibe en gallego varios nombres, según las zonas, culpándosele de los sucesos aparentemente inexplicables que ocurren («é cousa do demo»), por eso no sólo el trasno sería un «demo», sino también el



abelurio, cachano, demiño, democho, demón caro, demontre, diaño, déngaro, perello, perete, rabeno, rabudo, demachiño, resalgario, zuncras, sucio, etcétera.

En Galicia, como también ocurre en Cantabria, el trasno no tiene en la mano agujero alguno que le impida reunir los granos de maíz que haya derramado, pues, según M. Murguía, «le gusta contar los granos uno a uno, pero en cuanto pasa de cien se equivoca, principia otra vez, se equivoca otra vez y acaba por aburrirse».

Nunca son malignos, aunque sí muy juguetones, pero no hay que confundidos con aquellos que infunden entre las gentes lo que llaman el «tangaraño» con su individualidad propia, ya que se trata de un duende vampirizante del que nos ocupamos en su momento oportuno. Respecto a su aspecto físico, parece ser que son muy similares a los asturianos y que les gusta transformarse con mucha frecuencia en animales, pero solo cuando actúan fuera de los límites de la casa.

Nos cuenta Antonio Fraguas que, una tarde de frío, llevaron a uno de ellos con forma de cordero blanco y, al entrar en la cuadra, los demás animales, ovejas y cabras, golpearon nerviosos con las patas en el suelo. Al día siguiente, al abrir la puerta de la cuadra, salió corriendo de las fincas con tal rapidez que se dieron cuenta entonces que habían cogido a un trasno (o a un «diaño», dirían otros).

La identificación del trasno con el «diaño burleiro», o diablillo burlón, como ya dijimos, es algo muy habitual, y de esta opinión es el folclorista Luis Mame, que le atribuye las mismas facultades transformistas que posee aquél y sus mismas anécdotas, como la de adoptar la forma de burro y alargarse cuando alguien lo monta.

En Galicia, el trasno está tan presente en su cultura popular que son muy famosos los siguientes dichos: «Anda haciendo trasnadas» o «E un trasno», cuando señalan a alguien que no para de hacer travesuras. Otras frases populares y de uso corriente son:

«Anda feito un trasno», aplicado a la persona que anda sola por los caminos.

«Seica anda o trasno comigo», dicho por aquella persona a la que todo le sale al revés de como lo había planeado.

«Ter un o trasno no carpa», o el refrán: «Nunca se fasta o trasno de facer trasnadas.»

## Cuento del trasno y el zorro

Se sabe que el trasno tiene una entrada fija por la que penetra en la casa y, por esta razón, es fácil castigarle para que nunca más vuelva a molestar. El mejor sistema para cansarlo es ponerle en su entrada habitual una taza de mijo para que al entrar tropiece con ella y la derrame, obligándole entonces el dueño de la casa a que, como castigo por su «allanamiento de morada», cuente los granos derramados y los vuelva a echar en la taza. Pero el trasno, según esta versión, sólo sabe contar hasta dos, con lo que el cansancio es tanto que no es capaz de reunir los granos en toda la noche.

Dicho esto, a modo de preámbulo, se cuenta que una vez el trasno se hizo acompañar de un zorro para realizar sus «trasnadas» pero, en el último momento, el zorro no quiso entrar en la casa. El trasno, a pesar de todo, entró, tirando con sus pies el mijo que ya estaba colocado en el ventano por donde se suponía que iba a entrar. Al tirarlo, alertó al dueño de la casa que le gritó:

«¡Agora cólleo!»

El trasno, sorprendido y disgustado, empezó el recuento: un, dous.

Parece ser que el trasno le había dicho al raposo que en aquella casa existía un gran gallinero y por ello esperaba que, en justa recompensa por su compañía, pues anduvieron juntos muchas leguas, le había de traer, al salir, un par de pollos o, por lo menos, uno. Al oír el zorro, desde el exterior, cómo su compañero de aventuras pronunciaba unos números, se figuró que era una pregunta que le estaba haciendo en relación a los pollos y así pasaron la noche con el siguiente diálogo:

Trasno: Un, dous.

Zorro: Dous, dous.

Trasno: Un, dous.

Zorro: Dous, dous.

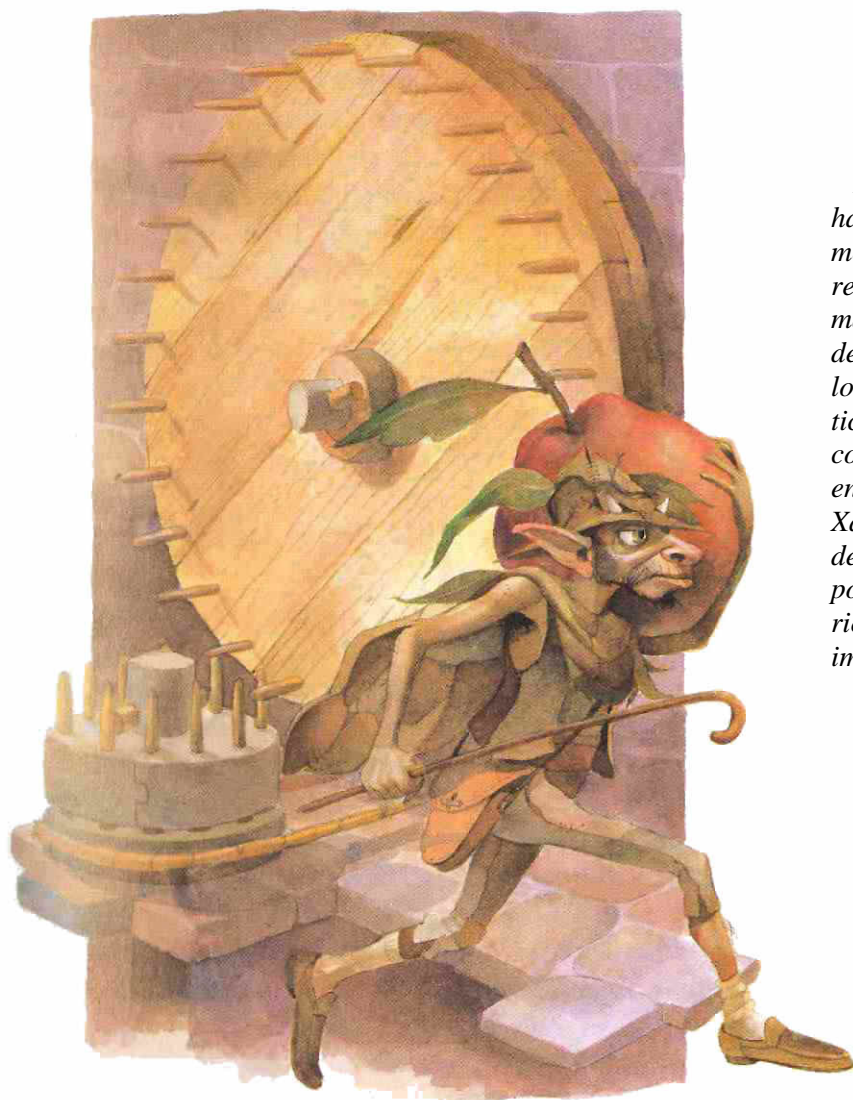
Al amanecer, y sin haber concluido de llenar la taza de mijo, salió el trasno descompuesto a la par que fatigadísimo. Y el zorro, al ver que no traía ningún pollo, a pesar de mantener tan intenso «diálogo de besugos»,

no modificó su manera de comunicarse con los demás y por eso dice, desde entonces, como una especie de tic o cantinela monocorde: «dous, dous».

## El Xas

En Galicia no sólo tienen la prerrogativa de perturbar la paz del hogar los trasnos, las bruxas o las meigas. Existen otros seres, con características variopintas y heterogéneas, representados a veces con aspecto de fantasmas, llamados Xas, palabra ésta que generalmente se utiliza como sinónimo de duende pero que, a diferencia de éste, sus diabluras no las realiza en el interior de un hogar humano, sino en sus alrededores. En el Algarve portugués existe una voz idéntica: «ja», de la que probablemente se deriva «jano», convirtiéndose así, por derivación lingüística, en el diaño antes referido.

Estos seres tienen como «campo de operaciones» los molinos solitarios, donde se esconden y se encaraman para meterse así con las mozas despistadas que aciertan a pasar por allí (asemejándose de nuevo a los «diablos burlones»).



### Xas

*Este pintoresco habitante de los molinos gallegos reúne todas las malas costumbres de la totalidad de los duendes domésticos. Nuestro consejo, si se encuentran con un Xas, es que se alejen de allí lo antes posible porque, de lo contrario, les hará la vida imposible.*

De ellos se sabe que se introducían en las cuadras para trenzar los rabos de los pollinos (como hacen los follets), u ordeñar las vacas y derramar, acto seguido, la leche recogida (como ocurre con los trasgos), o robar las frutas, a ser posible las más maduras, de los terrenos del dueño al que están fastidiando o, cómo no, lanzar piedras sobre las chozas y caserones, sin que exista motivo aparente alguno (como suelen hacer algunos duendes traviesos y «poltergestianos» ).

No olvidemos tampoco al «Perelló», que es una especie de trasno inofensivo y burlón, llamado también Perete y Perote, menos popular que el anterior y de actuaciones nocturnas.

En la zona de Rianxo (Pontevedra) recibe el nombre de «Porviso» que, por extensión, se refiere también al miedo creado por las apariciones de este tipo de duendes: «Era o medo que nos metian no corpo», exclaman algunos viejos del lugar.

Recordemos que al trasno en algunas ocasiones, se le llama «demo» (demonio), pues se asemejan sospechosamente tanto en los lugares que eligen para sus acciones como en ciertas perversas costumbres, si bien en el caso del demonio no se da el aspecto inofensivo de aquel, aunque sí su carácter burlón.

## EL TRASGO CASTELLANO-LEONÉS

### Duendes y Martinillos

El Trasgo castellano también tiene otras acepciones, igualmente populares, como son las de duende, «Martinico» o «Martinillo», que designan al mismo ser, utilizándose estos términos muchas veces de forma indistinta. En otros casos y otras zonas, se suelen emplear también nombres como tardos o Pesadillos, pero, a nuestro juicio, sin que puedan ser considerados como sinónimos, pues, por ejemplo, las acciones del tardo no se inscriben dentro de las fechorías de un trasgo normal y corriente, sino que sus quehaceres son otros muy distintos, como alimentarse de la energía psíquica del durmiente y provocar pesadillas.

Jerónimo Borao, en su *Diccionario de Voces Aragonesas* (1859) alude en varias frases proverbiales que se usan en Aragón y cita entre éstas la de «ya viene Martinico» para indicar que va entrando el sueño a los niños. Comenta dicho autor que en algunas provincias españolas se llama a los duendes «Martinicos», y que en el «Libro de Petronio» el diablo dice a uno de sus acólitos que si está en apuros le llame con las palabras: «Acorredme, don Martín.» Lo cierto es que el nombre de Martín o sus diminutivos han sido utilizados para nombrar a demonios, trasgos y duendes de diversas latitudes, sobre todo en Andalucía y en ambas Castillas, donde se dejan ver, en ocasiones, para asustar a los caminantes o a los moradores de una casa. Manteniéndose, por lo general, en estado de invisibilidad, se divierten, rompiendo o cambiando las cosas de sitio, apagando las luces y, sobre todo, rasgo característico de estas tierras, lanzando piedras a troche y moche. Es por todo esto muy famosa la frase «dar trasgo a uno», en el sentido de fingir acciones propias de un trasgo para asustar a alguien.

La creencia en duendes estaba tan extendida en el siglo XVI que «era práctica forense en Castilla -nos cuenta Julio Caro Baroja en su obra *Del folklore castellano-* que si una persona iba a habitar una casa y luego se enteraba de que en ella había duendes, podía abandonarla, y así lo dictaminaron jurisconsultos de la talla de Covarrubias, Del Puerto y Torreblanca».

De Covarrubias extraemos una de las muchas definiciones que se han dado a los duendes: «Estos suelen, dentro de las casas y en las montañas y en las cuevas, espantar con algunas apariencias, tomando cuerpos fantásticos y por esta razón se dijeron trasgos...»

José A. Sánchez Pérez se hace eco de las descripciones que sobre ellos refieren algunas personas, diciendo que son seres diminutos, de apariencia humana, negros, con aire socarrón, sonrisa maliciosa, ojos muy vivos, cojos, vestidos de encarnado y con un gorrito en la cabeza, o sea, la clásica imagen del Trasgo.

En la provincia de Burgos aún se recuerda el caso del «duende de Horna», responsable directo de la desaparición paulatina del cereal guardado en un silo.

En algunos pueblos de la comarca salmantina de La Asmuña se afirmaba que los duendes andaban por las casas en Tardáguila. También por estas tierras encontramos al duende «cariñoso» que no deja a los habitantes de la casa que ha elegido ni a sol ni a sombra. Así, en Puerto de Béjar, cuentan de cierta casa enduendada, cuya dueña se puso muy -enferma, de tal manera que los vecinos sospecharon inmediatamente que podría ser culpa del duende que se sabía habitaba con ella; así pues, la buena señora decidió darse tras los consejos de sus amigos y familiares, pero al salir con los últimos muebles vieron físicamente al duende que venía detrás de ellos con un tajo, exclamando, con su vocecilla, ante la mirada perpleja de todos, que no estaba dispuesto a quedarse solo en aquella casa.

### Los trasgos de Benavente

Nos refiere Antonio de Torquemada dos casos que a él le contaron de este pueblo zamorano, cuyos protagonistas decían que eran trasgos, aunque, desde nuestro punto de vista, no se ajustan del todo al proceder de estas menudas criaturas.

En la primera historia cuenta cómo un estudiante de Salamanca fue a ver a su madre viuda, asegurándole previamente la gente que había un trasgo en la casa que hacía algunas burlas. El estudiante no les creyó, pero

tanto insistían que, enojado, cogió una noche una vela y se fue a acostar en un entresuelo, donde tenía su cama y, cerrando la puerta con llave, se adormeció. Al poco se despertó, «parecióle que debajo de la cama había luz como de fuego, y, temiendo que lo era y que la cama se quemaba, alzó la ropa de delante y miró adonde la luz salía y no viendo nada se tornó a Sosegar; pero luego vió otra luz mayor que la primera y, teniendo temor por averiguar la verdad, volvió a alzar la ropa, bajando bien la cabeza, y estando así le tomaron por las piernas y le hicieron dar una horcadilla en el aire cayendo en medio de la cámara y él, muy espantado, comenzó a dar voces, y trayendo velas y buscando la cámara y debajo de la cama, ninguna cosa hallaron, y así el estudiante se desengañó que era verdad lo que le habían dicho del trasco».

Por lo que se ve, salvo la sensación de que unas manos invisibles le agarraron por las piernas y le hicieron dar una voltereta en el aire, pocos síntomas más indican que el autor material fuera un trasco, teniendo en cuenta que carecemos de antecedentes de otras fecharías que hiciera en la misma casa.

Luego, Torquemada cuenta otra historia de trascos en la misma localidad, acaecida a dos caballeros «que ahora son dos de los más principales que hay en esta villa y amigos nuestros», que supieron que en casa de una mujer andaba haciendo de las suyas un trasco. Como no creían en estas cosas, fueron una noche, junto con un clérigo, a averiguar qué de verdad había en todo ello.

Cuando estuvieron allí, y tras dar algunos golpes por la casa, pronto surgieron ladrillos de no se sabe dónde, dando uno de ellos en la espalda de una mujer. Los dos gentiles hombres y el clérigo, muy maravillados, salieron convencidos de la existencia de estos pequeños seres.

Queremos hacer una pequeña observación al lector, y es que cuando se producen fenómenos de paralitergia (caída de piedras) es extensiva la opinión de los especialistas europeos de que éstas nunca hieren a las personas y ni siquiera les llegan a tocar o rozar, teoría ésta que hemos de desmentir, al menos en lo concerniente a alguna de las casas españolas aquí expuestas, pues tanto en el caso del trasco de Benavente, como el del «apedreador» de Salamanca -que veremos a continuación-, así como en el del duende de la ópera de Valencia, las misteriosas piedras de origen ignoto sí llegan a impactar contra los seres humanos aunque, a decir verdad, sin producir daños aparentes.

## **El trasco apedreador de Salamanca**

Siguiendo con el astorgano Antonio de Torquemada, nos describe ahora, en su Jardín de flores curiosas (1570), un caso que él mismo vio siendo un niño de 10 años, estudiando en Salamanca, y que hoy sería típico dentro de la fenomenología de los poltergeist –palabra alemana que, recordemos significa literalmente espíritu que produce ruidos o estruendos- y que ocurrió en una casa de esta ciudad en la que vivía una anciana viuda principal, la cual tenía cuatro o cinco mujeres de servicio a su cargo, dos de ellas jóvenes y buenas mozas. Pronto empezó a correr el rumor de que en aquella casa «andaba un trasco que hacía muchas burlas y, entre otras, había una que de los techos de la casa caían tantas piedras que parecía que las llovía, y que esto era tan continuo que a todos los de la casa y aun a los que entraban de fuera les daba un gran trabajo, aunque las piedras no les hacían mal alguno».

La casa producía tan extraños fenómenos que fueron avisados el corregidor y otros veinte hombres para registrar la misma, pero nada más poner el pie en ella, empezaron a lanzarles piedras, obligándoles a dar saltos, aunque sin hacerles nunca daño, lo que dejaba traslucir una intencionalidad más o menos inteligente por parte de los trascos que supuestamente estaban detrás de esa misteriosa lluvia de piedras.

A pesar de todo, investigaron la casa a fondo y no encontraron a nadie, lo que no impidió que las piedras siguieran cayendo. Torquemada sigue diciendo que el alguacil tomó una piedra «que entre las otras era señalada, y, tirándola por cima de un tejado de una casa frontera, dijo:

- Si tu eres demonio o trasco, vuélveme aquí esta, misma piedra.

Y en el mismo momento tornó a caer esta piedra del techo y le dio un golpe en la vuelta de la gorra, ante los ojos, y todos conocieron que era la piedra que había tirado, y viendo ser verdad lo que se decía, el corregidor y todos los otros se fueron muy espantados».

Al final, la casa no se vio libre de tan molesto incordio hasta que llamaron a un clérigo del pueblo salmantino de Torresmenudas que, con sus exorcismos y conjuros, expulsó a los presuntos trascos cesando de ahí en adelante el continuo caer de piedras.

Hubo teorías para todos los gustos, desde la del demonio sin más, hasta que fue todo una broma de las dos bellas sirvientas, ideado para facilitar las citas con sus amantes. Pero este caso es muy semejante al del duende de la opera de Valencia y al del doctor de las Moralejas, a los que luego haremos referencia, y otros similares

en España y resto de Europa, con lo que siempre hay que tener en cuenta que los trasgos son muy aficionados, amparándose en su impune invisibilidad, a hacer este tipo de travesuras.

Ya comentamos páginas atrás que a estos casos de «poltergeist» los parapsicólogos los estudian desde otra perspectiva, sobre todo si hay adolescentes de por medio, descartando casi siempre y de un plumazo la intervención de otro tipo de seres, intervención que, a la vista de lo estudiado hasta el momento, podría suponer una pieza más del fantástico puzzle que supone el intento de dar explicación coherente a las casas encantadas.

## Los trasgos leoneses

En las históricas tierras leoneses también encontramos la presencia de los duendecillos, sobre todo en zonas mineras del norte, donde se les suele confundir, erróneamente, con los enanos, que son los custodios de los tesoros de la tierra; por eso es signo de buen agüero el que los mineros vean salir a un enano del interior de una mina, en cuyos alrededores suelen vivir.

No hace muchos años se oyó hablar de la presencia de duendes nada menos que en los desvanes de la catedral gótica de León, donde se alojaban junto con una familia, originando diversos disturbios.

Incluso tenemos el testimonio del escritor afincado en León José María Merino, premio Nacional de Literatura Infantil y Juvenil en 1992, que, según relató en una entrevista \*, tuvo una experiencia personal con un trasgo al que mantuvo como huésped «non grato» durante un tiempo, ya que «su ocupación principal consistía en abrir la espita y vaciar una cuba que yo había heredado de mi abuelo y que hacía un vermú excelente», quedando todo el suelo inundado una y otra vez. Para alejarle de la frasca del vermú, le entretenía con menudas tareas de las que no hace ninguna mención.

El trasgo leonés no es tan casero como sus parientes del norte, prefiriendo hacer sus travesuras por los alrededores de las casas y transformándose con mucha frecuencia en animales.

En la cultura popular de los Ancares (entre las provincias de León y Lugo) existe la tradición de colocar cruces en los árboles que bordean los pueblos, para impedir así que el trasno -así llamado por estas latitudes penetre en ellos y se quede en los alrededores. En el supuesto de que sea visto en el interior de alguna casa, desaparece de allí cuando se pronuncian palabras tales como ¡Jesús!, ¡Dios mío!, o simplemente se reniega de él diciendo:

- ¡Arrenégote, cochino!

El «trasno do choco» de los Ancares actúa básicamente en los caminos como cualquier «diaño burlón», haciendo que la gente forastera se extravió con algún sagaz procedimiento, tendente a que pierda así toda orientación.

Los folcloristas Francisco J. Rua Aller y Manuel Rubio Gago, nos hacen unas valiosas aportaciones acerca de este tipo de elementales terrestres ubicados en tierras leonesas, así como de sus leyendas y tradiciones más o menos remotas en el tiempo, las cuales aparecen relacionados frecuentemente con las almas en pena. Estos autores prefieren utilizar el término de duendes a pesar de que por la zona de que se trata sean más bien trasgos. En Tolibia de Abajo, pueblo de la montaña, situado en la ribera del Curueño, existía a principios de siglo un duende que traía de cabeza a los lugareños, al que se le atribuía la desaparición de las longanizas y otros restos de las «matanzas» del cerdo. Asimismo, se oían pisadas en los pajares y, de cuando en cuando, los jatos (becerros o terneros) aparecían inexplicablemente atados en el establo de dos en dos por el mismo collar o cadena. Otras veces desataba las cuerdas de los odres para que se vaciaran de vino.

En la zona de Babia, a poca distancia de Cabrillanes, se encuentra Mena, un pueblecito donde aún hoy día existe una vivienda situada bajo la peña del castillo denominada «La casa del duende de Mena». A este sobrenatural pequeñuelo se le atribuyen las fechorías de tirar de las faldas de las brañeras, así como el hecho de que un cordero que se guardaba en el corral, siempre acababa apareciendo en el pajar. Ante esta repetida anomalía, decidieron sacrificar al molesto cordero el día que murió el dueño de la casa, para, de esta manera, abastecer de comida a los asistentes al entierro. Desde ese momento ya no volvió a ser visto ni oído el duende.

En Lagunas de Somoza contaban que había una «casa enduendada», puesto que se oían balidos de cordero e incluso solía aparecer la silueta de una gallina sin cabeza a pesar de que en dicha 'casa no habitaba nadie, lo cual a estas alturas no nos debe de extrañar. También aseguraban los vecinos, movidos por una ambiciosa imaginación, que de su techo caían monedas de oro, lo que no ha impedido que este pueblo sea económicamente tan modesto como los demás de los alrededores.

\*.Diario 16, suplemento cultural «Disidencias», número 104, 12 de diciembre de 1982





### ***Trago castellano-leonés***

*Pudiera parecer que el trago castellano-leonés, con su obsesión por apedrear a la gente, es un tipo duro, capaz de hacerse respetar por los seres humanos, pero, en el fondo, sus fechorías son normales y corrientes, y casi nunca suele herir con sus piedras.*

En Ferrol del Bernesga se pueden ver las ruinas de una antigua casa encantada. Cuando la familia abandonó el domicilio, desesperada por la molesta presencia de su duende, se produjo un incendio sin causa aparente quedando tan solo intacta la cocina, que era, con toda probabilidad, el lugar favorito del trasgo bullanguero.

Por último, en el pueblo de Viñales el trasgo local solía entretenerse al estilo de los follets catalanes, es decir, trenzando las crines de las caballerías provocando estruendos de lo más variado con el único propósito de no pasar desapercibido, y desde luego que lo conseguía.





## *Hablemos de follets*

*Será algún duende o será alguna doncella en  
pena que es lo mismo.*

LOPE DE VEGA:  
*Dineros son calidad*

### ELS FOLLETS DE CATALUÑA

#### Aspecto, costumbres y hábitat

**E**STE geniecillo, más pequeño que los tragos y los duendes, está extendido en torno a la costa mediterránea, siendo conocido en Cataluña, islas Baleares, Levante y sur de Francia como «follet» y en Italia como «folletti». La tradición sobre su existencia está más viva en la parte septentrional de Cataluña, donde la gente tiene noticias puntuales, a veces de primera mano, sobre la actuación de este ser invisible, aunque Constantino Cabal escribía en 1931 que «ya apenas se le recuerda, ya está la tradición tan apagada en tierras de Cataluña que no guarda el más mínimo detalle acerca de tan mínimo sujeto». Se equivocaba. Se cree que, originariamente, los follets vivían en populosas y hermosas ciudades construidas debajo de los dólmenes aprovechando su poder y energía. Cuando, miles de años después, las metrópolis élficas fueron perdiendo poder, tuvieron que abandonarlas y trasladarse al campo, vinculándose cada vez más a los seres humanos. Parece clara su procedencia pagana, pues, según se recoge en algunas tradiciones, la llegada del cristianismo y, en concreto, el toque vespertino del *Avemaría* le perjudicó grandemente; que cuenta así que, en cierta ocasión, varios follets intentaron, sin conseguirlo, paralizar los tañidos de las campanas de la torre de una iglesia. Su unión con los hombres ha sido tan exitosa que ya difícilmente pueden ser expulsados de una casa ni con agua bendita, ni con ningún tipo de exorcismo, y de hecho se ríen con frecuencia de la Iglesia, que es objeto de sus bromas.

Alegres y divertidos, no conocen dueño y se lo pasan bien molestando a las mujeres mientras hilan, dañando los utensilios de las casas y esparciendo objetos por el suelo.

Su gusto por el escándalo es bien conocido, como ocurrió con el follet que se quitó los pantalones delante de unas viejas y luego se alejó riendo por la chimenea, o los sospechosos tocamientos, transformados a veces en palizas, que efectúa durante las noches a algunas mujeres estas inclinaciones por el sexo femenino son características de follets (incluidos los barrugets), a diferencia de los tragos y los duendes. Lo único que les asusta son las armas de acero, bastando un cuchillo de cocina para que huyan despavoridos. El hierro, recordemos, es un poderoso amuleto al que siempre han tenido mucho respeto y miedo los habitantes del «mundo de las Hadas» en todas las partes.

Una característica común de los follets y de la mayoría de los geniecillos domésticos, es la posibilidad de que cambien su forma de actuar y, dejando de ser unos traviesos, se conviertan en eficaces y hábiles trabajadores. Este sorprendente hecho suele suceder cuando los habitantes de la casa han soportado con paciencia sus molestias. En general, los «elementales» respetan a los hombres serenos y cabales que retienen sus ganas de vengarse de ellos. Si un follet se hace amigo de un humano, le ayudará en sus tareas domésticas, a que pascifique el ganado, ordenará la casa, terminará los trabajos incompletos, en fin, resolverá sus problemas en lugar de creárselos.

Algo muy propio en el follet catalán es, que gusta de que, en la casa que ha elegido para vivir, todos trabajen. Si observa que alguna «minyona» se va a la cama sin haber terminado su tarea doméstica (recoger los cacharros, fregar los platos, barrer, etc.), por la noche le estira los pies, le cosquillea y, si se tercia, le da una buena paliza, hasta el punto de que al levantarse al día siguiente se encuentra dolorida, ojerosa y muy enfadada.

Es célebre la coplilla en relación a lo dicho:

*A toc d'oració  
les minyones a recó  
perqué corren el follet  
¡El girafaldilles,  
que dona surres  
a les fadrines.*

En S'Agaró (Girona) llega incluso a esquilarse a las cabras y trenzar las crines y colas de los caballos con tal maña que los campesinos, ante la imposibilidad de deshacerlas, se veían obligados a esquilados. En el alto Ampurdán se dice que nada corre más que un caballo con un follet escondido entre sus crines.



### **Follet**

*Forzoso es reconocer que los follets no pueden ser tan tontos como a veces se les pinta, ya que están considerablemente extendidos por toda la Europa mediterránea. Además, no son malos chicos y es posible granjearse su confianza y contar con ellos como eficaces colaboradores en las tareas del hogar.*

El follet catalán jamás abandona a la familia, pues, a pesar de todo, es un espíritu que la protege aunque ésta cambie de casa. Se le atrae colocando en la ventana un plato de miel, pasteles, frutas o golosinas. Pero si lo que se quiere es evitar que entre en la casa, se colocará un plato con granos de mijo. Al volcar el plato, intentará recoger el grano derramado, tarea imposible al tener la palma de la mano izquierda agujereada, igual que ocurre con el trasgu de Asturias.

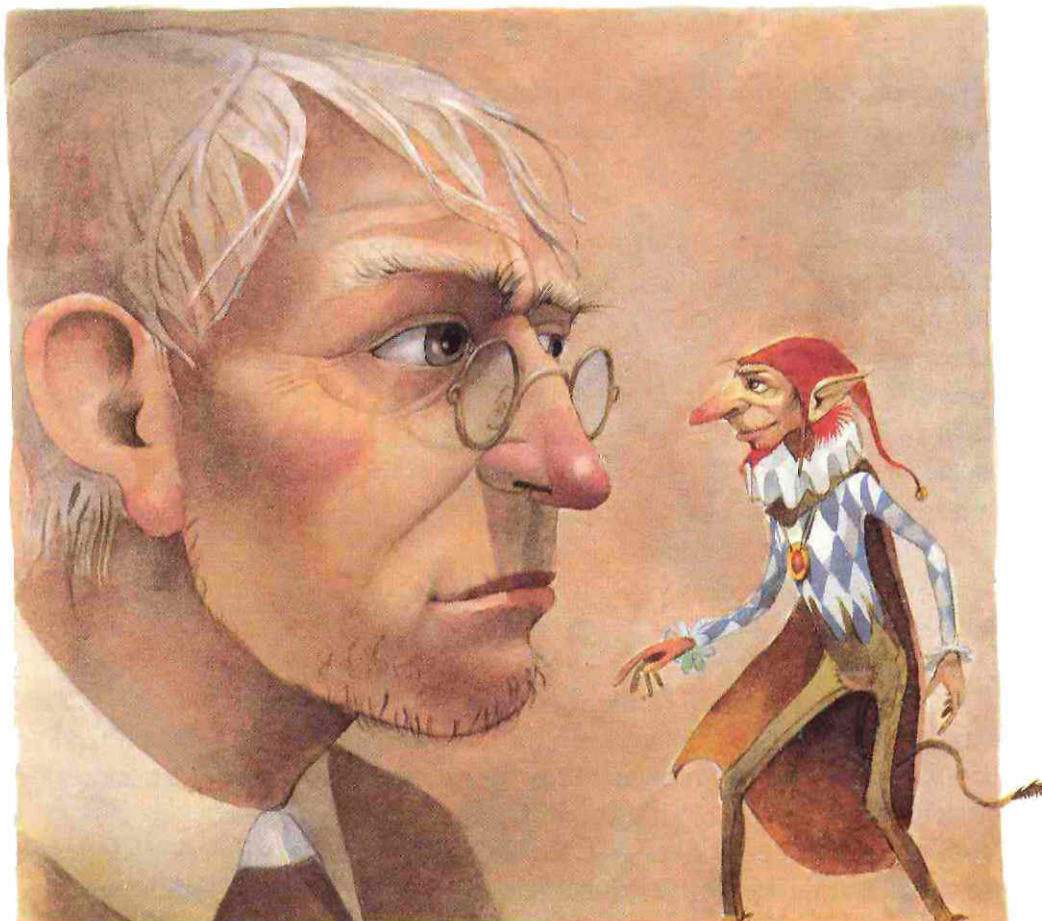
Los follets no miden más de treinta centímetros y son de tez amarillenta, aunque algunos no tienen un aspecto muy diferente al de los humanos. Visten ropas de colores vivos, parecidas a las de los bufones de la Edad Media, y, a veces, con estampados romboidales como los de los arlequines. Usan siempre un sombrero con cascabeles, al igual que los tardos.

Como los follets, en el fondo, no son tan malos, los payeses tratan de no hacerles ningún daño, especialmente en ciertos días en que se limpian con esmero las cenizas de la chimenea, porque en esa noche los follets, ya usualmente bullangueros y juerguistas, arman la de San Quintín cuando se ven despojados de tan gratas cenizas, que durante tanto tiempo les ha servido de cobijo.

En la provincia de Barcelona, en concreto en la comarca del Lluçanés, cada familia de payeses tiene su follet protector, que cada noche da una vuelta por la casa para comprobar que todo está en perfecto orden. Vigila el ganado y, al ser tan pequeño, vive esencialmente entre las cenizas del hogar -«llar de foc»-, por esta razón, la ceniza de la chimenea se mantiene siempre a lo largo de todo el año, para no molestar a este duendecilla que aunque no logran vedarlo, saben o sienten que está allí. Sólo se limpia la chimenea el día de Pascua, ya que también para el follet es fiesta religiosa y campea por todas las habitaciones de la casa celebrándolo. En otras comarcas realizan este ritual la víspera del día de Todos los Santos.

Los follets de la comarca de la Garrotxa (Girona), además de recorrer cada noche el hogar para dar su «visto bueno» y luego cobijarse en la chimenea, suelen jugar con una pequeña piedra, que para él tiene una importancia capital -desconocemos el motivo-, pues es su tesoro particular, a modo de amuleto, guardándola, cuidándola, mimándola... de tal forma que los habitantes de la casa deben cerciorarse que el follet no extravíe nunca su piedra mágica porque, de ser así, su humor cambia de tal manera que podría maldecir a la casa, a la familia y al ganado.

En la localidad de Falset (Tarragona), la palabra «follet» está tan arraigada que sirve también para designar a los niños de pequeña estatura. En algunas zonas de Girona, creen que el follet se encarna en una especie de gallina, y dicen que la mejor defensa contra ellos es rociar con agua bendita el lugar por donde suelen entrar.



**Follet catalán**

*Uno de los tamaños diminutos que preferentemente adopta el follet catalán en sus manifestaciones ante los humanos.*

El investigador Apeles Mestres los considera invisibles, incoloros e impalpables, o sea, invariablemente, como todos los de su especie, cuando les da por pasar desapercibidos, lo cual supone un impagable alivio para la María de turno que sufre sus acosos.

Este mismo autor nos pone sobre la pista de un personaje enigmático y del que apenas tenemos datos. Nos dice que con el follet solía andar el «Fantasma», cuya figura ya nadie recuerda, y debió ser un personaje inofensivo e infeliz, que le seguía a todas partes, teniendo como papel el de simple pasmarote, una especie de Juan Lanás que ni pinchaba ni cortaba.

Para Constantino Cabal, este «fantasma» debió ser un fauno mitológico de los bosques, y el hecho de que los ancianos lo asocien con el follet se explica porque hubo un tiempo en que se confundieron las hazañas de uno y otro, permaneciendo en la memoria las de este último personajillo. Cabal hace corresponder a este «Fantasma» catalán con el «Busgosu» asturiano.

Nosotros no compartimos ninguna de estas dos opiniones y pensamos -puesto que no existen datos concretos sobre ese supuesto ser- que se trata más bien de la otra acepción de la palabra duende, cual es la de fantasma, que en alguna tradición local, lejana en el tiempo, en lugar de confundir estos dos términos en un solo personaje (como ha ocurrido en otras zonas) se le diferenció en dos, representando el fantasma la contrafigura del follet en su vertiente pacífica, mansa y bonachona, de ahí que siempre vaya asociado a este duende doméstico y nunca como una figura independiente con personalidad propia.

### **El follet y los vientos**

En determinadas zonas de Cataluña se le considera generador de un extraño viento- que se hace muy molesto. En la comarca del Pallars, se denomina «Fullet» a un viento muy fuerte que sopla durante los meses de noviembre y diciembre, arrancando tejas y doblando árboles.

Sin embargo, en Ribera de Cardós (Lleida) se llama «Fulet» o «Folet» a un torbellino de viento. En el valle de Aneo, al viento que ondula los campos de trigo le denominan «follet», y en Campelles (Girona), afirman que «el follet es un mal esperit que va amb el vent». Por último, en la comarca gerundense de Olot, se suele decir que el «follet no falta nunca en los remolinos de viento».

En este sentido, el follet es considerado como un espíritu del viento, similar al «ventolín» de Asturias, bajo la creencia popular que consideraba al torbellino como un ser sobrenatural.

## **ELS FOLLET DE LEVANTE**

### **Bubotas y Cerdets**

En toda la región valenciana, desde el Maestrazgo, en el noroeste de Castellón, hasta la Vega Baja del Segura, en el sur de Alicante, los seres sobrenaturales reciben diversos nombres. El problema está en que suelen confundir a los duendes con fantasmas, ánimas en pena y con cualquier otro tipo de aparición que se salga de lo corriente, siendo muy frecuente atribuir a unos lo que les correspondería a los otros.

#### ***Cerdet***

*Se agarran y se escoden en las crines de un caballo, haciéndole correr velozmente por las calles de algunos pueblos alicantinos, asustando a las gentes con sus aullidos nocturnos.*



La gran riqueza de términos que tienen para designar a estos seres se pone de manifiesto, por ejemplo, en la palabra fantasma, que aquí recibe el nombre de «Bubota», aunque, por deformación o simples modismos locales, adquiere otras variantes como «Buberota» o «Buberotes» (en Jávea, Jalón, Sagra y otros pueblos de



Alicante), «Bumberota» o «Bumborata» (en Facheca o Teulada), «Momorta» o «Momorates» (en Parcent o Castell de Castells), «Mumerota» o «Mumerotes» (en Busot o Xijona), «Musserota» o «Musseroto» (en Torremanzanas o Sella), «Marmoto» (en Muro o Bañeres), etcétera.



*Donyet*

En realidad, las «bubotas», como ocurre también en las islas Baleares, son los fantasmas de sábanas, es decir, fantasmas de pacotilla, los cuales, más que verdaderos ectoplasmas, son figuras animadas por auténticos «plastas», bromistas disfrazados, contrabandistas en el mejor -o peor- de los casos y, en general, por gentes de un discutible sentido del humor. Esto, al menos, es la imagen externa y desmitificadora de las «bubotas», aunque el pueblo sabía bien que no siempre eran tan explicables ciertas apariciones y «presencias», que se salían de lo estrictamente natural, convirtiéndose la «bubota» en una palabra de doble sentido.

Por lo que se refiere a los duendes, propiamente dichos, su nombre genérico es follets, como igualmente se les designa en Cataluña y Baleares, sin olvidar que a veces emplean las palabras «Duendo», «Donyet» o «Cerdet» para designar al mismo ser.

El Cerdet, conocido sobre todo en las localidades alicantinas de Rellu y Torremanzanas, es una especie de duende callejero que actúa por la noche. Se monta en la grupa de las caballerías agarrado fuertemente a sus crines y, con cara de indignación? va dando desgarradores aullidos que dejan boquiabiertos y con los pelos como escarpías a los viandantes que presencian esta aparición.

Apenas hay datos sobre él, pero esta preferencia por los equinos le emparenta con los follets del Ampurdán donde ya comentamos que nada corría más que un caballo con un follet entre sus crines. Al Cerdet se le menciona, por lo general, cuando ocurre una aparición nocturna.

## **Els follets de Almudaina**

Nos transmite esta leyenda Francisco Seijó Alonso, cuya acción está ubicada en este pueblo alicantino y donde se muestran dos características que son comunes a los duendes o follets: les disgusta, por un lado, que les regalen ropas y el ser considerados meros sirvientes domésticos (como también ocurre con el Frailecillo), y, por otro, van detrás de los habitantes que pretenden abandonar el hogar.

En el pueblo de Almudaina, de todos era sabido que los duendes penetraban por la noche en las viviendas, deslizándose por la chimenea. Lo que las gentes no podían dilucidar era el porqué en unos hogares les daba por hacer el bien y en otros todo lo contrario.

Entre los agraciados figuraba un matrimonio, ancianos ya, Rafael y Antonia, cuyo hogar era protegido por los duendes. Por la mañana, la mujer hallaba las faenas de la casa realizadas, incluyendo el amasado del pan, tarea dura para su edad.

Agradecidos a los visitantes nocturnos y deseosos de conocerlos, dijo el hombre:

- Chica, podríamos levantarnos de la cama y ver ahí.

Pasada la medianoche, se levantaron sigilosos y, a través de la puerta entreabierta, pudieron comprobar que los vestidos de los follets que trajinaban en la cocina estaban raídos y sucios, dando pena vedas.

Vueltos a la cama, tomaron la determinación de adquirirles unos hábitos nuevos, en el deseo de tener contentos a sus benefactores, aunque para ello se vieran precisados de vender parte de la cosecha que guardaban para el sustento diario, por lo que a la mañana siguiente se trasladaron a Alcoy, de donde volvieron con las prendas.

Por la noche colgaron los hábitos en las perchas de la arcada del muro central de la casa, allí donde el dueño o los visitantes colgaban los bastones.

Estaban seguros que los duendes, agradecidos, no sólo proseguirían en las labores de la casa, sino que, ¡quién sabe!, las ampliarían a las duras faenas de la cuadra y corrales.

Pero la reacción duendil fue totalmente contraria a la interpretación del sentir de los ancianos, pues, apenas advirtieron la presencia de las nuevas prendas, manifestaron disgustados que no querían ser meros criados de aquellos que deseaban cambiar su fisonomía, emprendiéndola a bastonazos con ollas, sartenes y toda clase de utensilios que hallaron en la casa.

Molestos y temerosos ante tal destrozo, un sábado, al anochecer, recogieron lo más esencial y lo cargaron en el carro, partiendo hacia el exilio. Al llegar a las afueras del pueblo, la mujer se apercibió que había dejado olvidada la paella. Dijo:

-¡Ay chico, ya nos hemos dejado la mejor paella que tenemos! ¡Vete a buscarla!

Entonces, a su lado, la voz de uno de los duendes les gritó:

-La porte jo! (¡La llevo yo!)

Y los ancianos, resignados, viendo la imposibilidad de librarse de la compañía de los traviosos espíritus, dan la vuelta al carromato y se dirigen de nuevo al pueblo, diciendo:

-Tornem, que igual tenim! (¡Volvamos, que igual da!)

Tuvieron, pues, que aguantar sus tropelías hasta que aquéllos se cansaron y se fueron a molestar a otros vecinos.

Esta versión, posiblemente, está basada en una anterior del escritor Francés Martínez y Martínez, relatada en *Coses de la meua terra* (Valencia 1912), donde cuenta que en una casita en el campo, habitada por un matrimonio humilde, vivía éste en compañía de un Duendo que los acosaba con sus maquinaciones y destrozos. Pero este Duendo tenía una debilidad: le gustaban los cedazos, y esto hacía que se malgastara en la casa gran cantidad de harina. El matrimonio resolvió al fin mudarse de casa, pero en silencio, pata que no se enterara tan indeseado huésped. Fueron recogiendo sus trastos y los pusieron en el burro; cuando recorrieron cierto trayecto, advirtió la mujer:

- ¡Ay, se nos quedó el cedazo! Marido, anda a ver si lo encuentras. y entonces se oyó una vocecilla entre los bultos:

-¡porte jo!

## **Els Donyets**

Son duendes domésticos originarios de Valencia. Al igual que los follets, con los que están emparentados muy directamente, tanto por su aspecto físico como por sus payasadas, siempre están moviéndose de un lado para otro. No paran de hacer trastadas y son casi tan inquietos como los Sumicios. Les encanta la oscuridad y solamente actúan por la noche.

Se cuenta en Torrent (Valencia) que un Donyet llegó a cambiar de sitio todos los cacharros de la despensa de un campesino, y además hizo la gracia de poner las alubias en el cacharro de los garbanzos y el pimentón en el de la sal.

Como hemos dicho, son muy similares a los follets, siendo, no obstante, su vestimenta distinta. Llevan faja en lugar de cinturón y utilizan chaqueta. La cabeza la coronan con un pañuelo con un cascabel en la punta.

## **El duende de la ópera (Valencia)**

En la ciudad de Valencia también hay registrado un caso de apedreamiento misterioso en un local público, en concreto en el Teatro de Verano de la Gran Vía el 13 de agosto de 1935 (un año después de los sucesos del duende de la hornilla de Zaragoza).

A partir de esa fecha comenzaron a caer piedras sobre los camerinos donde se vestían las *vedettes* del espectáculo. La monumental pedrea continuó durante cuatro noches sin que nadie supiese ni el motivo ni el origen de las mismas. El señor Selver resultó herido levemente por una de las piedras, lo cual contradecía lo que algunos parapsicólogos y metapsiquistas de la época habían mantenido firmemente: que los pedruscos de un poltergeist jamás hieren a una persona, aunque sí les puede pasar rozando. Como único dato sobre su autoría tenemos el testimonio de una chica del conjunto «La Maragual» que, cuando se dirigía a su camerino, sintió sobre su espalda un escalofrío debido a una fuerte corriente fría y en ese momento vio cómo se reflejaba sobre un espejo cercano una inquietante sombra luminosa.

El caso quedó cerrado por la policía cuando los fenómenos cesaron súbitamente. Los parapsicólogos también le dieron carpetazo, diciendo que fue un caso más de «paralitergia».

## ELS FOLLETS DE BALEARES

### Los dos aspectos del follet

Estos follets, para algunos estudiosos, son unos duendes ibicencos parecidos más a los espíritus familiares, en el sentido de que, en vez de asociarse a una casa en concreto, se asocia a una persona que ejerce de dueño, teniendo pocas semejanzas con sus parientes catalanes.

En las islas Baleares también existen otros duendes y familiares, con características propias, que son estudiados en otras partes del libro, como son los barruguet, los dimonis-boiets y los fameliás.

El follet es benigno (a diferencia de su «amiguete» el barruguet), dotado de grandes poderes y muy obediente.

En Ibiza ha permanecido la expresión equívoca de «té follet» refiriéndose, en el caso que nos ocupa, a alguien muy nervioso, inquieto y movedizo, como si tuviera el baile San Vito. El folclorista Antoni María Alcover recogió a principios de siglo algunos testimonios de este duende. Quien tenía la suerte de poseer un follet lo guardaba dentro de un zurrón o macuto de piel de gato o de foca, pero dado la vuelta, es decir, con el pelo en el interior, aunque desconocemos la causa. Su dueño, gracias a la intercesión del follet, quedaba investido de un extraño poder que le permitía ejecutar cualquier acción: podía tomar instantáneamente cualquier forma física, desaparecer y aparecer a su antojo o emprender un vuelo, moviéndose con la velocidad del viento. El follet, cuando descansaba, prefería dormir en una talega de piel de chivo antes que en cualquier otro lugar.

Sin embargo, para el escritor Michel Ferrer, el follet no designa a un duende, sino a un poder sobrenatural, y era creencia popular que dicha gracia era otorgada por los curas, a quienes se dirigían las personas que pretendían tener esos poderes bruñeriles en busca de las fórmulas mágicas para la obtención de los mismos. Si conseguía tener «follet», es decir, el don de poder volar y volverse invisible para poder viajar, se convertía entonces en un «bruixot» (brujo) y pasaba a ser temido por su pueblo con una mezcla de cierta admiración. No obstante, en Mallorca, cuando alguien buscaba algo que solía tener a mano y que de forma súbita había desaparecido, sin que hubiera manera de encontrarlo por más que se buscara, se decía: «¡Baud tengut follet!», que significa que aquella cosa, misteriosamente, desapareció sin saberse por qué (las mismas atribuciones tienen los «Sumicios» asturianos y gallegos).

### El barruguet

Este personajillo sólo es conocido en la isla de Ibiza y, por lo tanto, es aquí donde hace sus fechorías; excesivamente molesto o demoniaco, tan sólo está a gusto «chinchando» a los seres humanos.

Antoni María Alcover decía que el barruguet disfrutaba en hacer rabiarse y martirizar a las mujeres de la casa y que siempre estaba nervioso y medio enloquecido.

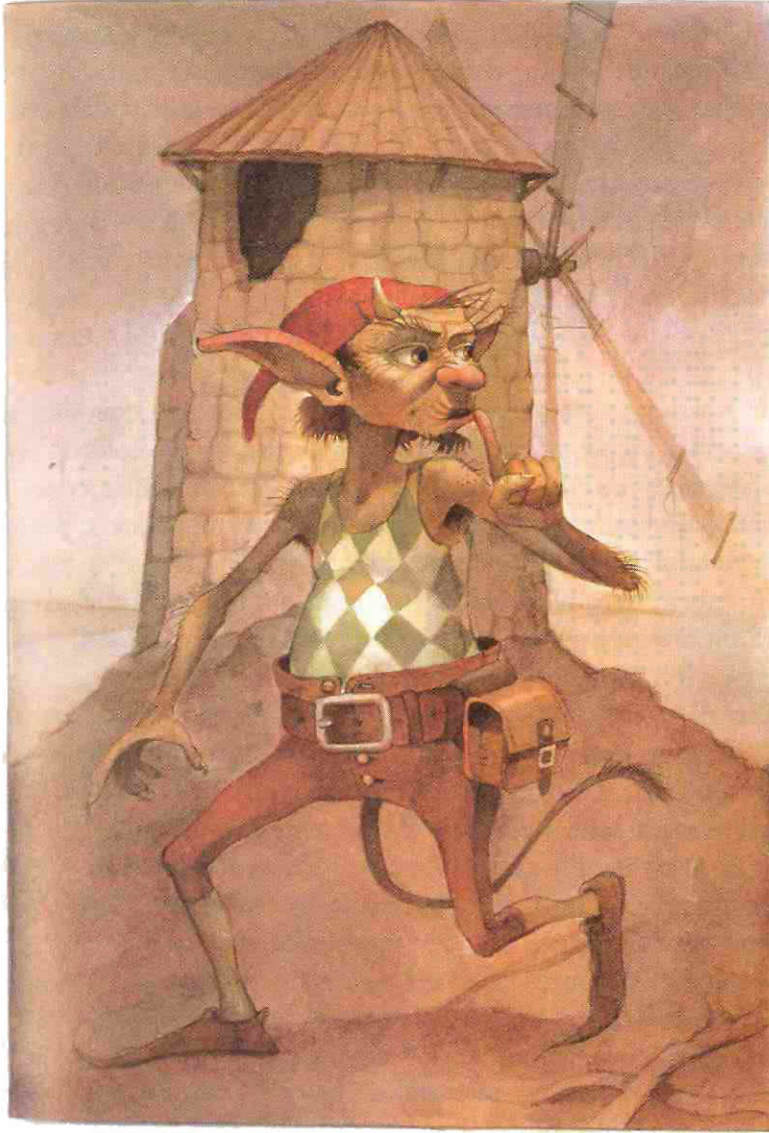
Respecto a su aspecto físico, decir que sus brazos son muy largos, desproporcionados para la estatura de enano que tiene, aunque muy fuertes, con una barba de chivo y una voz ronca y hombruna.

Mariano Planells equipara a este duende con el semidios cartaginés Bes, según estatuillas y terracotas halladas en Ibiza, tanto en su físico como en sus costumbres, pues éste era de reducidas dimensiones, barbudo, perverso y lascivo, aunque el barruguet, todo hay que decirlo, es más recatado.

Según las leyendas, los refugios de los barruguet solían ser las necrópolis púnicas del «Puig des Molins» y «Portal Nou», en las murallas. También se solían albergar en las norias, molinos, cuevas, oquedades, agujeros de las paredes, pozos y cisternas, siendo una de sus diversiones favoritas esconderse en el interior de un pozo y agarrarse fuertemente al cántaro con que sacaban agua, impidiendo que la mujer pudiera subirle. Existía un antídoto infalible para neutralizar a este diablillo, aunque tan sólo por unas horas, que era darle de comer una «llesca» (corte de pan completo) de pan con queso y dejárselo cerca del pozo, ya que por la noche el hambriento duende se lo zamparía de un tirón y dejaría en paz a la familia, tanto para poder sacar agua como para dejarles dormir.

Se cuenta el caso de una familia del pueblo de San Lorenzo que, molesta por la presencia de un barruguet, se negó a ofrecerle su manjar de queso y leche, y esto les costó muy caro, pues a partir de ese momento nunca más pudieron sacar agua de la cisterna ni tan siquiera para sus mulas, ya que cada vez que éstas se acercaban al abrevadero, unas manos invisibles agitaban unas ramas de pino delante de los ojos de los animales, espantándolos al instante.





### ***Barruguet***

*Duende barbudo,  
perverso y lascivo,  
amigo de frecuentar  
cuevas, molinos  
y pozos para  
airear mejor sus  
picardías, que no  
son pocas, siendo  
muy silencioso y  
astuto a la hora  
de ejecutarlas.*

También el barruguet tiene la mala costumbre de seguir a sus «víctimas» humanas allá donde vayan, como también hacen sus parientes los trasgos y los follets. Es fama que en una casa de Santa Gertrudis, cuyos dueños se habían cambiado de hogar, hartos de sus duendes, al hacer el recuento de las cosas traídas a su nueva casa, recuerdan que les falta la mecha para el candil de aceite, cuando aparece súbitamente el barruguet encima de su cama, diciéndoles: «No tenéis que preocuparos, como nos cambiamos todos de casa, he pensado que lo mejor es que guarde yo la mecha y así por las noches seré yo quien os encienda el candil en el nuevo hogar.»

Otro tipo de trastadas o «barrugadas» consisten en que, si las mujeres cosen, les esconden las tijeras, o les esparcen las agujas; hacen llorar al niño en la cuna, tiran ceniza o sal en la olla del guisado, cambian las cosas de sitio y siempre están en continuo movimiento. El barruguet aparece y desaparece como un relámpago y se puede transformar en figuras grotescas, así en forma de un cabritilla que, si se le tomaba en brazos, podía alargar varios metros las piernas, aumentar su peso o el tamaño de sus ojos, con lo cual el susto del que lo mecía era inusualmente terrorífico.

Pero también el barruguet es ambivalente, puesto que no siempre hace diabluras, sino que, a veces, se manifiesta como un franco colaborador. Así ocurrió en Cana Pujola, donde en pocos minutos uno de ellos fue capaz de recoger la leña necesaria para cocer el pan y de guardar varios rebaños" a la vez. De ahí que, en sus peligrosas hazañas, se le suela confundir, a nuestro parecer, con un «famelíá», es decir, con un diablillo familiar, también originario de Ibiza, que no abulta más de una uña y es capaz de hacer verdaderas proezas, y del que hablaremos más adelante. Muchos campesinos, sabedores de las portentosas facultades de los barruguet, pretendían cazados y domesticados y para eso se dirigían, la noche entre el Jueves y Viernes Santo, bajo los arcos del Pont de Sa Taulera (Carretera de Sant Joan), donde había unos mantoncitos de arena finísima en forma de círculos concéntricos. Clavando el dedo índice en el centro exacto, se recogía un puñado de arena que al momento se filtraba, quedando dentro de la mano una especie de mosca sin alas que hacía unas inaguantables

cosquillas. Si el cazador superaba este terrible cosquilleo, ya tenía en su poder un barruguet, aunque, insistimos, esta leyenda creemos que no es más que una malformación de la captura de un fameliá, ya que con esas características, sobra decirlo, de duende tiene muy poco.

### **El caso del barruguet de San Lorenzo**

Michel Ferrer nos transmite el delicioso cuento de una campesina que bajaba a la ciudad, montada en su burra, cuando oyó el llanto de un bebé a la vera del camino. Se apeó y recogió al niño, que, al no cesar en sus lloros, obligó a la mujer a ofrecerle el pecho para mamar. Pero al cabo de un rato de succionar, a la buena mujer se le antojó que, además de mamar, aquel niño también mordisqueaba con extraña pericia, cosa que le pareció rarísima. Exploró la boca del recién nacido y cual sería su sorpresa al descubrir que tenía una perfecta dentadura. La buena mujer exclamó:

- Tens dentetes.

Y el barruguet, agitado y divertido, le contestó:

-¡Tenc dentetes i dentasse, per menjar faver y favasses!

Frase de difícil traducción (tengo dientes y dentazas, para comer habas y habazas), con la salvedad del doble y equívoco sentido: el haba también designa en Ibiza al glande del órgano genital del hombre.



## *Sobre otros duendes domésticos*

*Lo que da mujer es viento:  
tesoros de duendes son,  
¡no se nos vuelva carbón!,  
¡abre la caja con tiento!*

TIRSO DE MOLINA:  
Cautela contra cautela

**L**OS duendes, considerados como tal y dentro del tronco genérico de «duendes domésticos», ya no pertenecen a la misma rama genealógica o familia de los trasgos o los follets. Ya lo hemos dicho antes: los denominados «duendes» a secas, tanto física como genéticamente, tienen rasgos distintivos de sus congéneres. A saber:

- Son más urbanos y aristocráticos. Se dejan sentir en casonas, palacios o aposentos regios y les gusta actuar en grupo.
- Su piel es más clara y adoptan preferentemente la forma humana.
- No tienen cuernos, ni rabos, ni son cojos, ni tienen agujeros en las palmas de las manos.
- Son más propensos a seguir a un ser humano o a toda una familia allí donde vayan.
- Se suelen disfrazar de frailes o, a veces, con ropajes mucho más vistosos y más adecuados al lugar y época que los trasgas.

Dicho esto, seguimos con las clasificaciones, pues existen tres tipos diferenciados de duendes:

1. Los que visten de frailes o capuchinos, que suelen ser muy serviciales, rechazando toda recompensa que consista en ropa.
2. Los que son protectores de niños, de aspecto regordete, infantil y, a veces, de simpático animal.
3. Los que prefieren las grandes urbes para hacer de las suyas -lo que no deja de ser insólito-, cuyas bromas son muy aparatosas, simulando muchas veces el aspecto de fantasmas y divirtiéndose con los que practican la «vasografía» o «ouija», así como provocando la casuística típica de los actuales «poltergeist».

Por todo ello, y por más, hemos separado a los duendes del resto de sus congéneres, pero esto no significa que donde hay trasgos no haya duendes, y donde están éstos no se encuentren los follets. En Asturias, por ejemplo, abundan las leyendas sobre trasgos, pero también las hay sobre duendes, y curiosamente se les llama así cuando se manifiestan en ciudades, como los dos casos que se ubican en Oviedo, a los que ya hemos hecho referencia.

### LOS DUENDES EXTREMEÑOS

El duende, por estas latitudes, suele adquirir una apariencia monacal, con una tendencia desmedida a vestirse de fraile capuchino, con lucecitas verdes o violáceas para alumbrarse y, como es de esperar, dedicados a hacer fecharías caseras. Antaño, las madres asustaban a sus niños diciéndoles que estos diminutos seres les pellizcarían en los ojos y les cortarían las orejas o las narices con navajillas de afeitar y hasta les podían coser el culo con una aguja de zapatero... y en fin, barbaridades similares, con el único objetivo de que el niño hiciera o dejara de hacer algo, desposeyendo al duende extremeño de sus cualidades simpáticas, convirtiéndole, en cambio, en una especie de bruja o de coco de poca monta.

El historiador y folclorista Publio Hurtado, en un estilo muy campechano, escribe, en sus *Supersticiones extremeñas* (1902), que la raza de los duendes «estaba tan propagada en nuestro suelo que eran contados los colegios, ermitas y monasterios en que no se hiciese memoria de alguno de estos mequetrefes», y relata el caso de cierta neurasténica de Aldeanueva del Camino (Cáceres), en cuya casa «moraba uno de estos seres maravillosos, que le desparramaba el trigo, le colgaba del revés los cuadros, le ponía patas arriba trébedes, platos y sartenes, le vertía el agua de las tinajas y le hacía a diario otras cien extorsiones, lo había visto más de

una docena de veces, y afirmaba que se parecía mucho a un San Antón, de fachada sobrado barroca, que existe en la iglesia de aquel pueblo».

### **Duendes hurdanos y pacenses**

En Las Hurdes, posiblemente el lugar extremeño donde más arraigadas están las costumbres supersticiosas y donde aún hoy en día perduran con mayor fuerza, no pueden faltar sus historias de duendes.

El escritor aragonés Ramón J. Sender, en *Las criaturas saturnianas* (1968), habla de duendes extremeños, y pone en boca de su protagonista, el enigmático conde de Cagliostro, su particular teoría sobre los duendes, afirmando que «eran gente real y viva aunque se les llame elfos y gnomos y otros nombres míticos. Existían y, como eran tan pequeños y débiles, tenían que defenderse con habilidades mágicas». Afirma, asimismo, que fueron ellos los primeros que se dedicaron a las prácticas ocultistas en su afán de defenderse para infundir miedo a los hombres sabios y grandes del norte. Continúa diciendo que una casta de aquellos hombrecitos estaba en España en la parte de Extremadura que se conoce como Las Hurdes, nombre prelatino y luciferino. Cagliostro da a éstos tal importancia que asegura que «los hombrecitos de España fueron los que difundieron la idea de un Lucifer cornado y dijeron (para asustar a los grandes) que recibían de él su poder nocturno. Porque los hombre citas actuaban de noche».

En la misma obra aparece una frase sorprendente y llena de un significado oculto: que Las Hurdes «están cerca de la entrada del infierno. No lejos de la laguna de Acherón».

Los duendes extremeños, aparte de estas elucubraciones de Cagliostro, suelen ser considerados en estas tierras como seres que no tienen apariencia definida y que pueden presentarse ante los humanos en forma de niños, de viejecitos, de frailes o de mano fría que de noche recorre y cuenta uno a uno los huesos de la espina dorsal del durmiente, produciendo los consabidos escalofríos y sobresaltos. Asimismo, se pueden aparecer en la forma de un caballo alado que, cargado de cadenas, recorre callejuelas con gran estrépito. Para luchar contra estos enemigos invisibles y contra las brujas, los hurdanos han fabricado una serie de amuletos, a base de piedras, como «la sarta de la leche» o «la sarta de las calenturas», pero sin duda el de más eficacia probada de entre todos ellos era el de los testículos de zorro introducidos en una bolsa de lienzo.

Lo cierto es que, en lo referente a su descripción física, hay gente que asegura que tienen orejas tan grandes como abanicos y brazos tan largos que le llegan hasta el suelo, con jorobas y cara de viejos... en fin, un auténtico y verdadero galán hollywoodiense. Aunque no falta también quien los describe con un aspecto infantil., como el que -sin salir de la provincia de Cáceres- asaltaba a una moza del pueblo de Calzadilla de Caria, llamada Cipriana Manzano, al ir por agua a un manantial extramuros de la villa, denominado «Fuente del Pozo». Cerca de aquí se le aparecía a la joven un duende, brincando de acá para allá, con visibles muestras de jolgorio y sin, poder ser alcanzado ni aun con pedradas. Este duende-niño llegó a ser una molestia bastante preocupante para las aguadoras, no por lo que les hiciera, pues, afortunadamente, no era un Diablo Burlón o un Tentirujo, sino por su condición de sobrenatural y, sobre todo, porque no había manera humana de deshacerse de él, hasta que de *motu proprio* ya no fue visto más.

También en Extremadura el duende sigue a los dueños de la casa cuando éstos, desesperados, deciden irse lejos, pronunciando al final su frasecita favorita: «¿Así que nos mudamos, eh?» Esto se dice que ocurrió, por citar tan sólo un lugar, junto al pueblo cacereño de la Madroñera, en una zona que se conoce con el nombre de «Lagar del miedo», debido a lo que el duende infundió a sus habitantes, así como a las gentes de los lugares cercanos.

Igualmente, y pasando a la provincia más grande de España -Badajoz-, se denominó «Casa del miedo» a una ubicada en el número 24 de la plaza de San Vicente de la propia capital. Aquí, un día de mayo de 1901, se produjeron unos extraños ruidos y destrozos de ropas provocados, según decían, por los duendes que de ella se habían posesionado, siendo noticia de alcance en los periódicos locales.

Por otro lado, existe constancia, no documental pero sí de absoluta creencia, de un duende pacense que daba la lata en las cercanías de un molino existente a orillas del río Guadalefra, en las proximidades de la localidad de Esparragosa de Lares (Badajoz), en el camino de Zalamea, el cual salía al encuentro de las personas y, en su afán de provocar y asustar, en vez de dirigirles la palabra, le daba por balar como un cordero (le podía haber dado por tirar piedras o morder esquinas). En ocasiones cambiaba de táctica y se aparecía a los transeúntes en forma de ovillo de hilo negro, que iba rodando delante de ellos por el camino y desaparecía cuando le echaban mano. No tendría otra cosa que hacer el «angelito».

La manía por confundir a los duendes con almas en pena, no es sólo patrimonio del País Vasco, las Canarias, Andalucía, Levante o Galicia, sino que también se produce en Extremadura, dándose el caso que en la localidad de Albuquerque (Badajoz) tanto al duende como al fantasma se le llama «Pantaruja».

Como era de suponer, duende y demonio van de la mano, siendo sus límites muy difusos, hasta el punto que en algunas zonas se confunden las dos figuras. Así, en Alía (Cáceres), todavía es costumbre que una madre esparza alrededor de la cuna del niño un puñado de granos de trigo con la intención de que, si llegase a entrar el «malihnu» en ese hogar, en lugar de hacerle daño al niño se entretenga en coger y contar los granos de dicho cereal.

En otros lugares cacereños, la cuna destinada a recoger al -recién nacido es previamente rociada con agua bendita, sobre todo en los últimos días del embarazo, para evitar así que «loh judiuh», equiparados aquí como malos espíritus infernales, la infecten con sus impregnaciones. Esta modalidad de conjuro, según José Manuel Domínguez Moreno, la hacían en el pueblo de Granadilla, manteniéndose vigente hasta bien entrados los años cincuenta. En Almaraz, en cambio, lavaban la cuna con agua de romero para eliminar la «pulienta» y las posibles impregnaciones que un anterior usuario dejara adheridas, ritos éstos muy relacionados con las posesiones de los «malignos», de los que hablaremos más adelante.

### **El Frailecillo**

También conocidos como «duendes frailes» por su vestimenta, consistente en un hábito largo y oscuro, no son personajes exclusivos de talo cual zona, pues han sido vistos, en general, desde Andalucía hasta Euskadi, pasando por Extremadura y Aragón, con hábitos tanto de capuchinos como de franciscanos.



### **Frailecillo**

*De algunos duendes se comentan sus acciones malévolas o sus juegos, de otros del ruido que arman o de lo mucho que rompen en las casas, establos o cuadras, pero del pobre frailecillo solamente se comenta su aspecto; lo rematadamente feo que es, su aire cansino, sus enormes orejotas, sus largos y huesudos brazos y su antiestética chepa.*



Como ya hemos dicho, son feos con avaricia y tienen las orejas como abanicos, los brazos muy largos, cara arrugada de viejo y, para colmo, una aparatosa chepa. Por las noches es posible oír cómo andan arrastrando sus descomunales pies, de tamaño desproporcionado con respecto al de su cuerpo, siendo un rasgo característico de su fisonomía. Este dato no deja de ser curioso, pues los ocasionales testigos que ven a duendes suelen retratarlos con todo tipo de detalles, pero cuando hablan de los pies son incapaces de determinar si realmente los tenían o cómo iban calzados, así al menos ocurre con el trasgu asturiano.

Calderón de la Barca, en su obra teatral *La dama duende*, en la jornada segunda, escena XIII, describe así al supuesto duende que dice haber visto el miedoso Cosme: «Era un fraile tamaño y tenía puesto un cucurucho tamaño; que por estas señas creo que era un duende capuchino.»

En la escena XIX se da el siguiente diálogo, donde se remarca lo sorprendente de sus extremidades inferiores:

Don Manuel: ¡No vi más rara hermosura!

Cosme: No dijeras eso a fe si el pie le vieras, porque éstos son malditos por el pie.

Don Manuel: ¡Un asombro de belleza, un ángel hermoso es!

Cosme: Es verdad, pero patudo.

En el entremés *El celoso extremeño*, Cervantes utiliza la figura del frailecillo como coartada en los devaneos amorosos:

Cristina: Señora Ortigosa, hágame merced de traerme a mí un frailecillo pequeñito con quien yo me huelgue.

Señora Ortigosa: Yo se lo traeré a la niña pintado.

Cristina: Que no lo quiero pintado, sino vivo, chiquitito como unas perlas.

Doña Lorenza: ¡Y si lo ve tío?

Cristina: Diré yo que es un duende y tendrá de él miedo y holgaréme yo.

En el sur de la península Ibérica se oye hablar con cierta frecuencia de un frailecillo benévolo y listo. Posee un hábito tan grande que lo arrastra por el suelo con aire desgarbado. Sus manos se ven muy poco porque también las mangas le vienen grandes. Es muy despistado y té gusta mucho dormir por el día, ya que por las noches procura hacer favores y ayudar a las gentes trabajadoras.

Fernán Caballero -que a mediados del siglo XIX se lamentaba de que en España aún no se apreciara y conservara las consejas, leyendas y tradiciones populares, como ya ocurría en el resto de Europa-, nos ha dejado el cuento más famoso que sobre «duendecillos frailes» existe y que, por su brevedad, así como por describir una de sus características (la de que los duendes buenos no quieren que se remuneren sus servicios), reproducimos textualmente:

Había, una vez tres hermanitas que se mantenían amasando de noche una faneguita de harina. Un día se levantaron de madrugada para hacer su faena, y se la hallaron hecha y los panes pronto para meterlos en el horno, y así sucedió por muchos días. Queriendo averiguar quién era el que tal favor les hacía, se escondieron una noche, y vieron venir a un duende muy chiquito, vestido de fraile, con unos hábitos muy viejos y rotos. Agradecidas, le hicieron unos nuevos, que colgaron en la cocina. Vino el duende y se los puso, y enseguida se fue diciendo: «Frailecito con hábitos nuevos no quiere amasar, ni ser panadero.»

Con lo que se equiparan a los follets alicantinos de Almudaina, y con otros duendes europeos, como los Witchel alemanes, los Pixies ingleses, los Brownies escoceses o los Fenoderees de la Isla de Man, a los cuales se les puede ofrecer como agradecimiento pan, queso o agua, pero nunca ropa y, por supuesto, son tan susceptibles que tampoco les gusta ser espiados.

Los hermanos Grimm recogen en el cuento titulado Los duendes y el zapatero la misma historia: duendes pequeños y desnudos que por las noches hábilmente confeccionan los mejores zapatos. Cuando los dueños les regalan unas ropas, éstos se van, aunque en la versión de Grimm éstos se marchan contentos y satisfechos.

## LOS DUENDES VASCO-NAVARROS

No deja de extrañarnos que en la zona vasco-navarra, tan abundante en todo tipo de fauna mitológica (como los dragones, toros de fuego, lamias, Mari...), el duende, por el contrario, tenga tan poca importancia y sean muy escasas sus referencias. No obstante, hemos conseguido recuperar del olvido a varios de estos seres del folclore vasco que consideramos dignos de interés por las peculiaridades que presentan.

En algunos relatos, se confunde al Basajaun -el hombre salvaje de la mitología euskaldún- con un duendecillo que, a menudo, y tal como nos recuerda el reverendo Webster, recibe el mote de «Ancho», seguramente del español Sancho, y bajo esta forma el Basajaun encanta las cabañas de los pastores de las montañas, se calienta en sus fuegos, prueba su leche cuajada y sus quesos, conversa con ellos y es tratado con familiaridad no exenta de cierto temor oculto y razonable. Pero lo habitual es considerar al Basajaun, junto con su mujer Basandere, como seres gigantescos y mitológicos pertenecientes a razas ancestrales, muy alejados del mundo de los elementales.

En general, los que podemos clasificar como duendes suelen ser más silvestres y menos hogareños que los del resto de la Península y, además, la población vasca suele confundir a sus duendes con fantasmas o con las almas de sus ancestros.

En el pueblo de Larrabezua (Vizcaya) existe la creencia de que las almas de los antepasados vuelven a sus casas durante la Nochebuena y dejan las huellas de sus pies en las cenizas de los hogares. Por eso dicen que en esa noche hay que apilar la ceniza del hogar, antes de retirarse a dormir, y a la mañana siguiente observada atentamente para poder comprobar, con júbilo, que los antepasados han visitado la casa donde habitaron.



### **Duendes vascos**

*Los duendes vasco-navarros actúan tan sólo por la noche. Reciben multitud de denominaciones, la mayoría acompañadas de la palabra «etxe», en vasco «casa», lo que recuerda su hábitat. Algunos, como Maide, están vinculados a la construcción de dólmenes.*

También aquí suelen ser proclives a transformarse en animales; así, por ejemplo, en Garay (Vizcaya) dicen que los «izeltsuak» son como burros, y en Murelaga (Vizcaya) que son como cerdos. En la localidad de Amezqueta (Guipúzcoa) es fama que un duende arrojó unas piedrecitas desde un tejado al párroco y éste mandó a un criado a ver quién era el bromista, el cual le contestó que era un duende con forma de carnero negro.

### **Etxajaun**

Los Etxajaunak son seres de carácter doméstico que se manifiestan por la noche, después de que sus moradores se hayan acostado. Son guardianes de la casa y bienhechores, pero, al igual que ocurre con los follets, se disgustan mucho si hallan apagado el fuego del hogar o sucia la vajilla utilizada en la cena; en alguna casa, también se enfadan si no se les hace alguna ofrenda.

La palabra «etxe», en vasco, significa casa y, por consiguiente, su nombre significa «el señor de la casa», en alusión clara a sus costumbres. Solamente aparecen al anochecer y actúan en la invisibilidad, razón por la cual no conocemos su aspecto, pero no es difícil imaginario, ya que son los duendes por excelencia del País Vasco, similares a los del resto de la Península, recibiendo distintos nombres según quien los haya estudiado.



La denominación por nosotros elegida es la que les otorga Barandiarán en su *Diccionario de mitología vasca*, pero autores como Larramendi utilizan otros nombres vascos: «naspecha», «icecha», y los diminutivos «duendechoa» y «naspechoa». Humbolt los llamaba «ireltxum». No es infrecuente que se le conozca con los nombres de «iretxo», «irelsuzko» e «irelu», aunque todos ellos de poca categoría, según Caro Baroja.

En la obra *Refranes y sentencias*, de 1596, a los etxajaun se les cita de esta manera: «Esajaunen saria ezta ayn coyacari ceyn dirudi» (La dádiva del duende no es tan sobrada como parece), en clara alusión a que esperan como recompensa alguna ofrenda a cambio de dejarles en paz,- siempre y cuando ésta no consista en ropa. Lo ideal, desde luego, es ofrecerles comida (queso, leche, pasteles, tortas...), y si esto no funciona, habría que intentar echados. utilizando algunos de los métodos ya descritos.

### **Los Arantziliak**

Son éstos unos extraños duendes navarros, cuya única referencia y mención la hemos encontrado en el folclorista José María Satrústegui, en la conferencia que pronunció en el Congreso de Zaragoza sobre «Etnología y Tradiciones Populares», celebrado en el año 1969.

Traemos a colación a estos raros duendes -muy locales, al estilo de los cuines- por el hecho de mostrar un nuevo sistema para conjurados y echados de la casa, muy distinto a los habituales que hemos visto hasta ahora.

Dicho autor recogió este caso en 1963, de un suceso que aconteció aproximadamente por los años 30. Nos dice que estos personajillos se hacen sentir de noche con ruidos molestos, sobre todo en los desvanes. En el caserío de Azoleta (Valcados, Navarra), después de recurrir sus moradores a varios conjuros para expulsados, utilizaron la sal y el agua.

La protagonista, que fue una de sus comunicantes, se dirigió con su hermana a un puente próximo y allí pusieron un puñado de sal en el cedazo y la fueron cribando sobre las aguas del riachuelo. Acaba diciendo Satrústegui que, después de este ritual, le aseguraron que ya no volvió a sentirse molestada.

Explica esta circunstancia diciendo que la sal simboliza el maleficio, el cual queda neutralizado en la misma proporción en que la sal se derrite en el agua. Por nuestra parte, creemos que se trata de una consecuencia del llamado «tabú de la sal», que hemos comentado al principio de la obra.

### **Gorri - Txiki**

Estos pequeños seres, mitad duendes, mitad elementales de los bosques, vivían al parecer en las comarcas guipuzcoanas de ario y Aya -zonas en las que también se dejó sentir hace muchos siglos la mítica raza de los «Gentiles»-, donde se les veía correr veloces por las montañas. Su nombre en vasco significa «rojillo», y se cuenta que el último de ellos fue capturado por los habitantes de! caserío de Leoia, quienes lo quemaron en un caldero. Antes de morir, e! geniecillo lanzó una terrible maldición: «Mientras e! mundo sea mundo, en Leoia no faltará ningún inválido.»

Aseguran que dicha maldición no ha dejado de tener efecto hasta el momento presente.

Aunque parece que están extinguidos y no disponemos de ningún testimonio claro sobre su apariencia, se decía que eran de color rojo y muy pequeños, motivo por e! cual los hemos incluido, y por la sencilla razón de que no deja de ser una interesante variante de duendes muy poco domésticos. Serían un paso intermedio entre aquellos que prefieren vivir siempre alejados de los humanos y los duendes hogareños.

### **¿Duendes constructores de dólmenes?**

Otro de esos genios nocturnos que bajan por las chimeneas de las cocinas para recibir las ofrendas que hayan dejado los moradores de la casa antes de irse a dormir es e! llamado «Maide» de algunas zonas vascas.

En Mendive se le llama, sin embargo, Saindi-Maindi, e! «Santo Maide», y se le atribuye, sin e! menor recato, la construcción de los dólmenes de la región, aunque es más frecuente decir, según Barandiarán, que tales construcciones se deben a su compañía femenina: las Lamias (las hadas vascas), y no sólo los dólmenes, sino que también incorporan en su haber la construcción de crómlechs en Soule. En la región de San Juan Pie de Puerto existe un dolmen llamado «Mairi-Etxe», es decir, casa de Mairi, que es otra de las variantes que puede adoptar el nombre de Maide, igualmente relacionado con Mari, la reina de los genios, lamias y hadas vascas. En Oyarzun, al constructor de su áomlechs, no le llaman Maide, sino Intxitxu, con lo cual, decimos nosotros, no es que ya se confundan a los duendes con los fantasmas, que sería lo de menos, sino que -caso insólito- se les adjudica la construcción de enormes megalitos a ellos que son aparentemente tan débiles y renacuajos.

En cierto modo, sus hábitats están relacionados con estas grandes piedras, y es casi seguro que, al igual que los follets catalanes, aprovecharon su poder miles de años atrás hasta que poco a poco, al ir perdiendo estos lugares su energía, se desplazaron a las zonas rurales habitadas por seres humanos. Rero el que se hayan beneficiado de las energías emanadas de estas construcciones megalíticas no quiere decir que hayan sido ellos sus artífices, sino que pensamos que su construcción se ha debido a los Mairuk, una raza ancestral de gigantes que, según las leyendas vascas, pobló estas tierras como sucesores de los Baxajaun. Estos Mairuk serían el equivalente de los Gentiles, Moros y Mouros de otras zonas de España, que nada tienen que ver con los agarenos. Esto explicaría en parte esa similitud de nombres como Maide, Maindi o Mairi y, por tanto, ese confusionismo de dos mitos perfectamente diferenciados. Tal vez el que se les adjudique a los duendes este tipo de esfuerzos sobrehumanos, aparte de cruzarse varias leyendas, se debe al tópicó carácter aguerrido y fortachón de todo vasco...

## LOS DUENDES CASTELLANO-MANCHEGOS

### El duende Martinico

La casuística de duendes en esta zona no es muy abundante, aunque no por ello inexistente, encontrándose varios pueblos que aún guardan recuerdo de su presencia, como ocurre con el «duende de Cazalegas», en la provincia de Toledo, famoso a fines del siglo pasado, pero, la verdad sea dicha, siempre fue considerado como una patraña por los vecinos y nunca se le prestó más atención que el simple comentario. González Casarrubios y Sánchez Moreno dicen que en esta provincia los duendes son muy poco abundantes, siendo probablemente el más famoso el llamado «Martinito» de La Guardia, del que aseguraban que, debido a su invisibilidad, pocas veces se había materializado como un hombrecillo. Relacionados con ellos es la creencia que existía en 'el toledano pueblo de Las Ventas con Peña Aguilera, de que ciertas personas tenían la obligación de vestirse de fantasmas durante las noches de Cuaresma: unos por herencia tradicional y otros por promesa al curarse de una grave enfermedad. Si por alguna razón no lo hacían, los cacharros de la cocina empezaban a entrechocarse y a bailar, así como a producirse otros extraños ruidos por toda la casa.

Pero en Castilla-La Mancha hubo un duende que hizo correr ríos de tinta, allá por el siglo XVIII. En el año 1759, una mujer llamada María Medel contó a su ama, doña María Teresa Murillo, una historia que le ocurrió cuando era niña en su pueblo natal, Mondéjar (Guadalajara). María y otras niñas acudían a la mansión del marqués de los Palacios donde, en sus aposentos, se oían extraños ruidos, unas veces como lamentos y otras como arrastrar de cadenas. Jugando en su interior, se les presentó, un buen día, un estrafalario personaje que pronto fue denominado como el «duende Martinico», representando unos 10 años de edad, muy feo y vestido de capuchino. María y él se hicieron muy buenos amigos, tanto que en cierta ocasión, para demostrarle sus alardes, se transformó delante de ella en culebrón. También enseñaba, a modo de improvisado cicerone, las polvorientas habitaciones de la mansión que sobrecogían a los niños.

El ama, una vez oída la historia, se creyó en la obligación de dar parte de la misma a la Santa Inquisición, relatando todos sus pormenores, aunque, en esta ocasión, tan temida institución no dio ninguna importancia al suceso y dejó en paz a María Medel.

El duende Martinico se siguió apareciendo en años posteriores en otros lugares. Hay una referencia de él, a finales del siglo XIX, en un pueblo conquense llamado Villarejo de Periesteban, atormentando a la propietaria de la casa donde habitaba.

Y algo parecido ocurrió en Berninches (Guadalajara) y en el ya citado pueblo de La Guardia (Toledo), aunque aquí tuvieron que ser varios «Martinicos», pues varias eran las casas donde simultáneamente ocurrieron fenómenos extraños como ruidos y movimientos de objetos; incluso cuando las familias cambiaban de domicilio las seguía como a su sombra.

En Andalucía no es infrecuente este nombre, y ahí está el famoso duende «Martín» de Córdoba o el «Martinico» de Granada, amigo, este último, de prestar favores a quien se lo mereciese.

## Martinico

*El nombre de Martinico se hizo tan famoso que llegó a ser sinónimo de duende en ciertas partes de Castilla. El hecho de que aparezca vestido de capuchino, lo que aparentemente lo vincularía a los frailecillos, no debe sorprendernos; al parecer, esta vestimenta fue, en otros tiempos, muy del gusto de los duendes.*



## Los duendes del doctor de las Moralejas

En 1495 vivía en El Viso de San Juan (Toledo), casi en el límite con la provincia de Madrid, un fraile conocido como el «doctor de las Moralejas» que, sin ser médico, curaba todo tipo de enfermedades y ahuyentaba los malos espíritus que se dedicaban a hacer ruido en las casas enduendadas, manteniendo duras batallas con ellos. Estaba versado en brujería y, según las malas lenguas, poseía un espíritu familiar que le ayudaba en sus quehaceres domésticos y sanitarios. Una de sus más famosas aventuras es la que se refiere al castillo del cerro del Águila, cerca del pueblo toledano, de Villaluenga de la Sagra, al sur de El Viso, donde ocurrieron fenómenos tan extraños, protagonizados por supuestos duendecillos, que llegaron a asustar a los soldados de la guarnición. Se oían ruidos no identificables y caían piedras de lugares inverosímiles. Llamaron al doctor de las Moralejas que, acompañado de sus dos criados, su demonio familiar y montado en su mula, acudió al lugar poniendo en marcha todos los conjuros y exorcismos adecuados para la ocasión, sin que consiguiera ningún resultado positivo; así que, apesadumbrado, regresó a su pueblo, siendo, según dice,

molestado por el camino por los duendes del castillo, a quienes no les gustaron en absoluto los conjuros proferidos contra ellos por tan singular doctor.

Este fraile era amigo personal del cura de El Viso, llamado Remando Alonso, conocido también en el lugar por sus prácticas nigromantes y por ser un buscatesoros redomado, con la ayuda inseparable, asimismo, de un duendencillo o espíritu familiar.

Y, sin salir de esta zona, conviene mencionar que la creencia en estos extraordinarios «hombrecillos» estaba aún vigente en el siglo XVIII, pues se cuenta que en el vecino pueblo de Cabañas de la Sagra vivía un tal José. Navarro, con fama igualmente de hechicero, quien cierta noche le propuso a su esposa que, si él quisiera, podría llevada volando a Villaluenga, donde los sábados se reunían las brujas del lugar en aquelarre, y ésa es una facultad característica que conceden a sus dueños los espíritus familiares o «enemiguillos», de los que hablaremos más adelante.

## LOS DUENDES CANARIOS

Realmente, cuando se evoca a las siete islas Canarias hay algo de misterioso y de mítico en casi todo lo que las rodea, tal vez por sus continuas referencias a la Atlántida, tal vez por su octava isla fantasma -la de San Barandán-, tal vez por situarse allí el jardín de las Hespérides e incluso los Campos Elíseos, tal vez por la raza extinguida de los guanches...

Lo cierto es que pocos datos hemos podido encontrar sobre el mundo de los elementales, y en concreto de los duendes, en estas islas, debido, sobre todo, a que el sustrato mitológico descansa sobre un pueblo -los guanches- sus aborígenes más antiguos, de los que se conocen muy pocos datos, pues apenas se sabe algo de sus costumbres, lengua, creencias o enterramientos megalíticos. Con la llegada masiva de los continentales en el siglo XVI (a los que los canarios aún llaman «godos») se perdió una cultura de la que sin duda habiéramos aprendido grandes cosas.

Ésta es la razón de que muchas de las supersticiones recientes que hoy existen entre los canarios hayan sido importadas, en su gran mayoría, desde la Península, aunque, eso sí, conservando siempre un sello personal e inconfundible a la hora de tratadas. Si los guanches creyeron en duendes y otra gente menuda es algo que desconocemos; sí sabemos, en cambio, que creían y veneraban a otros seres mitológicos como los Verdines, Tibicenas, Maxios... de los que hablaremos en algún futuro libro, por tal razón las referencias sobre duendes y espíritus familiares son necesariamente actuales, escasas y muy influidas, a veces, por creencias foráneas. No obstante, el concepto de duende en el archipiélago canario difiere algo del que existe en la Península, ya que en las islas no se trata de seres con aspecto de hombrecito o niño que hacen travesuras desde su invisibilidad, sino que creen, como lo creían los antiguos romanos, que se trata más bien de espíritus de recién nacidos o menores de siete años que han muerto, los cuales recorren los campos y los montes tomando la forma de perros o gatos blancos, guiando a los rebaños, persiguiendo a personas, entrando en las casas, provocando estrépitos, insuflando súbitos escalofríos, etc., pero sin dejarse ver en su aspecto real.

Suelen anunciar su presencia en la casa produciendo un ruido equivalente a la caída de grandes gotas de agua, y a partir de esa señal inequívoca comienzan a gastar bromas y ocultar objetos, comportándose como cualquier duende de la Península, por lo que estimamos que son perfectamente asimilables al grupo de duendes domésticos. El hecho de que se les considere espíritus de difuntos se debe a una asociación deformada de las supersticiones, sin negar por ello que mucha de la parafernalia se puede deber realmente a almas en pena -y no tan en pena- que buscan su descanso eterno impidiendo que los humanos puedan descansar ante su presencia. La creencia en las apariciones fantasmales para justificar las acechanzas de estos seres juguetones, se debe, entre otros factores, al aislamiento propio de las islas, ya que este hecho se produce asimismo en ciertas islas del Pacífico, donde también se achacan estos fenómenos a los muertos.

Para José A. Sánchez Pérez, el procedimiento utilizado en estas islas para deshacerse de su molesta presencia, aunque sean siempre inofensivos, sería decir «vete a la "tal" de tu madre», sin que dicho autor nos especifique qué quiere decir realmente con la «tal».

## LOS DUENDES DE ARAGON

### ¿Duendes organistas?

El padre Fuentelapeña, en El ente dilucidado (1676), cita al licenciado médico aragonés Salvador Ardevines Isla y su obra Fábrica universal del mundo mayor y menor, del que copia varios fragmentos, tres en concreto, generalmente para refutarle con su singular estilo, que no tiene desperdicio. Cuenta cosas como que los «duendes caseros hacen mil visiones, y que una señora de Aragón, persona de crédito, le oyó contar los engaños



que uno de dichos duendes le hacía, entre los cuales tuvo uno que una vez le puso a esta señora un palo empañado (o sea, con pañales), como una criatura muerta dentro de un arca cerrada con llave». Veamos cómo «dilucida» este párrafo de Ardevines el padre Fuentelapeña: «Respondo... que lo del palo empañado, que se puso en el arca estando con llave, pudo hacerlo el duende de nuestra controversia: porque como éste sea invisible (excepto, respecto de aquellos que tienen una agudísima vista) pudo el tal coger la llave sin que le viesen, y meter dicho trasto en dicha arca, y volverla a cerrar, y a su lugar la llave.»  
juguetones, serviciales y un poco golosos, amigos de pegar chascos, pero muy hombrillos de bien.,»



### **Duendecillo del órgano**

*Es conocida la afición de los duendes por la música, como lo demuestra la bonita historia del duende organista*

Esto es como cuando alguien te cuenta un chiste facilón y al final acaba explicándotelo.

Asimismo, relata que en la ciudad de Huesca, en el año de 1601, hubo otro duende famoso, esta vez en el convento de San Agustín, que «hacía música con las flautas del órgano y otras invenciones», al tiempo que los bancos eran golpeados con gran estruendo, y llegándose el tal Ardevines a reconocer el banquillo no halló cosa alguna en él, ni en la parte en que estaba, ni en toda la pieza había cosa que pudiese hacer dicho ruido». Más adelante sigue contando cómo dichos duendes caseros o del aire «hacen aparecer ejércitos y peleas, como las que se cuentan por tradición de la torre y castillo de Marcuello, lugar al pie de las montañas de Aragón (ahora inhabitable por los grandes y espantables ruidos que en él se oyen), donde se retrajo el conde Don Julián, causa de la perdición de España». Sobre el castillo dice que se ven el aire ciertas visiones como de soldados, que el vulgo asegura ser de los caballeros y gente que le favorecían. Pero lo cierto es que el médico aragonés atribuye a los duendes (que llama demonios) todo tipo de tragedias que no son propias de ellos, y

además se equivoca en cuanto a la ubicación del castillo ya que, según los historiadores, la traición del conde Don Julián fue en el castillo de Loarre.

En el siglo XIX se siguen manifestando estos seres traviesos y juguetones, que adoptan preferentemente forma humana y suelen ir vestidos con calzones y gorros rojos o con hábitos de fraile. Francisco de Goya, en uno de sus *Caprichos*, pone al pie esta leyenda:

Los duendecitos son la gente más, hacendosa y servicial que puede hallarse: como la criada les tenga contentos, espuman la olla, cuecen las verduras, friegan, barren y acallan al niño.

En el manuscrito de los *Caprichos*, que se halla en el Museo del Prado, escribe comentarios como éste: «Luego que amanece huyen, cada cual por su: lado, brujas, duendes, visiones y fantasmas»; o éste: «Alegres, juguetones, serviciales y un poco golosos, amigos de pegar chascos, pero muy hombrecitos de bien.»

### **Los duendes de Zaragoza**

La hoy desaparecida Torre Nueva o Torre Inclinada de la ciudad de Zaragoza tiene una larga tradición de sucesos inexplicables, que se remontan a la primera mitad del siglo XVII. El reloj de la Torre tan pronto se paraba como daba más horas de las que le correspondían y, según la crónica, cuando esto sucedía había en Palacio gran revolución y turbación entre los ministros de su majestad. Se dijo que la Torre Nueva estaba habitada por un fantasma burlón, amigo de engranajes de relojería, y pronto se le relacionó con una secta de iluminados que por esa época existía en la ciudad: la secta de Pedro de Isábal. Así quedó el tema hasta que el folclorista José A. Sánchez Pérez nos cuenta que, en 1880, pasó varias noches sin dormir la población de Zaragoza con motivo de los pretendidos duendes que habitaban la Torre Nueva o Torre Inclinada. Así de escueto y así de enigmático. Ya no se podía atribuir su autoría a los fantasmas de la secta, desaparecida en estas fechas.

En la propia ciudad de Zaragoza hay catalogados dos casos de presencia duendil en pleno siglo XX, con las características propias de los duendes de ciudad (medio burgueses, medio aristocráticos).

El primero de ellos eligió como lugar de correrías la noble casona del marqués del Palacio de Huarte, en el barrio de la Seo, y la tomó especialmente con el señor marqués hasta el punto que le arrojaba tuestos (sin darle), arrastraba cadenas en horas intempestivas para desvelarle, cerraba y abría puertas con chirrido incluido, rompía cacharros y hasta le propinaba bofetadas al menor descuido.

El asunto, al parecer, empezaba a ser demasiado molesto no ya sólo para el pobre marqués, sino incluso para una institutriz inglesa que, recién llegada a la casa, volvió a hacer sus maletas para poner los pies en polvorosa ante el primer síntoma sospechoso de anormalidad en la casa. Corrió la voz y era difícil conseguir criadas o institutrices con la cofia bien puesta para aguantar el chaparrón, pues hasta el mismo San Bruno, cuya imagen tenían colocada en el oratorio, movía los ojos, o eso al menos les parecía a los marqueses, que buscaron consuelo en la Iglesia. Al final, un experto jesuita puso en práctica varios exorcismos y el supuesto duende dejó en paz el Palacio de Huarte, transformado ahora en Archivo Histórico Provincial.

Mucho más recientemente ha tenido lugar el famoso suceso que la prensa local rápidamente denominó con el nombre de el «Duende de Zaragoza» o el «Duende de la Hornilla», que en 1934 hizo sus travesuras en una casa de la calle Gastón y Gotor, número 2, segundo derecha, para más señas, hoy ya derribada. Para quien crea en premoniciones, decir que, justamente dos siglos antes, en 1734, se publicó una desatinada comedia, según Caro Baroja, titulada *El duende de Zaragoza* cuyo autor fue el castellano Tomás Añorbe y Corregel, capellán del Real Monasterio de la Encarnación de Madrid, con argumento tan enrevesado que si se representara posiblemente aburriría a las piedras, a juzgar por este pequeño párrafo:

En horribles formas varias  
en un instante se muda;  
ya es el duende, ya fantasma;  
ya don Lope, ya don Carlos;  
ya es ave, ya pez, ya cabra...

Ya... está bien.

En la casa de autos vivía un matrimonio joven, con un niño y la joven sirvienta, Pascuala Alcober. Cuando ésta introducía un gancho para el carbón dentro de la cocina de hierro u hornillo, se escuchaba una vocecilla que decía: «¡Que me haces daño!»

Se llamó a la policía y, cuando entraron en la cocina, la voz exclamó: «¡Hola, señor inspector!»

Los agentes procedieron a desalojar la vivienda y a vigilar estrechamente las diversas plantas del edificio, pero el fenómeno se siguió produciendo. Cuando un arquitecto procedió a tomar medidas de las dimensiones correspondientes al registro de la chimenea, la vocecilla observó:

-No se molesten: tiene 15 centímetros!

Otras veces, con tono malhumorado, exclamaba:

-¡Cuánta gente y cuántos guardas, que cobardía!

O bien:

-¡Cobardes, voy a matar a todos los vecinos de esta maldita casa!

El 6 de diciembre de 1934 se precintó la cocina y los propietarios se trasladaron de casa.

A juzgar por sus actividades, podría tratarse de un auténtico duendecillo, pues nadie lo vio (invisibilidad), se quejaba cuando la sirvienta hurgaba en las cenizas (lugar de especial predilección), saludaba con ademanes muy finos a los policías que entraban en la cocina con una vocecilla que salía del hornillo... y así hasta que el duende se fue de la casa sin que hasta hoy se haya explicado convincentemente tal fenómeno o descubierto al supuesto bromista. Los parapsicólogos, ante la perplejidad de este caso y de similares, los bautizan como «fenómenos de parafonolalia», y asunto archivado. Incluso el, por entonces, director del manicomio de Zaragoza, doctor Gimeno Riera, se atrevió a definir el suceso como un caso de «criptolalia», neologismo, de propio cuño, que no sirvió para mucho.

Lo cierto es que, a falta de sesudas explicaciones, al año siguiente este tema sirvió para que una de las cofradías carnavalescas de Cádiz se lo tomara a «chirigota», componiendo y cantando, al compás de un «matasuegras», estos ripios:

*Suplicamos al fantasma  
se deje de espiritismo.  
El duende de Zaragoza  
en España fracasó  
porque es un caso corriente  
y de mucha frecuencia  
en el pueblo español  
donde hay millones de duendes  
que tienen de cabeza a la Nación.*

Tal resonancia tuvo el fenómeno, que el mismísimo periódico londinense *The Times* le dedicó algunas primeras páginas, y el humorista gallego Fernández Flórez propuso en uno de sus artículos que el «duende de Zaragoza», comprobada su lotuacidad, pronunciara un discurso en Las Cortes. Cosas de España.

### **Los duendes de Zaidín**

Debemos acudir a Ramón J. Sender para enterarnos de más datos sobre estos duendes de Zaidín (Huesca), famosos en toda la ribera del Cinca, desde el Monte Perdido hasta Velilla. Nos dice, en su obra *Solanar y lucernario aragonés*, que todos los que habían estado en aquel lugar del Bajo Cinca habían visto cosas notables por parte de estas «buenas persanas», pero de gustos un poco estafalarios e incomprensibles, como tejer por las noches en los telares de algunas casas, y lo hacían porque sí, sin esperar nada a cambio, incluso aunque hubiera muerto el tejedor de la casa.

Sin embargo, las gentes del pueblo pronto los empezó a conjurar y exorcizar, trasladándolos a las ruinas del castillo, alejados de las casas de los tejedores. Sea como fuere, lo cierto es que en la actualidad la industria de los tejidos ha desaparecido definitivamente de Zaidín.

Sender nos transmite los chismorreos que se contaban de estos duendes por parte de los aldeanos de aquellos contornos, atribuyéndoles todo tipo de rarezas que ocurrían en la casa, muchas de ellas de índole parasi-cológica:

Uno decía que en casa de su tía -comadrona del pueblo- se alzaba y bajaba el picaporte sin que nadie lo tocara, y que de noche aquello «daba que pensar». No sé por qué de noche más que de día.

En otra casa de tres pisos se oía rodar por las escaleras grandes cantidades de grava menuda sin que nadie la arrojara ni se vieran las piedrecillas por parte alguna.

Lo más curioso era que de cada uno de esos hechos había siempre varios testigos. Otros decían que dentro de los armarios de una casa se oían ruidos como si alguien estuviera encerrado y diera patadas contra la puerta. Precisamente en armarios donde no cabía un ser humano de pie ni sentado.



Un anciano digno de crédito contaba que, en Zaidín, tenía una hija casada y que, cuando fue a veda, a medianoche llamaron a su puerta, fue a abrir y no había nadie, pero cayó «una cuchara de madera» a sus pies.

Un sacerdote me dijo que había ido a Zaidín a exorcizar a un endemoniado y que cada vez que iba a decir una frase en latín se adelantaba a decida el poseso (que era analfabeto) correctamente. Al mismo tiempo se oía en la escalera que conducía al segundo piso el ruido de alguien que golpeaba en la barandilla con una caña. Aunque no se veía a nadie

## Los Menos

Existe una curiosa carta escrita por el jesuita aragonés Baltasar Gracián y dirigida a su amigo y mecenas don Vicencio de Lastanosa, fechada en Zaragoza el 21 de marzo de 1652, donde le cuenta un extraño suceso, intercalado entre otras noticias, como la peste que asolaba por esa época a la ciudad o la proliferación de ladrones. En párrafo en cuestión es el siguiente:

Mejor anda la Inquisición en la visita de Calatayud, donde está don Antonio de Castro. El otro día, dicen, le fue llevada una arquilla o cofrecillo de una gran hechura; y así como la abrieron en su presencia, y a la vista de muchos, cosa rara y la escriben hombres verídicos, saltaron encima del bufete muchas figurillas bailando, y entre ellas tres frailecillos de tres religiones que no las nombran; pero se sabrá, y de éstas cuentan grandes cosas.

Desgraciadamente, ya nunca más se volvió a saber de este asunto, como si alguien hubiera tenido interés en que no trascendiera. Lo cierto es que esta noticia podemos relacionada con dos hechos: el primero, la presencia de «frailecillos», vestimenta que gustan de ponerse algunos duendecillos, y así fueron dibujados por Gaya; el segundo, que en estas tierras ha perdurado la tradición de que existen unos seres minúsculos, divulgados recientemente por el escritor Ramón J. Sender en su poco conocida novela *Las criaturas saturnianas*, aparentemente más vinculados a los «familiares» que a los duendes propiamente dichos.

Al señalar su aspecto físico, dice que son «más pequeños que ninguno de los seres vivos que se podían imaginar; tan pequeños que no se les veía; podían oídos, pero no vedas». Los llama así, los «menos», y nos imaginamos que sería porque eran considerados, en cuanto a tamaño, menos o menor que cualquier otro ser vivo, con rasgos antropomórficos, por supuesto.

Veamos lo que cuenta de ellos el escritor aragonés al comienzo del capítulo XVI de la citada obra, advirtiendo al lector que ha cargado un poco las tintas por lo que a la genealogía de estos seres se refiere, supliendo lagunas con su riqueza literaria y cometiendo alguna que otra contradicción:

Los campesinos llamaban a los animales pequeños y a los hombres enanos los «menos». Ese nombre se daba especialmente a los terneros. Había entre los «menos» tradiciones y leyendas, y no sólo en Torre Cebreira y en Boltaña (Huesca), sino en toda la España campesina.

También las había en Francia y, sobre todo, en Inglaterra y Escocia. De aquellas leyendas vino más tarde la de los gnomos guardadores de tesoros.

Los hombres pequeñitos eran de una raza especial como los pigmeos actuales de África, pero más cortos aún de estatura. Eran hombres razonables, justicieros, y nunca devolvían mal por bien. Antes de la era cristiana les enseñaron a los grandes su magia negra que prosperó con el tiempo, sobre todo en Francia y en España.

Hubo casas ilustres en Inglaterra, Francia y España que llegaron a tener «menos» (meninos en Portugal) como empleados permanentes. Así y todo, los pobres fueron acabándose y llegaron a desaparecer del todo en Francia. En otras partes les obligaban a refugiarse en los secarrales y desiertos improductivos. En España, en Las Hurdes.

Lo mismo hoy que entonces no sólo eran risibles los «menos», sino que podían ser también peligrosos. Y los hijos actuales de aquellos «menos» eran los duendes, juguetones, bromistas y tal vez terribles (...). A medianoche, en el silencio de Torre Cebreira, comenzaba a oírse encima del techo abovedado de los dormitorios un ruido misterioso: el que podía producir un carrito de mano lleno de cuchillos de mesa rodando despacio de un lado a otro. Se oía unas veces más cerca y otras más lejos (...). En la noche, los duendes seguían produciendo una masa de sonidos ligeros y cristalinos. Una masa de ruiditos cuya necesidad o utilidad era imposible imaginar. Éstas solían ser las especialidades de los duendes: rumores sin sentido.

A veces, en el silencio, se oía un suspiro, es decir, un pequeño gemido descendente, como si el que

arrastraba el carrito se hubiese fatigado. Y entonces había un largo silencio que más tarde -algunos minutos más tarde- era interrumpido por otro ruido no menos raro: el de los pies de alguien cayendo sobre la bóveda. Alguien que hubiera saltado, quizá el que suspiró, había dado un brinquito. En todo caso de que suspiró brincaba y volvía a brincar esta vez más abajo, es decir en otra dirección...

Más adelante comenta que los saltos no parecían de una persona normal, porque cubrían distancias de cuatro o cinco varas, e incluso nos da una fórmula o frase mágica en sánscrito, tomada del conde de Cagliostro, el protagonista de la novela, para conjurar a los duendes o elfos: «Tat tvan así», aunque advierte que sólo era eficaz en los labios del Gran Copto ( Cagliostro ).

## LOS DUENDES ANDALUCES

Somos conscientes de que cuando se menciona la palabra duende en Andalucía, la mayoría de su gente no lo identifica con los seres que aquí estamos tratando, sino con un arte -que no se pue explicá- del cante jondo. Tener «duende», para gran parte de ellos, no es tener un duende en la casa. No obstante, también aquí se manifiestan estas aviesas criaturillas de Dios, realizando sus consabidas triquiñuelas y travesuras. No en balde, existe un refrán andaluz que, referido a los niños de corta edad muy avispados, se les dice que «tienen un duende en la barriga».



### **Duende andaluz**

*A pesar de que los duendes suelen ser de aspecto grotesco y feo, otras veces adoptan figuras infantiles e inofensivas, jugando con los niños o subiéndose a las camas para hacer piruetas de todo tipo.*

Para otros, los «duendes» no están relacionados ni con el flamenco ni con los elementales, sino con una especie de cardos secos que se colocan en las albardillas de las tapias para dificultar la escalada que, en todo caso, también hacen la puñeta.

No es infrecuente atribuir los ruidos extraños o desapariciones misteriosas de objetos dentro de las casas a los malos espíritus en general, hasta el extremo de identificar a éstos con el diablo (no confundir con Satán o Lucifer, sino en el sentido mencionado en la primera parte del libro, es decir, como demonio de poca monta al que se puede burlar y vencer). En algunos pueblos andaluces existe aún una atávica costumbre cual es que el día de San Marcos se procede a «atar al diablo» o «atar la cola del diablo», consistente en ir al campo y hacer un nudo en una planta de retama sin que ésta se rompa; de esta singular manera se dejará atado al diablo para que no pueda hacer ninguna clase de daño hasta el año siguiente. Esta tradición se mantiene hoy en día en Laja (Granada) y en Cuevas de San Marcos (Málaga). y esto mismo, pero el día de San Sebastián, se realiza en la localidad de Casa Bermeja (Málaga).

El miedo a los fantasmas o aparecidos no está tan arraigado en Andalucía como en otras Comunidades Autónomas, y ello se puede deber principalmente a que en estas tierras existe una luminosidad y un clima que es enemigo de espectros y elucubraciones, y porque en los primeros años del siglo XX era muy frecuente que los denominados «matuteros», que introducían de Contrabando vino, jamones o gallinas sin pagar el impuesto

municipal de «consumo», se echaran una sábana por encima para tener una apariencia fantasmal y así pretender asustar a los vigilantes municipales, por lo que se fue perdiendo poco a poco el miedo -y lo que es peor, el respeto- por los fantasmas en general, siendo habitual escuchar, cuando alguien se refería a algún aparecido, que de fantasmas nada, que «ese sería un matutero».

### **Martín, el cordobés**

Don Teodomiro Ramírez de Arellano, historiador de Córdoba, nos cuenta, en 1873, una interesante leyenda sobre un suceso que acaeció en la llamada «casa del duende», situada en el número 55 de la calle de Almonas (barrio de San Andrés) y que recoge Julio Caro Baroja en su obra *Algunos mitos españoles*. Según el citado autor, hacía muchos años, en aquella casa había vivido una dama muy rica y bella, que era envidiada por su hermano, al haber sido la única beneficiaria en el testamento de su padre. No pudiéndola engañar para que repartiera la fortuna con él, decidió asesinarla. Pero en esa casa también habitaba un duende que, para don Teodomiro, no era sino un alma o un ser humano castigado a vivir siempre en pena por haber abofeteado a su padre. Este duende, llamado Martín «nombre obligado de todos los de su gremio» (recordemos al duende Martinico de Castilla y de Granada), se enamoró perdidamente de la dama, a la que seguía, atosigaba y defendía, salvándola varias veces de los intentos de asesinato de su hermano. Pero ésta, harta a pesar de todo de la solicitud de un ser tan feo, que apenas tenía más de media vara, determinó mudarse de casa y alquilar la suya. Se enteró el duende y le rogó que no lo abandonase, indicándole el gran peligro que sobre ella se cernía. No le hizo caso y se mudó. La casa de la calle de Almonas, cuya fama no era buena, quedó deshabitada. Poco después, el hermano asesinaba a la hermana, de manera tal que nadie pudo averiguar quién había sido el autor. Se presentó dando muestras de gran dolor y pasó a ser el dueño de las riquezas que siempre había codiciado. Dos o tres años más tarde volvió a vivir en la casa de la calle de Almonas, a pesar de las habladurías que sobre el supuesto duende se decían, en el que, por supuesto, no creía.

Pasó algún tiempo tranquilo en ella; pero una noche se despertó sobresaltado y, cuando quiso darse cuenta, sintió una cuerda al cuello, falleciendo poco después ahorcado de una viga. Durante tres días quedó la casa cerrada, ante la extrañeza de los vecinos, que, al fin, dieron parte al corregidor. Se presentó éste y mandó forzar la puerta. Hallaron el cadáver colgando y a su lado un hombrecillo horrible, que manifestó ser el autor de la muerte y recomendó que le dieran sepultura sagrada, contando toda la historia, cuya memoria -dice Arellano- se conservaba todavía hace setenta años, y suponemos que seguirá conservándose.

También en Córdoba existe la «calle del Horno del duende», donde nos refiere Sánchez Pérez que, en época anterior al año 1850, una familia se mudó de su hogar por causa de un duende, y cuando llevaron el último mueble a la casa dijo el duendecillo desde el interior del mueble: «¡Aquí estamos ya todos!», frase que ha pasado el acervo popular, diciéndola aquel que llega a una reunión donde no se contaba con él. Este mismo folclorista nos transmite una idea diferente de los duendes de Andalucía de la que hemos visto hasta ahora. Dice que en algunos casos son chiquitos e inofensivos y que se nota perfectamente cuando entran en el dormitorio y se suben a la cama de matrimonio acurrucándose, por cierto, siempre al lado de la mujer.

### **Bastían, el granadino**

El escritor granadino Pedro Antonio de Alarcón, en sus *Viajes por España*, obra escrita entre los años 1858 y 1878, aseguraba haber visto en Granada gran número de casas cerradas o inhabitadas por causa directa de los duendes.

Y es que Granada tiene su duende, en los dos o tres sentidos de la palabra que le queramos dar, algo que muy pocos ponen en duda. Respecto a los duendes que aquí nos interesan, hay varios que son conocidos por el pueblo, a pesar de que el carácter del granadino sea poco propenso a divulgar estas pequeñas historias familiares que se salen de lo natural para entrar de lleno en el inquietante campo de lo sobrenatural, algo que, desde luego, infunde un cierto temor reverencial.

Pero si logramos quitar un poco de hierro al asunto, nos encontramos que aquí los duendes tienen nombres propios: «Martinico», si hace favores y habita en los lugares húmedos, prefiriendo aquellos sitios donde abunde el agua, como las tinajas, odres, garrafas... o «el padre Piñote», si se pasea a deshoras por el Albaicín no dejando reposar tranquilos a sus vecinos, sobre todo en la madrugada, golpeando fuertemente las puertas con las aldabas o cometiendo pequeños hurtos gastronómicos, o Bastián, si se le ve cojear y se le oye filosofar.

Precisamente de Bastián hablaremos un poco más, porque -como nos recuerda Antonio Díaz Lafuente- nadie sabía a ciencia cierta cuándo llegó a Granada, pero todos le habían oído contar que convivió con los túrdulos, los cartagineses y los romanos... así que calculen su edad. Fue visto en varias ocasiones, y le gustaba conversar

con aquellos humanos que se prestaban a ello sobre temas de lo más variados, pero siempre en tono conciliador y tolerante, hasta el punto de que en el siglo XII, cuando corrían unos años agitados por culpa de una leyenda que afirmaba que si transcurridos 500 años desde la Hégira (fecha en que Mahoma huye de La Meca a Medina en el año 622) no llegaba su Mesías esperado, los judíos deberían renunciar a su fe y convertirse. El Mesías no llegó, y el ambiente se fue crispando tanto que una noche profanaron la sinagoga, arrasaron la judería y provocaron una matanza en la que murieron más de cuatro mil judíos. Bastián, atónito ante tanta barbarie; se dirigió a las masas y les dijo que sólo había un Dios, que entendía tanto el árabe como el romance como el hebreo, y que la violencia es el último recurso que deben utilizar los seres humanos para dirimir sus controversias. Para qué diría esas palabras. No sentó muy bien que esto lo pronunciara alguien ajeno a la raza humana, y además tan feo... lo cogieron y lo tiraron por el aljibe de la mezquita dejándolo cojo.

Esa mezquita, si nos metemos en una máquina del tiempo y la proyectamos hacia el futuro, se convirtió en la iglesia de la Magdalena y posteriormente en el convento de las Hermanas Agustinas y luego en unos almacenes -cuyo dueño acabó suicidándose-, hasta que en los años sesenta de nuestro siglo se derribó todo lo que quedaba del antiguo edificio para construir el primer gran almacén de Granada llamado «Woolwort», surgiendo de los muros huesos humanos de épocas pretéritas. Por último, en la calle Mesones se ubica hoy en día la Diputación Provincial, edificio administrativo aparentemente ajeno a magias pero en el cual, durante el año 1982, ocurrió un famoso suceso de poltergeist recogido por varias revistas especializadas y por el periódico granadino Ideal que el 10 de diciembre publicó lo siguiente: «El fantasma de la Diputación, el espíritu de la calle Mesones, vaga penando... y uno de los investigadores mostró su brazo morcido por el duende.» ¿Acaso reminiscencias del olvidado Bastián?

Como guinda, señalar que en una bocacalle de la Gran Vía granadina, llamada Postigo de Velutti, también existe una casa encantada que fue propiedad de los genoveses señores de Velutti, con 22 habitaciones y capilla incluida, la cual tenía hace algunos años sus «espantos». Los vecinos aseguraban que por las noches se oían extrañas voces y arrastre de cadenas.

## LOS DUENDES DE LA VILLA Y CORTE DE MADRID

### Los duendes de Fuencarral

En el siglo XVIII, el siglo de la Razón, vive y escribe el insigne Diego de Torres Villarroel, el cual, en su obra auto biográfica *Vida de un alquimista, bailarín, torero, astrólogo, poeta, músico, clérigo, matemático, cazador de duendes y truhán*, relata que «las brujas, las hechiceras, los duendes, los espíritus y sus relaciones, historias y chistes me arrullan, me entretienen y me sacan al semblante una burlona risa, en vez de introducirme el miedo y el espanto».

Solía decir a sus amigos que tenía en el bolsillo un doblón de a ocho, equivalente a más de 300 reales, para quien le quisiese meter en una casa donde habitase un duende. En esta época Torres Villarroel aún no ha cumplido 30 años y es una especie de Juan Sin Miedo dispuesto a demostrar a quien fuere que esos zarandajos de espíritus y duendecillos no eran más que supercherías. Encontró un buen día de 1723, en la calle de Atocha de Madrid, a don Julián Casquero, capellán de la condesa de los Arcos que «venía éste en busca mía, sin color en el rostro, poseído por el espanto y lleno de una horrorosa cobardía». Le cuenta que en casa de dicha condesa, sita en la calle Fuencarral, ocurrían unos tremendos y extraños ruidos nocturnos.

Acude, por lo tanto, a la residencia, recorriendo todos sus rincones, en busca de una posible causa que explicara tales fenómenos que cada noche se repetían, los cuales empezaban a la una, terminando a las tres y media de la mañana. Así durante once noches en vela, hasta que «al prolijo llamamiento y burlona repetición de unos pequeños y alternados golpecillos, que sonaban sobre el techo del salón, subí yo, como lo hacía siempre, ya sin la espada, porque me desengañó la porfía de mis inquisiciones que no podía ser viviente racional el artífice de aquella espantosa inquietud», cuando se le apagaron súbitamente las cuatro mechas que le alumbraban, retumbando cuatro golpes «tan tremendos que me dejó sordo, asombrado y fuera de mí lo irregular y desentonado del ruido», al tiempo que en el piso de abajo se desprendieron seis enormes cuadros. «Inmóvil y sin uso en la lengua, me tiré al suelo y ganando en cuatro pies las distancias, después de largos rodeos, pude atinar con la escalera». Tan pálido y acongojado quedó que sigue diciendo: «supliqué a la excelentísima que no me mandase volver a la solicitud necia de tan escondido portento; que ya no era buscar desengaños, sino desesperaciones. Así que me lo concedió su excelencia y al día siguiente nos mudamos a una casa de la calle del Pez, desde la de Fuencarral, en donde sucedió esta rara, inaveriguable y verdadera historia».

Torres Villarroel, en una obra póstuma, *Anatomía de todo lo visible e invisible* (1794), vuelve a tratar el tema de los duendes, que, sin duda, le obsesionaban, mencionando de nuevo su experiencia con ellos: «Apenas hay



aldea en donde no nos cuenten enredos de duendes, bien es verdad que los más son mentiras de viejas o aprensiones de miedosos y de hombres de poco valor y espíritu» (...). «Puedo asegurar que quince noches me tuvo en vela y desasosegado un ruido horroroso que oí en una casa en Madrid por el año 1724 tan fuera del orden natural, como derribarse los cuadros, sin caer el clavo ni la argolla, abrirse las puertas estando cerradas con llaves y cerrojos, rodar la plata sin romperse... De esto son testigos la Excm. Señora Condesa de los Arcos, moradora que fue de tal casa, y veinte criados que se quedaban acompañando a su Excelencia, y no nombro la casa por- que no pierda el dueño sus alquileres».



### **Duendes madrileños**

*La casa de la calle Mártires de Alcalá representa uno de los ejemplos más claros de actuación de duendes; además, el fenómeno se dio durante un espacio de tiempo muy amplio, lo que permitió que el asunto adquiriese una cierta importancia en la mentalidad popular.*

## La Casa del duende

Es éste un caso curioso pues, por lo general, son los duendes los que arman todo tipo de jaleos y estrépitos, molestando a todo bicho viviente, pero en esta casa madrileña ocurre al revés: los duendes son los molestados por los ruidos excesivos que hacen los humanos.

En Madrid fue famosa la llamada «Casa del duende», situada al comienzo de la calle de los Mártires de Alcalá, a media distancia entre el Palacio del conde-duque de Olivares y el Seminario Jesuita de Nobles, y cuyo primer propietario fue, allá por el siglo XVI, don Nicolás María de Guzmán, que a su muerte se mantuvo desalquilada.

A mediados del siglo XIX fue derribada, cargada de extraños acontecimientos y cuya leyenda decía, ya en ese siglo, que «hace mucho tiempo» se hallaban en su aposento superior unos caballeros jugando su peculio a las cartas, mientras bebían, juraban, reían y, en fin, armaban gran algazara, cuando se les apareció sin más ni más un pequeño hombrecillo exigiéndoles que guardaran silencio, con expresivos ademanes, pues él y la mujer no podían descansar en paz. Ni que decir tiene que los aguerridos y fortachones caballeros, repuestos del asombro inicial, no le hicieron caso y siguieron con su algarabía y bromas, con mayor estrépito aún. Al poco, se abrió de nuevo la puerta y se presentó en la sala otro duende con la misma intención de que guardaran silencio, pero los tahúres más envalentonados que antes, intentaron atrapar al hombrecillo inútilmente pues éste era más ágil que todos ellos. Los caballeros, a pesar de todo, se tranquilizaron pensando que tal vez se trataba de unos extraños y malformados habitantes de la casa que, por su aspecto, estaban apartados del mundo, así que decidieron proseguir sus juegos de cartas. Entonces, de repente, se apagaron todas las luces -las de las candelas y las de las antorchas- y un número indeterminado de duendes (más de 20 según algunas versiones) se liaron a dar pellizcas, coscorriones y vergajos a los inoportunos huéspedes hasta que salieron de la casa echando chispas y alguna que otra maldición.

El caserón, más tarde, fue alquilado por doña Rosario de Venegas, marquesa de las Hormazas, que también aseguró haber visto al duende acompañado de sus misteriosos hermanos, aunque sin repetirse tan estrambótico, desenlace final. Ella, deseosa de tranquilidad, alquiló aquella mansión solitaria, la amuebló y un día echó en falta una imagen del Niño Jesús, así como el cortinaje. Tan pronto se lo dijo a su sirvienta vio aparecer por la puerta a un duendecilla que venía cargado con las cortinas y la imagen sagrada, en ademán de entregárselas, pero a la noble dama le dio un soponcio y decidió aquel mismo día abandonar la casa.

Sucesivamente pasaron a residir allí un canónigo, llamado Melchor de Avellaneda, y una mujer, lavandera de profesión, que también huyeron del edificio después de dejarse ver los diminutos ocupantes, aunque invariablemente, como le ocurriera a la marquesa, con el fin de entregar objetos que creían desaparecidos: un libro al canónigo y ropa a la lavandera. En todos los casos, la actitud de los duendes evidenciaba dos cosas: que primeramente les gustaba quitar o guardar algún que otro objeto (típico de ellos) y que, más tarde, los devolvían, siempre en una actitud amistosa.

Al final intervino el Santo Oficio, que decidió exorcizar la casa, ya deshabitada, con obispo a la cabeza. El caserón estaba precintado pero, no obstante, un vecino hizo observar que de la chimenea salían volutas de humo. Descerrajaron la cancela y, por más que miraron, no se encontró nada en su interior. Cuando, años más tarde, el rey Fernando VI adquirió aquel edificio, los serviciales duendecillos ya no estaban en sus aposentos.

Hemos dicho que esta casa se encontraba muy cerca del palacio del conde-duque de Olivares, y no está de más recordar que de este insigne personaje se decía en su época que guardaba un «diablillo» o «duendecillo familiar» en la empuñadura de su muletilla.

## LOS DUENDES PROTECTORES DE LOS NIÑOS

Se sabe que ciertos niños, en una edad comprendida aproximadamente entre los cuatro y siete años pueden ver a este tipo de seres, sobre todo cuando concurren estas dos circunstancias:

1. Que el niño o niña sea especialmente sensible, pues es conocido que a esas edades suelen ver cosas que a los adultos les pasan desapercibidas, lo que, sumado a otros factores como la educación recibida y una especial receptividad mediúmnica a todo lo que ve y siente, hace que luego vayan contando a sus padres que juegan con un «amiguito invisible», que incluso les hace regalos.
2. Que el niño o niña viva en el ambiente adecuado, es decir, en contacto con la Naturaleza, en lugares idóneos para que estos pequeños duendecillos se presenten.



También se sabe que no sólo los más tiernos infantes pueden verlos, sino también algunos animales domésticos, como los perros y los gatos, pues tanto unos como otros son mucho más sensibles a las interferencias producidas con esa dimensión paralela, psíquica e invisible. A la mayoría de los duendes domésticos les gusta la cercanía de los niños, y, una vez que ganan su confianza, y se hacen sus cómplices, les empiezan a sugerir juegos, bailes, canciones, lugares donde esconder sus juguetes, y un sinfín de actividades veladas para los adultos que, sencillamente, ignoran su existencia, y mucho menos que su hijo esté en tratos con alguno de ellos.

A este respecto se pueden citar varios casos, tanto en España como fuera de ella, pero pensamos que como muestra sirve un botón, sea éste de ancla o sea del pijama de niño de Fernando Sánchez Dragó (o a su áter ego Dionisio), pues a él y a su duende particular nos referimos, cuya experiencia relata en su novela autobiográfica *Lasfuentes del Nilo* (1986):

El sarampión empezaba a ceder. Dionisio pasó el resto de la enfermedad, convalecencia incluida, platicando y discutiendo una hora tras otra, y un día tras otro, con su mejor amigo, que se llamaba Jay y era persona –o duende- notable por muchos motivos: por su edad indefinida e indefinible, por lo diminuto de su tamaño o de su falta de tamaño (residía habitualmente debajo de la lengua de Dionisio), por su invisibilidad o transparencia (que lo era -tajante- para todo el mundo menos para el niño, capaz de verlo a veces –sólo a veces- en forma de chiribitas o burbujas de colores), por su sabiduría prácticamente universal y algo socrática (otro paso en el camino), por su voz inextinguible e inaudible (que sólo Dionisio percibía)...

Algunas veces los niños no sólo ven a uno, sino a varios insólitos e invisibles compañeros de juego, como le ocurrió a la que más tarde sería la médium inglesa Eileen Garret, quien contaba que veía a dos niñas y un niño muy pequeños. Jugaban, se contaban secretos, se reían... La médium dijo que esos amiguitos «estaban hechos de luz» y además se entendía con ellos sin necesidad de palabras, de pensamiento a pensamiento.

El investigador toledano Fernando Ruiz de la Puerta dice que el 70 por 100 de los niños con los que ha charlado terminan hablando de manera natural y voluntaria de sus amigos los duendes, y cuenta, en una entrevista \*, que el hijo de unos amigos suyos tenía un duende que llegaba por las noches y jugaba con él. Sus padres oyeron las risas del niño y le preguntaron qué era lo que pasaba, a lo que el niño respondió que era Meyeye, un amigo suyo muy bajito, con gorro verde, que entraba por la ventana y jugaba con él. Dejó de verlo cuando la familia se trasladó a Madrid, pues, como ya hemos dicho, las grandes ciudades, con sus ruidos estridentes, su gentío, su falta de espacios verdes y su contaminación, son enemigos de estos simpáticos, curiosos y singulares especímenes de nuestra fauna fantástica.

Lo cierto es que los niños dejan de verlos sencillamente porque van creciendo, y a partir de una determinada edad, alrededor de los siete años, se pierde esa capacidad de percepción del mundo de lo invisible y de lo ultrasensible, para entrar de lleno, de golpe y de sopetón, en el mundo encorsetado de los mayores.

Vamos a referirnos a tres tipos de duendes domésticos, en tres zonas concretas de España, que han demostrado una especial querencia con los más pequeños de la casa, incluso bebés, pues este comportamiento, que en un principio se podría pensar que es lógico, no lo es tanto debido a su naturaleza traviesa y porque sabemos que hay duendes que se encargan de hacerles llorar para molestar y castigar así a sus padres, o que incluso les pueden raptar (sobre todo algunos elfos y hadas).

### **Los Cuines (Cantabria)**

Estos enanillos, de carácter legendario, aparecen mencionados por Adriano García - Lomas, quien, a su vez, recogió la historia de su existencia del doctor Elías Saínz Martínez, el cual contaba que una paisana suya, natural del pueblo de Silió (Cantabria), daba el nombre de Cuines a sus duendecillos familiares. Decía que en su niñez le hablaban de ellos, y los describía como pequeños de tamaño, de gran edad y dedicados a la bonita tarea de servir de custodios de los niños de la casa.

Además eran bondadosos, simpáticos, fácilmente domesticables y muy cuidadosos. Jugaban con los niños, que podían verlos sin dificultad, y por su aspecto eran de minúsculo tamaño, regordetes y vestidos con capucha rojiza y botas blancas.

\* **Diario 16, suplemento cultural «Disidencias», número 7, de 2 de enero de 1981.**

Como consecuencia de esta actitud hacia los humanos, García - Lomas entiende que son una excepción entre los enanos, gnomos o genios de la tierra de Cantabria, grupo en el que los clasifica, a nuestro juicio erróneamente. La razón del equívoco está quizás en el hecho de que fueran de reducido tamaño, si bien en modo alguno pueden ser asimilados a los enanos o a los gnomos, los cuales jamás han sido vistos conviviendo con los humanos en su hogar. Se trata sin duda de un grupo aislado de duendes domésticos vinculados a una familia de una sola localidad, similares a los *Meniñeiros* de Orense.



**Cuines**

*Si existen duendes buenos y pacíficos, éstos son los Cuines, que comparten con los Meniñeiros el honor de ser los más agradables y bondadosos de todos los de su especie. Es una lástima que sólo los hayamos encontrado en una localidad, y además sin referencias en la actualidad.*

La descripción que tenemos de ellos es suficiente como para saber que actuaban generalmente por parejas y que, a veces, cariñosamente, asustaban a los niños que se portaban mal mencionándoles a las Ojáncanas y al Coco, seres éstos muy alejados del mundo de los elementales.

En cuanto a su denominación, la palabra Cuines no está relacionada con ningún vocablo usual en Cantabria; no obstante, en Extremadura, cuin significa popularmente persona o animal pequeño y endeble.

### **Los Meniñeiros (Galicia)**

Duende simpático donde los haya, nada molesto, y que tiene una muy especial predilección por los niños, tal y como sucede con sus parientes cántabros, los Cuines.

Manifiestan de forma ostentosa su cariño hacia los humanos de su mismo tamaño y seguramente a ellos se refiere el padre Fuentelapeña cuando, recogiendo datos de distintas fuentes del siglo XVII, escribió lo siguiente:

Los duendes, por una parte se alegran con los niños y no con los grandes, pues aunque éstos los han visto algunas veces, no los han visto con aquel semblante regocijado y alegre con que lo suelen ver los niños, según ellos lo refieren.

Nos cuenta José A. Sánchez Pérez, en su libro *Supersticiones Españolas* (1948), que en Orense es general creencia que el Meniñeiro es el duende familiar que hace sonreír a los niños recién nacidos. Por esa razón, si el pequeño está triste y no se ríe es señal inequívoca, para ellos, de que el duendecillo no está en la casa. Por extensión, se aplica esta palabra para describir a una persona muy amiga de los niños que goza viéndolos retozar y divertirse.

## Los ratones coloraos (Murcia)

Estos minúsculos seres viven en Murcia, donde es conocida la frase «eres más listo que un ratón colorao».



### Ratones coloraos

*Prácticamente invisibles en todo momento a los ojos de los humanos, los ratones coloraos gustan de presentarse así ante nosotros por estas tierras levantinas, a sabiendas de que solamente los pequeños de la casa pueden verlos.*

Al parecer, son especialmente listos, lo que no deja de ser una rareza dentro de la familia de los duendes, gustándoles sobremanera la música y la danza. Prácticamente no hay noticias sobre ellos, y su propio nombre indica que les gusta manifestarse a los hombres en forma de ratones, vistiendo probablemente una blusa o bayeta de color rojo, a semejanza de los Trasgos.

De las pocas cosas que se sabe de ellos es su cariño hacia los tiernos infantes, haciendo con sus juegos y movimientos las delicias de los mismos, entreteniéndolos cuando éstos están llorosos y cuando no hay presencia de mayores por los alrededores de la cuna, aunque, de todas formas, sólo los ojos de los niños pueden ver sus piruetas.

Creemos que son duendes genuinos que por estas latitudes gustan de transformarse en ratones para pasar más desapercibidos y, tal vez, para adecuarse más a un medio que de otra manera no les sería tan propicio. Algo similar ocurre, por ejemplo, con las transformaciones en animales que efectúan los duendes vasco-navarros, más acordes a la fauna doméstica del lugar y siempre buscando ese factor mimético que tanto les divierte.



## *Los diablillos familiares* (*Las brujas y sus duendes*)

*Que me dais que sospechar  
que sois duende o familiar.*

ROJAS ZORRILLA:  
*Don Gil de las calzas verdes*

### SERVIDORES DE UN SOLO DUEÑO

**D**ENTRO de la familia genérica de duendes hay un grupo con unas características propias, perfectamente diferenciado, al que hemos denominado, siguiendo la terminología comúnmente aceptada, como «familiares», personajes que no se vinculan a una casa, sino a una persona concreta, la cual se sirve de ellos a su antojo pudiendo disponer de su uso y abuso, hasta el extremo de venderlos e incluso donarlos a un tercero. Son los «familiares», y aunque su forma es cambiante y elástica, podemos decir que tienen como características el medir por lo general menos de cinco centímetros, el ser muy nerviosos, moviéndose continuamente, con un hambre insaciable y de una dudosa moralidad, que les permite tanto ayudar a sus dueños a prosperar y enriquecerse como a procurarles la ruina y la muerte, y todo ello con la misma facilidad.

Los diablillos familiares pueden ser accesibles a sus futuros dueños por tres procedimientos: invocándolos, buscándolos o creándolos. El primero es el tradicionalmente usado en la magia negra, donde existen todo tipo de grimorios, rituales y ceremonias específicas para hacer venir del mundo astral -el bajo astral- a estas entidades con el fin de servir al brujo o bruja en cuestión. Los otros dos procedimientos son más estrambóticos, pero sobre ellos existen leyendas suficientes que aseguran su efectividad y de las que hablaremos en este capítulo.

El padre Feijoo describe algunas de sus costumbres de esta manera: «El vulgo en España cree que es muy frecuente el uso de estos Espíritus familiares en otras naciones, en tanto grado, que dicen que los venden unos hombres a otros, y algunos añaden que esta venta se hace públicamente sin rebozo alguno, como la de cualquier género ordinario.»

Ya comentamos en páginas precedentes que los duendes son muy anteriores a la brujería como tal, pero este grupo de «familiares» tuvo su auge precisamente en los siglos donde aquélla fue más fructífera, debido sobre todo a que el modo más usual de hacerse con un diablillo de estas características era a través de una especie de pacto con el demonio.

Los hechiceros y alquimistas tenían usualmente un demonio familiar metido en una redoma o botella, al estilo del que se encuentra el estudiante don Cleofás en la novela *El diablo cojuelo*. Un extraño personaje, de nombre Weternus, afirmaba haber viajado veintisiete meses en compañía del alquimista suizo Paracelso, y aseguraba de éste que poseía un diablo familiar encerrado en el puño de su espada. Por los pasillos y mentideros de la Corte de Felipe IV se comentaba algo similar de la empuñadura del bastón del conde-duque de Olivares que siempre llevaba consigo.

Era popularmente conocido en otros tiempos que grandes personajes de renombre y poder poseían espíritus familiares que los protegían y otorgaban gran influencia; quizás por ello, el dramaturgo Rojas Zorrilla los menciona en su obra *Lo que quería el Marqués de Villena*:

Zambapalo: Señor, he de hablar de veras: yo tengo miedo.

Marqués: ¿Por qué?

Zambapalo: Porque deste hombre me cuentan que tiene en la redoma un demonio.

Italia era el país donde se creía que existían multitud de estos seres, de tal manera que Lope de Vega recoge esta creencia en *El lacayo fingido*:

*También dicen que en Italia  
hay familiares a cientos.*

Incluso el historiador británico Hugh Thomas hace mención a ellos en su reciente obra *La conquista de México*. En el capítulo 25, un santanderino llamado Botella Puerto de Plata, «muy hombre de bien y latino», que había estado en Roma y decían que era nigromántico, le advierte a Hernán Cortés de la sublevación azteca contra su capitán Pedro de Alvarado, en Tenochtitlán: «Todos se espantaron cómo aquello sabía y decías e que tenía familiar.» Luego, Thomas especifica que este «familiar» era, según la creencia popular, el demonio que acompaña a un brujo o hechicero y adopta generalmente la forma de un gato negro, pero -aclara- «probablemente se tratase de un emisario tlaxcalteca».

La existencia y creencia en estos seres estaba tan extendida por toda Europa que el escritor Walter Scott cuenta que cada Clan principal de Escocia tenía su propio espíritu familiar que protegía a toda la estirpe. Serían las llamadas «Banshees» que acompañaban a lo largo de su historia a las más viejas familias irlandesas y escocesas, de manera que toda familia con cierto abolengo debía contar con alguna «Banshee» aparejada a su árbol genealógico.

En el siglo XVI, el ya citado Antonio de Torquemada establecía su particular hipótesis, diciendo que el arte de la nigromancia se podía ejercer de dos maneras. Una sería la magia natural, consistente en utilizar hierbas, plantas, piedras, así como otros elementos para conseguir sus fines, y la otra sería la que se ejercita con el favor y ayuda de los diablos, escribiendo más adelante: «En lo que habéis dicho que los demonios están encerrados o atados en una anilla o redoma, o en otras cosas, es un engaño común que reciben los que tratan de esta materia y que los mismos demonios le hacen entender que la verdad de ello es que los demonios están donde quieren y, como quieren y, por más lejos que se hallen al tiempo que son llamados o requeridos, en un instante vienen a estar presentes y a responder», concluyendo Torquemada que su poder no procede de las palabras del mago o el brujo que los tiene como esclavos, sino de los demonios superiores y más poderosos, con los que previamente el brujo tuvo que haber hecho un pacto.

El teósofo extremeño Mario Roso de Luna abunda en esta idea y nos previene contra aquellos que invocan alegremente a estas entidades -«es correr mayor peligro que cuando se entra con una vela en un repleto polvorín»- manifestando en 1915 ciertas conclusiones sobre estos peligrosos familiares que hoy en día suscribiría sin reparos Salvador Freixedo. Explicaba que, para estos seres, «es un juego de niños el excitar en nosotros las malas pasiones, inculcar en las naciones y sociedades doctrinas turbulentas, provocando guerras, sediciones y otras calamidades públicas y diciéndonos luego que todo ello es obra de los dioses... Estos espíritus se pasan el tiempo engañando a los mortales, produciendo a su alrededor ilusiones y prodigios. Pero su mayor ilusión es hacerse pasar por dioses protectores y por almas de los muertos». Rosa es igualmente de la opinión de que con el auxilio directo de estas entidades inferiores y perversas del astral es como se llevan a cabo toda clase de hechicerías.

En España reciben nombres diversos, según la región en la que nos encontremos: en el País Vasco están localizados prakagorris, mozorros, mamarros, mamures, galtxagorris y demás ralea duendil; en Cataluña, los maneirós; en Ibiza, el fameliá, y así un largo etcétera, teniendo además de las características ya dichas, otras propias, que les hacen ser diferentes unos de otros. Ahora bien, una vez conseguidos, nadie puede desprenderse de ellos fácilmente -salvo que los regale o los venda-, ni puede dejar de alimentados, ni puede cesar de encomendarles alguna tarea.

La antropóloga británica Margareth Murray recogió abundantes testimonios de estos «demonios familiares» en sus obras, diciendo que, a menudo, se encarnaban en figura de gatos, liebres, perros, sapos, cuervos, ratones, etcétera. Distinguía entre «familiares» empleados para la adivinación y «familiares» utilizados en las prácticas de magia. Cita a un brujo de Odeans llamado Silvain Nevillon, quien declaró en 1626 que los «espíritus familiares» o «diablillos encerrados» (marionettes) eran tenidos por ciertas brujas en forma de sapos, a los cuales alimentaban con una papilla de leche y harina. No se atrevían a salir de su casa sin antes pedir permiso a estos «familiares», diciéndoles durante cuánto tiempo iban a ausentarse, y si éstos, por un casual, consideraban que era demasiado lapso de tiempo, sus propietarios renunciaban a salir.

Esta dependencia de los pretendidos dueños con sus «familiares» es muy habitual también en los casos que hemos recogido en España, dándose la circunstancia que esa forma de sapo ha sido igualmente adoptada por alguno de estos seres, como ocurre con los «maridillos», de los que hablaremos más adelante. Por consiguiente, en nuestras leyendas, parece ser que un ser humano ejerce la función de dueño de estos espíritus familiares, pero, si las analizamos más a fondo, pronto comprobamos que el supuesto dueño no deja de ser un mero esclavo de su «familiar», desde el mismo momento que lo recogió o lo formó, pasando a tener, en todo caso,



una relación recíproca de amo y sirviente, donde a la larga siempre acaba llevándose la peor parte el humano que ejerce de brujo, mago o hechicero, salvo casos muy contados, como, por ejemplo, el cura de Barga, que murió longevo y feliz a pesar de tener unos cuantos «mamur» a su cargo. Eso sí, los «familiares» realizaban tareas inverosímiles, como, por ejemplo, trasladar a sus propietarios por el aire o construir lo que se les mandase en muy poco tiempo.

En varios cuentos populares, recogidos por Rodríguez Almodóvar, se les hace intervenir de forma directa, como ocurre en el *Castillo de irás y no volverás* ó en *Blancaflor*, donde su protagonista, que suele ser una princesa o una maga, se sirve de estos diminutos demonios para realizar los trabajos que su padre manda hacer a su amado en una sola noche.

## FORMAS QUE PUEDEN ADOPTAR Y PROCEDENCIA

Pueden adoptar tantas formas como uno pueda imaginar, pues, recordemos, muchos de ellos proceden primeramente del deseo mental de crearlos. Según algunas leyendas, se tratarían de unos insectos que se llevan dentro de un canuto de caña o en un alfiletero (así en localidades del Pirineo como Esterri de Anea, Son del Pino, Las Iglesias...) y al destapar el canuto salen volando como un enjambre de abejas. Si no se les manda trabajo, pican y acaban matando a su dueño. Esta forma de insectos también la adoptan en Cortézubi (País Vasco).

Otros, sin embargo, creen que son unos gusanos negros muy pequeños mientras permanecen dentro del alfiletero, pero en cuanto salen de él se transforman en diminutos diablillos con cuernos y cola, como ocurre en Sarroca de Bellera (Lleida) y en Cantabria. En Zarauz (Guipúzcoa) y, por lo general, en Galicia, Castilla y Baleares piensan que su forma es la de diablillos con calzones rojos, siendo esta imagen la más extendida.

Hay varias formas de conseguir uno de estos familiares, pero, dejando a un lado la invocación, dos son las más usuales: buscándolos o creándolos. Respecto a la primera, consiste en recogerlos en la noche víspera de San Juan o en esta misma noche mágica del solsticio de verano, buscando debajo de los helechos. Así ocurre en Cantabria o en el País Vasco.

Sin embargo, en Cataluña, Baleares y Galicia su procedencia es más curiosa, pues en las dos primeras zonas se «fabrican» de una extraña hierba que sólo nace en esta especial noche debajo de un puente concreto (Baleares) o de la semilla de una cierta planta llamada «maneirón» (Cataluña). Por el contrario, en Galicia hay que acudir a la busca y captura" de un huevo de gallo negro para conseguir la formación de un «diablillo».

### ¿Homúnculos?

¿Se pueden crear seres vivos de la nada? ¿Se pueden materializar criaturas que en un primer momento eran inexistentes o meras creaciones mentales? Esta pregunta, sin duda, se la han formulado muchos personajes de nuestra historia, algunos ávidos de inmortalidad con la creación de seres que les perpetuaran a ellos. Éste es el caso de los novelistas y de algunos alquimistas.

Uno de ellos, Paracelso, vislumbró esta posibilidad; otros, cabalistas entre ellos, se decidieron a comenzar tamaña tarea y crear homúnculos o seres virtualmente engendrados de la nada o de una específica materia prima que, según algunas crónicas, adquirieron vida. Sería una especie de «generación espontánea», teoría científica que pretendía que podía surgir la vida de materias inertes y que estuvo muy en boga en la antigüedad hasta que, en 1859, Pasteur se encargó de demostrar que era falsa.

Sin embargo, los investigadores Alexandra David-Neel y Nicolás Roerich ya hablaban de ciertos prodigios realizados por lamas iniciados del Tíbet que, según algunos testigos, llegan a ser capaces de materializar literalmente ciertos pensamientos en forma de objetos o de seres aparentemente humanos y reales. Hablaban de los «Tulkus» (o proyecciones de objetos) y de los «Tulpas» (o proyecciones de seres humanos). Pero la tradición ocultista y cabalista también da cuenta de poderes semejantes en ciertos hombres, como el rabio Eleazar de Worms, al que la tradición hassídica atribuye la creación del primer *golem* en el siglo XIII. Sus tratados, entre ellos *El libro del Ángel Raziel*, se basan en los escritos cabalísticos de los místicos sefarditas de las ciudades españolas de Gerona y Guadalajara, estableciendo unas cuantas fórmulas mágicas entre las cuales se encuentra una -muy difusa e incompleta- sobre la creación de un *golem* con la colaboración de dos adeptos que podrían fabricarlo con arcilla virgen y recitando un galimatías de nombres y conjuros (debían recitar 231 variaciones alfabéticas), mientras daban vueltas mareantes (exactamente 462) en torno a la criatura previamente enterrada y encerrada en un círculo mágico.

Ahí quedó la cosa, sin que se supiera si realmente el homúnculo de Eleazar de Worms llegó a adquirir vida, pero sí nos han llegado más datos sobre otro rabino, el llamado Loew de Praga, que aseguran que fue el verdadero creador material del *golem* en el siglo XVI, el cual, según la tradición, logró encontrar los elementos que faltaban en la fórmula de Eleazar y creó un homúnculo que le serviría como un criado ocupado en los trabajos domésticos. En su frente figuraba la palabra hebrea «Emeth» (verdad) y cada día se iba desarrollando y haciéndose más fuerte y robusto que los demás moradores de la casa, a pesar de haber sido tan diminuto al principio. La forma de inmovilizar a este golem era borrar la primera letra de la palabra que llevaba inscrita en la frente, de forma que sólo se leyera «Meth» (muerto), permaneciendo así inerte durante el sábado, día sagrado para los judíos y durante el cual no se puede realizar ninguna tarea.

Dicen que una vez olvidó hacer este proceso y el golem, sin ninguna tarea por hacer, se enfureció y entró en la sinagoga en pleno oficio destruyéndolo todo, con el lógico pánico de los asistentes, los cuales terminaron definitivamente con su existencia, y el barro que quedó fue guardado en el desván de la sinagoga de Praga, donde aseguran que aún permanece', detrás de una reja.

Todo esto viene a cuento en el sentido de que la tradición sobre diablillos familiares, creados por sus futuros dueños y vinculados de una manera directa a la magia ya la brujería, no es algo insustancial, sin soporte histórico, pues, como hemos visto, su creencia va desde el Tíbet hasta Europa, penetrando fuertemente en España a través de una serie de brujos y adeptos a la magia negra y al satanismo que se dedicaban a crear este tipo de homúnculos, sobre todo a partir del siglo XVI, dejando su huella en casi todas las regiones donde la brujería tuvo mayor intensidad, desvaneciéndose su creencia en el siglo XVIII, principalmente a partir de la Revolución Francesa, donde todo aquello que tuviera reminiscencias fantásticas o míticas quedó anatemizado en aras de la más pura y estricta razón.

Entre los diablillos familiares que vamos a citar, tendríamos que hacer dos claros grupos: a) aquellos que son invocados por una parte y creados por otra, tomando como materia prima sustancias de lo más variopintas (gallos, hojas, granos, sangre...), siguiendo un proceso o ritual mágico complicado a base de fórmulas y símbolos asociados a la brujería y cuyos creadores eran brujas o magos que frecuentaban los aquelarres, aliado de sus «diablillos», criaturas a las que podríamos denominar homúnculos; y b) aquellos otros de los que no hay una clara constancia de que hayan sido creados, sino buscados y localizados en ciertos parajes especiales, en días muy concretos del año. Estos últimos, estando igualmente asociados a la brujería, no tendrían vinculación con la magia negra, sino con la blanca o benefactora, es decir, estarían dispuestos a ayudar a su dueño y a terceras personas sin que por eso el alma del poseedor peligrara.

Los homúnculos, simplificando, serían los clásicos diablillos encerrados en una botella, a mitad de camino entre el genio de la lámpara de Aladino y el diablo cojuelo de Don Cleofás, muy invocados en ceremonias hechiceras y con los que se debía tener muy presente dos aspectos: su alimentación (no se les podía dejar pasar hambre) y su traspaso (había que escoger a la persona adecuada para que fueran sus futuros dueños y herederos). Por otra parte, tenían parecidas características que los duendes: se podrían transformar en diversas formas animalescas -incluso humanas- y eran muy inquietos y vivarachos.

El hecho de que se vincule a todos estos seres con prácticas brujeriles ha posibilitado que se creen fabulosas leyendas alrededor de ellos: la de transportar a sus dueños por los aires a los lugares más remotos y en un lapso de tiempo insignificante o que podían hacer a sus dueños invisibles y poderosos gracias a su mera tenencia. ¿Qué hay de verdad en todo ello? Como casi siempre ocurre, y mucho más tratando de estos temas tan nebulosos y resbaladizos, ni todo es rigurosamente verdad ni creemos que alguien se haya tomado la molestia de inventar todo lo que atañe a estos «familiares». Lean los datos y juzguen por sí mismos, pero recuerden que existen tantas cosas extrañas en este Universo...

## **El diablo cojuelo**

De entre todos los demonios familiares que pululan por nuestra geografía, el más popular, sin duda, es el «diablo cojuelo», que pertenecería por derecho propio al género de los invocados. Gracias a la obra del ecijano Luis Vélez de Guevara, del mismo título, donde recrea un diablillo de estas características, pícaro y simpaticón, y gracias, sobre todo, a ciertos grimorios, el diablo cojuelo ha tenido una larga vida en cualquier tertulia literaria o ceremonia hechicera que se preciase entre los siglos XVI y XVII.

La trama de la obra de Vélez de Guevara, muy escuetamente, es como sigue: Un caluroso día de julio, cuando los madrileños vuelven de refrescarse en el río, el estudiante don Cleofás Leandro Pérez Zambullo huye por los tejados de las iras de una supuesta doncella y de la justicia, por un pretendido estupro. De tejado en tejado acaba por caer en una buhardilla que no era otra cosa que el estudio de un astrólogo, donde oye unos suspiros.

Don Cleofás exclama entonces: «¡Quién diablos suspira aquí!», descubriendo que era un diablejo encerrado en una redoma, tan harto de su cárcel que está deseando que lleguen los inquisidores para ponerlo en libertad. El diablillo pide al estudiante que rompa la botella, y, cuando lo hace, se convierte en un hombrecillo con muletas, que no tiene muelas ni dientes pero con unos enormes bigotes. Cuando le pregunta por su nombre, el diablillo contesta: «Diablo más que menudo soy yo. Yo soy las pulgas del infierno, la chisme, el enredo... yo traje al mundo la zarabanda... el guirigay, el avilipinte... las jácaras, los volitines, los títeres... y, al fin, yo me llamo el Diablo Cojuelo.»



### El diablo cojuelo

*Favorito de las brujas y especialmente preferido en las invocaciones mágicas para hacer que vuelva un ser querido, es considerado, paradójicamente, el más veloz de todos los demonios para estos menesteres,*

Agradeciendo el favor que le ha hecho don Cleofás, el diablo, usando de su magia, lo lleva por los aires hasta la madrileña torre de San Salvador desde donde descubre todos los tejados y el interior de las casas de «esta Babilonia Española», donde no faltan hipócritas piadosas, obispos, regidores de Indias, taberneros, maestros... y demás variada fauna humana.

Este diablo representa una clara transición entre el familiar y el duende porque, si bien su estatura es tan diminuta como para caber en una redoma de alquimista y realiza hechos prodigiosos como trasladar por los aires a su dueño don Cleofás (tamaño y comportamiento típicos de un demonio familiar), también es verdad que sus traviesas costumbres son las propias de un duende, y el hecho de que sea descrito con aspecto de demonio (con cuernos y rabo), y además esté cojo, lo asocia inmediatamente con el trago asturiano y cántabro, es decir, con la familia duendil por excelencia. Además, no hay que olvidar que estamos hablando de un «demonio» pequeño, travieso y con poderes, es decir, un personaje de los que nuestros antepasados dirían que estaría bajo las órdenes de Satán para tentar a los seres humanos o para crear acólitos entre ellos; por consiguiente, el «diablo cojuelo» nos serviría perfectamente como «eslabón perdido» entre los demonios de la teología judía y cristiana, los espíritus familiares que estamos describiendo y los duendes domésticos, para participar de todos ellos, y de ahí que su mito haya sido tan extendido por todas partes aunque recibiera otros nombres. Así entronca con Bastián el granadino y con el diablo Asmodeo, cojos como él, y con el «diablo en la botella», obra que escribió Lesage en el siglo XVIII, clara imitación de lo que hizo unos años antes Vélez de Guevara.

Para saber algo sobre el origen de tan ostentosa cojera hay que remitimos a una clásica leyenda del rey Salomón, el cual dicen que consiguió encerrar en una botella a todos los espíritus malignos, menos a uno cojo, el mismo que al final logró liberar a todos los demás. La cojera de este pequeño diablillo, al parecer, se debía a que cuando se produjo la famosa rebelión contra Dios y los ángeles rebeldes fueron expulsados del cielo, éstos cayeron encima de él, dejándolo perniquebrado, con una cojera que arrastraría para siempre.

Este diablo fue muy popular en los siglos XVI y XVII, invocado por brujas en numerosos conjuros y hechicerías, según se desprende de varios procesos del Santo Oficio. En el proceso del Tribunal de la Inquisición de Toledo, efectuado en 1668 contra la hechicera Águeda Rodríguez, sabemos que utilizaba este personal conjuro: «Diablo Cojuelo, tráemelo luego; diablo del pozo, tráemelo, que no es casado, que no es mozo; diablo de la Quintería, tráemelo a la feria; diablo de la plaza, tráemelo en danza.»

Lo cierto es que su invocación estaba siempre emparejada con la búsqueda y posterior captura o localización del ser querido o ansiado por la persona que acudía a la bruja y cuyo propósito era conseguir que volviera.

En Euskadi se utilizaba, entre otras, esta invocación: «Barrabás, Satanás, Belcebú y Lucifer, venid y llamad a las siete capitanías de los diablos y enviad al diablo cojuelo para que me traiga a fulano», recitada durante trece días, y en las islas Canarias, sus brujas también invocaban a este travieso diablo para fines similares, puesto en relación curiosamente con doña María de Padilla, la amante de Pedro I de Castilla, con fórmulas rituales similares a éstas: «Levántate, María de Padilla, de esos infiernos donde estás y tu manto negro te cubrirás y a fulano me traerás», para luego decir «Diablo cojuelo, tráemelo luego.»

Este diablo cojitranco, el más veloz de todos a pesar de su cojera, es más universal de lo que parece, pues ha cruzado el océano y es conocido, por ejemplo, en las tradiciones brasileñas que aseguran que el bosque tiene por espíritu a un diablo cojuelo que suele extraviar al cazador.

## FAMILIARES ISLEÑOS

### Islas Baleares

En las islas Baleares encontramos tal batiburrillo de datos mezclados sobre duendes y familiares que es francamente difícil separar, en sus leyendas, los unos de los otros.

Cuando estudiamos al «follet», pensando que sería como sus primos hermanos de Cataluña y Levante, es decir, un duende hecho y derecho, vemos que se trata más bien de un «espíritu familiar», aunque otras veces se trata de la investidura de un «poder» que tiene el brujo para hacer o no hacer algo, de ahí la expresión de que fulano «tenía follet», para indicar que se amparaba en algo mágico que lo protegía y que le facilitaba para obrar grandes prodigios.

Cuando analizamos al «barruguet» ibicenco, comprobamos que en muchas de sus características era similar al «fameliá», clásico espécimen de demonio familiar de la misma isla, aunque en otras se comportaba de forma tan tosca y estúpida como los duendes de la península Ibérica. Y para colmo, al describir al «dimoni-boiet» de Mallorca, volvemos a ver el mismo grado de confusionismo que en el resto de los seres de este archipiélago. Al final se llega a la conclusión que aquí nada es lo que parece realmente y que posiblemente se han tergiversado tanto las leyendas que lo que antaño era un duende ahora lo asocian a un «familiar», y viceversa, permaneciendo estos personajes en un halo de misterio e incertidumbre aún por desentrañar.

Y aún más, figuras como el barruguet o el boiet, tanto por los lugares donde habitan (que no son casas) como por las cosas que hacen, se parecen más a los «Enanos» e incluso a los «diaños burlones» del norte de España. Pero si tenemos que formular una teoría con todo lo que sabemos de ellos, no nos queda más remedio que encuadrar dentro de la categoría de «demonios familiares» a todos ellos: «follets», «fameliás», «barrugquets», «dimonis-boiets» y «homenets de colzada», que serían distintos nombres para el mismo personaje, lo que significa que en las islas Baleares no existirían duendes propiamente dichos, ya que tanto su estatura como sus quehaceres los aleja en varios aspectos de sus parientes los «duendes domésticos», pues los mencionados hasta aquí son todos ellos muy pequeños, deben ser capturados, otorgan al que los posee un gran servicio y, por último, adoptan la forma de diablillos con cuernos y rabos.

Lo que ocurre es que en estas islas también ha habido, por lo menos en otros tiempos, elementales de los bosques, de marcado carácter promiscuo, con apetencia por las mujeres (recuérdese al dios Bes ibicenco-cartaginés) y por las transformaciones espectaculares (generalmente en burros que se alargan o en niños llorando). Ésta es la razón, creemos, de este singular «potaje» duendil que no hay forma de sistematizar con claridad como ocurre en otros lugares de España, aunque hemos desglosado a los follets y los barrugquets dentro de los «duendes domésticos» (con reparos) y a los dimonis-boiets, así como a los fameliás, dentro de los «diablillos familiares» (con menos reparos), por considerar que así se ajusta más al mito original, sin interpolaciones posteriores que, repetimos, han tergiversado un tanto el asunto.



## Los Dimonis-Boiets (Mallorca)

Los «dimonis- boiets», equivalentes a los «familiar» o fameliás ibicencos, forman parte, sin duda, de esa gran familia de duendecillos llamados «diablillos familiares», aunque con la intrusión de alguna que otra leyenda espuria, pues son de pequeñísima estatura y casi inaprensibles, hasta el extremo que caben varios de ellos en una caña o en un alfiletero. Su aspecto físico no es de gusanos o de polillas, sino de diablillos, y, cuando alguien tiene la dudosa suerte de vedos, se parecen a negras volutas de humo, con cuernecillos y cola, que nunca paran de moverse.

Suelen vivir indistintamente en plena naturaleza o dentro de las casas. La cuestión es coger uno o varios de ellos, pudiendo ser encerrados en pequeños recipientes para ser más tarde usados en provecho de su poseedor.

Cuando éstos son momentáneamente liberados, gritan:

-«¿Que farem?, ¿que farem?, ¿que farem?»

Y si a la tercera vez que lo repiten no se les ha encomendado alguna tarea, se arrojan sobre su dueño y lo destrozan.

La leyenda que a continuación transcribimos demuestra claramente que contra ellos se pueden usar las mismas armas que contra los trasgos:

Se dice que la mujer de un molinero mallorquín fue abordada por un grupo de diminutos «dimonis-boiets» que le pidieron un poco de trigo.

-«¿Daros grano? ¿Por qué, si probablemente ya me habéis robado media espuerta? Pero si realmente queréis que os lo dé -dijo la mujer-, lavad esta lana. Cuando sea completamente blanca, venid y os daré el trigo.»



### Dimoni-boiet

*En las islas Baleares existe un gran confusiónismo entre duendes y familiares, sin que en sus recuerdos y leyendas se logren diferenciar perfectamente. Es como si los follets, los barruguets y los dimonis-boiets, en su afán de transformismo, hicieran burla de todo intento clasificatorio.*

Los boiets miraron a la lana y a la mujer. Algunos de los más pequeños empezaron a llorar.

-«¡Pero si esta lana es negra! Nunca la podremos hacer blanca.»

La mujer del molinero se rió de ellos. Les había pedido un favor y sabía que estaban obligados a hacerlo.

Muy lentamente, los boiets dejaron el molino y no se les ha vuelto a ver en la isla.

Algún día -dicen volverán con la lana blanca para cobrar su premio.

Otra leyenda similar que habla de ellos está localizada en la cima de la Serra de Na Burguesa, denominada «S'Avenc de Sa Moneda», zona de helechos donde se localiza un pozo natural sólo accesible por escala, teniendo en su interior varias oquedades en las cuales se han situado la morada de los «boiets», a los que atribuye la imaginación popular oficios como el de herreros, propios de otro tipo de «elementales terrestres» (los enanos, por ejemplo), forjando monedas de oro sin parar.

De vez en cuando salían de sus cuevas, muy nerviosos, trabajando por los alrededores en las tareas más diversas:

construir bancales, horadar pozos, arreglar paredes... cualquier cosa era válida con tal de no estar quietos, pues una de sus características, como ya hemos dicho, referidas a todos los «diablillos familiares», es estar en continuo movimiento y actividad.

Una de las casas que estaba ubicada cerca de este pozo, solía recibir las visitas de estos seres, y a la dueña del hogar no le hacía mucha gracia tener por huéspedes a estos molestos diablillos que cambiaban las cosas de lugar, escondiendo cubiertos y tijeras, derramando la leche, molestando a las Ovejas y acciones similares.

Cada día estos «boiets» acudían a ella dando brincos, gritando: «¿Que farem?» y abriendo su descomunal boca (desproporcionada con respecto al resto de la cara) para que les diera de comer algo, hasta que se cansó de ellos y resolvió alejados de allí definitivamente, encargándoles la tarea de separar los pelos negros de los blancos de varios becerros de lana gris, colocándolos en montones distintos.

Al principio, los «boiets» realizaban esta tarea con sumo agrado, hasta que después de muchas horas se dieron cuenta de la tamaña estupidez que estaban haciendo y que era una misión casi imposible, por lo que se pusieron a gritar como locos, abandonando el lugar muy humillados y derrotados.

Esta leyenda empalma con otra que dice que al marchar los «boiets» de la sima, dejaron en las oquedades donde vivían un fabuloso tesoro escondido, custodiado por un fiero dragón que duerme en su interior, a la orilla de un río subterráneo, en perpetua guardia para que nadie lo robe.

### **Es fameliar (Ibiza y Formentera)**

Es uno de los espíritus familiares que pueblan la isla de Ibiza (Eivissa) y que suele tomar la forma de un hombrecillo con una gran fuerza.

La gente del pueblo ibicenco de Santa Eulalia del Riu cree en él y, además, sabe cómo crearlo. Sí, han leído bien, pues es uno de los pocos seres que, al igual que el Golem judío, se puede fabricar con intervención humana.



### **Fameliá**

*Hay quienes creen que tener unos cuantos "fameliá" es algo muy útil, pues es sabida su alta capacidad de trabajo, que dejaría en mantillas a un obrero Japonés.*

Debajo justo del «Pont del Dimoni» (Puente del Demonio) -un viejo puente que dicen construyó el demonio en una sola noche, al despuntar el alba del día de San Juan, momento en que el sol parece bailar durante unos instantes-, crece una pequeña hierba cuya vida dura apenas unos segundos. El que la recoja la debe guardar rápidamente en una botella negra, con un poco de agua bendita dentro, pues de lo contrario la hierba se esfumará entre los dedos. Otras versiones dicen que hay que ir a las doce en punto de la noche de San Juan, y sobre esta hora el «cazador» verá aparecer ante sus ojos unas lucecitas de colores que no son otros que los fameliá sueltos dispuestos a ser cogidos e introducidos en la botella negra. Si el proceso se hace correctamente se habrá conseguido, al cabo de algunos días, un «fameliá». Al destapar la botella, saldrá este duendecillo obediente. y trabajador que puede realizar las faenas más penosas del hogar y todo aquello que se le mande. Las leyendas dicen que puede construir una casa él solito en una sola noche, como ocurre con los Mamur vascos. Si se le quiere hacer regresar a la botella, hay que pronunciar una fórmula mágica, cuyo secreto se reservan los autores para que siga conservando su carácter mágico.

Dentro de la botella negra el fameliá permanecía invisible, pero cuando se le dejaba en libertad tomaba la forma de un enano deforme y horrible, de boca espantosa y dientuda, que, brincando de un lado para otro de manera incesante, repite sin parar su

«mantra» favorito:

- ¡Feina o Menjar!" (¡Trabajo o comida!)

Y hay que darle una de las dos cosas en cantidad para que cesen sus gritos. La cuestión esencial para un fameliá es tener siempre algo que hacer.



Sin embargo, en la botella podían permanecer invisibles durante cientos de años (al modo del genio de la lámpara de Aladino), hasta que alguna mano inocente, o no tanto, la destapaba, que, según los mitos locales, suele ser una mujer (por eso de Pandora, nos imaginamos). El fameliá salía entonces del pequeño y oscuro habitáculo con una gran llamarada, causando a primera vista un gran espanto por lo horroroso de su aspecto, repitiendo su eterno estribillo: ¡Feina o Menjar!

Su voracidad es insaciable, como las exageraciones que se cuentan de ellos, puesto que, si hemos de creer ciertas leyendas, pueden tragarse en pocos minutos todo el ganado de los corrales, incluidas las acémilas, las gallinas, las reservas de la despensa y todo lo que encuentren a su paso. Pero aquí, en Ibiza, no hay relatos que digan que se come a su dueño, como ocurre en Cataluña con los Maneirós o en Cantabria con los Mengues, lo cual no deja de ser un consuelo. Cuando las cosas se ven difíciles, hay que decir rápidamente las misteriosas palabras mágicas y el fameliá se introducirá en la botella. Lo malo es si no se recuerdan o no se sabe la oración. Pero todo tiene su remedio, y como estamos hablando de una familia de duendes, que no son muy listos que digamos, una solución para librarse del fameliá es lo que hizo una payesa, cuyo marido, que es quien conocía las palabras mágicas, se hallaba ausente. Ordenó al fameliá que lavase la lana de unas ovejas negras, hasta convertidas en ovejas de lana blanca. Con esta simple orden los mantuvo ocupados hasta que llegó su marido y los hizo regresar a la botella pronunciando la enigmática frase. También la imaginación y el ingenio popular proponen algunas soluciones provisionales, mientras no pueda devolvérsele a la botella:

- Soltar una ventosidad y ordenar que la agarre y la pinte.
- Dadle un pelo del pubis para que lo desrice o que lo lave hasta que lo deje blanco.

Existen varias historias sobre los fameliá, localizadas en distintos puntos de la isla de Ibiza, como en Balasart o en Pou d'es Lleó, y en concreto, de este último lugar, relatamos una leyenda cuyos ecos aún recorren estos contornos.

Ocurrió una vez que varios de los habitantes de una casa d'es Pou d'es Lleó, al pasar por el lado del pozo que allí existe con este nombre, acertaron a encontrar una botella herméticamente cerrada y misteriosa, y aunque ellos habían oído comentar muchas veces la existencia de los «fameliás» y «barruguets», nunca hubieran pensado que podían llegar a encontrarse con uno de ellos.

No habían terminado de quitar el tapón a la botella, cuando del interior de la misma salió un «fameliá», el cual rápidamente exclamó.

- ¡Peina o menjar!

Los payeses, visiblemente asustados, regresaron con él a su casa y le ordenaron barrer, segar y arar, a lo que no ponía reparos, haciéndolo todo en un abrir y cerrar de ojos. Como no sabían muy bien qué hacer con tan infatigable trabajador, le mandaron a lavar lana negra, a dar vueltas a toda la isla, a contar los pelos de un gato, a contar las estrellas del firmamento, y hasta que apagara el Sol soplando fuertemente, pero no hubo manera de librarse de él.

Finalmente, optaron por ordenarle lo siguiente:

-¿Ves el pozo que está junto al mar?, pues debes llenar dicho pozo con agua salada, y cuando esté lleno, debes transformada en agua dulce y echarla al mar. Así sucesivamente.

Cuentan que todavía el duendecilla está trabajando en el interior del pozo, y los payeses quedaron muy satisfechos de su ocurrencia para poder librarse de su presencia, y a partir de entonces, por muchas botellas que encontraran, no les volvió a interesar nunca más su contenido.

## **Los familiares (islas Canarias)**

La Inquisición canaria fue establecida en estas islas en el año 1504 (recordemos que en la Península lo fue en 1487 por el papa Sixto IV a petición de los Reyes Católicos), y en su historia fueron relativamente pocos los autos de fé que allí se celebraron, con un escaso número de víctimas mortales con motivo de las prácticas brujeriles o heréticas que se detectaron. Y donde hay un proceso contra una bruja suele haber un testimonio que habla de ungüentos, pócimas, aquelarres... así como de la presencia de demonios o familiares.

Estos pequeños demonios populares, más sumisos que los tradicionales, son llamados en las islas Canarias con el nombre genérico de «familiares», y aunque sus referencias son muy escasas, éstas nos ayudan para constatar que eran suficientemente conocidos en estas islas y que no se trataba del diablo cojuelo al que tan sólo utilizaban para sus conjuros.

Sabemos que debían ser capturados o formados y que su relación es de vasallaje, o sea, amo-esclavo, obedeciendo y cumpliendo hasta el más mínimo capricho de su dueño, que para eso ha tenido que pasar por una serie de difíciles pruebas hasta lograr poseerlo, dándole, como contrapartida, \_e comer y cuidando de que no se le escape.

El investigador Francisco Fajardo Spínola reúne varios casos de procesos inquisitoriales en las Islas Mortuadas, como aquel acaecido en la isla de La Gomera, cuyo testimonio, fechado en 1570, aseguraba que una mujer tenía encerrado uno de estos «familiares» en el interior de un anillo, que siempre llevaba puesto, que nos imaginamos sería, por pequeño que fuese, de sello de obispo o similar, porque ya se sabe que estos diminutos seres son muy renacuajos, pero sin exagerar.

Otro testimonio cita a una mujer, asimismo de La Gomera, que poseía una «caja o una redoma o un jarro» en el que vio unas cosas vivas que iban unas para abajo y otras para arriba, unas prietas. y otras verdes, y que decían que eran familiares.

Ana de la Cruz, mulata, procesada por bruja en 1690, comentó durante su proceso el curioso procedimiento para poder conseguir uno de estos minúsculos seres, que no era otro que juntar tres granos de helecho, y de esta manera formaba un «familiar» que le acompañaba a todas partes. De nuevo, el helecho hace acto de presencia, esta vez en tierras tan lejanas de las vascas o astures, vinculado a estos diablillos inquietos.

De todos era sabido que Juan de Ascanio, vecino de La Laguna, tenía un «familiar» encerrado dentro de una caja, la cual, en una ocasión, fue abierta por su mujer presa de una malsana curiosidad que ni pudo ni quiso evitar. En ese momento, el «familiar» que había dentro aprovechó para dar un brinco y salió corriendo, sin que nunca más se supiera de él, lo cual no deja de ser lógico, pues aquellos que son «creados» de alguna sustancia no olvidemos que son meros esclavos de sus dueños y que a la más mínima oportunidad de recuperar su libertad la suelen aprovechar.

### ***Familiar canario***

*Tan pequeño que cabe en el interior del anillo del brujo que lo lleva consigo a todas las partes donde vaya y con el cual se siente investido de poder y protegido.*



## **FAMILIARES VASCO-NAVARROS**

### **Los Maridillos**

En Navarra, «la tierra clásica de la brujería», como escribió Menéndez y Pelara, aparecen unos geniecillos domésticos, muy ligados a las brujas, en forma de sapos.

En el proceso contra las brujas de Zugarramundi, que dio lugar al auto de fe celebrado en Logroño los días 6 y 7 de noviembre de 1610, los acusados confesaron cosas asombrosas, como que utilizaban como medio de transporte escobas, sierpes, murciélagos, búhos y esqueletos de animales. También declararon que disponían en el aquelarre de servidores bajo la forma de «Sapos Vestidos» y «Sapos Desnudos». Estos últimos, mucho más pacíficos, eran cuidados por los niños que acudían a la ceremonia sabática, para lo cual les proveía el diablo de unas varillas o palitroques con el fin de que no se escaparan, pero, eso sí, tratándolos con respeto. Eran

verdaderas moradas de sapos que las brujas recogían por los campos para luego hacer de ellos veneno y ponzoñas.



**Maridillo**

Respecto a los «Sapos Vestidos», el demonio se los daba a las brujas para que les sirviesen de ángeles tutelares y de acompañantes aéreos, poseyendo uno cada maestra bruja.

Bueno será remitimos a las fuentes originales, que no son otras que la extensa relación que publicó en 1611 Juan de Mongastón del celeberrimo auto de fe contra los reconciliados y condenados, en la que menciona algunos de los testimonios más notables habidos en dicho proceso de Logroño. Para no desaprovechar su valor intrínseco, citamos textualmente:

Estos sapos vestidos son demonios con figura de sapo, que acompañan y asisten a los brujos para inducir y ayudar á que cometan siempre mayores maldades; están vestidos de paño ó de terciopelo de diferentes colores, ajustando al cuerpo con una sola abertura, que se cierra por 10 bajo de la barriga, con un capirote como á manera de cepillo, y nunca se les rompe, y siempre permanece en un mesmo ser; y los sapos tienen la cabeza levantada, y la cara del demonio, del mismo talle y figura que la tiene el que es señor del aquelarre y al cuello traen cascabeles y otros dijes. Hanlos de sustentar, y les dan de comer y beber, pan, vino y de las demás cosas que tienen para su sustento, se lo comen llevándolo con sus manos á la boca, y si no se lo dan, se lo piden diciendo: «nuestro amo, poco me regaláis dadme de comer.» Y muchas y diversas veces hablan y comunican con ellos sus cosas, y el demonio les toma estrecha cuenta del cuidado que tienen en regalados, y los castiga y reprende gravemente cuando se han descuidado en regalados y dades de comer. Y Beltrana Fargue refiere que daba el pecho á su sapo, y que algunas veces dende el suelo se alargaba y estendía hasta buscar y tomada el pecho, y otras veces en figura de muchacho se la ponía en los brazos para que ella se lo diese. Y los sapos tienen cuidado de despertar á sus amos, y avisades cuando es tiempo de ir al aquelarre; y el demonio se los da como por ángeles de guarda, para que los sirvan y acompañen, animen y soliciten á cometer todo género de maldades, y saquen dellos el agua con que se untan para ir al aquelarre, y á destruir los campos y frutos, y á matar y á hacer mal á las personas y ganados, y para hacer a polvos y ponzoñas con que hacen los dichos daños.

Esta agua la sacan en esta manera: después que han dado de comer al sapo, con unas varillas le azotan, y él se va encontrando e hinchando, y el demonio que se halla presente, les va diciendo: «dadle mas», y les dice que cesen cuando le han dado cuanto es menester, y luego se aprietan con el pié contra el suelo, ó con las manos, y después el sapo se va acomodando, levantándose sobre las manos ó sobre los piés, y vomita por la boca ó por las partes traseras una agua verdinegra muy hedionda en una barreña que para ello le ponen, la cual recogen y guardan en una olla. Y siempre que han de ir á los aquelarres (que son tres días de todas las semanas, lunes, miércoles y viernes, después de las nueve de la noche) se untan con la dicha agua la cara, manos, pechos, partes vergonzosas y plantas de los pies, diciendo: «señor en tu nombre me unto; de aquí adelante yo he de ser una mesma contigo, yo ye de ser demonio, y no quiero tener

nada con Dios.» Y María de Zozaya añade que decía ciertas palabras en vascuence, que quiere decir aquí y allí. Y su sapo vestido (que está presente cuando se untan, y tiene cuidado de los avisar cuando es hora para que vayan) los va guiando y saca de las casas por las puertas ó ventanas, ó resquicios de las puertas, ó por otros agujeros muy pequeños que el demonio les abre para que puedan salir, aunque los Orujos piensen y les parece que se hacen muy pequeños. Y así María de Yurreteguia se quejaba y decía á María Chipia, su tía, que para qué la achicaba y ponía tan chiquita, y le respondía que qué se le daba á ella por eso, pues después la alargaba y volvía á poner en su estatura. Y lo más ordinario, se van por el aire, llevando á su lado izquierdo sus sapos vestidos, aunque otras veces se van por su pié, y los sapos Van delante saltando, y muy breve llegan al aquelarre, donde está el demonio con horrenda y muy espantosa figura.

Estos «elementales» eran, muy probablemente, los que el padre Martín del Río, en su obra *Disquisiciones mágicas*, designa con el nombre de «Maridillos», que el demonio entregaba a sus acólitos para que les sirvieran de criados.

«Será éste el duende familiar -nos dice Sánchez Dragó- de su respectiva brujo, al que vestirá, calzará, obedecerá, proporcionará unguentos y fundamentalmente despertará minutos antes de que comience el aquelarre.»

Como se puede deducir de lo expuesto, en este caso no nos encontramos con espíritus familiares propiamente dichos, sino con una clase de «demonios familiares» de baja categoría y estopa, que aun cumpliendo las mismas funciones que los otros, es decir, proteger y ejecutar lo que le dice su dueño, su naturaleza es bien distinta, ya que su origen está íntimamente relacionado con la brujería y los aquelarres, a modo de un «regalo» que se daba a las brujas y brujos que firmaban un pacto con Satán. En casi todos los procesos de brujería que se celebraron en Inglaterra, entre los siglos XVI y XVII, era frecuente que en las declaraciones de los implicados aparecieran estos seres, a los que se consideraba como una contraposición de los ángeles de la guarda y que podían ser heredados de bruja a bruja, bajo ciertos rituales, como ocurría con los «cermeños» andaluces.

El quinto inquisidor general, Alfonso Manríquez, que ejerció el cargo desde 1522 a 1539, publicó un edicto en el que se decía que era deber de todo católico denunciar a la Santa Inquisición a cualquier persona que mantuviera espíritus o demonios familiares, lo que pone de manifiesto la importancia y difusión que tenían estos diminutos engendras en la España de aquel tiempo.

Antonio de Torquemada también se hace eco de esta creencia en su obra jardín de flores curiosas, manifestando que todos los brujos y las brujas son llevados a los aquelarres por demonios en figura de cabrones, a los cuales ellos llaman «martinetes», y no está de más recordar que este nombre es uno de los muchos con que se llamó al diablo, junto con los de «martinetto» y «martinello».

La apariencia de estos «familiares» como sapos no es sólo patrimonio de Navarra, sino también castellana, y así al menos se señala en algunos procesos de la Inquisición de Toledo y Cuenca.

## Los Mamur

Cualquier persona con los conocimientos suficientes puede apoderarse de unos cuantos Mamur dejando abierto un alfiletero u otro estuche sobre un zarzal en la noche víspera de San Juan, siempre que se recojan justo a la medianoche. En Munguía (Vizcaya) se contaba que el alfiletero hay que colocado en el monte Sol lube y esperar a que estos minúsculos duendecillos entren solos. En Añes (Álava) se dice que quien recoja la imaginaria flor del helecho en la noche de San Juan, los reconocerá inmediatamente y podrá tomados, algo, en verdad, difícil, pues, que sepamos, el helecho no produce nunca flores.

Como es habitual, estos seres son invisibles a los ojos humanos con excepción de un día señalado: La noche de San Juan, que es el único momento en que se les ve saltando y correteando entre las hojas de los helechos perdiendo esa propiedad en el momento en que pasan a pertenecer a un humano.

Sobre su aspecto hay varias opiniones. Así, para algunos, adquieren la forma de insectos, en tanto que otros dicen que son como hombres minúsculos vestidos con calzones y gorros rojos y muy ligados a las brujas, a las que ayudan y sirven.

En una vieja historia que antaño se contaba en Zarauz (Guipúzcoa) se decía que los Mamur se compraban en una tienda de Bayona, donde por media onza daban cuatro metidos en un alfiletero, en figura de diablos, con calzones rojos. En Cortezubi se contaba que tenían aspecto de insectos y que había que venderlos siempre con ganancia.





**Mamur**

En cuanto se destapa la caja en la que se encuentran encerrados, salen de ella y empiezan a girar alrededor de la cabeza de su dueño preguntándole de forma machacona: «¿Qué quieres que hagamos?, ¿eh?, ¿qué quieres que hagamos?», y empiezan a realizar rápidamente todas las labores que se les pida, por extrañas que sean.

De aquellas personas, como adivinos (azti), brujos (sorguin) o curanderos, que hacen grandes prodigios, se dice de ellos que poseen «mamurak». Generalmente los llevaban en alfileteros, aunque en el pueblo alavés de Añes los llevaban dentro del mango de la hoz, y si por malaventura se rompía dicho mango, los geniecillos huían y ya no se les volvía a ver más.

Estos minúsculos seres son capaces de realizar increíbles proezas. Así, existe en Zarauz la sorprendente leyenda de un boyero que apostó a que sus bueyes trasladaban más lejos que ningún otro una piedra de pruebas. En el transcurso de la competición, viendo que sus bueyes flojeaban y que estaba a punto de perder la apuesta, les colocó sigilosamente el alfiletero de los Mamur en el yugo y al instante su pareja de bueyes sacó tal distancia a sus competidores que no solamente ganó la prueba, sino que dejó a los presentes con la boca abierta.

En Aizpuru (Orozco, Vizcaya) se cuenta que había un cura que lograba trasladarse a Madrid con su criado por obra de los duendecillos, para así poder presenciar las corridas que le apetecían, regresando luego a su pueblo en unos pocos minutos.

No es fácil ni recomendable quitarse de encima a estos diminutos seres como si fueran ropa de usar y tirar, pues si

valoramos sus consecuencias en una balanza, ésta se inclina más por las fatales.

En Cortézubi, un hombre compró los Mamur para su servicio. Cuando realizaron tres trabajos consecutivos, volvieron todos y le preguntaron a su dueño: «¿Qué hacemos ahora?», y el hombre les ordenó que le trajeran agua en una cuba. Al no poder realizar tal labor, se retiraron malhumorados.

Hay gente, sin embargo, que mantiene secuestrados los Mamur toda su vida, si bien sus dueños no pueden morir, ni suavizar su agonía, si antes no se deshacen de ellos, ya sea vendiéndoselos o regalándoselos a alguien o haciendo que desaparezcan, obligándoles a hacer algo imposible.

En Bedía, por ejemplo, aseguraban que una anciana del barrio Burtetza estuvo agonizando durante varios días. El cura que la asistía se dio cuenta de que en el lecho de la moribunda había un saquito lleno de estos espíritus familiares, así que lo recogió y lo echó al fuego, de donde salieron los duendecillos dando alaridos. Fue entonces cuando la anciana pudo morir en paz.

La forma de llamar a los Mamur en el País Vasco y en Navarra es muy variada, toda vez que se encuentran muy extendidos. De hecho, el nombre de Mamur, que hemos elegido como genérico para este capítulo, se encuentra restringido a Leiza y Lesaca (Navarra).

En Albiztur (Guipúzcoa), muy cerca de Tolosa, se los denomina Mozorros, y se dice que el aizcolári Santagueda llevaba consigo varios de ellos como valedores, saliendo de esta manera victorioso en sus competiciones de corte de troncos o en cualquier otro deporte vasco.

En Ibárturi (Vizcaya) se los llama los «Patu» o «Patuek». Allí dicen, cuando uno tiene suerte en los negocios, que tiene «buen patu».

En Orozco (Vizcaya) se los llama «familiares» o «Familejerak». En el pueblo vizcaíno de Albadiano son conocidos como «Ximelgorri» sin embargo, en Añes son denominados «Enemiguillos», y en Abecia, «Enemigos».

En Zarauz (Guipúzcoa) reciben indistintamente los nombres de «Mamarro» y «Galtxagorri» (calzones rojos). Este último nombre es similar al de Guernica (Vizcaya) donde se les designa como «Prakagorri» (pantalones rojos).

### **El caso del cura de Bargota**

En la montaña alavesa, y sobre todo en el pueblo navarro de Bargota, cerca de Viana, a 20 kilómetros de Logroño, es conocido un cura y nigromante de nombre Juanis o Johanes, por las muchas hazañas, prodigios por las fechorías que realizó en su vida valiéndose de los Mamur o Mamarros. El cura de Bargota es un personaje histórico con ciertos tintes fantásticos, que realizó sus estudios en la Universidad de Salamanca, y sobre todo en sus sótanos (la célebre cueva de Salamanca), donde pasaba más tiempo aprendiendo artes brujeriles de labios del propio diablo. Se decía que el brujo de Bargota había perdido su sombra en el momento que hizo un pacto con el demonio dentro de dicha cueva para recibir a cambio una capa que era capaz de hacerle invisible cuando se la ponía. Únicamente recuperaba la sombra en el momento de la consagración, mientras celebraba la Santa Misa.

El director de cine Pedro Olea realizó una película, cuyo título es La leyenda del cura de Bargota, donde se recalcan ciertos acontecimientos de su vida en Salamanca, sus amoríos y sus traslaciones súbitas a otras ciudades, como Roma o Moscú, estando ya de cura en Bargota, pero nada se dice o insinúa de sus espíritus familiares.

De él se cuentan cosas prodigiosas como que, gracias a la ayuda de sus duendecillos, construyó su casa en una sola noche, provocó la aparición de misteriosos toros, y que era capaz de trasladarse volando por el aire en una nubecilla blanca.

Todos los sábados por la tarde desaparecía de la aldea, y el domingo llegaba a la hora de misa jadeante y sudoroso, cubierto el sombrero y el manto de nieve en pleno agosto, mientras decía: «¡Cómo nieva en Montes de Oca!», o bien traía los zapatos llenos de barro en época de sequía.

La más famosa de las hazañas que se le atribuyen fue aquella en la que un arriero, que pasaba con su recua de bueyes cerca de la iglesia de Bargota, se cruzó con Juanis y, al rato, notó que el sonido de las campanillas del último macho de su recua le llegaba muy débil, y al volver la cabeza vio cómo todos los animales giraban volando en torno al campanario de la iglesia. Su cara quedó tan perpleja como la de los animales que sentían cómo flotaban. Dando gritos por lo que veían sus ojos, se le acercó Juanis y le dijo: «No te asustes, al instante los bajaré», y así lo hizo con ayuda de los Mamur que llevaba guardados, como no, en un alfiletero.

También contaban en Ataún que, habiendo muerto un hombre de Bargota antes de pagar sus deudas, los acreedores se oponían a que su cuerpo fuera enterrado en tanto éstas no fueran liquidadas. En ese momento se presentó Juanis y prometió pagarles las deudas del difunto mediante la entrega de unos carneros que aparecieron repentinamente en aquel lugar. Los acreedores, satisfechos, se fueron, y el cadáver fue inhumado, pero cuando traspasaron los límites del pueblo, los carneros desaparecieron tan súbitamente como habían aparecido.

A Juanis, el brujo de Bargota, por muy poco le cuestan caras sus aficiones a la magia y sus relaciones con los Mamur, pues fue procesado, junto con las brujas de Zugarramundi, en el auto de fe que se celebró en Logroño el año 1610. Al final tuvo suerte porque tan sólo fue condenado a llevar durante un año el sambenito. Existe una leyenda que trata de explicar este leve castigo que recibió, mientras muchos de sus compañeros acabaron en la hoguera. Se dijo que Juanis, en uno de sus extraños viajes a Roma a bordo de su nubecilla, con los Mamur dentro de su alfiletero y la invisibilidad que le proporcionaba su capa mágica, se enteró de un complot que se tramaba para asesinar al papa Adriano VI por un asunto de faldas y de celos, siendo los encargados de darle muerte algunos maridos engañados y cornudos. Decidió impedir el atentado porque eso, seguramente, le reportaría una serie de beneficios, así que dijo a sus pequeños Mamur que quería ir a Roma por segunda vez para ver en qué quedaba la cosa del complot, sin contarles el verdadero propósito del viaje, es decir, la recompensa que esperaba obtener, ya que de lo contrario seguramente no se lo habrían permitido. Una vez en Roma se entrevistó con el Sumo Pontífice, delató a los conspiradores y éstos fueron detenidos. Tras ponerle al corriente de sus dotes prodigiosas para conseguir dicha información privilegiada, el Papa le absolvió de un plumazo todos sus pecados y le entregó un salvoconducto pontificio que fue el mismo que años más tarde presentó ante la Inquisición de Logroño para escapar, sin duda, de un castigo mucho más severo.

Su vida desde entonces fue ejemplar, falleciendo a los sesenta y cinco años querido y respetado por su pueblo, hasta el punto de que cuando murió todos sus vecinos, amigos y familiares se disputaban los trozos de sus ropas, pues estaban convencidos de que tenían poderes mágicos.



## MAS NOMBRES PARA UNA MISMA FAMILIA CASTILLA:

### Los Enemiguillos

Con este nombre encontramos la presencia de estos minúsculos seres en tierras castellanas y manchegas, sirviendo como esclavos de los intereses de la persona que ejerce de dueño y señor. Páginas atrás hemos hablado del singular «doctor de las Moralejas», afincado en Viso de San Juan (Toledo), y dijimos de él que solía ir acompañado de un «demonio familiar» que le ayudaba en sus quehaceres, así como de un tal José Navarro que se servía de «enemiguillos» para ir a los aquelarres de Villaluenga.

Un folclorista actual como José Francisco Blanco nos refiere el caso acaecido en el pueblo burgalés de Cornejo (Merindad de Sotoscueva), donde cierto matrimonio, una noche que estaban a punto de irse a la cama, se adelantó la mujer mientras el marido apuraba algunos minutos más el calor de la chimenea. De pronto el buen hombre sintió curiosidad por un bote tapado que estaba sobre la tiznera, se acercó a él, lo cogió, lo husmeó, lo abrió y, de repente, comenzó a dar saltos y brincos de dolor, movido por los quemazones y picotazos en las piernas y «en tal sitio» que recibió de un enemigo invisible. Al oír los gritos, su mujer se levantó y fue a la cocina, preguntando:

-¿Qué te pasa? ¿Qué has hecho?

-He destapado este bote que tenías en la tiznera -acabó confesando. La mujer entonces, tras recriminar al marido, tomó el bote y pronunció el siguiente conjuro: «Capilla Santa, para mí sacrosanta. Enemiguillos salid, nunca volved allí.»

Y en ese instante los «enemiguillos» se recluyeron en el bote y no volvieron a molestar al marido.

Interesante caso éste, diferente a otros por dos razones: primera, porque la curiosidad por abrir el bote parte de un hombre y no de una mujer que es la que ejerce en esta ocasión de hechicera, y segundo, porque se pronuncian las palabras mágicas que en otros relatos, como el del «famelia» ibicenco, suelen ser tabú siquiera mencionadas fuera de contexto.

Estos «enemiguillos» pueden ocasionar cierta clase de maleficios a algunas personas, que suelen ser curadas por los clérigos mediante el uso de exorcismos adecuados. El investigador Rafael Salillos recoge de la terminología popular el uso de la expresión «tener los enemigos», referida a casos de embrujamientos, lo que indica la presencia actual, aunque sea de modo vago e inconsciente, de estos seres en el recuerdo de las gentes de ciertos pueblos de Castilla y La Mancha.

### CANTABRIA: Los Mengues

Manuel Llano habla de ellos de pasada, como el que no quiere la cosa o como el que no tiene muchos datos que aportar, llamándoles «familiares». Aporta una imagen idealizada, diríamos que bonachona, ajena al concepto que se tiene de ellos en otras partes de España, pues escribe:

...no se ven, nadie sabe cómo son, ni dónde viven. Ayudan a las personas buenas y trabajadoras, dándoles la buena suerte y muchas alegrías.

Diciendo, asimismo, que protegen al ganado de los lobos y las alimañas. Carmen Stella, que escribió unos romancillos sobre los viejos mitos de Cantabria basados en la obra de Llano, los describe, poéticamente, así:

*A toa gente honrá dan alegrías.  
Les quitan «labarientos» y traen suerte.  
Avisan de peligros y de muerte,  
y ahuyentan soledá y «melanconias».*

Aquí habría que decir la famosa frase de que cualquier parecido con la realidad es pura coincidencia. Acaba el romancillo de manera más digna diciendo:

*Nadie sabe si están o si se esconden.  
Nadie el cuándo, o por qué, se detendrían...  
Si ayudan, siendo santa compañía,  
¡nada importa el de dónde, ni el adónde!*

Pero, en Cantabria, los «familiares» por excelencia son los «Menges», también asimilados a los «ujanos» o gusanos, que deben ser recogidos a golpe de ritual y rebuscando entre los helechos a medianoche.

La existencia y creencia en los mengues es recogida, entre otros, por el escritor José María de Pereda, en su novela *De tal palo tal astilla* (1880), donde, en un principio, son considerados como espíritus malignos que pueden provocar todo género de enfermedades nerviosas (asimilándose de esta manera con los «minúsculos malignos», a los que nos referiremos más adelante). Pero, más tarde, dice que se guardan en un alfilerero en noches de luna llena, buscando primeramente debajo de los helechos que crezcan en lo alto de un monte. El hombre que recoge a estos mengues se convierte automáticamente en su dueño, pudiendo hacer con ellos las tareas más imposibles que se le ocurran, menos delante del que tenga lo que en Cantabria se llama «rézpede de Culiebra», que es un amuleto consistente en el aguijón de la culebra que se llevaba en una minúscula bolsita de cuero, contra la cual los mengues no poseen poder alguno.

Pero así como podían hacer labores prodigiosas, también eran muy peligrosas, porque cada día reclamaban como alimento dos libras de carne, so pena de comer a su propio dueño si no eran saciados convenientemente. Se dice que cuando estos seres minúsculos y extremadamente nerviosos esconden y cambian las cosas de sitio, o desaparecen volviendo a aparecer de nuevo al cabo de varios días, hay que mostrarles un cuerno de toro hueco y amenazarles con meterlos dentro. Esta amenaza de enclaustramiento surte sus efectos, ya que dejan de hacer travesuras inmediatamente. Se atribuyen a ellos y a su poder algunos malos temporales, como se desprende de esta frase de la citada novela de Pereda:

Y eso -contaba ayer en la montaña el bueno de Macabeo- que dicen lenguas que si estos temporales los traen conjuros que se hacen a las gentes con sus mases y sus menos de demoniura, y que si estos truenos y pedriscos son los «mengues» que ajuyen del hisopo del señor cura cuando lee los Evangelios (...).

Los mengues forman parte de la mitología y el folclore particular de los gitanos españoles, considerados como espíritus malignos a-los que hay que evitar, de ahí que la creencia en estos seres no se circunscriba solamente a Cantabria, sino a todos aquellos lugares donde se han asentado los gitanos, especialmente en Andalucía.

### CATALUÑA: **Los Maneirós**

Estos «familiares» catalanes tienen, como todos sus congéneres, la facultad de hacer cosas inverosímiles. Así como el fameliá ibicenco se «fabrica» por medio de una hierba que crece al alba del día de San Juan, los maneirós catalanes son producidos por la semilla de una planta, la «maneironera», que florece y grana en el interior de grutas de difícil acceso, guardada por feroces dragones y gigantes, que sólo permiten el paso un día determinado y en un tiempo concreto: el que marcan las doce campanadas de la noche de San Juan. Si el que se aventura a recoger la flor se ve sorprendido por la última campanada, cuando todavía está dentro de la cueva, no podrá salir nunca más.

Una vez que se ha conseguido la flor, hay que someterla a un proceso similar a la del fameliá para obtener así el Maneiró, y cuando se consiga que éste tenga vida se puede disponer de él en la forma que se estime más conveniente: cultivará toda la tierra del payés, limpiará de maleza el yermo y construirá acequias en un santiamén, y siempre sin protestar, ni murmurar. Hay una conocida frase que define muy bien lo útil que resulta: «Es trabajador como un Maneiró.»

Se recuerdan casos de payeses enriquecidos de forma inexplicable gracias al apoyo de estos minúsculos e infatigables trabajadores, que no dejan de mover la cola ni un instante.

Sin embargo, poseer un Maneiró lleva aparejados ciertos riesgos que se deben conocer, ya que, como hemos visto, son incansables y, por tanto, exigirán más y más trabajo, sin apenas reposo, pues en cuanto terminan una tarea ya están preguntando a su amo qué pueden hacer. Esta pregunta la hacen tres veces y, si no se les da una nueva labor, se arrojan feroces sobre su dueño y lo despedazan. Sobre su capacidad de trabajo, cuenta una leyenda que en una sola noche levantaron todos los dólmenes de la comarca del Pallarés.

Ramón Violant, en *El Pirineo español*, se refiere a estos familiares catalanes con el nombre de «Minairóns», con que se conocen en el Pallars y la Ribagorza oriental, y dice que probablemente reciben este nombre porque son minúsculos trabajadores que se dedican a minar la tierra para extraer de ella los tesoros, cosa que también hacen los pequeños gnomos de las mitologías germánicas. .

Así, antiguamente, cuando una casa prosperaba con rapidez inusitada, fuese por lo que fuese, la gente sencilla lo atribuía no a la actividad y al trabajo del dueño, sino a la existencia de una legión de minairóns que trabaja-

ban para él y lo enriquecían. El que los poseía les obligaba a trabajar de noche y les hacía fabricar monedas de oro (así lo cuentan en Durro). Otros preferían que les recogiesen la hierba de los prados en una sola noche (como ocurría en Son del Pino e Isil).

Otros convertían a los minairáns en grandes rebaños de cabras, que durante el día pacían y por la noche eran ordeñadas (Sarroca de BelleraLleida); el dueño de este rebaño mágico era un viejo llamado Xollat de Perbes, de quien se decía que, si por la mañana se metía la calderilla en el bolsillo, por la noche se le habían convertido en monedas de a duro. También a un viejo del Tort de Alás (valle de Anea), durante la noche, los minairóns le fabricaban tanto dinero como quería, y por eso podía comprar grandes rebaños. Se cuentan casos de segadores que aprovechaban los minairóns para segar la hierba de un prado en tan sólo una noche (Duro). O bien segaban un campo de mieses en menos tiempo que lo rodeaba su dueño a caballo (en Cerdaña, donde se los llama «petits»). Otros segadores llevaban los familiares en el propio mango de la hoz, como también se afirma en ciertas localidades del País Vasco.

En el Pallars -sigue diciendo Ramón Violant- nadie nos ha sabido decir la forma de adquiridos. Solamente hemos oído contar que cuando murió el viejo Xollat de Perbes, sus parientes más cercanos quisieron regalar los minairóns, pero nadie aceptó aquel obsequio porque decían que quién iba a querer aquellas artes del demonio.

No olvidemos que en la Cataluña del siglo pasado se llegaron a vender «maneirós» en algunos mercados, introducidos dentro de una caña, siendo también llamados, por extensión, tanto «follets» como «martinets».

### GALICIA: Los Diablillos

Se dice de ellos que son seres protectores de una persona en concreto y que, una vez recogidos, se guardan como se puede guardar un gusano de luz, una oruga de una mariposa o un grillo, puesto que se trata siempre de seres de pequeño tamaño, a los que una simple caja puede servir de habitáculo y se pueden tener en casa o se pueden llevar a determinados lugares para que trabajen para su dueño.

Son muy difíciles de conseguir, pero el que esté empeñado en ello deberá acudir a la medianoche a un despoblado, donde «non se oía cantar galo nin galiña», y llevar ciertos objetos rituales, así como la sangre de una gallina negra.

Si consigue capturar a un «diablillo», éste le otorgará un considerable poder, hasta el punto que, de un campesino gallego que aseguraban que los tenía, contaban que solía decir a sus amigos:

-«Fastidieivos de vivo e inda vos hei de amolar de morto» (Os fastidié de vivos y os fastidiaré de muerto). y como verdad de esta afirmación, aseguraron al folclorista Antonio Fraguas que, en efecto, al morir le dieron sepultura en una tumba que estaba cerca del camino y despedía tan mal olor que hubo necesidad de cambiado dos veces de sepultura, razón por la cual nadie dudó de que realmente tenía los famosos «diablillos».

No pocos campesinos tenían como cosa cierta el pacto con el demonio (pauto co demo), que era firmado con sangre y mediante el cual, empollando un huevo de «galo negro» en el lugar adecuado, se obtenía un «demo pequeno» .

Se tenía por costumbre, una vez creado, meterlo en una cajita o alfiletero (agulleiro), junto con un poco de azogue (nombre vulgar del mercurio) y unas limaduras de hierro. Esta cajita era después un seguro talismán -según nos refiere Rodríguez González-, para que el pequeño diablo invisible hiciese todo lo que se le mandase, por muy imposible que ello fuese.

En una versión del conocido cuento de *Blancaflor* -recogida por María del Mar Llinares en el pueblo de Folgoso de Ribeira, en la parte occidental de los Montes de León, zona muy próxima a Galicia-, su protagonista masculino, Juanillo, para poder casarse con la hija del rey, tenía que cortar todos los carballos (una variedad del roble) del monte, sacar las raíces, sembrar trigo, segado, moler el grano, amasar la harina, y todo esto en una sola noche, porque a primera hora de la mañana siguiente tenía que llevar una hogaza de pan caliente al rey. Pero Blancaflor, ante el desconsuelo de Juanillo, le dio la solución mágica: en el Carballal vivían los «Xainines» amigos suyos, que eran unos hombre citas de dos cuartas de tamaño que podían hacer auténticas maravillas. Ni que decir tiene que ejecutaron todo eso, y mucho más en esa noche. Al final del cuento, tras otras peripecias, se pudieron casar los dos enamorados y colorín colorado...

Lejos de estos bellos cuentos populares infantiles se encuentra otro tipo de literatura más sombría cual es la de los grimorios o libros de magia, entre ellos el conocido *Libro de San Cipriano* (también llamado *O Ciprianillo* en tierras gallegas), donde se muestran varios procedimientos para conseguir uno de estos diablillos y en los que, básicamente, se siguen pasos similares. Primeramente se debe buscar un huevo de gallina que sea totalmente negra y que haya sido montada por un gallo negro. La bruja -o aprendiz de brujo en cuestión- ha de

fecundado de la siguiente manera: se hace una pequeña incisión en la cáscara con un alfiler y luego se pincha con ese mismo alfiler la yema del dedo meñique de la mano izquierda. Se extrae una gotita de sangre que introduce en el interior del huevo por dicho agujerito. Luego se tapa el orificio con un poco de cera. El huevo quedará así fecundado, pero ahora es necesario empollado durante el tiempo que la gallina necesita para empollar sus huevos, y la bruja lo consigue introduciendo el huevo en estiércol de caballo o empollándolo ella misma con el calor de su cuerpo, en concreto, llevándolo bajo la axila del brazo izquierdo. Poco a poco se va formando el diablillo, y para alimentado le debe echar una gota de azogue en el alfiler y dársela a mamar diariamente por el orificio del huevo, o bien se le puede nutrir directamente de la sangre extraída del dedo meñique de la bruja.

Cuando se rompa el cascarón y el diablillo se presente ante su dueña, a la que reconocerá inmediatamente, demostrará su gratitud sirviéndola en todos sus deseos, pero, ¡ojo!, estamos describiendo una especie de pacto con el diablo, lo que acarrea funestas consecuencias para la bruja, pues, a cambio, tiene que ofrecer algo y ya se pueden imaginar lo que es.

### ASTURIAS: Los Pautos

Jove y Bravo aseguraba, en 1903, que «cuando un hombre acomete empresas atrevidas y triunfa, no es su propio esfuerzo el que lo ha hecho, triunfa porque tiene los "familiares", son los Daimones buenos de Platón, como los que causan daño son los Daimones malos... Los familiares de la mitología asturiana no llevan a sus protegidos a la condenación, sino que les sirven desinteresadamente, apartan todo obstáculo en su camino y les facilitan el logro de sus deseos. El campesino no conoce audacia ni destreza, ni fortuna, ni habilidad mayores que las suyas propias; cuando las ve en otro y no distingue perfectamente todos los estados en que aparecen aquellas cualidades y toda la fuerza conque actúan, sale del paso con decir que el autor tiene los familiares.»

En Asturias, a estos particulares duendecillos se les denomina, como en otras partes de España, «familiares» a secas, o bien «Pautos», palabra ésta menos conocida, que recoge Luciano Castañón en su obra. Asimismo, son nombrados por el investigador Rodríguez Castellano, el cual los describe en la línea del follet balear, es decir, el de estar investido de algún poder mágico; tener Pauto -escribe- «es una superstición que básicamente consiste en creer que una persona tiene ayuda o influencia de algún ser diabólico o misterioso, y que por eso puede hacer todos los trabajos bien y rápidamente».

Nadie hace mención de su tamaño y sus hazañas, aunque, después de lo leído, pocas dudas caben sobre estos aspectos, pues los Pautos asturianos se encuadran perfectamente en la tipología de «espíritus familiares», que otorgan un gran poder a quienes los poseen, que no son otros que brujas, hechiceras o magos. (Recordemos que en la localidad vizcaína de Ibárruri se denomina a estos pequeños seres como «Patu», o «Patuek» en plural, asemejando tener «buen patu» a tener buena suerte en todo lo que se emprende).

Pero Roso de Luna, que considera la mitología asturiana más aria que semítica, insiste en dos detalles ya anticipados por Jove y que, de alguna manera, diferencian a los familiares asturianos del resto de sus demoníacos congéneres. Por una parte -dice-, estos seres no llevan a sus dueños a la condenación de sus almas (como hizo Mefistófeles, «daimon familiar» de Fausto, o hacen los diablillos gallegos, los mamur vascos, los maridillos navarros o los cermeños andaluces), sino que son unos protectores discretos que no quieren recibir muestras de agradecimiento de sus protegidos ni reclamar recompensa alguna. Utilizando palabras de Jove, «hacen el bien por el bien o porque no tienen otra cosa que hacer».

En segundo lugar, insiste Roso en la idea de que siempre son invisibles, aunque es frecuente verlos encarnados de diversos modos (así, para los soldados celtíberos de Sertorio -que fue pretor en la Hispania del siglo 1 antes de Cristo-, el «espíritu familiar» del general romano se encarnaba en una cierva blanca que le seguía a todas partes).

### ANDALUCIA: Los Cermeños

A mediados de 1570 tuvo lugar una serie de extraños acontecimientos en la localidad cordobesa de Montilla, que obligaron a los reverendos padres jesuitas de la zona a poner en antecedentes al Santo Oficio de la Inquisición, afirmando que allí había más de cincuenta personas que tenían un «familiar».

Tras una rigurosa investigación, se comprobó que los jesuitas habían exagerado un pelín, pues sólo consiguieron descubrir a siete presuntos brujos, poseedores de esos minúsculos y poderosos diablillos, brujos que fueron llamados por la pequeña historia «el grupo de Montilla».

Una de ellas, Catalina Rodríguez, declaró que era dueña de un familiar llamado «Cermeño o Redman» -no estaba segura de su verdadero nombre-, que se lo había cedido una gitana, y ésta, a su vez, había prometido solemnemente dejárselo en herencia a una de sus más aventajadas alumnas, para lo cual tenía previsto el ceremonial para su traspaso con esta fórmula:

*Esta ánima es mía,  
yo te la mando  
y te la entrego desde hoy  
y también te hipoteco  
y te entrego este mi cuerpo.*

En cuyas condiciones, el demonio la aceptaba, cerrando el pacto y escribiéndolo en la mano. Una forma de invocar a su particular espíritu era ésta:

*Cermeño, Cermeño,  
por familiar  
traedme a mi amigo.*

Y solían revestir la forma de negro escarabajo o de ratoncillos bailando que, juguetones, se besaban y abrazaban. Ésta es la razón por la que hemos elegido el nombre de «Cermeños» para designar a los diablillos familiares andaluces, pues éste es el nombre más usado para invocados en los rituales de magia y en los conjuros que hacían, aunque otro de los nombres que recibían era el de «lanillas», si bien menos frecuente. Hubo otro proceso en Córdoba que tuvo como protagonistas a dos Ineses: de Venegas y de Cabezas. Según sus declaraciones, convinieron un día trasladarse a Sevilla con la ayuda de sus demonios. Pronunciaron palabras inteligibles y aparecieron los «familiares» de ambas, que serían los encargados de realizar el transporte al lugar deseado, pero antes tenían que renunciar expresamente de Dios, de su Madre, de todos los Santos... para que se notara claramente el carácter demoníaco de la ocasión y que el «milagro» nada tenía que ver con los seres celestiales.

En Granada, hacia el 1730, existían dos hechiceras gitanas, María La Enana y Clara Alverjana, que presumían de tener una bolsa con lo que, parecían dos granos pero que, según ellas, eran sus «familiares»: uno era el que, a su mandato, conseguía que los amantes fueran afortunados en el juego, y el otro era el que hacía que los hombres les diesen dineros, sin mediar a cambio ningún tipo de interés.

Del poseedor de estos «cermeños» se decían muchas cosas, como que podía trasladarse por los aires, hacerse invisible, ser hombre o mujer poderoso y con dinero, liberarse de cualquier prisión, no sufrir daño de ninguna clase de animal, ni siquiera de las balas; incluso podía descubrir tesoros ocultos, como le ocurría a un curioso personaje todo él vestido de negro, enjuto, moreno, feo de rostro, barba negra, con sombrero y espada, que a finales del siglo XVI vivía en la villa y corte de Madrid, aunque era natural de Ujar, en las Alpujarras granadinas, llamado Antonio de la Fuente Sandoval y que se hacía llamar don Antonio. Alardeaba de encontrar riquezas y tesoros enterrados, así como de tener dentro de una redoma llena de agua a un pequeño demonio, «su familiar», al que con sus conjuros llamaba cada noche a fin de que respondiera a todas las preguntas que se le iban ocurriendo sobre la vida y sobre la muerte...

#### UN CASO ESPECIAL: **Zequiél y el doctor Torralba**

A principios del siglo XVI adquiere fama el doctor Eugenio Torralba, no sólo como médico, sino por ser amigo de un extraño «duende» llamado Zequiél o Zaquiél, del que se decía que no era de este mundo. Así lo describe Marcelino Menéndez y Pelara en su *Historia de los heterodoxos españoles*: «... se le apareció al doctor como Mefistófeles a Fausto, en forma de joven gallardo y blanco de color, vestido de rojo y negro y le dijo «yo seré tu servidor mientras viva». Desde entonces le visitaba con frecuencia y le hablaba en latín o en italiano y, como espíritu de bien, jamás le aconsejaba cosa contra la fe cristiana ni la moral (...). Le enseñaba los secretos de las plantas, hierbas y animales, con los cuales alcanzó Torralba portentosas curaciones, le traía dinero cuando se encontraba apurado de recursos, le revelaba de antemano los secretos políticos y de Estado, y así supo nuestro doctor, antes de que aconteciera, y se lo anunció al cardenal Cisneros, la muerte de don García de Toledo en los Gelves y la de don Fernando el Católico y el encumbramiento del mismo Cisneros a la regencia y

la guerra de las Comunidades. El cardenal entró en deseos de conocer a Zequiel, que tales cosas predecía, pero como era espíritu tan libre y voluntarioso, Torralba no pudo conseguir de él que se presentase a fray Francisco (Cisneros).»



### **Zequiel**

*Ningún duende familiar ha sido en España tan importante como Zequiel, citado hasta en El Quijote. El doctor Torralba lo recibió de una donación y siempre fue fiel a su propietario, realizando para él los más increíbles prodigios, hasta que cayó en desgracia.*

Es un caso especial, porque si bien no se ajusta a las características de un «duende doméstico» ni de un «espíritu familiar», sí se asemeja a estos últimos, no tanto en su físico, que es el de un joven de estatura normal sin aditamentos extraños en su cuerpo, sino en sus fines: servir a una persona humana que ejerce de dueño, a quien enseña grandes conocimientos, pudiendo ser traspasado o cedido.

Se sabe que a lo largo de la Edad Media era relativamente frecuente que ciertos personajes de prestigio recibieran visitas de hombres (nunca mujeres) vestidos con suntuosos ropajes, de gran belleza y jóvenes, con los que se podía hablar de todo tipo de temas. El padre del matemático Jerónimo Cardán tuvo uno de estos encuentros en 1491, en el que le confesaron que podían vivir hasta tres siglos y que eran hombres en cierta



manera formados de aire, pero dicha visita fue circunstancial pues no volvió a verlos nunca más. Otro que pretendía haber tenido contactos más duraderos con estos extraños personajes fue el maestro de Roger Bacon, así como el autor de la enciclopedia *Magia Naturalis*, J. B. Porta, donde reconoce que parte de sus conocimientos proceden de una fuente sobrenatural.

Fueron llamados también «demonios luminosos», y por los francmasones más tarde con el apelativo de «hijos de la luz»; pero fue, sobre todo, en los siglos XV y XVI cuando tuvo lugar un mayor número de apariciones de seres con aparentes vestidos de luz, que procuraban el encuentro de rabinos y cabalistas, con quienes discutían todo tipo de cuestiones, que iban desde los textos sagrados hasta el conocimiento del origen del universo, caracterizándose siempre por un vivo interés por las ciencias experimentales.

Volviendo a nuestro insigne doctor Torralba, tal fama. consiguió en su época que incluso Cervantes lo cita haciendo exclamar a don Quijote, subido a su Clavileño: «Acuérdate del verdadero cuento del licenciado Torralba, a quien llevaron los diablos en volandas por el aire, caballero en una caña, cerrados los ojos, y en doce horas llegó a Roma y se apeó en Torre de Nona...»

¿Cómo llegó a manos del doctor Torralba? Pues, fue gracias a la cesión que hizo de Zequiel un fraile de la orden de Santo Domingo, que vivía en Roma y al que se aparecía en fechas que coincidían con las fases de: la luna, pidiendo a Zequiel que tomara bajo su protección al médico conquense.

Zequiel, como duende familiar, no tenía precio, pues estaba versado en casi todos los conocimientos habidos y por haber, y además daba riquezas a su eventual dueño. En una ocasión, un tal Camilo Ruffini, de Nápoles, le pidió a Torralba que Zequiel le diese una fórmula para ganar en el juego y, cosa rara en él, accedió en esta ocasión a complacer a su amigo, dándole una fórmula a base de números cabalísticos con la que Ruffini consiguió ganar 100 ducados, aunque le aconsejó que no jugase al día siguiente porque la luna estaba en su fase menguante y perdería. Como es natural, a su protegido también le obsequiaba con inesperadas bolsas de monedas que escondía en los lugares más insospechados.

Zequiel enseñó a Torralba el uso y las propiedades de muchas plantas medicinales. Este extraño duende de figura humana solía recriminar a Torralba por cobrar en las curaciones que hacía, diciéndole que a él no le había costado nada adquirir esos conocimientos.

No tardó la Inquisición en interesarse por Torralba, sobre todo cuando describió con todo lujo de detalles el «saco de Roma», ocurrido el 6 de mayo de 1527, por las tropas del Rey de España, diciendo que sabía todo esto, incluido el encarcelamiento del Papa en el castillo de Sant'Angelo, porque él mismo había estado allí, trasladado en un «palo muy recio y nudoso» al que se agarró y viajó por los aires, regresando a Valladolid dos o tres horas más tarde, según aparece recogido por escrito en el proceso inquisitorial. Todos estos acontecimientos los comunicó en la Corte dos semanas antes de que la noticia fuera conocida de forma oficial. Siete años antes, en 1520, Torralba dijo en Valladolid a Diego de Zúñiga, un amigo suyo que más tarde lo acusaría ante la Inquisición, que él se solía ir a Roma «por los aires cabalgando en una caña y guiado por una nube de fuego». El viaje de ida y vuelta, cosa curiosa, duraba hora y media.

Menéndez y Pelara describe ese «viaje» casi con las mismas palabras que utilizó años atrás Cervantes:

Salieron de Valladolid en punto de las once, y cuando estaba a orillas del Pisuerga, Zequiel hizo montar a nuestro médico en un palo muy recio y ñudoso, le encargó que cerrase los ojos y que no tuviera miedo, lo envolvió en una niebla oscurísima y, después de una caminata fatigosa, en que el doctor, más muerto que vivo, unas veces creyó que se ahogaba y otras que se quemaba, remanecieron en Torre Nona y vieron la muerte del Barbón y todos los horrores del saco. A las dos o tres horas estaban de vuelta en Valladolid... Antes de separarse, Zequiel le dijo al doctor: «Desde ahora deberás creerme cuanto te digo.»

Estas últimas palabras parecen más bien una maldición por su constante incredulidad, ya que, al poco de saberse la noticia, fue detenido y torturado «cuanto la calidad y edad de su persona sufriere», y así durante cuatro largos años hasta que murió pobre, abandonado por todas sus influyentes amistades y por Zequiel, del que se perdió todo rastro a partir del encarcelamiento de su protegido. Algunos de sus amigos eclesiásticos, como el cardenal Volterra y un general de cierta orden religiosa, le habían suplicado años antes que les cediese la protección de Zequiel.

Un investigador gallego y ex jesuita Salvador Freixedo recoge, en su libro *La granja humana*, tres modernos casos de personas con sus respectivos «Zequieles», de los que él mismo ha sido testigo directo, todos ellos con una clara apariencia humana, altura media de 1,75 a 1,80 metros, pelo largo hasta los hombros, rubios y con poderes sorprendentes.



## *Los duendes dañinos de dormitorio*

*Antes no quiero creer que haya quien  
pueda tener gozques, poetas y duendes.*

LOPE DE VEGA:

*La discordia de los casados*

**A** algunos lectores les puede parecer cuando menos curioso que este capítulo se titule «Los duendes dañinos de dormitorio» (D.D.D.), precisamente porque la imagen tópica que tenemos sobre los duendes es la presentada en páginas anteriores: pequeños seres traviosos, poderosos, juguetones, burlones, pícaros... pero nunca dañinos, y menos en el sentido que los vamos a presentar, es decir, dañinos para la salud del hombre. Ésta es una de tantas sorpresas que nos depara esta gran familia de duendes domésticos que pululan por ciertos hogares españoles.

Entre los D.D.D. cabe distinguir claramente dos subcategorías para poder contemplar el fenómeno de manera más detallada: los duendes-vampiros (efialtes) y los duendes-lascivos (íncubos), ambos operando en las sombras de las alcobas y dormitorios, a la busca y captura de algún ser humano propicio para sus maquinaciones y maquiavélicos fines. A los duendes vampirizantes los denominamos así porque, con cierto fundamento, intuimos que se alimentan especialmente de las energías sutiles o psíquicas del durmiente, provocándole una sintomatología que comprende desde las simples pesadillas hasta los ahogos, sobresaltos y otras molestias somáticas. Entre ellos veremos a los Tardos, Ingumas, Pesantas, Manonas y Pesadiellus, los cuales tienen un aspecto físico genuinamente duendil, si bien cada uno prefiere adoptar ciertas formas y ciertos comportamientos que los diferencian. Se transforman con mucha facilidad y su presencia es difícil de detectar salvo por los animales, aunque se les suele engañar y conjurar como a cualquier trago.

Los duendes lascivos, por el contrario, no buscan comida, sino otra de las necesidades primarias: las relaciones sexuales con una mujer humana. Serían los íncubos de la mitología medieval, pero que hábilmente se han adaptado a nuestra época, no siendo de extrañar que muchos de los casos de actuales «visitantes nocturnos de dormitorio» fueran estos duendes transformados en humanoides intergalácticos para que su puesta en escena sea mucho más espectacular y creíble para una mentalidad del siglo XX.

Todos ellos tienen varios factores en común, pero destacamos uno fundamental: ciertamente hacen daño al ser humano, pero tan sólo a su cuerpo -nunca lo poseionan como hacen los «malignos»-, y este daño no lo realizan por maldad, sino por mandato del grupo colectivo en el que están encuadrados, cuya evolución está menos desarrollada que la de otros y necesitan hacer lo que hacen para cumplir el papel asignado en sus vidas.

### LOS DUENDES VAMPIRIZANTES (Efialtes)

Existe una familia de duendes caracterizado por vivir no sólo con los seres humanos, sino también de ellos. Estamos en presencia de una variante perversa de los tragos o, posiblemente, son ellos mismos, en un radical y sorprendente cambio de personalidad al estilo del Dr. Jeckill y Mr. Hyde, cuyo argumento, por cierto, le fue sugerido por un brownie al escritor escocés Robert Louis Stevenson. Su alimento no es la leche o la miel, como ocurre con los duendes en general, sino energías sutiles y vitales que todos los humanos poseen. La presencia de seres vampirizantes en el mundo de los elementales es un fenómeno universal y existen -leyendas sobre ellos en todos los países. Se les suele designar con el nombre genérico de «Efialtes», que deriva de la palabra griega *ephialtes* (saltar sobre) y se caracteriza en todos los casos por posarse en el pecho de los durmientes, produciendo una sensación de ahogo. A veces también, como hemos visto, se utiliza para denominar al Íncubo. Ya Bayley, en 1682, definía al íncubo como «la pesadilla, enfermedad que sobreviene al hombre dormido que cree soportar un gran peso sobre él», y hablamos de íncubos y no de súcubos, pues, por

los datos que poseemos, suelen ser seres de sexo masculino los que campan a sus anchas por los dormitorios, humanos, ejecutando estas «bromas pesadas» -si nos referimos a la Pesanta- y otras de un evidente mal gusto.

Pero no todos creen que este tipo de enfermedad la produzcan seres o entidades maléficas. El rey Jaime I de Escocia la niega en su *Demonología* (1597), diciendo que no se trata de una enfermedad natural a la que los médicos han dado el nombre de «íncubus», pues es -dice- «una flema espesa que, al pasar del pecho al corazón mientras dormimos, influye de tal modo en nuestros espíritus vitales que nos arranca toda la fuerza, haciéndonos creer que soportamos una carga sobrenatural que nos atenaza».

En Irlanda, incluso hoy en día, es relativamente conocido el «AlpLuachra», que Robert Kirk llamaba «comensal» o «copartícipe», duende que permanece sentado e invisible junto a su víctima y comparte con él sus alimentos, nutriéndose de la esencia de lo que el ser humano come, por lo que éste sigue delgado a pesar de su apetito.

Desgraciadamente, lo más frecuente es que sean denominados con el término genérico de «duendes», toda vez que adquieren individualidad en el folclore de aquellas regiones donde se manifiestan en abundancia, principalmente Cataluña, Galicia y el País Vasco. No obstante, están presentes en toda España.

Los efialtes suelen tener una forma predeterminada, aunque en un principio son más bien una especie de masa energética, y, por lo tanto, invisible, que se puede materializar momentos antes de perturbar al durmiente: bien sentándose en su pecho o bien apretando su garganta, pero siempre sin rebasar los sagrados límites del cuerpo físico del ser humano, a diferencia de los «Malignos» cuya masa energética, sin forma predeterminada, sí logra penetrar en el interior del cuerpo humano y sólo se materializa cuando ésta es expulsada del cuerpo a través de exorcismos, jaculatorias o complicados rituales. De ahí la diferencia que marcamos entre un duende vampirizante (no vinculado con la demonología) y un maligno (estrechamente vinculado con las posesiones y las fuerzas del mal).

Respecto a su estatura, deben ser mucho más pequeños que los duendes domésticos y algo mayores que los familiares, ya que en los relatos transmitidos se habla de que portan espadas del tamaño de alfileres (tardos), o entran por el agujero de la cerradura (Pesantas), aunque siempre debemos tener presente que su forma puede sufrir cambios elásticos y repentinos debido a su naturaleza de «elemental», adoptando preferentemente la de perros negros o de manos. Esto es especialmente interesante, pues existe un sorprendente caso europeo, recogido por el escritor y antropólogo escocés Andrew Lang, en su obra *Sueños y fantasmas*, donde su comunicante le aseguró, a primeros de este siglo, que después de asistir a tres o cuatro sesiones espiritistas, notó desacostumbrada excitación nerviosa con temor de dormir solo. Una noche, sobresaltado, vio a la luz de la luna cómo cuatro o cinco perros negros, muy corpulentos, saltaban de un lado para otro en la habitación, de los cuales uno se subió a la cama y el otro acercó el hocico a su boca. Logró echados, pero esa misma noche unas manos invisibles tiraban de su manta y sintió en su cuerpo la sensación de una mano cuyos dedos se le acercaban poco a poco a la cabeza y, observándola, pudo ver que no estaba unida a brazo ni cuerpo alguno, que era velluda y morena con cuatro dedos -pues le faltaba el pulgar- cortos, rechonchos y con largas y puntiagudas uñas, a manera de clavos. .

## Los tardos

Los tardos, conocidos con este nombre en Galicia y Castilla (aunque existe una variedad vasco-navarra, el Inguma), son una molesta y peligrosa variedad de los trasgos. Como ellos, se han adaptado con gran facilidad a nuestro mundo actual pero, afortunadamente, son poco numerosos. Curiosamente, hay descripciones muy recientes de sus efectos en urbanizaciones próximas a grandes ciudades. Extendidos en todo el noroeste de Europa y norte de América, presentan entre ellos muchas variedades, debidas, sobre todo, a los diferentes lugares en los que habitan.

Son pequeños, peludos, llenos de dientes, de color verdoso y con penetrantes ojos redondos y negros. Usan extraños ropajes y gorros con cascabeles. Construyen las entradas a su mundo en las propias casas en las que se instalan, entradas que son invisibles para los seres humanos.

Se alimentan de nuestra energía vital, que nos roban sentándose por las noches sobre nuestro pecho cuando dormimos. Para las personas mayores sólo son una molestia, pues con sus actos causan terribles pesadillas (pesadelos), pero para los niños son peligrosos porque pueden robades el aire que respiran. La mejor defensa contra ellos son los animales domésticos, que se enfrentarán a ellos sin vacilar, ya que los perros y los gatos pueden verlos.

Van armados con pequeñas espadas del tamaño de alfileres, lo que no deja de ser una extrema rareza en el mundo de los duendes, pues sabido es que huyen del hierro y de las armas de acero -especialmente los follets-,

por lo que creemos que estas espadas las utilizan única y exclusivamente para defenderse de posibles agresiones por parte de perros o gatos.

## Tardos

*Agresivos y peligrosos, los tardos han sabido adaptarse mejor que ningún otro duende vampirizante al mundo de los humanos. Nada lo demuestra más que su capacidad de utilizar armas metálicas que dan fe de su habilidad para emplear un tipo de herramientas repulsivas para muchos duendes, como ocurre con los follets.*



Además, hay un buen remedio para librarse del tardo, que es el mismo que sirve para librarse de los tragos: dejar sobre una mesa cercana a la cama un puñado de centeno, mijo, maíz o alpiste, con objeto de que se entretenga contando los granos, a lo que es muy aficionado. Aunque a diferencia del tragu no tiene agujero en la mano, como solamente sabe contar hasta cien, al llegar a esta cifra se equivoca irremisiblemente, volviendo a contar de nuevo, estando toda la noche entretenido, por lo que dejará tranquilos a los durmientes. En el momento que empieza a amanecer desaparece, como es norma habitual en todos los seres que viven en las sombras nocturnas.

La asociación íncubo-pesadilla-elfo-tardo no es tan disparatada como a primera vista podría parecer. Borges nos señala que, en alemán, la palabra pesadilla, *alp*, deriva de «elfo», toda vez que en la Edad Media era común creencia pensar que determinados elfos, siniestros y diminutos, oprimían el pecho de los durmientes y les inspiraban de esta forma sueños atroces.

El padre Fuentelapeña, en el *Ente dilucidado* (1676), al hablar de los duendes según las descripciones de testigos, hace referencia, sin saberlo, a los tardos, pesantas e ingumas, al decir textualmente: «...los duendes se dice que se echan sobre los dormidos y los abruman de tal modo que sienten sobre sí, un peso indecible, y no pueden por eso respirar aunque quieran, no pueden levantarse, moverse, ni dar voces, aunque lo intenten, y en fin, despiertan tan cansados o se hallan tan fatigados después de despertar, que parece han padecido la mayor opresión.» Y añade más tarde que después de despertar «tal vez ven a dichos duendes ya en figura de toros, que los acometen, ya en forma de negros, que los amenazan, y ya en otras figuras varias que danzan, o hacen otras cosas.»

## Los Ingumas

El Inguma es muy semejante a los tardos, y como ellos, se introduce por las noches en las casas cuando los moradores están dormidos. Su campo de acción son los caseríos del País Vasco. Su afición favorita es apretar la garganta de algún miembro de la familia, principalmente los niños, dificultándoles la respiración y consiguiendo que tengan pesadillas y un gran sentimiento de angustia.

En la región de Ezpeleta es costumbre decir esta fórmula mágica al acostarse:

*¡Inguma, no te temo!  
A Dios y a la Madre María tomo por protectores.  
En el cielo las estrellas,  
en la tierra las yerbas,  
en la costa arenas.  
Hasta no habedais contado todas  
no te me presentes.*

En Ithurrotz, este duende es considerado igualmente como causante de malos sueños, y para ahuyentado decían la misma fórmula de Ezpeleta, a la que añadían esta invocación:

«¡Que en cambio vengas tú a mi, Gauargui!»

Gauargui es un genio benigno de la noche -que aparece en forma de luz o punto luminoso en la tierra- y que, por algún extraño poder, puede conjurar a la perfección al Inguma.

En esta oración se comprueba, al igual que ocurre con los tardos, que su punto débil es el recuento de cosas, deduciéndose que, o bien sólo sabe contar hasta un determinado número o es tan tonto que se entretiene contando un número infinito hasta que, por supuesto, se aburre y, mientras, deja tranquilo al durmiente

Muy semejante al Inguma es otro ser vampirizante de nombre «Aideko», a quien se le hace responsable de todas las enfermedades cuyas causas naturales no se conocen. A lo largo del todo el Pirineo existen parecidas creencias relativas a estos seres maléficos.

### **Las Pesantas**

La Pesanta, a pesar de su nombre, no es necesariamente un ser femenino, aunque en ciertas zonas catalanas, como en el valle de Bianya, en la Garrotxa, se le equipare a una bruja o a una indefinida forma animalesca. Le encaja bien este nombre, pues en realidad este duende es un auténtico «pesado» en todas las acepciones de la palabra: primero pone «patas arriba» los cacharros de la casa y luego se sienta en el pecho del durmiente para provocarle pesadillas de todo género.

Los síntomas de la víctima casi siempre son los mismos: ahogos y peso en el pecho. Los remedios populares más habituales son: dar masajes en el vientre y rezar una oración, similar a la que hemos transcrito del Inguma vasco.

Con esto, se supone que el duende dañino se mantiene alejado del dormitorio, con un procedimiento ya clásico: obligarle a contar algo hasta que se aburra.

En Cataluña, la Pesanta tiene forma de un perro gordo, negro y peludo que vive en las iglesias abandonadas y en ruinas. En la comarca de la Garrotxa (Girona), refieren que este ser sale a partir del anochecer por los descampados en busca de alguna víctima, costumbre que realiza todas las noches excepto una, la de Navidad. Juan Perucho incluye en su *Bestiario Fantástico* a la Pesanta catalana, relatando una historia acaecida al imaginario escritor José Finestres, donde cuenta cómo este maléfico ser entró en su casa por el agujero de la cerradura sin hacer ruido. Nos lo describe como un animal de fino pelaje, del tamaño de un perro, que tenía la virtud de provocar sueños escalofriantes, entrando, por lo general, por debajo de la puerta o por la cerradura, empequeñeciéndose a discreción, siendo invisible y con sus cuatro patas de hierro, viniéndole de aquí el nombre de la Pesanta. Cuando entró en el hogar de Finestres, se dirigió rápidamente a la alcoba donde éste descansaba y, subiendo a la cama, se tendió sobre él con gran satisfacción, sintiéndose éste súbitamente afectado por un gran terror, soñando acontecimientos espantosos. Más tarde nos cuenta cómo el médico catalán Diophanis Capdevilla expulsó a la Pesanta del cuerpo de Gregorio Mayans Siscar con fuego de virutas y la famosa agua de flor de «carqueixa», descubierta por el padre Martín Sarmiento. Menos literaria y más contundente es la experiencia que relata Andrew Lang sobre estos siniestros perros a la que ya nos hemos referido anteriormente.

Hay autores que utilizan indistintamente los nombres de Pesanta y Pesadillo como términos sinónimos para designar al mismo ser, pero consideramos que, aun siendo los dos de la familia de los duendes, el último de ellos se encuadraría dentro de los domésticos y, por lo tanto, juguetones y menos dañinos aunque, evidentemente, haciendo honor a su nombre, algo «pesadillas» con sus reiterativas y nocturnas bromas.



## Las Manonas

Por Asturias, Castilla y Extremadura, que sepamos, existe el mito, ya muy diluido y casi inexistente en las leyendas del lugar, sobre un extraño duende de nombre genérico La Manona, la cual, según Llorente Vázquez, se manifiesta como una «horrorosa y gigantesca mano que perturba todo en una casa, trastornando todos los aperos del ganado y útiles de labranza. Con ella es imposible orden ni arreglo alguno doméstico, porque su perversa complacencia es embrollado todo».

Lo malo es que esta ciclópea y peluda mano también se complace en apretar el cuello y el pecho de algunos durmientes cuando éstos disfrutan de un apacible sueño, que deja de seda al instante de sentir una opresión en la garganta que les dificulta respirar y provoca pesadillas.

Como curiosidad, decir que Sánchez Pérez recoge, en su obra *Supersticiones españolas*, que uno de los nombres que reciben los duendes en Castilla es el de Pesadillas, por lo que entendemos que el hecho de que este duende adquiriera a veces la forma de una mano gigante y llena de pelos, tal como se describe en algunos relatos, indica que los pesadillas castellanos están muy relacionados -si es que no es lo mismo- con esta traviesa Manona (o Pesadiellu asturiano), que se comporta, en todos los sentidos, como un auténtico trasco.

## Manonas

*A esta clase de duendes les gusta manifestarse de dos formas concretas: o como perros negros o como grandes manos peludas que buscan el cuello del durmiente para producirle angustias.*

*Aunque desaparecidas casi totalmente, su aterradora e inquietante presencia aún puede sentirse en lugares apartados de Asturias, Castilla y Extremadura.*



En Las Hurdes se presenta ante los dormilones humanos en la forma de una mano fría que de noche recorre uno a uno los huesos de la columna vertebral, produciendo todo tipo de angustias y escalofríos.

## El Pesadiellu

Hemos comentado anteriormente que en Asturias existe la creencia en un demonio maligno que se aparece de noche, y que genéricamente hemos denominado «Manona», pero precisando más sobre su naturaleza, en ciertas zonas como Nembra (Concejo de Aller) y algunos lugares del valle del río Negru, así como en San Martín de Vallés, en Villaviciosa (Maliayo), no dudan en bautizarlo como el «Pesadiellu», que sume en grandes fatigas a sus víctimas., siendo la única forma de alejarlo rezar jaculatorias e invocar a los santos preferidos, ya que, según hace notar Carlos Sánchez Martino, en esta última localidad se lo relaciona directamente con el demonio.

Se cuentan varias historias, como aquella del abuelo y el nieto de diez años, el cual, en mitad de la noche, comenzó a sentir una fuerte presión en su pecho, no pudiendo casi respirar. El abuelo, alarmado, sospechó inmediatamente que el Pesadiellu rondaba la habitación, así que le dijo que rezase todo lo que supiera. El nieto así lo hizo y comenzó a notar mejoría y fue entonces cuando el Pesadiellu, enfurecido, adoptó forma material, la de una mano enorme y peluda sobre el pecho del nieto que, antes de desaparecer, logró agarrar la mano del abuelo y se la rompió.

En el puerto La Boya, entre los concejos de Llena y Aller, un vecino llamado Ramiro, el de la Carrera, buscaba una «xata» (ternera) que se le había perdido cuando se le hizo de noche\_ así que decidió acostarse en la cabaña y mañana sería otro día para reanudar la búsqueda. En mitad de un sueño se despertó sobresaltado, oprimido por un peso en su pecho casi insoportable. Rezó y rezó hasta que la opresión fue desapareciendo. Cuando amaneció, abandonó la cabaña y bajó al pueblo, donde comprobó que la «xata» estaba con el resto del ganado, lo que le hizo sospechar al bueno de Ramiro que había sido el Pesadiellu el que se la había llevado jugando al despiste, y encima provocándole ahogos nocturnos. Otro ser sobrenatural asturiano al que le gusta transformarse en «xata» es al Diañu Burlón, confundiéndose a veces sus leyendas.

## LOS DUENDES LASCIVOS (Íncubos)

En cualquier diccionario de ciencias ocultas, brujería o demonología encontraremos que al íncubo se le define como un demonio o duende lascivo que busca el contacto carnal con las mujeres. En algunos casos, y de manera incorrecta, se le asocia al «follet» francés, al «alp» alemán y al «folleto» italiano, aunque ya dijimos que a nuestro follet, así como al barruguet, se les notaba ciertas tendencias a estas prácticas:



Íncubo

Antiguamente la palabra «íncubo» tenía una acepción mucho más amplia, abarcando a otro tipo de personajes fantásticos de los bosques. San Agustín, en su *Civitate Dei* afirmaba que a ciertos faunos o criaturas silvestres, llamadas comúnmente «íncubos» - según la identificación de San Jerónimo- les apetecían las mujeres y a menudo lograban cohabitar con ellas. A esta especie de seductores pertenecían unos demonios monteses llamados «Dusii»; en nuestro país tenemos ejemplos tan concretos como el Tentirujo cántabro, el Esgarrapadones del Pirineo catalán, el Busgosu asturiano o el Diaño gallego.

El padre Martín del Río creía a pies juntillas en ellos: «Pues son tantos los que consideran un axioma esta creencia, que debe respetarse, y refutados es únicamente obstinación y estupidez; pues tal es la opinión de sacerdotes, teólogos y filósofos, cuya verdad ha sido reconocida por todos los pueblos y en todas las épocas.»

Lo que el jesuita tal vez quería decirnos es que desde tiempos inmemoriales ciertos seres de la penumbra, caracterizados por un comportamiento agresivo y promiscuo, han buscado intencionadamente el contacto con la especie humana para realizar diversas clases de experimentos, entre los que se encuentra, con cierta preponderancia, los contactos sexuales y las «investigaciones» genéticas. Bien es verdad que en España no son abundantes los casos en que se produce esta variante, donde apenas se cita en los procesos inquisitoriales, pero no podemos decir lo mismo en los tiempos actuales.

El hecho de que estos seres sean relacionados con los íncubos, y por extensión con toda la fenomenología de los duendes, se debe a que comparten una serie de características comunes. A saber:

- Su aspecto físico los delata y los asemeja, de forma inquietante, a alguna familia de duendes perversos.
- Se manifiestan preferentemente de noche y en el dormitorio.
- Aprovechan el sueño, o sus estados próximos, para realizar sus «experimentos».
- Ciertas razones de peso indican que más que el mero contacto sexual con su víctima (que también lo

buscan), lo que pretenden es absorber la energía que desprenden, en alguna gama de frecuencia que desconocemos, y que de alguna manera sería un apetitoso alimento para ellos.

- La experiencia a la que somete a sus víctimas suele ser casi siempre traumática, dejando huellas psíquicas y a veces físicas.

- Una variante de estos «experimentos» sería la meramente sexual o genética, es decir, crear una especie de «raza híbrida», algo similar a lo que las Hadas pretendían durante un cierto tiempo cuando raptaban a niños y niñas humanos y los cambiaban por los suyos propios.

- Se les relaciona con los demonios (al igual que a los duendes), y su poder de transformación es tan sofisticado que preferentemente adoptan bellas formas humanas.

Por nuestra parte, designamos con el nombre de íncubos a todos aquellos seres que perpetran sus acechanzas sexuales amparándose en todos los agravantes de un delito penal, a saber, nocturnidad, alevosía, invisibilidad y allanamiento de morada, en este caso, el dormitorio de un ser humano.

### **El caso de Magdalena de la Cruz**

Es posiblemente uno de los más representativos y mejor estudiados que tenemos en España, tanto por la categoría de la protagonista como por la extensa duración del fenómeno.

Las monjas, antiguamente, eran punto de mira en los ataques sexuales de ciertos frailes rijosos y de otros seres de condición no tan humana, hasta el punto de que, en el año 1467, Alfonso Spina, en su obra *Fortalicium Fidei* («Fortaleza de la fe») -considerado el primer libro que trata el tema de la brujería-, relataba que a las monjas se les aparecían los íncubos por la noche y, al despertarse por la mañana, «se encontraban polucionadas como si se hubieran unido a varón». No son raras las historias sobre el acoso de íncubos a santas de los primeros tiempos de la Iglesia, como le ocurrió a Santa Margarita de Cortona, aunque asedios similares surgieron otros santos varones por parte de los súcubos, como fue el caso de San Antonio de Egipto y San Hilario.

En la hagiografía de San Bernardo se narra su llegada a Nantes en el año 1135 y se relata cómo una mujer le imploró ayuda porque, al parecer, había copulado con un íncubo durante seis años seguidos. Es frecuente tan larga duración en los contactos mantenidos -y en España tenemos un caso concreto-, así como que la cópula con un íncubo, si se demostraba ésta, justificaba la anulación de un matrimonio, aunque también podía suponer la hoguera.

Sor Magdalena de la Cruz llegó a ser, por tres veces, abadesa de un monasterio de Clarisas en Córdoba. Se cuenta que ella no tenía más de 12 años cuando fue seducida, al parecer, por un gnomo, para algunas personas, o por un íncubo, para otras. Así, Sánchez Dragó, con su peculiar soltura, nos habla de unos supuestos íncubos, llamados Balbán y Pitonio, «dos grandísimos pillastres que por la noche cabalgaban a la moza disfrazándose de negros, de toros, de camellos y de frailes franciscanos o jerónimos, pero que de día, desvencijados ellos y sudoroso el corcel, inventaban en su presencia sucesos de otras latitudes».

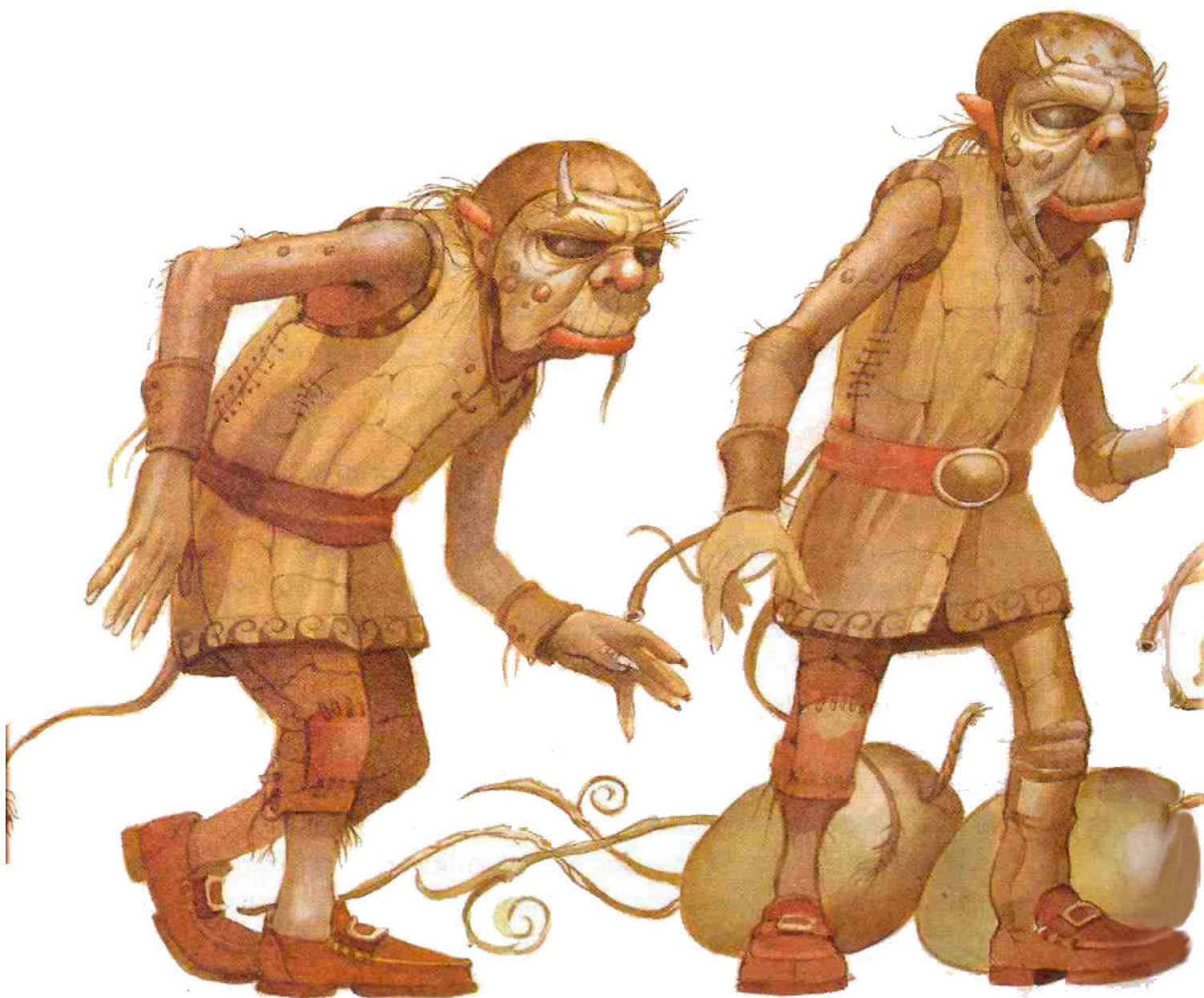
La relación amorosa entre la religiosa y el íncubo o íncubos duró nada más y nada menos que 30 años, con lo que suponemos que hubo tiempo suficiente para que la futura abadesa supiera distinguir entre un gnomo, un íncubo o un fraile rijoso. Finalmente, el confesor de Magdalena de la Cruz, a quien ésta le había revelado su extraña relación, la persuadió de que en realidad no se trataba de un gnomo, sino del mismo diablo, el cual fue expulsado de su cuerpo y del convento, según dice la más casta tradición, tras los oportunos exorcismos y oraciones, aunque no se sabe si para el consuelo o desconsuelo de la abadesa, según asegura, asimismo, el más profano rumor.

Magdalena de la Cruz tuvo la audacia de asegurar que había parido al Niño Jesús la misma noche de Navidad, previa inseminación del Espíritu Santo, desapareciendo dicho niño minutos después, no sin antes dejar a la monja, como recuerdo de su presencia, la teñidura de los cabellos negros en otros de un rubio chillón, que luego distribuiría como reliquias entre sus benefactores.

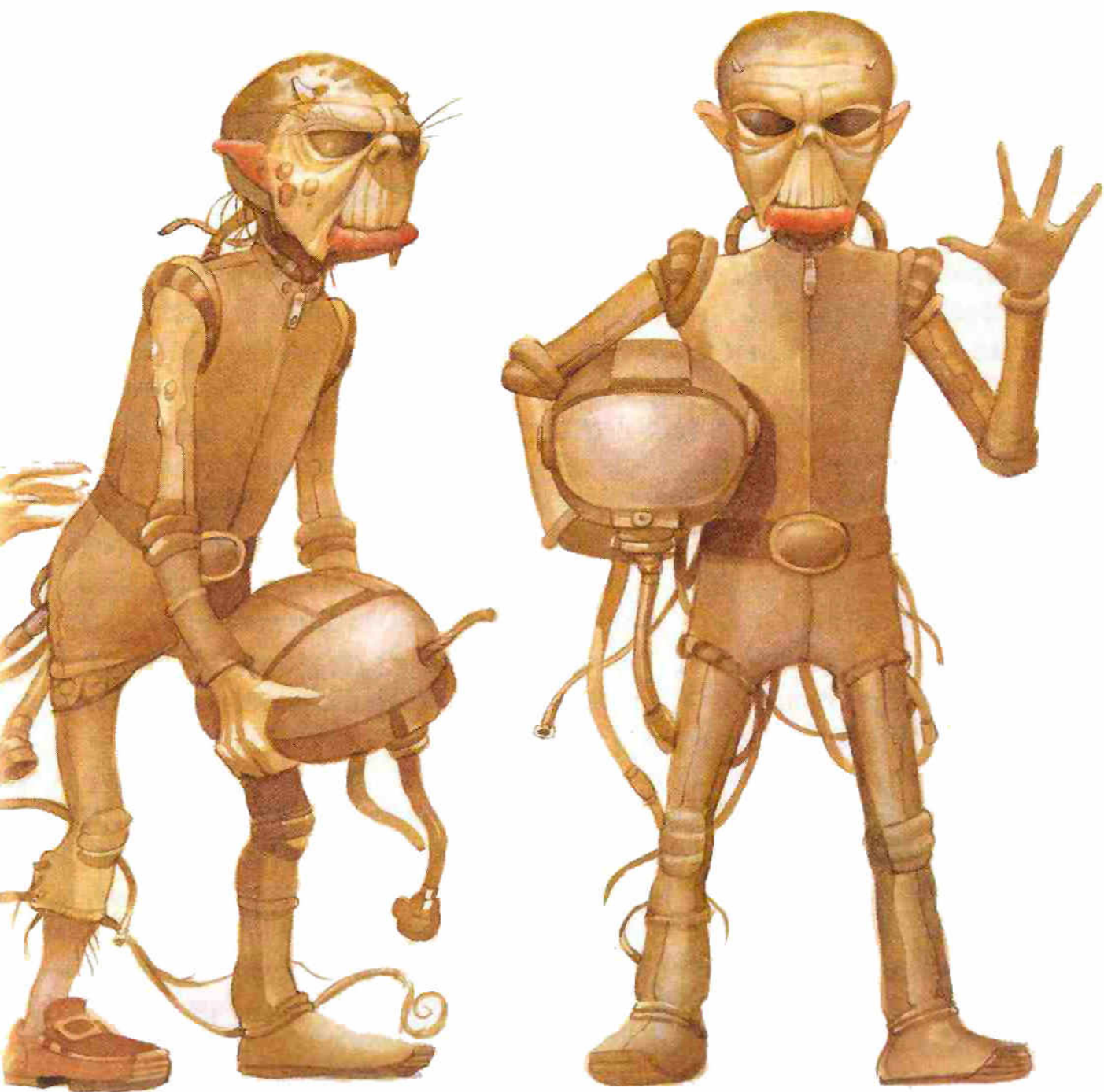
Su reputación de tener hilo directo con el cielo .era tan grande que Felipe II, siendo príncipe heredero, se llevó de Córdoba, como objeto sagrado, los hábitos de la monja para que el infante don Carlos fuera envuelto en ellos, en previsión de ataques del diablo. Los relatos y leyendas de sor Magdalena de la Cruz iban de boca en boca, y se aseguraba que Dios le había permitido ver, desde Córdoba, la batalla de Pavía (lo mismo se decía del brujo de Bargota) y el encarcelamiento del rey de Francia. Se le atribuían vuelos rasantes entre ciudades, entrevistas con la Santísima Trinidad, visitas frecuentes al Purgatorio, bilocaciones, etc., todo esto hasta que fue descubierta y las cartas se pusieron sobre la mesa: que tuvo un aborto, que el Espíritu Santo que la inseminaba

## Extraterrestres

*Desde algún lugar remoto y ajeno a nosotros, unos seres extraños nos vigilan en la noche. No son de este mundo, acceden a nuestro propiodormitorio y no nos quieren precisamente para jugar ...*







*Los duendes e íncubos medievales han ido mutando prodigiosamente ante nuestros ojos para adoptar aquellas formas más verosímiles y adecuadas para una mentalidad de finales del siglo XX. Sus esfuerzos aún no se han visto del todo reconocidos y recompensados, pero a ellos lo que les sobra es tiempo ...*

no era tal sino, al parecer, un extraño enano o similar, que las comuniones místicas no eran obra de Dios, sino que ella misma robaba las sagradas formas y se las ponía en la lengua cuando nadie la miraba, etc. Al final, hacia el año 1544, acabó sus días recluida a perpetuidad en su monasterio por orden de la Inquisición.

### **Los íncubos modernos: extraterrestres y duendes**

Es cierto que en un fenómeno tan complejo como el de los OVNIS y sus tripulantes, se ha intentado incluir de todo en su río revuelto... y lo mismo se les atribuye cualquier manifestación paranormal que se niega rotundamente la alusión a ellos. Nosotros tan sólo nos atenemos a la similitud de comportamientos de seres que aquí hemos presentado con la casuística que sobre extrañas presencias en el dormitorio están ocurriendo hoy en día. El lector se preguntará que posiblemente habrá algún que otro ser humano al que le haya ocurrido alguna incidencia de este tipo, no muy explicable, durante la noche, mientras intentaba conciliar el sueño, pero que en todo caso no será un número suficientemente representativo como para tenerlos en consideración, y mucho menos para establecer comparaciones y referencias con leyendas cuyos hechos ocurrieron hace siglos o ni siquiera ocurrieron.

En España, por desgracia, no hay todavía una exhaustiva investigación sobre este aspecto concreto de la fenomenología OVNI como son los «visitantes nocturnos de dormitorio» -con la excepción del libro *Infiltrados* de Josep Guijarro-, pero sí tenemos datos muy específicos e inquietantes provenientes de América del Norte.

Hace pocos años se realizó una encuesta por el Instituto Roper (el más importante después del Gallup) con un cuestionario de cinco preguntas sobre experiencias anormales acaecidas en el dormitorio, que fue repartido entre 5.947 personas mayores de 18 años y que no estuvieran recluidas en instituciones carcelarias o psiquiátricas. Las preguntas eran las siguientes:

- ¿Se ha despertado usted alguna vez paralizado y con la sensación de que hay una extraña presencia en su habitación? .
- ¿Alguna vez ha perdido una hora o más de tiempo sin ser capaz de responder por qué y dónde ocurrió?
- ¿Ha sentido que realmente volaba por el aire sin ninguna explicación lógica que produzca ese fenómeno?
- ¿Ha visto en alguna ocasión extrañas luces o bolas de fuego sin saber el motivo que las estaba causando?
- ¿Se ha despertado con extrañas marcas en su cuerpo para las que no encuentra explicación?

La clave de todo esto era considerar que si una persona contestaba afirmativamente al menos a cuatro de las preguntas, es que seguramente había sido víctima de una abducción (secuestro) por entes no conocidos. De los 5.947 encuestados, los cuales teóricamente representaban a toda la población estadounidense, un 2 por 100 contestó afirmativamente a cuatro o cinco de dichas preguntas, lo que representa 119 personas. Extrapolando esta cifra a la población total, nos da una cantidad de 3.700.000 personas, cifra inquietante, si bien sólo referida a los Estados Unidos de América (en esa misma proporción, en España serían medio millón de posibles abducidos). Pero lo más importante es que, sin negar la realidad OVNI y de que posiblemente nos están visitando criaturas extraterrestres, acudiendo tan sólo a la mitología sobre íncubos, hadas, duendes, elfos y demás Gente Menuda, nos encontramos que entran de lleno en ciertas actuaciones que estos seres han realizado en el pasado y tal vez realicen en el presente. Hay que leer relatos sobre ellos, y sólo con la literatura española no sería suficiente, para darnos cuenta que los que sufrieron este tipo de agresiones, raptos o experimentos también contaban que se sentían paralizados, que la duración del tiempo interno era distinta al tiempo externo, que se desplazaban sin notar que se movían, que veían luces, que sentían en sus carnes las cosas que les hacían...

En este sentido, el investigador Josep Guijarro llega, por otros caminos, a unas conclusiones parecidas a las que exponemos en este libro, es decir, que existen varias clases de «visitantes» y que, aunque él cree que nuestro planeta ha sido y está siendo visitado por naves procedentes de otros mundos, no se atreve a asegurar que sólo con la interpretación extraterrestre sea suficiente para explicar la procedencia de muchos de estos seres, así como su participación y vinculación en las modernas abducciones.

Las hipótesis que enlazan a los «elementales» con los extraterrestres no son nuevas. Autores como Jacques Vallée y Bertrand Méheust han sugerido en sus obras que muchos de los supuestos tripulantes de OVNIS no son más que la actualización de los ritos y el folclore primitivos, adaptados a la mentalidad de nuestro siglo. Cada vez son más los ufólogos que se adscriben a esta hipótesis (Gordon Creighton, John Keel, Ann Druffel...), atribuyendo una procedencia interdimensional a las criaturas que provocan las abducciones, y todos ellos están de acuerdo que el mejor sistema para combatir a estas entidades es la propia mente humana, porque



fundamentalmente es ésta el objetivo de sus ataques, sin olvidar que sus intrusiones también tienen un fuerte contenido sexual.

Sabemos que la realidad muchas veces supera con creces a la más desbordada imaginación, y que en un tema como el aquí tratado, tan amplio, tan controvertido, tan poco científico, tan contradictorio y tan ambiguo, ¿quién sabe si todos están dando palos de ciego o todos están acercándose, por diversos caminos, a la misma realidad?

Muchos lectores pueden haber pensado al hojear este libro que se trata de una colección de figuras representativas del folclore tradicional, que en todo caso tuvieron su importancia, influencia y tal vez credibilidad hace varios siglos; sin embargo, todo indica que las apariciones de algunos elementales, como las hadas y los duendes, por ejemplo, se siguen produciendo hoy en día. Algunas son idénticas a las tradicionales, como se ha visto con los trasgos, pero otras han mutado sorprendentemente delante de nuestra vista. Desde siempre hay constancia verbal y escrita de casos de apariciones de entidades de aspecto neblinoso o etéreo, que surgen en el dormitorio de determinadas personas elegidas o, más bien, diríamos víctimas, cuando éstas empiezan a dormirse. Gran parte de la sintomatología que presentan estas apariciones corresponde a lo que en la moderna psicología se denominan alucinaciones hipnogónicas (si se producen entre la vigilia y el sueño) e hipnopombicas (si se producen entre el sueño y la vigilia).

Los visitantes nocturnos de dormitorios, desde el punto de vista de la fenomenología OVNI, tienen un aspecto básicamente común entre ellos, que los hace muy semejantes a los duendes de los que hablan las antiguas leyendas. Son claramente macrocéfalos, de ojos almendrados y negros, de baja estatura (aproximadamente en torno a 1,20 metros o menos), de cuerpo, brazos y extremidades muy delgadas y algo desproporcionados, unas veces peludos, otras sin pelo, y vestidos con una especie de mono muy apretado o largas túnicas. Por lo general, todos ellos presentan, desde la óptica del testigo, un aspecto demoniaco, relacionándolos muchos de ellos con apariciones de entes diabólicos sin determinar. Hecho curioso: no se les suele ver los pies, como ocurre con alguno de nuestros duendes domésticos, donde los testigos encuentran verdaderas dificultades para asegurar y mucho menos para describir como iban calzados (salvo la excepción de los «frailecillos»).

El proceso de aparición y acción de estos siniestros pequeñuelos suele obedecer siempre a un mismo guión. En primer lugar, se manifiestan al anochecer en el domicilio de su víctima, por lo general cuando está comenzando a dormirse. La víctima (normalmente una mujer), presiente la existencia de algo amenazante en el ambiente, como luces, ruidos, fogonazos o pequeñas explosiones, que le producen inquietud. A continuación, descubre junto a ella a unos extraños seres de apariencia humanoide, de corta estatura y gran cabeza, que la observan fijamente sin moverse. Luego, el testigo, aterrorizado, o a veces con una pasmosa tranquilidad, siente que no puede moverse ni gritar. Entonces, los seres manifiestan un comportamiento aparentemente hostil y obligan al ser humano a acompañarlos hasta su morada, que siempre es una cueva o sala luminosa (fuera ya del tiempo y del espacio de su habitación), donde es sometido a todo tipo de experimentos ¿médicos?, como pinchazos, introducción de sondas o extracción de líquidos, destacando, sobre todo, el momento en que le implantan una microcápsula en la parte posterior del cerebro (en ocasiones, en brazos o piernas). Así, en el conocido caso español de Próspera Muñoz le implantaron la microcápsula en la base del cuello cuando contaba siete años de edad.

Este procedimiento descrito es el más común, pero no el único. Los estudiosos de la ufología han recogido en centenares de casos una tipología muy amplia, situada no sólo en dormitorios, sino también en terrenos descampados y en carreteras poco frecuentadas, situaciones en las que el fenómeno se produce de forma muy parecida. Es asimismo usual que la acción no sea violenta, sobre todo en estos últimos casos, en los que el acercamiento es inicialmente pacífico, para volverse posteriormente agresivo. Luego se produciría la consabida «abducción», con experimentos fisiológicos similares a los descritos.

Las principales teorías señalan que se trata de una experiencia generada en la propia mente del sujeto agredido, pero con la existencia de estímulo externo real que deja huellas en la habitación y en el testigo. Una de las más interesantes es la formulada recientemente por dos investigadores españoles de lo insólito, Josep Guijarro y Javier Sierra, que señalan que se trata de un extraño suceso provocado por la mente, y que ellos denominan Síndrome de DIANA, acrónimo de «Delirio Individual de Agresión Nocturna Alienígena». No obstante, hay muchas más vinculaciones inquietantes entre ambos fenómenos. Paracelso designó con el nombre de «salamandras» a los elementales del fuego, de los que dice que «han sido vistos en forma de bolas o lenguas de fuego, corriendo sobre los campos o asomándose a las casas». Entre las salamandras destacan los «actinios», que aparecían (y aparecen) flotando asimismo, como bolas de fuego bien visibles sobre el agua, preferentemente por las noches y produciendo extraños resplandores...



## *Los minúsculos malignos (Demonios dentro del cuerpo)*

*-Acaso mi hijo -sospechó entonces-, esté también  
ameigado. Ni toma el pecho ni deja de llorar.  
- Yo te daré un «escrito» y se lo coses a la ropa.  
Salió y volvió a entrar con una bolsita de tela apenas de  
media pulgada, en cuyo interior iba el arbitrario amuleto.  
-Si la abres -advirtió-, perderá su eficacia y acaso  
te traerá mal...*

W. FERNÁNDEZ FLÓREZ:  
*El bosque animado*

### SE CUENTAN POR MILES

**D**E todos es conocida la tendencia a representar en forma física algunas preocupaciones que obsesionan al hombre. Por eso, antiguamente, detrás del rayo o del trueno tenía que existir un ser, más bien antropomorfo, que fuera el causante de tales fenómenos. Con algunas enfermedades ocurre lo mismo, y de ahí que cuando no se sabía bien qué extraña dolencia le acaecía a alguien que se iba físicamente degradando poco a poco, quedándose prácticamente en los huesos, se dijera que había malos espíritus o duendes perversos detrás de todo ello. Se trataría, para la sabiduría popular, de entes muy diminutos, invisibles, nocturnos y poco menos que sicarios del demonio, -«que no descansa nunca»-, enviando a legiones de estos engendros para hacer enfermar, de diversas formas, a los seres humanos, y en especial a los niños.

Con el nombre de Malignos designan en muchas partes de España, y sobre todo en Extremadura, a estos seres especialmente dañinos para la salud física y psíquica del ser humano, a los cuales no se pueden encuadrar como duendes porque no responden a su tipología básica, pero que incluimos en esta obra porque también son adictos a los hogares humanos, y en algunas leyendas, ante tanto río revuelto, los mencionan como duendecillos que actúan como si fueran un ejército. Se caracterizan por atacar desde dentro del organismo, introduciéndose en él por distintos procedimientos para causarle una penosa enfermedad, por lo que están muy vinculados a ciertas prácticas de brujería o magia negra en las que no vamos a entrar en detalle porque se saldría del propósito de este libro.

Se les suele representar como minúsculas criaturas amorfas, que pueden penetrar en el cuerpo de un ser humano con bajas defensas y por cualquier conducto, sobre todo por la boca. Razón por la cual las víctimas más propicias suelen ser niños o personas cuyo campo energético está debilitado. Como consecuencia de su acción, provocan toda clase de dolencias, sobre todo enflaquecimiento y raquitismo de la víctima elegida, puesto que su labor principal, aparte de otras que desconocemos, es la de nutrirse de su energía. Asimismo, la superstición popular les considera los causantes de ciertas enfermedades, como anemias, epilepsias o posesiones demoníacas.

Estas masas energéticas sin forma predeterminada han recibido. distintos nombres según las culturas, entre ellos los más utilizados son: «bajos astrales», «larvas astrales» o «daños», como así les llaman los chamanes de algunos países sudamericanos. Cuando se materializan, provocan la enfermedad en una parte concreta del cuerpo humano -difícil de diagnosticar por los médicos-, y es entonces, una vez localizados, cuando pueden ser extraídos, presentando entonces la forma de una masa oscura con ramificaciones que posteriormente va adoptando formas más concretas y animalescas, revelando su auténtica identidad.

De los múltiples nombres que reciben estas maléficas entidades en nuestro país, muchos de ellos son tan ambiguos que designan tanto a la enfermedad como al elemento causante. Su presencia la hemos encontrado en

toda España aunque, lógicamente, en algunos lugares con más intensidad que en otros, zonas éstas donde la brujería ha tenido una especial significación.

En el País Vasco, los seres malignos por excelencia son los «Gaizkín»; en Galicia, una función similar la realizan los temidos «Tangaraños» y «Demachiños»; en Asturias serían los «Malinos»; en Extremadura, los «Malignos»; en Cantabria, según Manuel Llano, existirían unos «duendes chiquitines» que, a veces, salen del chorro del agua y a través de ella entran en el interior de un ser humano, de tal suerte que las personas que los han tragado pierden, desde entonces, la razón y no pueden estar quietas ni un momento, y, por último, en Andalucía estarían los «espíritus rebeldes», a los cuales se exorcizaba -sobre todo en Granada- utilizando los falsos libros plúmbeos del Sacromonte, mucho más eficaces para expulsar diablos que los mismísimos Evangelios, y así lo constató en 1603 el arzobispo don Pedro de Castro.

## LAS ROMERIAS DIABOLICAS

A los enfermos que estaban poseídos por numerosos y minúsculos demonios o espíritus maléficos, se los denominaba endemoniados o «espiritados».

Y en su conjuración (o esconjuración, como prefieren llamarla en Aragón) intercedían varios santos y santas, como es el caso de Santa Orosia en Jaca, o mediante el Cristo de Calatorao en Zaragoza. Para ello, se seguía todo un ritual precedido por una romería que conducía al lugar mágico donde suelen confluír dos cualidades: centro religioso y sanatorio sagrado.

El día 25 de junio se celebraba en Yebra de Basa (Huesca), así como en otros lugares, la fiesta de Santa Orosia, con romería incluida, en la que se portaban las reliquias de la Santa para que, en un ritual que se realizaba más tarde, curase a los poseídos por estos demonios. En el rito se solía preguntar a los familiares si se quería que los demonios saliesen por los ojos, boca, oídos u otro lugar, a lo que finalmente se accedía que saliesen por los dedos, como demostraban unas cintas con las que se les ataba y que eran expulsadas violentamente. Estos ritos, cuya costumbre desapareció hace bastantes años, estaban muy relacionados con los de Balma, en Castellón, a los que concurrían muchas gentes procedentes de Temel.

«Balma» significa cueva, y está situada en una pared rocosa en el municipio de Zorita, en el Maestrazgo, donde se ubica el santuario de Nuestra Señora de Balma que se apareció en el siglo XIV a un pastorcillo y desde entonces data su fama de milagrosa. En septiembre acuden gentes de lugares distantes llevando a los que tienen el «demonio» dentro del cuerpo. Los familiares les atan cintas en los dedos de los pies y de las manos y los meten a la fuerza en la ermita, pues los «endemoniados» se resisten a entrar en lugar sagrado. Pasan la noche en vela orando y cantando a la Virgen, y los posesos se suelen tirar al suelo intentando desprenderse de sus lazos, espumarajeando y gritando:

*«¡Virgen de la Balma, por las manos  
o por los pies,  
por la boca no!»*

Ya que están convencidos de que si los demonios salen por la boca se quedarían mudos. De estos enfermos se dice que «Tenen els malignes», aunque, la verdad, muchas veces llevaban a exorcizar no a verdaderos endemoniados, sino a otro tipo de personas con enfermedades nerviosas. En Navarra se hace por intercesión de Nuestra Señora de los Conjuros, en Arbeiza.

En Galicia existen varias de estas procesiones o romerías con el fin de ahuyentar a los diablillos o «demos» negros, que muchas personas poses as creen tener en su interior. Con el nombre genérico de «meigallo», el gallego funde en una sola una serie de enfermedades tan variadas como el mal de brujería, el mal de envidia, el «mal de olla», el «feitizo», etc. Los lugares más famosos y concurridos para tratar esta dolencia son, por una parte, la iglesia parroquial de Santa Comba, y por otra, la capilla de San Cibrián (así llama el pueblo a la de San Cipriano, en San Pedro de Tomeza), sitas ambas en la provincia de Pontevedra, siendo los encargados de curar tales dolencias los llamados «pastequeiros», palabra que procede del latín «pax tecun»(la paz sea contigo) que pronuncian con asiduidad en sus salmodias, utilizando agua bendita, cruces de Caravaca y demás pandemónium.

Pero, al lado de estos santuarios, existe una gran nómina de vírgenes, santos y santas del «meigallo» muy eficaces para curar esta ambigua enfermedad, que, básicamente, consiste en que la persona afectada empieza a adelgazar, se deprime, le sale mal todo lo que hace, languidece y padece síntomas por el estilo. A modo de

relación, para no extendemos mucho más, enumeraremos este curioso santoral gallego, de eficacia probada para curar el mal del «meigallo» y para expulsar al «demo metido no corpo» hoy en día en uso:

- Nasa Señora do Corpiño. Lalín (Pontevedra).
- Nasa Señora das Ermidas. O Bolo (Orense).
- San Campio de Figueiró. Toiño (Pontevedra).
- San Campio de Entines. Outes (La Coruña).
- San Pedro Mártir. Santiago de Compostela.
- Santa Justa de Moraña. Pontevedra.
- Santa Eufemia de Arteixo. La Coruña.
- Santa Eufemia de Orense.
- Los ya citados de Santa Comba de Bertola y San Cibrián de Tomeza, ambos en Pontevedra.

## DEMACHINOSYTANGARANOS

Sobre el relato de la existencia de los demachiños nos pone al corriente el investigador y folclorista gallego Luis Mame Mariño, que, a su vez, se lo oyó contar a un viejo y sabio labriego llamado Manuel de la Rega. En resumidas cuentas, los «demachiños» son unos seres invisibles que habitan muy cerca de nosotros, y al parecer hay millares de ellos que nos vigilan y espían desde todos los rincones e incluso pueden «mixturarse» con la comida que llevamos a la boca, por eso -nos comenta dicho autor- son tantos los posesos o endiablados que se hallan habitados por estos pequeños demonios.

Ellos son los causantes de fenómenos que, a primera vista, no tienen explicación, como los misteriosos ruidos que nos sobrecogen cuando estamos en la más completa soledad, o paredes que se derrumban, o ramas que se desgajan de su tronco, extravíos que sufrimos yendo de camino, un tiesto que se cae, una carta que se traspapela y cosas similares, es decir, que se tiende a atribuir a estos seres todo aquello que se antoja anómalo y tenebroso. Serían una especie de «cajón de sastre», donde caben todas las fecharías que no tengan como claros autores a los trasnos, tardos, meniñeiros, xas o tangaraños de turno. Se convierten, por lo tanto, en unos invisibles ángeles del mal, contraparte del ángel de la guarda, que está al acecho para aprovechar la más mínima ocasión en la que inmiscuirse en el mundo de los humanos. Por eso -decía el labriego- cuando al desperezarse se nos abre la boca, es cosa buena hacer la «por-la-señal» para que estos intangibles diablos no se metan en nuestro espíritu.

Su origen sería similar al de los duendes comunes, pues nos refiere Luis Mame que cuando Nuestro Señor expulsó del cielo a los ángeles malvados, mandó que se abriesen a un tiempo las puertas del cielo y del infierno. Fue así como empezaron a caer del cielo enjambres de ángeles que iban a parar al infierno hasta que, cansado San Miguel de ver tanta «masacre» angélica, dijo de repente:

-¡Surcen corde! (Creemos, a falta de otra explicación, que la palabreja en cuestión debe ser una malformación de *sursum cordal*, exclamación litúrgica muy antigua por la que el sacerdote invitaba a sus fieles a elevar sus corazones, sin olvidar que con este latinismo se designa en Galicia a las brujas que rondan y vigilan de noche a los «rueiros» (aldeas), echando mal de ojo mientras las demás compañeras iban a sus aquelarres). Para otros autores, como Agustín Ponela Paz, los Demachinos fueron expulsados después de los «*sursum corda*» y no tuvieron tiempo de llegar a tierra, quedando vagando en nubes sombrías y caminando incesantemente como si estuviesen condenados a no poder permanecer mucho tiempo en el mismo lugar.

Bastaron tan contundentes palabras del santo para que, al mismo tiempo, se cerrasen las puertas del cielo y de los infiernos, siendo así que muchos «demachinos» que cayeron del cielo no tuvieron tiempo de entrar en su otra morada y se quedaron vagando por este mundo terrestre, viviendo refugiados y camuflados en su invisibilidad al «otro lado del espejo».

En el *Diccionario Enciclopédico* de Rodríguez-González, nos encontramos que al Tangaraño lo define de la siguiente manera: «díaño ou trasno maléfico que soplastamente ataca os nenos, enfranquecéndoo e deformándoo.» Por sus características y forma de comportarse es similar a los «malinos» asturianos.

Para Valentín Lamas Carvajal es un genio malévolo, contra el que sólo cabe un remedio bastante drástico:

*A nai unha bolsa  
Colgoullen o pescozo con escapularios  
medallas e figas  
A pel d'unha cobra y os ollos d'un sapo.*

*La madre una bolsa  
le colgó en el cuello con escapularios,  
medallas y figas  
la piel de una culebra y los ojos de un sapo.*

A los niños afectados de tangaraño se les veía raquíuticos y enclenques.

Sus pequeñas víctimas huían de él gritando: «Tenche o Tangaraño.»

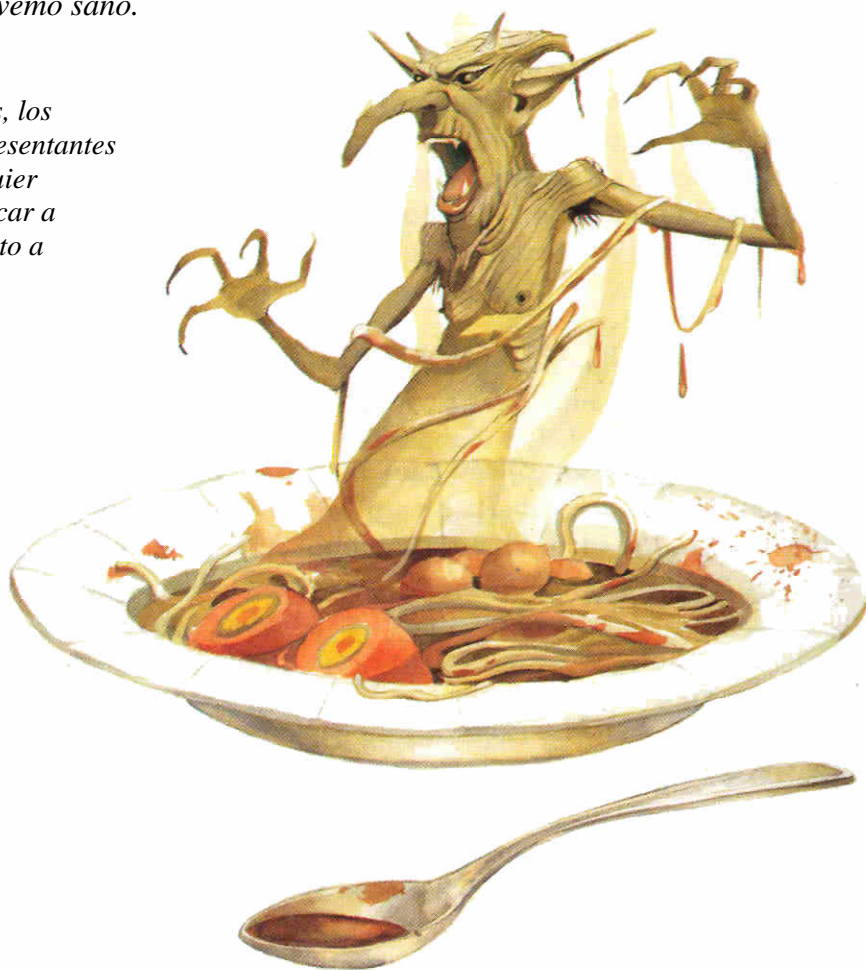
Corno nos estamos refiriendo a un ser que, por extensión, se asocia a una enfermedad, los remedios contra él son los mismos que para combatir la dolencia.

En tierras cercanas a Orense, el 11 de julio de cada año llevan a la ermita de San Benito da Coba do Lobo a los niños enfermos víctimas de raquitismo, que se suponen poseídos del «tangaraño». Existe en este lugar mágico un «penedo» de enormes proporciones que deja un hueco o cavidad para poder pasar a la criatura por debajo de la piedra. Para efectuar el ritual deben comparecer tres mujeres llamadas «María». Una de ellas, mientras pasa al niño enfermo a la que está al otro lado de la piedra, dice:

*Ahí che vai o tangaraño  
pásocho doente,  
devólvemo sano.*

### **Demachinos**

*Invisibles, agresivos y tenebrosos, los demachiños son verdaderos representantes del mal, pues aprovechan cualquier ocasión y circunstancia para atacar a los seres humanos, afectando tanto a nuestro cuerpo, como a nuestro espíritu.*



No olvidemos que el «tangaraño» está muy relacionado con el «meigallo» que, en líneas generales, es una perturbación psíquica que domina la voluntad de las personas que lo tienen, y su origen suele estar, según la creencia más extendida, en un mal espíritu que se mete en el cuerpo, una especie de demonio que atormenta a su víctima. Esta dolencia también se cura acudiendo en romería a San Campio o a la Virgen del Corpiño, donde, realizando los ritos precisos y pronunciando las jaculatorias correctas, se logra «quitar o mal cativo» o «meigallo».

De todos es sabido que los gallegos son muy supersticiosos, y que para todo tienen un remedio, no muy ortodoxo, pero no por ello menos eficaz, existiendo la costumbre en Tuy (Pontevedra) de pretender curar algunos «males extraños» de los niños arrojando al río su ropa en una cestilla con una vela encendida, creyendo que, si al arrastrarla las aguas la luz no se apaga, el niño sanará.



## GAIZKIÑES y UBENDUAS

Los Gaizkín, Gaiztoak o Gaizkiñak son seres maléficis, caracterizados por encarnarse entre las plumas o mechones de la almohada, a los que agrupa y da forma de cabeza de gallo adoptando la figura de este animal. Esto hace que se produzca una extraña enfermedad en el niño que reposa su cabeza en dicho almohadón.

En Marquina (Vizcaya) contaban que las personas poseídas por estos «gaizkiñes» iban a Urquiola a hacer un novenario, algunos morían inmediatamente y a otros les salían estos espíritus malignos por las uñas de las manos.

El principal remedio contra ellos consiste en quemar la «cabeza de gallo» que forman las plumas de la almohada y así terminar definitivamente con el maleficio, curando al enfermo, pero siempre que la figura del gallo aún no estuviera configurada en su totalidad. De ser así, habría que llevar las plumas a una encrucijada de caminos y allí quemadas, como antaño se hacía en Galdácano o en Sara.

La intervención del gallo, a la hora de hablar de elementales, no debe parecerse rara, pues su canto siempre indica el nacimiento de un nuevo día y, por lo tanto, la retirada de las distintas clases de genios que pueblan la noche a sus moradas diurnas. El chamán mexicano don Lucio de Morelos utiliza un curioso y particular sistema para neutralizar los «daños»: enterrar un gallo rojo enfrente de la casa de quien padece un mal para que absorba esos malos espíritus. Tampoco olvidemos la presencia de gallos en la confección de homúnculos.

### Gaizkín

*Es fácil confundir los efectos del terrible Gaizkín con los producidos por las posesiones diabólicas, quizás ésta es la causa de que contra ellos se utilicen fórmulas rituales y conjuros, con la esperanza de que abandonen el cuerpo de su víctima.*



Barandiarán nos cuenta que uno de sus informantes de Dohozti le dijo que un vecino de aquel pueblo, deseando vengar un robo con la muerte del ladrón, estuvo repitiendo constantemente en voz alta y durante un día entero la maldición oportuna o fórmula de imprecación, para que ciertos espíritus perversos, llamados «gaixtoak» (malignos), penetrasen en su cuerpo, asegurando dicho informante que, a consecuencia de esa maldición, el ladrón se endiabló y acabó suicidándose por el procedimiento de arrojarlo por una ventana.

Contra los espíritus malignos, en ciertas partes de Euskadi repiten esta frase: «Apártate satanás a distancia de mil leguas», haciendo al mismo tiempo con la mano el gesto de la higa. En otras zonas, se denomina con el nombre de «Ubendua» a la marca que produce en el cuerpo de una persona la mordedura de un genio maligno, que aprovecha para sus operaciones las horas nocturnas en las que sus víctimas están profundamente dormidas.

Para preservarse de tales acometidas se solía colocar en el dormitorio un misal abierto por el principio del Evangelio según San Juan.

A todo lo largo del Pirineo existen creencias y supersticiones relativas a este tipo de «genios» maléficis.

## MALINOS y MALIGNOS

Hace mención de los malinos asturianos el escritor Rodríguez Castellano, describiéndolos como «demonios o espíritus del mal que se cree habitan dentro; del cuerpo de una persona, causándole grandes daños». Tal creencia está más extendida por la zona asturiana de Villar, pero en casi todo el Principado existe la superstición de suponer que el diablo penetra en el cuerpo humano si éste ingiere ciertos alimentos, sobre todo frutas; por eso se, tiene la costumbre -y la precaución- de agujerearlas antes de comerlas para que el Malino salga de su interior y, en general, de hacer la señal de la cruz a cualquier Vianda que se lleve a la boca.

Para los habitantes del cabo Peñas, cuando un niño sano se pone repentinamente enfermo sin saberse la causa, no hay duda: es que los Malinos se han metido en su cuerpo. También se considera que el agua puede ser portadora de estos engendros minúsculos, por lo que, para evitar que el líquido elemento cause el más mínimo daño al bebedor, es preciso soplar en ella tres veces y decir acto seguido:

«Soplín,  
soplón,  
vete, diablín,  
vete, diablón.»

Nos imaginamos que el que inventó dicho ripio no tendría a las musas de su parte, y, por consiguiente, no se le ocurriría otra cosa mejor, pero si para algunas personas funciona... válido es y bienvenido sea.

Pablo Hurtado, en Extremadura, asocia a los malignos con las posesiones diabólicas y cuenta el caso de una mujer que vivía en el pueblo de Eljas, hacia 1875, que tenía metidos, según todos los indicios, a los «malignos» en el cuerpo. No hacía más que gritar improperios y obscenidades, hasta que una mañana apareció, tan sólo con una camisa, a las afueras del pueblo, sin que ella recordara quién la había llevado allí. Los lugareños pensaban que sólo los «malignos» podían haberla conducido a aquel lugar, tan ligera de ropas. En una de esas escapadas inexplicables fue vista en otra lejana zona, pero esta vez ya cadáver, a causa del frío de la noche.

### **Malinos y Malignos**

*Es realmente muy difícil distinguir los efectos provocados por estos seres de los producidos por una enfermedad. No obstante, al atacar a sus víctimas producen efectos distintos; mientras los primeros producen alteraciones psíquicas, los segundos, trastornos físicos.*



El padre Francisco de San José, en su *Historia general de Nuestra Señora de Guadalupe* deja constancia de una serie de milagros acaecidos en tan célebre santuario mariano y cita los casos de la mujer de un gallego de Lleyro que hacía siete años padecía en su cuerpo la influencia de estos diablillos, y el de una napolitana afectada que logró expulsar nada menos que 80.000 malignos de esta especie, por intercesión de la Virgen, récord digno de haber pasado al Libro Guinness.

Antonio de Torquemada pone el dedo en la llaga cuando se refiere a ellos diciendo que: «Aunque los demonios son enemigos de los hombres no entran tanto en sus cuerpos con voluntad de hacer daño, como con deseo de un calor vivífico, porque éstos son de los que habitan en lugares profundísimos y frigidísimos, donde el frío es tan puro que carece de humedad; y así, desean lugares calientes y húmedos», es decir, buscan lugares donde abunde lo que nosotros llamaríamos calor vital o aliento de vida.

A estos seres, con el debido respeto, les va muy bien el famoso lema de los mosqueteros: uno (cuerpo) para todos (malignos) y todos (los malignos) para uno (para un cuerpo humano), pues atacan por miles y en grandes cantidades salen del cuerpo, sobre todo a través de las uñas (El Corán es estricto respecto a evitar la suciedad de las uñas pues afirma en una de sus «suras» que bajo ellas moran los demonios).





*¿Reconocéis acaso a los duendes rusos (domovoi)? ¿Y a los escoceses (brownies) e ingleses (leprechauns)? ¿Veis a los duendes italianos (folletis), a los alemanes (kobolds), a los francese (farfadets)...? Todos ellos están esperando impacientes a que alguien dé la vuelta a la página y descubra que no son tan solo leyenda*

## *Un poco de mitología comparada*

*Son duendes y hadas. Quienquiera que les hable  
muere al instante. Cerremos los ojos y echémonos boca  
abajo. Ningún hombre puede sorprender sus juegos.*

SHAKESPEARE:

*Las alegres comadres de Windsor*

### EN TODOS LOS PAISES CUECEN HABAS

**E**N la elaboración de este libro, al intentar dar una clasificación coherente sobre los distintos duendes aquí presentados, nos dimos cuenta que solamente con los pocos datos suministrados por los escasos investigadores y folcloristas que han hablado y escrito sobre duendes españoles, quedaban amplias y oscuras lagunas por cubrir, por no hablar de los muchos aspectos contradictorios que surgían de unas leyendas a otras, a veces insolubles. Decidimos, por ello, acudir al vasto campo de la mitología del resto de Europa, a pesar de que éramos conscientes que su investigación se convertía en más prolija, exhaustiva y mastodóntica de lo que ya era en un principio, pero la verdad es que este estudio comparativo valió la pena, por cuanto comprobamos varios factores importantes que, resumidos, son los siguientes:

- Ciertamente, y tal como era nuestro primer objetivo, se lograban rellenar ciertas lagunas en cuanto a la manera de comportarse los duendes y en cuanto a las conclusiones de ciertas teorías que, de otra forma, no tendrían explicación más o menos lógica.
- Comprobamos que, prácticamente, todos los duendes que aparecen en nuestro territorio tienen un equivalente en los países europeos, así ocurre con el trasco, el follet, el tardo, el sumicio, el frailecillo, etcétera.
- Por último, nos dimos cuenta, con cierta sorpresa, que las fuentes españolas de las que hemos bebido, complementaban e incluso ayudaban a una mejor comprensión de otros personajes míticos europeos, en cuyas recopilaciones efectuadas hasta el momento, siempre han dejado de lado, por ignorancia la mayor parte de las veces, las leyendas y el folclore español.

También en Europa, los duendes, trascos o follets presentan características y travesuras similares, con la única y comprensible diferencia de su nombre, pues en estos países son denominados genéricamente como elfos e incluso hadas, aunque de género masculino. Una de las menciones más antiguas que se conocen sobre ellos nos la proporciona el irlandés Gervasio de Tilbury en el siglo XIII, diciendo que son enemigos de la pereza, por lo que sólo ayudan a gente habilidosa y activa. Los elfos han sido considerados como una poderosa raza, cuyos miembros son los sucesores de las antiguas divinidades paganas y residentes, en su gran mayoría, en los reinos subterráneos, los mares o en las islas míticas.

A modo de glosario duendil y mitología comparada, exponemos, breve y condensadamente, una lista de estos pequeños seres que abundan en el resto de Europa, muchos de los cuales tienen sus equivalentes con los nuestros:

#### **En las Islas Británicas**

- En Irlanda, al duendecillo zapatero se le llama *Leprechaun*. Su aspecto físico lo delata, es regordete con cara arrugada de viejo, la nariz roja y la piel de color gris. Lleva sombrero rojo de tres picos. Le gusta fumar en pipa y beber whisky. Suele vivir en viejos castillos o caserones abandonados. El Leprechaun -cuyo

nombre significa zapatero de un sólo zapato- es el zapatero de las hadas, arreglando el calzado destrozado por los bailes y las fiestas, y siempre se le ve con un zapato, nunca con dos, en tan particular taller, ubicado debajo de una seta. Como ocurre con los *Tánganos*, también el Leprechaun custodia los tesoros de las hadas, consistente, sobre todo, en oro. Durante la noche, este duende se transforma y se convierte en el turbulento *Cluricaun*, emborrachándose en las bodegas y usando como cabalgaduras a perros y ovejas. Otro de los duendes que habita la isla es el «Phouka», que adopta diversas formas de animales. Y el duende vagabundo llamado «Far Darrig», cuyo nombre significa *hombre rojo*, ya que lleva un gorro, ropa y capa de ese mismo color. Se dice que rehuirlo trae mala suerte. Es útil su consejo para los seres humanos que están cautivos de las hadas, ya que con su ayuda pueden escapar de ese *mundo feérico*.

- En Inglaterra se le llama Puck, y precisamente este duendecillo travieso es el que utiliza William Shakespeare para su obra *Sueño de una noche de verano*, haciéndole proferir su ya famosa exclamación: ¡Señor, qué necios son los mortales! Puck es el bufón del reino feérico, se burla de los humanos, extraviándolos por los caminos, levantando manteles, retirando la silla cuando alguien está a punto de sentarse, etc., aunque más que un duende está considerado un elfo de los bosques con esporádicas intrusiones en los hogares humanos.

En la zona de Cornualles a estos elfos se les llama Pixies, los cuales viven en cualquier sitio, desde cuevas, setas, bajo las piedras, y en hogares humanos... son pelirrojos y suelen ir desnudos o, a lo más, con harapos. Se cree que son las traviesas almas de los niños sin bautizar. Una de sus actividades favoritas es transformarse en hierba encantada, de tal manera que cuando un humano la pisa le hacen extraviarse. En las casas agrían el vino, derraman la leche, esconden las cosas, aunque también pueden mostrarse afables con las personas, ordeñando las vacas, hilando y tejiendo por las noches, pero con una particularidad: no vuelven a trabajar si se les ofrece ropa u otra recompensa que no sea pan, queso o agua, como ocurre con nuestros «frailecillos» extremeños y andaluces, así como con los follets levantinos.

- En Escocia es el *Brownie* o el *Boggarts*, según sea pacífico o malévolo. Y también el llamado Gorro Rojo o el Pintón que vaga por los castillos antiguos de Escocia, tiñendo su gorro con sangre humana, y para ello lanza enormes piedras sobre los caminantes para herirlos y empapar así su gorro en las gotas de sangre derramadas.

- En la isla de Man es el *Fenoderee*, solitario, peludo, feo y de gran fortaleza.

- En Gales es el *Pwca*, que corresponde al Puck inglés y al Phouka irlandés. Le gusta transformarse en animales y sólo es visible en el mes de noviembre.

## En Alemania

- En Baviera es el *Kobold*, con aspecto de viejecito. Éstos son conocidos como los más antiguos duendes domésticos, sobre todo en Alemania y en el norte de Europa (Suecia y Dinamarca). Su piel es de color verde o gris oscuro. Originalmente vivían en los árboles pero fueron tallados como muñecos -al igual que el Pinocha de Collodi- dentro de los cuales permanecía el espíritu, siendo forzados a trabajar en las casas de los hombres. Después acabaron ellos mismos por escoger sus propios hogares y amos. Se acostumbraron de tal forma a la vida hogareña que ya es muy difícil echados. Decían que sólo se alimentaban de leche corrompida, y vengaban el olvido de alimentados con rotura de cacharros de barro o esparciendo una densa humareda en el hogar.

- En Bohemia son los *Duls*.

- En otras zonas se les llama *Klabber*, *Kurd Chimgen* y *Wichtel*, sobre todo en Alemania del sur y Australia. Los *Wichtel* tienen una energía inagotable, son muy trabajadores y, a cambio, se contentan con una sencilla comida que les suministre la familia para la cual trabajan. Pueden, además, predecir el futuro y dar valiosos consejos. No dejan la casa de forma voluntaria a no ser que le ofrezcan prendas de vestir, porque entonces, como ocurre con los *Pixies* ingleses o nuestros frailecillos y follets, se marcharán enfurecidos y pueden traer desgracia sobre la familia. A ningún duende le gusta que le ofrezcan prendas de vestir (desconocemos el porqué lo consideran tan gran ofensa, a no ser que los tejidos de los humanos tengan alguna incompatibilidad alérgica con su piel, aunque, sin embargo, no hacen ascos a nuestros alimentos).

## En Suiza

- El *Troll* y *Servan*.



## En Escandinavia

- En el *Edda* (manuscrito de la antigua literatura escandinava) se distingue dos clases de entes diminutos invisibles:
  - Blancos o *liosafar*, que son una especie de genios luminosos, benéficos, que viven sobre la tierra (se pueden considerar como duendes).
  - Negros o *dockalfas*, genios tenebrosos, maléficos, que viven bajo la tierra (se pueden considerar como los enanos).
- En Noruega se llaman *Berith* o *Bonasses*, y suelen cuidar de los caballos; también son llamados *Gillets*.
- En Suecia reciben el nombre de *Tomse* o *Nisasart*.

## En Dinamarca

- Se llama *Nis*. Enrique Reine nos cuenta, por poner un ejemplo, el caso de un hombre de la península danesa de Jutlandia que, no pudiendo aguantar al duende de su casa, decidió mudarse; Cargó en su carretón todo su ajuar y al llegar a otra aldea y disponerse a bajar los enseres ve asomar el gorrete del trago local y se oyó una voz que le dijo:

-¿Con que nos mudamos, eh?

Esa manía de mudarse con el dueño de la casa, no es sólo propia de Asturias, Cantabria y resto de las regiones, sino que es algo consustancial, diríamos que genético, en el duende de todas las partes del mundo.

## En Portugal

- Se llama *Strago* o *demonio da máo furada*, minusvalía que también tienen nuestros follets y la mayoría de los trasgos.

## En Holanda

- Se llama *Frodiken*.

## En Italia

- Tienen al *Farfarelli* y *folleti*, pero el nombre popular más común que en este país se da al trasgo es el de *Monachicchio*, que significa monaguillo, por ser de esta manera como se suele manifestar.

## En Francia

- En Normandía son los *Gobelines* o *Gobelinos* (derivado de los «goblins» galeses), pero en Francia también se da el nombre de *Gobelin* a los aparecidos, espectros o fantasmas.
- En la zona del macizo montañoso de los Vos gas se llaman *Sotré*.
- En otras zonas son llamados *follets*, aunque también se le suele llamar *Farfadet* (nombre éste que significa espíritu loco) y *Lutins*.
- En Auvernia a sus duendes domésticos locales les llaman *Dras*.
- En ciertas regiones de los Alpes y las montañas de Jura reciben el nombre de *Fouletet*.

## MAS COINCIDENCIAS QUE DIFERENCIAS

Con la palabra *Lutins* se designa a la familia de los duendes domésticos en Francia, así como en Gran Bretaña, su nombre genérico suele ser el de *elfos* o *goblins*, y en España el de trasgos (aunque nosotros los designemos más extensamente como duendes domésticos).

El investigador Paul Sévillot, sólo en la Bretaña Inferior, encontró y catalogó cincuenta nombres distintos para los *lutins* (duendes) y las *korrigans* (hadas). Por nuestra parte, hemos encontrado en España más de cincuenta denominaciones referidas a los duendes, y otras tantas referidas a las hadas tan sólo en la mitad norte.

En el idioma francés ha sobrevivido el verbo «lutiner», que significa «portarse como un lutín», es decir, molestar con diabluras o travesuras, algo similar a la castellana palabra de trastadas o trasnadas derivadas de los quehaceres del trasco o del trasno.

Hasta el año 1850 sobrevivió en Francia la raza de *lutins* en la región de Poitou (zona predilecta en avistamientos OVNIS), los cuales eran conocidos con el nombre de *farfadets* o *fadets*, caracterizados por ser hombrecillos muy negros y peludos que de día permanecían ocultos en sus cuevas y de noche se acercaban a las alquerías para gastar bromas a las campesinas tirando de sus cofias, ocultándoles las agujas, etcétera.

Muchos vivieron en La Boulardière, localidad próxima a Terver, en túneles subterráneos que ellos mismos habían excavado. Se decía que vivían cerca de las aguas estancadas, en cuevas montañosas, en dólmenes y menhires, zonas de especial predilección de los «elementales», como ocurre igualmente en España.

En Bretaña, acompañando a los *korrigans* están las *fions*, una raza de enanos que sólo pueden ser vistos en el crepúsculo o de noche, llevando algunos de ellos una antorcha parecida a una vela funeraria galesa. Sus espadas son del tamaño y estilo de los alfileres (como los que usan nuestros tardos). Su cuerpo sería oscuro y estaría cubierto de negra pelambreira, pelusilla), con voz cascada y ojillos negros y centelleantes (todos nuestros trasgos y follets los tienen, con la salvedad del trasgo cántabro al que describen con ojos verdes).

Sabemos que en la gran familia de los duendes, muchos de sus miembros tienen acreditada una doble personalidad, bastante preocupante y desconcertante para nosotros, como ocurría con los cinematográficos y perversos *Gremlins*. Hemos visto que en Irlanda alardean de un ,duendecillo regordete y simpaticón llamado «Leprechaum» (el zapatero de un solo zapato) pero que durante la noche se transforma en el turbulento y borracho «Cluricaum». En Escocia tienen al pacífico y benéfico «Brownie», los cuales, si eran maltratados y molestados, se convertían en «Boggarts», duendes malévolos con larga y afilada nariz.

En España ocurre lo mismo con otro de nuestros duendes, el trasgo, que hace innumerables trastadas sin malicia aparente, pero que tiene como molesta y peligrosa variedad al «tardo», o tal vez sea el mismo metamorfoseado, muy peludo, con ojos centelleantes negros y armado con espadas, que se dedica por las noches a crear pesadillas a los durmientes, como hacían los elfos e íncubos de la época medieval.

Incluso nuestro trasgo asturiano y nuestro follet catalán, con su correspondiente agujero en la mano izquierda, tienen su equivalente en Portugal con el «Strago» o el «demonio da mão furada». El barruguet lascivo que busca mediante engaños cortejar a una mujer humana, tiene su epígono en el «fenoderee» de la británica isla de Man, que fue desterrado de la corte feérica por intentar abusar de una mortal. Y, por supuesto, la tendencia generalizada que tienen casi todos los duendes del mundo de seguir a los dueños de la casa allí a donde vayan y nuestros duendes domésticos, en este sentido, no son nada originales.

Por último, indicar que, por lo general, a los elementales les desagrada que se les llame por sus auténticos nombres, de ahí que sea tan frecuente utilizar apelativo s cariñosos como «la buena gente», «doncellas», «gente diminuta», «los bien nacidos», etc., tomándose muchas más precauciones con los Seres femeninos de la naturaleza (hadas) que con los masculinos, y esta tradición está menos arraigada en España que, por ejemplo, en Irlanda o en Escocia, hasta el punto que una poesía de R. Chambers, incluida en sus Rimas populares de Escocia) dice:

*Cuando me llames elfo o diablo,  
mejor mírate a ti mismo.  
Cuando me llames duende o hado,  
no te haré ningún favor.  
Cuando me llames buen vecino,  
buen vecino yo seré.  
y si me llamas mágico ser,  
un buen amigo siempre seré.*

Moraleja: tiene nombre todo aquello que existe, pero hay nombres tan vinculados a la esencia del propio ser - y esto lo sabían muy bien los antiguos egipcios- que no son convenientes invocar bajo ningún concepto.

## LOS BROWNIES QUE VIO HODSON

Hacemos referencia a este caso sencillamente porque Geoffrey Hodson estaba considerado como uno de los mejores clarividentes de la Inglaterra de primeros de siglo, autor de un libro, que es un clásico de estos temas, titulado *Fairies at Work and Play* «<Hadas, su mundo y sus juegos» ), donde cuenta que ha visto y hablado con gnomos, duendes, elfos, hadas, etc., varias veces en su vida y en distintos lugares del mundo.

Cuando se refiere a los brownies, duendecillos domésticos de Escocia, de unos 20 centímetros de altura, que se dedican con preferencia a las labores agrícolas, Hodson escribe:

Durante algunas semanas, mi esposa y yo estuvimos enterados de la presencia de un espíritu-genio de la familia brownie en nuestra casa. Primero, lo observamos en un estante de la cocina y más adelante en el vestíbulo y el saloncito. En aspecto y conocimientos se diferencia bastante de los brownies labradores a los que ya había visto en algunas ocasiones. Una tarde entró en el salón a través de la puerta cerrada y empezó a saltar y bailar por la habitación, y fue precisamente el rápido destello luminoso que acompaña sus movimientos lo que atrajo mi atención. Intuí que aquellos velocísimos movimientos expresaban su contento ante mi regreso después de una ausencia de tres días. Evidentemente, se consideraba un miembro de la familia, y hasta creo que él nos ha adoptado. Mide unos 20 centímetros de alto, lleva un gorro cónico de color marrón, inclinado graciosamente a un lado de la cabeza. Su tez no está arrugada y ofrece un bello color sonrosado, mientras que sus ojos castaños son redondos y muy brillantes. El cuello es quizá demasiado largo y delgado en proporción al resto de su cuerpo. Viste una prenda semejante a una toga corta, ajustada al cuerpo, polainas y medias de color marrón, con botas altas. Es un genio muy familiar y amistoso y está claro que cuida de nosotros, aunque se deje ver en muy contadas ocasiones. Sospecho que su verdadero domicilio es la cocina y que le entusiasma la vista de esos utensilios tan limpios y relucientes. Al parecer, es un genio solitario, sin parientes ni allegados de ninguna clase.

Es obvio que le complace nuestra compañía y que en casa tiene todo lo que necesita para ser feliz. Posee una inteligencia limitada, tal vez como la de un chiquillo de seis o siete años, pero su instinto es tan grande como el de los animales. Sé que muchas veces está quedamente sentado en un rincón, contemplándonos a mi esposa y a mí con sumo agrado. Conoce nuestras idas y venidas, y se entristece si dejo la casa unos días para atender a mis numerosas obligaciones. En resumen, se ha convertido en un miembro más de la familia y, como no nos molesta en absoluto, hemos acabado por considerarle de esta manera.

Recordemos que *brown* en inglés significa marrón, y de aquí ha tomado su nombre, por la apariencia con la que suele manifestarse. Según cuenta Borges, el escritor Robert Louis Stevenson tenía adiestrado a sus brownies en el particular oficio literario, inspirándole a éste, cuando estaba soñando, algunos temas fantásticos como el de la famosa transformación del doctor Jekyll en el diabólico señor Hyde, curiosamente un tema al que son muy aficionados los duendes, pues éstos ejercitan a la perfección este arte, transformándose con mucha facilidad en otros personajes, sobre todo en animales domésticos, pájaros y ganado vacuno.

## LOS FARFADETS QUE MARTIRIZARON A BERBIGUIER

En las antípodas de los serviciales brownies de Hodson están los maléficos farfadets de Berbiguier, a los cuales habría que incluir, si en vez de vivir en Francia lo hubieran hecho en España, en el capítulo de «Los duendes dañinos de dormitorio» (página 181).

La vida de Berbiguier es la historia de un hombre atormentado hasta sus últimos días por los innumerables farfadets que tenía en su casa y que le perseguían a todas partes. En 1821 vieron la luz tres volúmenes de una obra titulada *Los duendes o todos los demonios no son del otro mundo*, escrito por este hombre al que no sabemos dónde encuadrado: si como loco de atar, visionario, alucinado o víctima. Él mismo sale al paso de estas acusaciones que le obsesionan: «No, no estoy loco. Vosotros, los que vais a leerme, no me acuseis de locura.»

Guy Bechtel no ahorra calificativos al referirse a la obra de marras: «He aquí uno de los más extraordinarios libros que hayan sido escritos: la autobiografía de un hombre que en 1.400 páginas cuenta sin una sonrisa cómo durante más de 20 años estuvo expuesto a la persecución de malintencionados duendes. Éste es también un libro doblemente maldito: porque el autor fue despreciado por sus semejantes, que lo rechazaron como loco, y porque se pretende que ese mismo hombre, al final de su vida, intentó comprar todas sus obras para destruídas.»

Desgraciadamente, este libro aún no ha sido traducido ni publicado en España, lo cual no es óbice para saber lo que Berbiguier cuenta con todo lujo de detalles sobre las continuas batallas que mantenía con estos seres invisibles que sólo él veía. Si llovía, tronaba, su gato aparecía muerto o un barco naufragaba, es que se trataba de la acción perversa de los farfadets. «Cuando escuchéis el menor ruido en vuestra casa, encontréis las más insignificantes cosas fuera de sus lugares habituales, sintáis la más ligera incomodidad o la más débil contrariedad sea en el interior o en el exterior de vuestra casa, estad seguros de que todas estas cosas son obras de Belcebú.» Berbiguier asoció a sus farfadets con seres nocivos, malvados demoniacos, perseguidores de hombres, animales y cosechas, así como enemigos de Dios.

Ideó varios sistemas para luchar y acabar con ellos. Uno de los mejores. antídotos, según él, era pinchar con alfileres el corazón de un buey que luego se hervía. «Este gasto no es grande -escribía- debido al efecto saludable que de él resulta.» Otras veces se pinchaba él mismo con alfileres por todo el cuerpo mientras gritaba: «¡Por más que te resistas y me muestres las garras, irás al pote con los otros. Canalla. Maldito!», de esta manera creía ensartar y matar a los farfadets.

Berbiguier, a veces, lograba apoderarse de alguno de estos seres vivos, encerrándolos en una botella-cárcel llena de una infusión de tabaco, pimienta y otras hierbas aromáticas. El remedio que parecía más eficaz era el tabaco, que él consideraba «antifarfadeano», asegurando que «los monstruos caían en abundancia como moscas cegados por el tabaco», pero no porque temieran al humo de esta planta, sino porque les gustaba con pasión y se embriagaban con él, consiguiendo así que, gracias a su aturdimiento, pudieran ser derrotados con más facilidad. Este extraño personaje murió solo, soltero, desquiciado y en un año incierto. Unos dicen que en 1834 y otros en 1860. Lo único cierto es que murió totalmente convencido de que los farfadets le amargaron y persiguieron durante toda su vida.-

## LOS TRASGOS DE TOLKIEN

No nos resistimos a exponer, por último, lo que opinaba J. R. R. Tolkien de los trasgos, vistos desde su particular visión, creador de todo un complejo y elaborado mundo mitológico -que dio lugar a obras como *El Hobbit*, *El señor de los anillos* o *el Silmarillion*- en el cual incluyó tanto a criaturas fantásticas tomadas de las leyendas británicas, que él conocía muy bien, como a otras de su propia invención, pero recreadas de formamagistral. Pues bien, Tolkien se separó de la imagen simpática que sobre los trasgos tenemos en España y en el resto de Europa, diciendo que eran seres moradores de la oscuridad, engendrados con viles propósitos, que en épocas anteriores eran conocidos como *Orcos*. Su sangre era negra, ojos efervescentes, inyectados en rojo, y, aunque ahora se limiten a efectuar inofensivas travesuras en las casas, hubo un tiempo en que eran una raza dedicada a empresas tiránicas de gran magnitud, sobre todo en la época de la Tierra Media, cuando todavía no tenían miedo a la luz...

## Epílogo

**P**OSIBLEMENTE el lector, durante la lectura de este libro, habrá experimentado dos tipos de sensaciones. O se habrá quedado sorprendido de la cantidad de casuística que sobre duendes y análogos existe en España, teniendo en cuenta que en este país estamos muy influidos por las aportaciones extranjeras, un tanto espurias y tergiversadas del tema, como son los casos de *David el gnomo* o los *Pitufos del padre Abraham*, o, por el contrario, se habrá decepcionado de que no hayamos mencionado tal o cual duende o de encontrar que en su zona o región, concretamente, apenas nos extendamos. Tanto una reacción como otra será lógica, pues este libro no deja de ser novedoso en el sentido de que, hasta el momento, nunca se había investigado y escrito sobre este tema a nivel nacional (salvo tímidos intentos por parte de Julio Caro Baroja o Constantino Cabal en capítulos incluidos en obras de más alcance), y esa novedad tiene la ventaja de exponer, por primera vez, a estos seres de forma sistemática, documentada y escueta, buceando en múltiples leyendas y tradiciones en toda la geografía española, y por supuesto, tiene la desventaja, casi seguro, de adolecer de todo tipo de fallos, lagunas y algunas imprecisiones forzadas por la envergadura del tema tratado que, fácilmente, podría haber tenido el doble de páginas que tiene en la actualidad.

Sabemos que uno de los principios del arte zen es dejar la obra deliberadamente incompleta para que el espectador o lector se recree en completarla y descifrarla, y para eso debe tener ambivalencias y contradicciones simultáneas, algo que ocurre en el caso presente, con la única diferencia de que no ha sido deliberado el intento sino obligatorio. Pero el objetivo principal de los autores y del dibujante, independientemente del agrado o la desaprobación del lector, creemos que ha cumplido: mostrar todo un mundo mitológico, en este caso circunscrito a una sola variedad –los duendes–, mucho más amplio, complejo y ameno del que en un principio se podría imaginar uno, pues ésta ha sido la sensación que hemos tenido al escribir el libro, cuando en un principio pensábamos que se podía despachar en unas pocas hojas y al final comprobamos, con suma satisfacción, que en España el folclore y los mitos sobre estos seres es tan rico y están tan vivos como lo pueden estar en otros países de mayor tradición en el tema, como lo es Gran Bretaña. Por todo lo cual, que el lector no piense que está ante un libro acabado, donde aparece una colección, más o menos variopinta, de duendes fijados a la pared por un alfiler y que ya está dicho todo lo que se sabe sobre ellos, pues ni pretendemos ser taxidermistas, ni somos tan ingenuos como para creer que hemos clasificado, vencido y conocido a estos diminutos personajillos. No nos extrañaría que ahora empezara una nueva «época de duendes» donde algunos fenómenos, como las casas encantadas y los visitantes nocturnos de dormitorio, se contemplen desde otro punto de vista, y así como hubo una oleada de avistamientos de duendes a finales del siglo XVIII y a principios del XIX, tal vez estén esperando pacientemente, como ocurre con los *goblins* de la película *Dentro del Laberinto*, a que se diga la frase adecuada para empezar a hacer de las suyas en los hogares humanos ....





## *Nota*

**A**MIGO lector: Si después de haber leído este libro te has sentido identificado con alguna de las historias aquí contadas o te ha venido a la memoria algún suceso que te haya acontecido a ti o a algún pariente o amigo, o que tengas hijos pequeños que dicen «ver» a amiguitos invisibles con los que hablan y juegan, o que por azar hayas leído o escuchado en alguna parte relatos y leyendas relacionadas con los seres que aquí hemos presentado, te agradeceríamos que nos lo contaras, escribiéndonos al Apartado de Correos número 53.112 de Madrid, para poder así ir cubriendo lagunas e ir confeccionando un mapa mucho más extenso y documentado sobre las apariciones y manifestaciones actuales –o no tanto- de estos diminutos personajes en nuestro país.

## UN TOQUE BORGIANO

**Tabla flamenca de principios del siglo XVII representando un duende.  
Anónimo. Actualmente en Suiza. Colección privada.**

*Las primeras noticias que los autores tenemos de este cuadro se remontan a fines del siglo XVII en los Países Bajos españoles. El propietario era, en el año 1692, D. Adriano Vandembok, capellán del escuadrón de caballos-coraza de la escolta del Comandante en Jefe de la división ecuestre de Flandes, D. Gonzalo Chacón y Orellana. Al acceder al trono de España Felipe V, dicho escuadrón fue el núcleo del nuevo regimiento de caballería del Algarve, y el propietario del cuadro se lo cedió o vendió a su primer coronel, D. Alejandro de Croy, que murió junto con la mayoría de sus hombres, en Baviera, el año 1704, en la batalla de Blenheim.*

*El actual propietario del cuadro, que prefiere permanecer en el anonimato, no quiso decirnos cómo lo adquirió. No obstante, sabemos que hay otra tabla similar, quizá del mismo autor, en España.*





# Bibliografía

- ALONSO PONGA, José Luis: *Tradiciones y costumbres de Castilla y León*. Ed. Imprime Sever-Cuesta. Valladolid, 1982.
- ÁLVAREZ PEÑA, Alberto: *Asturias mágica*. Ed. Conceyu Bable, 1992.
- AMADES, Joan: *Folklore de Catalunya. Costumes i creences*. Ed. Selecta, Barcelona, 1969.
- ANÓNIMO: *Cuentos de duendes*. Ed. Miraguano, Madrid, 1992.
- ARACIL, Miguel G.: *Guía de la Catalunya paranormal y mágica*. Barcelona, 1986.
- ARMENGOU I MARSANS, Josep María: *Guía de la Catalunya misteriosa, mágica y paranormal*. Ed. Obelisco, Barcelona, 1990.
- ARROWSMITH, Nancy: *Guía de campo de las hadas y demás elfos*. Ed. Olañeta, Mallorca, 1988.
- BARANDIARAN, José Miguel de: *Diccionario de mitología vasca*. Ed. Txertoa. San Sebastian, 1984; *El mundo de las divinidades en la mitología vasca*. Ed. Pamiela Komikia. Pamplona, 1984.
- BECHTEL, Guy: *Los grandes libros misteriosos*. Plaza y Janés, Barcelona, 1977.
- BLANCO, José Francisco: *Brujería y otros oficios populares de la magia*. Ed. Ámbito Ediciones, Valladolid, 1992.
- BLÁZQUEZ MIGUEL, Juan: *Castilla La Mancha. Magia, superstición y leyenda*. Ed. Everest, León, 1991; *Hechicería y superstición en Castilla La Mancha*. Junta de Comunidades de Castilla La Mancha, Toledo, 1985.
- BORGES, Jorge Luis: *El libro de los seres imaginarios*. Ed. Bruguera, Barcelona, 1981.
- BRIGGS, Katharine, M.: *Hadas, duendes y otras criaturas sobrenaturales: quién es quién en el mundo mágico*. Ed. Olañeta, Mallorca, 1988.
- CABAL, Constantino: *La mitología asturiana. Los dioses de la vida. Los dioses de la muerte. El sacerdocio del diablo*. Ed. Instituto de Estudios Asturianos, Oviedo, 1972; *Mitología Ibérica. Cuentos y Consejas de la vieja España*. Ed. Grupo Editorial Asturiano, Oviedo, 1993.
- CARO BAROJA, Julio: *Algunos mitos españoles y otros ensayos*. Ed. Ediciones del Centro, Madrid, 1974; *Del viejo folklore castellano*. Ed. Ambito, Valladolid, 1988. *Las brujas y su mundo*. Ed. Alianza Editorial, Madrid, 1993.
- CARRE ALVARELLOS, Leandro: *Las leyendas tradicionales gallegas*. Ed. Espasa Calpe, Madrid, 1977.
- CARRERAS Y CANDY, Francisco: *Folclore y costumbres de España, tomo 1*, Editorial Alberto Martín, Barcelona, 1931.
- CASTAÑÓN, Luciano: *Supersticiones y creencias en Asturias*. Ed. Ayalga Ediciones, Gijón, 1976.
- CASTELLÓ GUASCH, Joan: *Barruguets, fameliars y folleto Rondalles*. Ed. Institut d'studis Eivissencs, 1993.
- CHAO ESPINA, Enrique: *Leyendas de Galicia y otros temas narrativos*. Ed. Imprenta Fojo, La Coruña, 1981.
- DÍAZ LAFUENTE, Antonio: *Duendes y leyendas de Granada*. Ed. Arguval, Málaga, 1993.
- DICCIONARI CATALA-VALENCIA-BALEAR. Palma Mallorca, 1980.
- DOMÍNGUEZ LASIERRA, Juan: *Selección de relatos aragoneses de Brujas, demonios y aparecidos*. Ed. Librería General Zaragoza, 1978; *Aragón legendario*. Ed. Librería General Zaragoza, 1984.
- DOMÍNGUEZ MORENO, José María: *La fascinación infantil en la provincia de Cáceres*. Revista de folclore; n. 97, 1989.
- DUQUE DE MAURA: *Supersticiones de los siglos XVI y XVII Y hechizos de Carlos II*. Editorial Calleja, Madrid.
- FABER-KAISER, Andreas: *El muñeco humano. Nos fabricaron para utilizarnos*. Ed. Kaydedil Ediciones, 1989.
- FAJARDO SPÍNOLA, Francisco: *Hechicería y Brujería en Canarias en la Edad Moderna*. Ed. Ediciones del Cabildo Insular de Gran Canaria, Las Palmas, 1992.
- FEIJOO, Benito: *Teatro crítico universal*. Ed. Taurus Ediciones, Madrid, 1985.
- FERNÁNDEZ FLÓREZ, Wenceslao: *El bosque animado*. Espasa-Calpe, Barcelona.
- FERRER CLAPES, Michel: *Cuentos, creencias y tradiciones de Ibiza*. Ed. Gráficas Guasch, 1981.
- FRAGUAS Y FRAGUAS, Antonio: *La Galicia insólita. Tradiciones gallegas*. Ed. Edicions do Castro, La Coruña, 1990.
- FREIXEDO, Salvador: *La granja humana*. Ed. Plaza y Janés, 1989.



- FRONTERA, Guillermo: *Guía secreta de Baleares*. Ed. Al Borak, Madrid, 1975.
- FROUD, Brian: *Hadas*. Ed. Mondadori, Madrid, 1985.
- FUENTELAPEÑA, Padre; *El ente dilucidado: tratado de monstruos y fantasmas*. Ed. Editorial Nacional, Madrid, 1978.
- GARCÍA ATIENZA, Juan: *Claves ocultas de la historia*. Ed. Latina, Madrid, 1980.
- GARCÍA LOMAS, Adriano: *Mitología y supersticiones en Cantabria*. Ed. Excma. Diputación Provincial de Santander, 1964.
- GARRIDO, Carlos: *Mallorca mágica*. Ed. José J. de Olañeta, Palma, 1988.
- GIL DEL RÍO, Alfredo: *Inquisición y brujería*. Ed. Casset, Madrid, 1992.
- GONZALEZ CASARRUBIOS y SÁNCHEZ MORENO: *Folclore toledano: Fiestas y creencias* (Imprenta Gómez-Menor, Toledo, 19.81).
- GRACIA BOIX, Rafael: *Brujas y hechiceras de Andalucía*. Ed. Real Academia de Ciencias, Bellas Artes y Nobles Artes de Córdoba, 1991.
- GUIJARRO, Josep: *Infiltrados. Seres de otras dimensiones .entre nosotros*. Ed. Sanguilá, Barcelona, 1992.
- HALL, Michael: *Hadas, duendes, elfos y más gente menuda*. Ed. Edicomunicación, Barcelona, 1992.
- HERNÚÑEZ, Pollux: *Monstruos duendes y seres fantásticos de la Mitología Cántabra*. Ed. Anaya. Madrid, 1994.
- HOYO SÁINZ, Luis de, y HOYO SANCHO, Nieves de: *Manual de folclore. La vida popular tradicional en España*. Ed. Ediciones Istmo, Gijón, 1985.
- HOPE ROBBINS, Rosell: *Enciclopedia de la brujería y demonología*. Ed. Debate, Madrid, 1988.
- HURTADO, Publio: *Supersticiones extremeñas*. Arsgraphica, S. L., Huelva, 1989.
- IRIBARREN, José María: *Supersticiones extremeñas*. Arsgraphica, S. L., Huelva, 1989.
- JORDÁN PEÑA, José Luis: *Casas encantadas. Poltergeist*. Ed. Noguer. Barcelona, 1982. *Espíritus y duendes. Las casas encantadas*. Editorial Uve, Madrid, 1980.
- JOVE Y BRAVO, Rogelio: *Mitos y supersticiones de Asturias*. Ed. La Comercial, Oviedo, 1903.
- KIRK, Robert: *La Comunidad Secreta*. Ed. Siruela, Madrid, 1993.
- LEADBEATER, C. W.: *El más allá de la muerte*. Ed. Casa de Horus. Madrid, 1992; *Los espíritus de la naturaleza*. Ed. Sirio, Málaga, 1984.
- LUNA SAMPERIO, Manuel: *Duendes y personajes mitológicos de España*. Madrid, 1986.
- LLANO, Manuel: *Brañaflor*. Ed. Librería Moderna, Santander, 1931; *Mitos y Leyendas de Cantabria*. Ed. Artes Gráficas Resina. Santander, 1982.
- LLANO ROZA DE AMPUDIA, Aurelio: *Del folclore asturiano: Mitos su persticiones, costumbres*. Ed. Instituto de Estudios Asturianos Oviedo 1977.
- LLINARES, María del Mar: *Mouros, animas, demonios. El imaginario popular gallego*. Editorial Akal, 1990.
- MENÉNDEZ PELAYO, Marcelino: *Historia de los heterodoxos españoles*. Ed. Católica, Madrid, 1978.
- MOURE MARIÑO, Luis: *La Galicia prodigiosa. Las ánimas. Las brujas. El demonio*, Ed. Galicia Editorial, Santiago, 1992.
- PARACELSO: *El libro de las ninfas, los silfos, los pigmeos, las salamandras y demás espíritus*. Ed. Obelisco, Barcelona, 1987.
- PEREDA, José María: *De tal palo tal astilla*. Ed. Cátedra, Madrid, 1981.
- PERUCHO, Joan: *Bestiario fantástico*. Ed: Plaza y Janés, Barcelona, 1990.
- PLANELLS, Mariano: *Diccionario de secretos de Ibiza*. Ed Sirven Grafic, Barcelona, 1982.
- PORTELA PAZ, Agustín: *O trasno*. Ed. Excma. Diputación Provincial de Pontevedra, 1992
- RICO-ABELLO, Carlos: *La brujería en Asturias*. Ed. Congreso de Brujología de 1975.
- RODRÍGUEZ LÓPEZ, Jesús: *Supersticiones de Galicia y otras preocupaciones vulgares*. Ed. Ediciones Celta, Lugo, 1970.
- RODRÍGUEZ ALMODÓVAR, Antonio: *Los cuentos maravillosos españoles*. Ed. Crítica, Barcelona, 1983.
- RODRÍGUEZ-GONZÁLEZ, Eladio: *Diccionario enciclopédico gallego-castellano*. Editorial Galaxia, Vigo, 1961.
- ROSO DE LUNA, Mario: *Por la Asturias tenebrosa; El tesoro de los lagos de Somiedo*. Ed. Eyra, Madrid, 1980.
- RUA ALLER, Francisco, y RUBIO GAGO, Manuel: *La piedra celeste: creencias populares leonesas*. Ed. Diputación Provincial León, 1986.
- SÁNCHEZ PÉREZ, José Augusto: *Supersticiones españolas*. Ed. Saeta, Madrid, 1948. .
- SÁNCHEZ CIRUELO, Pedro: *Reprobación de las supersticiones y superchería*. Editorial Glosa, Barcelona,



1977. .

- SÁNCHEZ DRAGÓ, Fernando: *Gargoris y Habidis. Una historia mágica de España*. Ed. Planeta, 1992;  
*Las fuentes del Nilo*. Editorial Planeta, 1986.
- SATRÚSTEGUI, José María: *Mitos y creencias*. Ed. Txertoa, San Sebastián, 1983.
- SCHNITZER, Rita: *Hadas y elfos*. Ed. Elfos Ediciones, Barcelona, 1988.
- SEIJO ALONSO, Francisco: *Los fantasmas de Alicante, Valencia y Castellón*. Ed. Seijó, Alicante, 1969.
- SENDER, Ramón J.: *Las criaturas saturnianas*. Ed. Destino, Barcelona, 1968. -, Solanar y lucernario aragonés.  
Heraldo de Aragón, Zaragoza, 1978.
- STELLA DE VALLEJO, Carmen: *Viejos mitos de Cantabria*. Ed. Institución Cultural de Cantabria. Sopera de  
Cauerniga, 1987.
- SUEIRO, Jorge Victor, y NIETO, A.: *Galicia, romería interminable*. Ed. Penthalon, Madrid, 1983.
- TOMELO, Javier, y ESTADELLA, J. M.: *La brujería y la superstición en Cataluña*. Ediciones Géminis,  
Barcelona, 1963.
- TORQUEMADA, Antonio: *Jardín de flores curiosas*. Ed. Castalia, Madrid, 1982.
- TORRES YVILLARROEL, Diego; *Vida*. Ed. Bruguera, 1968.
- TALAMONTI, L.: *Universo prohibido*. Ed. Plaza y Janés, Barcelona, 1974.
- THOMAS, H.: *La conquista de México*. Ed. Planeta, Barcelona, 1994 VV.AA.: Brujología. Congreso de San  
Sebastián. Ponencias y comunicaciones. Seminarios y Ediciones, Madrid, 1975.
- VALLEE, Jacques: *Pasaporte a Magonia*. Ed. Plaza y Janés, Barcelona, 1972.
- VIOLANT, SIMORRA, R.: *El Pirineo español. Vida, usos, costumbres, creencias y tradiciones de una cultura  
milenaria que desaparece*. Ed. Alta Pulla, Barcelona, 1986.
- WEBSTER, Wentworth: *Leyendas vascas*. Ed. Miraguano Madrid, 1989.





